Antología

La calle donde tú vives

Héctor Gaitán Alfaro

31979

HÉCTOR GAITÁN

LA CALLE DONDE TÚ VIVES

© EDICIONES ARTEMIS EDINTER
12 Calle 10-55, Zona 1
GUATEMALA
Teléfono 51 62 25

PRIMERA EDICIÓN
ISBN.- 84-241-9667-8
Depósito legal: LE. 855-1994
Impreso en España/Printed in Spain
EDITORIAL EVERGRÁFICAS, S.L.
Ctra. León-La Coruña, km 5
León (Spain)

HÉCTOR GAITÁN

LA CALLE DONDE TÚ VIVES

EDICIONES ARTEMIS EDINTER
GUATEMALA

PRESENTACIÓN

Artemis se complace en ofrecer esta antología que resume en una sola obra, la recopilación de las leyendas y comentarios históricos de la colección en cinco tomos de "La Calle donde tú vives" del escritor guatemalteco Héctor Gaitán Alfaro. Tratamos por este medio de salvaguardar parte de todo ese tesoro que constituye la tradición oral guatemalteca. Todas estas tradiciones, se valorizan como una herencia cultural, propia de cada país y Guatemala no es la excepción en esa fase tan rica en giros llenos de fantasía, que brotan precisamente de la expresión popular.

Como aspecto importante, toman vida los personajes quizás ya olvidados, señalando también los sitios históricos de una ciudad dos veces centenaria que se aferra a una identidad digna de mantenerse vigente en el devenir de los años. Los guatemaltecos son querendones de sus tradiciones, especialmente en lo que atañe a espantos y aparecidos, leyendas o historias que han pasado de abuelos a nietos, manteniendo esa fase intangible, pero encantadora. Relatos, historias y anecdotario que en la pluma de Héctor Gaitán Alfaro, no se escapan y ocupan un lugar preferente en el gusto de los chapines.

Fuera de ello, aun cuando la ciudad de Guatemala cuenta con una moderna nomenclatura, de las más funcionales en América Hispana, sus calles, avenidas y callejones recobran una vez más sus nombres originales, nombres tan curiosos como antaño les nombraron. Todo este proceso de investigación, ha sido una labor de años, que hoy resume esta antología, que indudablemente viene a llenar un vacío en la literatura popular guatemalteca. Artemis se congratula de poder presentar todo este cúmulo de facetas, que de alguna manera involucran a una o varias generaciones que en un ayer lejano, sin proponérselo sembraron la semilla de la tradición oral que hoy felizmente se mantiene.

El Editor

Nueva Guatemala de la Asunción 11 de marzo de 1994

Coronel Oscar Morales López, en una foto de la época.

VUELO HISTÓRICO DE MORALES LÓPEZ

Cuando mi padre narra las peripecias de la llegada de Morales López a Guatemala, lo hace de tal manera que siempre que lo escucho me llama poderosamente la atención inquirir, o mejor dicho profundizar en ese hecho histórico. Para mí en lo personal el nombre del Coronel Óscar Morales López no ha sido desconocido, pues sé de aquella aventura romántica que este pequeño gran guatemalteco realizó en aquel lejano 1929 con su aparato.

Antes de entrar en detalles relacionados con el histórico vuelo, que hoy a cincuenta años de distancia toma vigencia, hagamos un ínterin retrospectivo de lo que ha sido nuestro historial aéreo. Cuando una persona ve elevarse las enormes moles, digo Jumbo Jets, sobre la capital chapina, más aún si esta perso-

na es joven, jamás imagina lo que para llegar a ese momento, a esa elevación el aparato observado, el proceso que ha desarrollado y las mil y una anécdotas que se han suscitado. Incluyendo también el saldo trágico que se ha tributado en vidas humanas.

El apellido Morales es doblemente histórico en los anales de la aviación chapina. Diremos porqué, ya que hubo un hombre de nacionalidad guatemalteca que bien puede ser llamado el precursor de la navegación aérea y que se llamó MARIANO DE LA LUZ MORALES. Dicho ciudadano fabricó a mediados del siglo pasado una máquina voladora que en más de una oportunidad causó la risa de nuestros abuelos. De La Luz Morales, ante la irónica sonrisa de las autoridades, no tuvo más que enviar sus planos a Francia, en aquel entonces cuna de la aeronavegación, y sus historiadores ignoran cuál fue la contestación que los franceses le dieron a nuestro compatriota.

Don Mariano tenía una pequeña librería en el entonces llamado «Callejón del Conejo», hoy 6a. calle de la zona 1, entre décima y novena avenidas. La librería se llamaba «La Miscelánea» y cuentan que los curiosos se apretujaban en la puerta de ese centro comercial para observar sobre los proyectos de don Mariano. Aquella máquina era un monoplano de 85 varas de largo, con dos globos en la popa y en la proa, y un juego de cuerdas que serían manejadas por el aeronauta. Un volante para subir y bajar un sistema de ruedas horizontales con remos o aspas de 20 varas de largo con su respectivo timón. Indudablemente que don Mariano hacía las delicias de las veladas de la época narrando pormenorizadamente la tragedia de Flores, aquél famoso aeronauta que se elevó en su globo justamente del centro de la Plaza de Toros colonial, que estaba situada donde hoy apreciamos la Plazuela Barrios, en la 18 calle y 9a. avenida. Ese hecho tan histórico como trágico lo conocía don Mariano al dedillo. Y emocionaba a los

parroquianos contando como aquel 30 de enero de 1848, ante la expectación de la muchedumbre que asombrada en su mayor parte observaba por primera vez un globo, lo veía caer envuelto en llamas momentos después de elevarse. Don Mariano narraba con pelos y señales hasta el sitio donde había caído: justamente en el predio donde años más tarde Tata Rufo mandó construir la Penitenciaría Central. Y don Mariano, con ese conocimiento de nuestros hechos históricos, hablaba también de las hazañas de Escarriola, otro aeronauta que un día de tantos se elevó para nunca más volver. Escarriola cuando se elevó en su globo iba impecablemente vestido. De levita y zapatos de charol, sombrero de copa y camisa de seda, leontina y corbatín de lujo. De habida cuenta en esos lejanos tiempos, cuando algún obrero osaba estrenarse alguna prenda de vestir la broma irónica era la siguiente a manera de pregunta: ¿Y diay vos, dónde cayó Escarriola? Pues bien, don Mariano fue envejeciendo con su invento y las puyas que el pueblo chapín le hacía en su librería de la 6a. calle, de la hoy zona 1. Por ello y desde lo más profundo de su tumba, cuando Óscar Morales López se cubrió de gloria en los inicios de la aviación chapina, con aquel histórico vuelo Huston-México-Guatemala, don Mariano ha de haber gozado de contento al saber que un Morales había realizado la proeza y que el pueblo lo recibía con los brazos abiertos allá en el viejo campo «La Aurora».

El coronel Óscar Morales López con otro grupo de jóvenes en aquella década de los años veinte, constituyó para Guatemala el primer eslabón de lo que más tarde sería nuestra aviación comercial. Este héroe nacional que hoy merece nuestra atención, tuvo el privilegio de codearse con personajes de la talla de Carlos Merlén, Jacinto Rodríguez Díaz, Miguel García Granados y otros grandes de la aviación guatemalteca de la era romántica. Felizmente vive este hombre-historia, este hombre anécdota, este

hombre reliquia si se quiere, para narrar a la juventud aquellos episodios que parecen ser sacados de una cinta de ciencia ficción, por la sencilla razón de que si estos hombres pioneros de la aviación realizaron esos peligrosos viajes buscando nuevas rutas para la navegación comercial aérea, lo hicieron en aparatos realmente rudimentarios; sin los adelantos que hoy pueda tener la más insignificante avioneta de fumigación. Y eso, mis distinguidos lectores, realmente merece una distinción aparte para un hombre que hoy, a cincuenta años de distancia, nos cuenta su hazaña y nos hace conciencia de que valores humanos los tenemos, los podemos apreciar en vida y estrecharles la mano por lo que ayer hicieron para nuestra querida Guatemala.

Remontémosnos, pues, a la era del Charleston, cuando ese ritmo musical enloquecía a la juventud y los fonógrafos sonaban a todo volumen en la 8a. avenida y 18 calle dejando escuchar «Mi querido Capitán», «Besos y Cerezas» y otras tantas melodías que hoy son historia. En ese tiempo uno de los paseos favoritos lo constituía llegar los fines de semana a la inmediaciones del Aeropuerto «La Aurora», entrando por la Avenida Hincapié. Desde donde se principiaba a apreciar los aeroplanos, como les llamaban los abuelos. Había de diferentes marcas, aunque pocos aparatos; sobresalían los marca Ryan y Potez.

Si al caso uno que otro carruaje llegaba hasta el sitio, porque no había aún servicio de camionetas a un lugar tan «lejano», cuando las goteras de la ciudad llegaban únicamente al puente de la Penitenciaría, en lo que hoy es la zona cuatro. Desde lejos se principiaba a escuchar el ronroneo de los motores a pistón, y desde la alambrada que ya no existe se dejaban identificar las siluetas inconfundibles de aquellos hombres jóvenes que se convirtieron en ídolos del pueblo guatemalteco, fácilmente reconocibles en cualquier calle donde pasaban.

Estamos en las oficinas del Coronel Óscar Morales López, luce ágil y con su inconfundible estatura pequeña que le da cierto aire de personalidad. Luciendo un traje combinado y corbata, trae el fajo de fotos de esa época, el que nos pone sobre la mesa del mullido amueblado. Yo no le conocía personalmente al Coronel Morales López, pero como dije al inicio, había escuchado mucho de su proeza. Ya con las fotos en la mesa cual cartas de baraja listas para el juego, iniciamos la charla:

—Coronel, ¿cómo se inició aquel histórico vuelo?

—Estimado amigo Gaitán, cuando han pasado cincuenta años de un acontecimiento como aquel histórico vuelo, se van perdiendo muchas cosas. Pero permítame decirle que hay aspectos inolvidables, que aún perduran en mi memoria. Yo tenía en ese entonces 28 años, era joven y lleno de vida; recuerdo que los que patrocinaron el vuelo y lo mocionaron, fueron en primera línea los directores del periódico «Diario De Guatemala», pero realmente quienes costearon los gastos fueron los guatemaltecos, el pueblo de Guatemala en sí, porque se hizo una colecta y esa colecta me comprometía más.

—¿Cómo fue la comunicación para indicarle que usted hiciera el vuelo?

—Yo estaba estudiando en los Estados Unidos y fue mi padre el que me lo comunicó, ya que los directores del periódico le habían hablado. La contesté a mi papá que inicialmente debía pedirle permiso al Presidente de la República, que en ese tiempo era don Lázaro Chacón. El Presidente concedió el permiso, pero dijo que el gobierno no podía costear los gastos del vuelo, pero como eso ya estaba prácticamente solucionado, únicamente se esperaba el permiso de la primera autoridad del país. El vuelo se hizo en días que yo no tenía previstos, debido a lo cerrado de la atmósfera. Como Ud. sabe, en el mes de abril la época de las

rozas provoca mucha bruma y es un tanto difícil volar, más aún en las condiciones como lo hacíamos hace ya medio siglo.

—¿Cómo se volaba antiguamente?

—Con inteligencia, conocimiento y mucho valor. Se volaba mirando el mapa que se llevaba a mano, a escala, con brújula y cálculo matemático.

—¿Dicen que usted voló con un mapa de almanaque?

—Vea, mi joven amigo, hay mucho de qué hablar, pero yo no digo a veces porque pueden pensar que uno está contando una de vaqueros. Todo esto que le narro parece un cuento de ciencia ficción, pero sólo nosotros sabemos que no fue así. En lo que respecta al mapa de almanaque, eso es cierto. Resulta que cuando llegué a México se me extraviaron los mapas y no tuve más remedio que tomar uno de almanaque y con él hacer los cálculos. Hay mucho que hablar, pero como le repito, en la bruma de casi medio siglo se pierde mucho.

—¿Cómo fue la travesía de Huston a México?

—Para no pecar con la falsedad de los datos históricos, le diré que salí de una base aérea militar de Huston, llamada Ellingthon, y cubrí el recorrido en aproximadamente 7 horas de vuelo, en un avión marca WACO T-10, con el cual llegué a la ciudad de México, aterrizando en el viejo aeropuerto de Balbuena, en aquel lejano año de 1929. Quiero decirle que la escala se cambió por orden del Presidente de la República, porque yo iba a volar directamente hasta Veracruz y posteriormente a Guatemala. Pero aquella escala en la ciudad de México, ordenada por el presidente Chacón, obedecía a corresponder la visita que había hecho a Guatemala el famoso general Fierro. Aquella escala cambió los planes y también provocó algunos problemas que ya le contaré más adelante.

—¿Cómo fue el recibimiento en la ciudad de México?

—A pesar de los cincuenta años transcurridos, tengo en mis oídos y en mis ojos el recibimiento caluroso del pueblo mexicano a un aviador guatemalteco. Aquel pueblo sabía aquilatar en toda su magnitud el esfuerzo realizado, comprendía la empresa en que yo me había metido. Pensé en México, que el recibimiento iba a ser igual cuando bajara en la «Aurora», aquí en Guatemala, mi orgullo de chapín y toda la voluntad que pueda tener un hombre de 28 años.

—¿Alguna anécdota en México durante su estadía?

—Mil anécdotas, todas a cual más importantes, pero dos en especial, que ahora que hay oportunidad le narraré según me lo vaya dictando mi memoria. La primera: fui ovacionado en México a la par de un gran ídolo de la aviación mundial y que todos ustedes conocen porque él también, por esos años, había volado en su histórico Spirit Of Saint Louis la famosa travesía New York-París. Yo me paré donde estuvo el entonces ya coronel Carlos Augusto Lindberg. Yo deseaba venirme a Guatemala para poder cumplir con el compromiso, pero lamentablemente los festejos para mi persona continuaban con ese calor que los mexicanos le dan a las grandes ocasiones, y más aún. En aquel tiempo, cuando la aviación prácticamente nacía, como le repito, quien volaba en aquellas precarias condiciones, o era muy valiente o le patinaba un poco. Pero a nosotros no nos patinaba, teníamos valor y el conocimiento suficiente para hacerlo; aunque ahora le confieso que no lo haría con los 76 años que me ando cargando.

—¿Cuentan que estuvo a punto de matarse en México?

—Así es, justamente cuando me elevaba en el Aeropuerto de Balbuena de la ciudad de México estuve a punto de estrellarme, pero únicamente sufrí averías en el avión. Los mexicanos se preocuparon mucho y eso retrasó más mi viaje de regreso; ellos con toda la amabilidad del caso repararon mi avión y lo dejaron

como nuevo, pero lamentablemente el tanque adicional de gasolina ya no lo puede poner y esto lógicamente ocasionaba que yo bajara a abastecerme de combustible en donde pudiera. ¡Imagínese! Después del accidente en México mi avión consumía a razón de 12 galones por hora y por consiguiente no podía venir directo. Así es que mi escala más peligrosa, la de México-Guatemala, la realicé con un mapa de almanaque y un pequeño recipiente de gasolina, para que me diera tiempo de volar otro poco más en caso de terminarse el combustible. Aquello más parecía una excursión en carro que viajar en avión, pero así eran esos tiempos románticos que hoy le estoy evocando.

—¿Finalmente se vino a Guatemala?

—Así es y como le repito, fue el momento más peligroso. Yo volaba con mi almanaque-mapa y con cálculos de paralelogramo de las fuerzas, único auxiliar de vuelo. Cuando me elevé principié a dejar el valle de México para empezar a ver los enormes conos del Popocatépetl y otras enormes montañas. Cuando ya el tiempo había transcurrido sentí miedo porque entendí que me había perdido y no tuve más que elevarme a 14 mil pies de altura; ya se puede imaginar lo que se siente en un sitio desconocido y a 14 mil pies, allí iba sólo mi valor y Dios, que jamás me desamparó.

—¿Pensó en algún momento que ya todo había terminado?

—La verdad que sí, pensé en los míos y me lamenté de no poder llegar al aeropuerto «La Aurora» y ser recibido como lo había soñado y como me habían recibido en la ciudad de México. Pero en un afán de supervivencia cerré los ojos di un giro y dije o llego o me mato y me fui directo según los cálculos hechos, siguiendo el viraje. Momentos después principié a ver el cono de un volcán y no me desprendí del volcán; principié a bajar, imaginando que tal vez era el volcán de Fuego, pero por

ningún lado miraba casas y eso me angustiaba más. Finalmente pude apreciar desde lo alto un como caminito de herradura y no me desprendí de él, lo seguí y lo seguí y me dije este camino me llevará a un pueblo o bien a un rancho y ahí voy a bajar como Dios me ayude. Conforme fui siguiendo el camino, éste se fue ensanchando y de repente pude divisar con el sol de la mañana los tejados de un pueblo y la cúpula de una iglesia. Di gracias a Dios. Pensé que lo peor había pasado, me di el lujo de dar una vuelta sobre el pueblo y justamente cuando pasaba sobre la cúpula de la iglesia el escape del motor tronó, como indicando que la gasolina se había terminado; saqué mi recipiente y depositè la gasolina en el tanque, busqué un campo apropiado para bajar y con la ayuda de Dios, bajé como pluma, sin mayores problemas.

—¿Sabía conscientemente en dónde estaba?

—Sinceramente no, para qué le voy a mentir, y eso le puede dar la dimensión de cómo se volaba antiguamente. Cuando yo intentaba bajarme del aparato, aquella multitud principió a llegar y se acercó a mí un hombre con enorme sombrero y una gran chamarra cruzada en el pecho; me preguntó mi nombre y le dije que me llamaba Óscar Morales López, que realizaba un vuelo de buena voluntad, que era guatemalteco y que venía procedente de México. Aquel hombrón sonrió y gritó a todo pulmón: ¡Que viva Oscar Morales López! Aquello fue el acabóse, hubo fiestas en mi honor y la pasamos muy bien parrandeando y la mar de alegría, decretaron tres días de fiesta y nadie fue a trabajar. Aquel pueblecito se llama, porque todavía está: Miagutlán y está localizado en el Estado de Oaxaca, Republica de México...

—¿Y después?

—Tuve que emprender el vuelo nuevamente, ya cuando me había aperado de gasolina y había gozado de las atenciones de

los nobles habitantes de aquel pueblito. El vuelo se inició sin contratiempos, hasta que la gasolina principió a escasear y tuve que bajar en un sitio cercano a Tuxtla Gutiérrez, siempre en territorio mexicano, donde también me demostraron cariño y recibimiento caluroso.

En mi avión «El Quetzal» había hecho un recorrido de aproximadamente 600 kilómetros hasta el último sitio donde había bajado. Todavía faltaba un buen trecho, más de la mitad del camino y no podía sentirme seguro. Pues bien, bajé en una finca que se llamaba «La Asunción» y hubo que desarmar el avión, cargarlo en un camión y conducirlo hasta Arreaga, donde fue armado nuevamente para emprender el vuelo. Esto lo digo porque hubo bromas de mal gusto de gentes que jamás habrían relizado esta obra, pero que siempre fueron buenos para contradecir y criticar. La labor de desarmar el avión y trasladarlo a ochenta kilómetros de distancia se llevó otros tres días, lo cual provocaba problemas en mis planes de llegar a Guatemala. Toda esta serie de aspectos no estaban en mi agenda, sin embargo logré superarlos y llegar a mi destino, como le contaré finalmente. Yo en mis adentros me había trazado una meta: «...La Aurora o la Muerte...» O llegaba o perecía en mi acción; aquella juventud y el patriotismo que nos embargaba a la generación de esos años, provocaba en mí el deseo de llegar al aeropuerto «La Aurora» con los laureles del triunfo. Para no cansarle, nuevamente emprendí el vuelo y ahora con el deseo de no bajar hasta la capital de la República de Guatemala. Todo fue bien, pero cuando ya iba llegando, justamente en los planos de Chimaltenango, la gasolina principió a escasear y tuve que bajar nuevamente para conseguir el preciado líquido y continuar. Ya aquello era una obsesión, tenía que llegar a la capital de Guatemala a como diera lugar, pero volando. Estando en Chimaltenango,

llegó una delegación de la capital. Por cierto que iban algunos amigos íntimos a indicarme que abandonara la idea de llegar en el avión y que les acompañara, para llegar en automóvil. Yo en forma definitiva rechacé la oferta y les dije nuevamente que «La Aurora o la muerte».

Finalmente, y digo finalmente porque yo quería terminar con aquella agonía, llegó el día 20 de abril de 1929, o sea hace justamente cincuenta años, medio siglo de distancia, cuando en medio de vítores, tañer de campanas y el saludo del pueblo generoso que comprendía mi esfuerzo y el cual no defraudé, principié ya a ver la primeras casas de la ciudad. Aquella ciudad de Guatemala, pequeña pero atenta con sus héroes, con sus hombres que realmente la amaban. Cuando me fui acercando al centro de la ciudad para hacer un saludo a los que allá abajo esperaban, pude escuchar el tañer de campanas, los cohetillos y esa algarabía tan inimitable del pueblo eminentemente chapín.

¡Cómo olvidar aquel lejano 20 de abril de 1929!, es muy difícil mientras yo viva; creo que me lo voy a llevar a la tumba. Cuando divisé la pista del Aeropuerto «La Aurora» me invadió una emoción difícil de describir. Allá abajo las enormes filas de escolares con banderitas de colores, amén del pueblo mayor, es decir personas adultas que llegaban a esperarme, a tocarme y a darme una palmadita en la espalda.

En ese momento se olvidan los problemas del viaje y el miedo que sentí en un principio. Las máquinas, por lógica, no sienten, son máquinas, pero creo que el avioncito, llamado «El Quetzal», volaba con mayor facilidad tomando las corrientes de aire de aquel día inolvidable. Abajo ya no supe más, el público me tomó casi en vilo y hubo de todo, lágrimas, felicitaciones y hasta ofrecimientos de puestos públicos por parte del presidente de la República, que como ya le dije, en en ese entonces era el

general don Lázaro Chacón. Hoy, cuando le estoy contando a usted todo ésto, me veo rodeado nuevamente de aquellas gentes, de aquella generación que ya no vive y que me vitoreó hace medio siglo. Hoy recuerdo al famoso «Quetzal», que debiera estar conmigo, pero que con el tiempo pereció destruido lamentablemente, o mejor dicho abandonado. Hay mucho que hablar, mi querido Héctor, pero en esencia esto es todo lo que constituyó ese vuelo hoy histórico y del cual se han recordado las autoridades mayores del ejército.

La cinta magnetofónica ha terminado y comprendemos también que la emoción de un hombre tiene un margen. Dejamos a un héroe, a un hombre con historia, al coronel Oscar Morales López, en su despacho de COPEREX, donde desempeña un puesto ejecutivo. La despedida ha sido breve y él amablemente nos acompaña hasta la puerta del edificio. Afuera y por estar dicha instalación un poco cerca del Aeropuerto Internacional La Aurora, se escucha el rohroneo de las naves pequeñas y las turbinas de los enormes jets comerciales.

Una avioneta pequeña cruza el espacio azul de la ciudad y nos imaginamos el hecho anteriormente narrado por su protagonista, hace cincuenta años exactos. ¿Cómo sería la capital de Guatemala hace cincuenta años? ¿Cómo irían los abuelos en los pocos carruajes que circulaban hasta «La Aurora»? El rugir de la pequeña nave nos hace pensar en un hecho que hoy toma cuerpo para que sirva de ejemplo a las presentes generaciones. Un hecho que valoriza una vez más a un hombre que recibe el estímulo del pueblo y de su ejército, medio siglo después; rememorando un hecho que significa mucho para la historia aérea de nuestro país. Ya lo dijo el gran José Martí: «HONRAR HONRA...» Y es mejor hacerlo así y no frente a una tumba.

PERSONAJES LEGENDARIOS DE LA GUATEMALA ANTAÑONA

Yo creo que Guatemala ha tenido oportunidad de contar desde tiempo lejano con personajes que, en una u otra forma, han alegrado sus calles con anécdotas cómicas o complementando ese paisaje muy especial que ya es clásico en nuestro medio.

Desde principio de siglo podemos dar una imagen, aunque un poco vaga, de dichos personajes, que con el tiempo se van perdiendo en el olvido de los ancianos y sucumben definitivamente en la memoria de las nuevas generaciones.

Si algo omitimos, sírvanse disculparnos, pero estos datos han sido difíciles en su ubicación, ya que, al paso de los años, las fechas se han perdido en el olvido y mientras unos honorables ancianos nos dan una fecha, otros nos aseguran otra, y a ese respecto fue difícil ponernos de acuerdo, y lo dejamos así, como nos lo han contado, para que no se pierda y algo quede de quienes un día, con sus inocentadas y su vida dispar, a su manera hicieron reír a nuestros abuelos, sin quererlo.

Desde que Baco es quien es, siempre ha tenido adoradores, y en Guatemala siempre ha tenido buenos «seguidores«, como diría un comentarista deportivo. «Panchito Bonito« era uno de ellos, aunque a la distancia le podíamos catalogar como furibundo fanático, que ya no pensaba en el dios Baco, sino mejor dicho vivía con dicho personaje.

Simplificando la explicación, «Panchito Bonito« era un borrachín de ocasión, que deambulaba por las empedradas calles de la Guatemala antañona y su radio de acción era las inmediaciones del Mercado Central, iglesia de Santo Domingo, y lo que fuera «La Calle De Mercaderes«, hoy flamante y modernista 8a. Calle de la zona 1.

No se me explico si fue un demente o un hombre con sus facultades completas, pero según comentarios de varias personas, fue lo primero y el efecto del alcohol le hacía más daño que beneficio.

—¡Panchito Bonito quiere guarente!, expresión muy usual de nuestro personaje, y grito que aún en las noches solitarias se escuchara allá por la iglesia de Santa Rosa, donde él paso los últimos momentos de su vida. Cuando los apretados hombres de aquella época salían de la iglesia, allí estaba «Panchito Bonito«, con su grito original, diciendo: «Panchito Bonito quiere guarente…«

Y como todos le conocían y además era muy educado y limpio, le obsequiaban cinco reales para que comprara la cuartita en cualquier fondín.

Recibía el dinero en la esquina de la 10a. Calle y 12 Avenida, frente a Santo Domingo, y presuroso corría hacia la otra cuadra a repetir la operación, gritando a pulmón abierto: «¡Panchito Bonito quiere guarente!«

Siempre se le miraba cual maquinita corriendo por las céntricas calles de la ciudad, pidiendo a su manera y estilo, alzando la mano y haciendo el ademán de tener una botella en la diestra y decir: «Panchito Bonito, quiere guarente…«

Y Panchito Bonito murió en su ley. Un pesado tranvía lo arrolló en la 8a. Calle y 10a. Avenida, un día menos pensado, que ya ni el abuelo recuerda la fecha.

EL SOMBRERÓN

Allá por el año de 1951, un grupo de entusiastas artistas nacionales trabajó en la filmación de la que sería la primera película guatemalteca de largo metraje y con argumento netamente criollo. «El Sombrerón« fue su título; el director del filme, don Guillermo Andreu, así concibió al personaje caracterizado por el gran actor guatemalteco Octavio Paiz, quien compartió papeles con otros grandes de la farándula chapina, como por ejemplo: María Luisa v. de Andreu, Germán Bayer Santa Coloma (Q.E.P.D.), Luis Rivera, y otros no menos valiosos que escapan a nuestra memoria. Para aquellos quijotes del arte no hubo mucho «pisto« que digamos, pero sí el orgullo de ser los pioneros del cine nacional.

EL MAISTRITO DEL CEMENTERIO

Nunca se supo si Modesto Martínez estaba de goma o andaba bolo; pero lo que sí era cierto es que tenía 57 años, y llegó al sitio que otros albañiles le envidiaban por su inteligencia, siempre se culpaba de no haber aprendido más en la escuela y algunas veces echaba la culpa a sus padres de no haberle dado la oportunidad.

Pero a pesar de los pesares, fue escándalo poco a poco dentro del oficio y de simple "chunero" llegó a maestro de obra, y algunas veces con un par de tragos entre pecho y espalda discutía elementales principios de construcción con honorables ingenieros; siempre se ponía ante los aprendices como ejemplo y con proféticas palabras les decía: "la cuchara se agarra así, hay que saber hacer las cosas, llévense de mis consejos y algún día cuando estén gozando de un buen sueldo, me van a bendecir". Y proseguía: "Hoy Uds. están en la gloria; antiguamente, en tiempos de Cabrera, entonces había que ver, recomendado, con todo y nalgas, sin ganar nada". Y así, entre plática, discusión y trago, la pasaba Modesto Martínez, originario de la capital guatemalteca, de oficio albañil y uno de los más entusiastas organizadores del Día de la Cruz. Fue precisamente ese día cuando algo le sucedió...

Aquel 3 de mayo de 1947 amaneció radiante de sol y con una invitación para disfrutarlo. Modesto laboraba en la construcción de un mausoleo de conocida familia capitalina, en el interior del Cementerio General. Antes de entrar a la necrópolis, complementó la compra con dos botellas de Ron Negrito que pasó comprando al "Último Adiós"; con un día de anticipación había reunido el resto para celebrar dignamente "El Día de la Cruz", que los del gremio de albañiles celebran con devoción.

Tumba del primer cadáver egresado al Cementerio General en el año 1881.

En las bolsas llevaba chuchitos, tortillas y otras comidas que destaparía a la hora de descorchar las botellas, después de la quema de cohetes a las doce meridiano, con los muchachos de la obra. Modesto desde que llegó a la obra preguntó por su compadre Manuel, pero nadie le dio respuesta; el compadre tenía que ayudarle a la colocación del altar y el adorno de la Santa Cruz.

Finalmente, y cuando ya habían dado las siete y media, se fue asomando el compadre con otros dos paquetes y una botella de guaro en la bolsa del pantalón. Con un fuerte silbido se identifi-

caron y saludaron desde lejos. Modesto esbozó una sonrisa de satisfacción, como diciendo: "Mi compadre nunca falla"...

Cuando dieron las 12, justamente a la hora de las bombas voladoras, cohetes y campanas, ya los compadres habían tomado más de la cuenta.

Tomaron un rato más, y posteriormente cada quien salió por su lado, pero Modesto y su compadre Manuel, con media botella en la mano, se internaron hacia la parte norte del Cementerio, como buscando el osario general.

El sol de mayo era quemante, pero las nubes grises amenazaban con descargarse. Uno de los compadres le señaló al otro que por la Verbena estaba lloviendo a cántaros.

—Compadre Manuel, creo que mejor nos metemos en un buen mausoleo porque ya viene el agua y nos vamos a empapar.

Modesto, como queriendo ver hacia el sitio que su amigo le señalaba, a duras penas alzó la cabeza. Era demasiado tarde. Los primeros goterones caían sobre la humanidad de los compadres.

Como Dios les ayudó, se introdujeron en una hilera de nichos nuevos, pero como la lluvia era inclemente y azotaba con aire, finalmente resolvieron colocarse cada quien en su agujero horizontal. "Son nuevos, compadre", le decía uno al otro como queriendo darse valor.

La lluvia se regala inclemente sobre los barrancos cercanos y tumbas del Cementerio, los rayos formaban figuras luminosas en el espacio, y los goterones al estrellarse en el blanquecino mármol de las lápidas, producían un ruido raro salpicando los secos floreros viejos que con sus plantas marchitas agradecían aquel regalo de Dios. Los compadres, a todo esto, ya dormían la mona. Después de la borrachera, no parecían dos borrachos; daban la impresión de dos cadáveres sepultados en nicho y sin ataúd, mostrando las plantas de los zapatos blanquecinos por la mezcla y la cal.

El pobre Modesto no se dormía por más que hacia la lucha, la lluvia le mojaba los pies y entre el estirar y encoger los pies, mejor optó por salirse y guarecerse en una capilla en construcción que daba frente a unos nichos con cadáveres recién sepultados. El otro compadre ya no sintió cuando Modesto se salió de su nicho, pues dormía profundamente; el cielo se obscureció y parecían las 6 y media de la tarde, la lluvia azotaba con fuerza y nuestro hombre se defendía como podía en una pequeña puerta de un mausoleo viejo.

El viento hizo cambiar la lluvia y ahora azotaba del lado contrario, dando oportunidad al pobre de Modesto a no mojarse más; sacó un cigarrillo y lo encendió como pudo. En eso estaba cuando escuchó una voz rara que desde un principio le heló la sangre:

—Modesto, no te mojes, puedes abrir la puerta del mausoleo y entrar sin pena…

Sin esperar respuesta, salió corriendo del lugar, saltando entre los charcos y promontorios de lodo que la lluvia había formado; no paró hasta que llegó a la puerta principal de la necrópolis donde lo atajaron unos amigos que le preguntaron qué había pasado.

—¿Pero qué te está pasando?, le decían a coro los otros albañiles que pasaban la lluvia en la puerta principal del Cementerio.

Modesto, con la vista fija en el cemento, poco a poco dijo lo que había escuchado. "Fue una voz que me pareció familiar", repetía.

Otro de los compañeros, en broma le reprochaba «por andar de cantineador, pues a lo mejor fue la «Siguanaba«. Todos rieron a mandíbula batiente por la puntada del flacucho albañil, que la había lanzado al grupo.

La lluvia no se quitó por completo. Una llovizna pertinaz siguió mojando la banqueta de la Avenida del Cementerio y la

vieja campana sonaba anunciando que pronto iban a cerrar. Como espectros iban saliendo algunos empleados con capas negras de hule y los más humildes con enormes escaleras al hombro, echándole rayos a la lluvia.

Al infeliz de Modesto le seguían saeteando con bromas de mal gusto por lo que había contado. Un albañil barrigón y bajito que le decían«Tachuelita«, les invitó a todos a tomarse un buen trago para el frío…

Modesto los vio alejarse, y él tomó camino distinto, rumbo a su covacha del cantón «Barillas«; la voz profunda y grave que escuchó no se le apartaba un solo momento de sus oídos. «Modesto, no te mojes, puedes abrir la puerta del mausoleo y entrar sin pena«.

Por fin fue llegando a la humilde casita donde lo esperaba su mujer y cuatro patojos, que necesitaban un presupuesto especial para la comida. El humo de la cocina se metía por todos lados y con voz desganada se escuchó el «ya vine«, que resonó en la oscura alcoba. Para que los patojos no escucharan la conversación de los mayores, Modesto les dijo que salieran a jugar un poco al pequeño patio.

—¡Casilda, Casilda!, gritó Modesto, llamando a su esposa, la que acudió rápidamente secándose las manos con el delantal que un día fue blanco…

—Pero, ¿qué te está pasando?, ya te he dicho mil veces que no me gusta que te juntes con el viejo de don Manuel y no me haces caso. Volvía a la carga doña Casilda, «siempre que andas con ese infeliz, chupan como desesperados y qué les importa el gasto y los patojos; como sabes que yo hago mis cachas con las tortillas, que te importa«.

Modesto la miró como queriendo darle la razón de todo aquello que increpaba abiertamente; de pronto quiso decirle

algo, pero su mujer siguió reprochándole su proceder en los últimos cuatro días, desde que habían «agarrado la fuerza«.

—Ya no tenéis vergüenza, he querido decirte que desde hace tres días murió la madrina de los patojos, pero como siempre venís bolo, no ha habido modo.

El pequeño cerebro de Modesto, al escuchar estas últimas palabras principió a trabajar, pensando en lo que había escuchado en el Cementerio.

—Eso es lo que yo te quería decir, que me espantaron en el Cementerio hoy por la tarde, pero a vos sólo en regañar se te va todo el tiempo.

—Qué espantos ni qué diablos—contesto doña Casilda—, lo que pasa es ya te estás engasando como la vez pasada.

—No, mujer, te estoy diciendo a verdad —decía Modesto, con un flato horrible que se le manifestaba en la cara—, fue la comadre... Fue la comadre la que me hablo en el Cementerio... Reconocí su voz —decía llorando desesperadamente.

Aquella espantada que le dieron a Modesto en el interior del Cementerio, fue santo remedio para que ya no chupara y se dedicara a sus hijos, y como cosa muy especial, para que no aceptara ni «chapuces« o construcciones en ese lugar. La última vez que platiqué con él, allá por el Botellón, me dijo sonrientemente: «Al Cementerio regresaré, pero cuando me muera«.

LA LLORONA

Cuando más pegados a la falda de la madre estaban, nuevamente el grito se escuchó en las inmediaciones del potrero de Corona. "Es ella" —decían las buenas ancianas, que santiguándose, escondían a los patojos y hacían cruces de ceniza en el suelo de la pieza.

El grito ahora nuevamente se escuchaba más cerca y más cerca; posteriormente más lejos, lejos, como en dirección a la Pedrera; el grito terrorífico era complementado por el silbar del viento y el aullar de los perros de las vecindades.

—Menos mal que ya se fue la condenada. Ojalá no regrese jamás. Cuando dijo la última palabra, doña Chabela somató con el puño la mesa y por poco lanza al suelo la veladora que le tenían puesta a San Judas Tadeo.

—¡No es lo que te digo, pues!

—Lo muy menos, alguna desgracia va a pasar, porque La Llorona ya está fregando nuevamente —esto lo decía la otra anciana, que temblando del miedo aún sostenía un Cristo en la mano—. A la mañana siguiente, en todo el Callejón del Judío no se hablaba de otra cosa, el tema de La Llorona era la comidilla del día. Unos inventaban más de la cuenta, y hasta llegaban a manifestar que les había tocado la puerta y que en la pilona de su casa tan colonial, como el Cerrito del Carmen, había buscado con sus gritos destemplados a su hijo Juan de la Cruz.

—¿Dónde estás, Juan de la Cruz? ¡Ayyyyy! ¿Dónde estás, Juan de la Cruz?

El grito se perdía todas las noches en el potrero de Corona, y se alejaba para volver en breves momentos. Los patojos, del puro miedo, dormían amontonados, y no soltaban el vestido amplio de la abuela, que los ponía a rezar el Rosario, mientras en el

espacio el grito clásico y tradicional sonaba fúnebre y aterrador.

El único que no creía en tamañas tonteras era el zapatero remendón del barrio, que atribuía el grito a un pájaro nocturno.

—No, don Pancho, no hay que creer ni dejar de creer, le decía doña Chabela cuando hacía los comentarios de lo acontecido la noche anterior, pero el zapatero, siempre en sus trece, no cedía ni un momento en sus teorías de que el grito era un pájaro nocturno.

Las noticias del aparecimiento de La Llorona por los linderos del Cerrito del Carmen, cundieron por toda la ciudad y algunos vecinos llegaron hasta desocupar sus cuartos para irse a vivir a otro lado.

Cuando la noche iba cayendo con su manto enlutado, los temerosos vecinos se disponían a descansar. En el solitario Callejón del Judío, sólo el pito destemplado del policía se escuchaba; en la otra cuadra, de vez en cuando se saludaba con los ronderos, que también cumplían la misión de «velar por el orden«.

Con los naipes en la mesa, en medio del cuartucho, oloroso a cueros viejos, el zapatero platicaba con uno de los guapos del barrio de la Recolección, que jugaba con él una partida.

—Ve vos, yo creo que mejor te vas porque no tarda en salir La Llorona, dijo burlonamente don Pancho al compañero.

El humo de los cigarrillos subía verticalmente y se estrellaba en el cielo de manta, pintado con cal. A cada movimiento que el viejo hacía, la cama rechinaba, como quejándose del peso que cargaba.

Al filo de la media noche terminaron de jugar a los naipes. Don Pancho invitó al joven amigo a tomar una taza de café calientito y aromático; don Pancho seguía gastándole bromas al amigo, y este sentenciosamente le contestaba:

—¡No hay que jugar con fuego, ni escupir al cielo!

La carcajada del zapatero resonó como un latigazo burlón que asustó a los patojos de la vecindad, que ya se habían dormido. Los gallos tristemente cantaban a lo lejos y los gatos en brama hacían lo suyo en los tejados, mientras que alguien les lanzaba agua hirviendo para que dejaran de estar haciendo burla.

Llegaron al clímax las bromas del zapatero, que el amigo le apostó a que él solitario, después de las 12 de la noche, no pasaba por el Cerrito del Carmen, mucho menos por las inmediaciones del Potrero de Corona.

—¿Qué apostamos?, dijo el zapatero, aceptando el reto y lanzando un escupitajo que aplastó con el pie. Con mucha solemnidad se colocó el saco, la corbata y tomó el sombrero disponiéndose a salir, cuando cambió de idea, y repuso: "Mejor cada quien toma por su lado y nos encontramos en la bóveda que da frente a la Iglesia del Cerrito".

Él aceptó de buena gana y tomó por un lado, el otro bajó hacia el extremo para reunirse allá arriba, donde juntos esperarían a La Llorona; uno creía en el ser inmaterial y el otro aseguraba que solamente era un pájaro nocturno que asustaba a los ignorantes.

Sólo el sonido de los pasos se escuchaba en el solitario Callejón del Judío, mientras don Pancho proyectaba su ruta hacia el Cerrito del Carmen.

Llegó finalmente a una esquina y allí encendió un cigarrillo haciendo tiempo, con la esperanza de encontrar a los ronderos y jugarle una buena broma al amigo que ya subía por el otro extremo del legendario Cerrito.

Don Pancho, aunque un poco viejo, era un cantineador empedernido y no dejaba nada cuando de faldas se trataba y la ocasión le daban; vio palpablemente que de la casa de doña

Chabela salía una linda mujer, y hasta se había despedido con un adiós romántico y picaresco.

Don Pancho, ni lerdo ni perezoso, abordó a la joven dama que a esas horas y en semejantes condiciones ofrecía un blanco perfecto para que el Don Juan del barrio entrara en acción.

—Buenas noches, distinguida señorita, le dijo con voz varonil el viejo zorro. ¿Cómo es posible que tan elegante dama ande a altas horas de la noche sin que la compañía de un caballero que le haga más grato el momento?

La risita de la muchacha le dio más confianza a don Pancho, que se creció, brotándole de los labios mil palabras que más o menos hilvanaba.

—¿Sabe, señorita, que uno entre más viejo, más conocedor y más respetuoso es con las damas? Amor de viejo es el más seguro... De un patojo nunca se sacará nada de nada.

La risita de la mujer seguía la corriente de que don Pancho hablaba como un perico. "Imagínese que esta noche apostamos con un muchacho, el cual puede ser mi hijo, a subir hasta la cima del Cerrito del Carmen y con mi valor hacerle entender que no existe La Llorona; cómo quisiera que nos viera juntos para demostrarle que usted como mujer anda a estas horas de la noche, solitaria y sin miedo, a ese ser que sólo existe en la mentalidad de los miedosos".

Ahora la risa de la mujer se tornó en frase de elogio para don Pancho; éste, con presunción ante la dama, sólo se retocó el mostacho amarillento y oloroso a tabaco barato.

—¿Le gustaría dar una vuelta conmigo?, dijo don Pancho a la mujer guapa que acompañaba.

—Por supuesto que sí, Francisco, contestole la muchacha que con sus facciones finas cautivó a primera vista al zapatero remendón.

Don Pancho no perdió oportunidad y le metió el brazo a la muchacha y principiaron a subir las gradas anchas del Cerrito del Carmen, por el final de la 12 Avenida.

El amigo, con más miedo que valor, fumaba nerviosamente frente a la bóveda de la Iglesia del Cerrito del Carmen, y don Pancho no se asomaba por ningún lado; él había cumplido subiendo, y únicamente el escapulario que su santa madre le obsequiara pendía de su cuello.

Como a la media hora escuchó abajo el movimiento y los gritos de los ronderos que corrían de un lado a otro, y a cuatro que en una camilla cargaban a un hombre inconsciente. Ya no esperó más y bajó corriendo para ver qué sucedía; una corazonada le decía que a don Pancho, algo le había pasado, y efectivamente, su intuición no le engañaba, era don Pancho al que llevaban medio muerto y con la cara desfigurada en una tosca camilla, rumbo al Hospital de San Juan de Dios. Un galeno anciano dudaba de que el hombre llegara vivo al Hospital, y los que cargaban corrían para ganar tiempo.

Cuando pasaron por la Iglesia de La Merced, el pobre hombre solicitó la presencia de un sacerdote porque presentía que la muerte ya se lo llevaba a un viaje sin retorno. El cura lo confesó y reconfortó en los últimos momentos de su existencia. Entre el grupo de gente y ronderos que allí estaba identificó al amigo, y con voz entrecortada le dijo:

—Cuánta razón tenías, no hay que creer ni dejar de creer. Fue lo único que alcanzó a decir, y hubo que llamar al juez de turno para que levantara el cadáver.

UN AYUDANTE INESPERADO

Al culto escritor y periodista quezalteco
José Ángel Cifuentes Vásquez

No sólo antiguamente solían suceder aspectos del más allá, en plena década de los 60; también han acontecido y pueden estar presentes en el momento menos esperado...

La ciudad de Guatemala seguía su curso normal; apreciándola desde cualquier alto edificio, parecía un homiguero con sus automóviles y peatones que abajo corren desesperados, víctimas de la agitada situación. Los voceadores de periódicos gritan las últimas noticias haciendo notar el encabezado de la primera plana con el fin de terminar cuanto antes los diarios. Dos buses pasan raudos, dejando su negra estela de humo que acelera el cáncer a los capitalinos.

En el mercado central y la placita, los trajes multicolores de los indígenas se confunden con las minifaldas y camisas chillantes de jóvenes comprando los alimentos un bocinazo saluda cortesmente a una colegiala que pícaramente vuelve a ver y sonríe aceptando el cumplido sonoro.

En la 6a. Calle, antiguo «Callejón del Conejo«, todo ha cambiado radicalmente, sólo unas casas de altillo han quedado como mudos testigos de lo que en otros tiempos fue, con sus bolitos, anécdotas y mil historias.

El ulular de una ambulancia rompe el silencio o, mejor dicho, el murmullo de la gran ciudad; el eléctrico sonido abre brecha para hacerse notar y evitar un accidente en cualquier esquina.

—¡Allí van los bomberos!, dice alguien.

Todos siguen con la vista la trayectoria de la ambulancia, que ahora sube por la 6a. Calle a toda velocidad, rumbo al hospital

más cercano, cruza al llegar a la Avenida Elena y entra directamente hasta la emergencia del Hospital General, donde bajan al herido, quien después de los primeros auxilios y los esfuerzos desesperados por salvarlo, muere víctima de los golpes sufridos.

Una enfermera gorda lo conduce en una camilla rodante hasta el anfiteatro para practicarle necropsia médico legal; previamente ha dado el telefonema a una céntrica funeraria, donde por llamado tiene su comisión.

Cuando sacan el cadáver, algunos parientes del difunto esperan en el pequeño corredor del anfiteatro; otros empleados de funerarias se han dado cuenta y "se pelean al muerto", ofreciendo mejores precios y "cómodas mensualidades" por el servicio fúnebre.

Finalmente, uno de ellos se queda con el difunto y ordena que hay que prepararlo, es decir, vestirlo y encajonarlo para enviarlo a su lugar de origen: Quezaltenango.

—¡Carlos! ¡Carlos!, llamaban al chofer del carro fúnebre para que se preparara, ya que esa noche salía para Quezaltenango a dejar un cadáver. La rutina era la misma: llevar el auto a la gasolinera y hacerle el servicio completo, finalizando la operación con llenar el tanque y revisar los frenos. Pesadamente salió el negro automóvil de la iluminada gasolinera de la Calle Martí. Se parqueó frente a la funeraria, y el cajón, con todo y el difunto, fue colocado convenientemente en su sitio.

—¡Nadie se va conmigo!

Las luces de la ciudad ofrecían un espectáculo maravilloso desde el mirador de Occidente, y las ruedas del auto negro rechinaban en cada curva rumbo a Quezaltenango, con su cargamento fúnebre.

Cuando bajaba hacia el puente de Nahualá, tuvo que conectar las neblineras porque la bruma era espesa y blanca como la

nieve. Carlos iba meditando en el trayecto, su vida, problemas y proyectos que algún día realizaría, si Dios se lo permitía. Sacó de su billetera una fotografía, y la contempló por breve tiempo; era su hijita primogénita, que adoraba con todas las fuerzas de su corazón.

El auto negro tenía una tercera envidiable y subía las pendientes con una fuerza enorme, y en las vueltas la estabilidad se sentía perfectamente el rechinar de los neumáticos.

Faltarían como 30 kilómetros para llegar a Quezaltenango, cuando sintió que la parte trasera, en el lado izquierdo, la llanta perdió aire y se fue de lado; inmediatamente frenó y bajó a verificar la avería, notando que la llanta se había pinchado.

La noche era oscura y fría, y, para colmo de males, por su mente principiaron a pasar leyendas que, en la infancia, había escuchado. La mayoría de espantos y aparecidos. Colocó las luces de emergencia para luego colocar el neumático de repuesto.

Uno que otro automóvil o camión pasaban sin prestarle atención; que con sus luces se perdían carretera abajo. Las manos le sudaban a Carlos cuando hacía esfuerzos sobrehumanos, queriendo sacar el último tornillo con la llave de "chuchos"; tomaba aire y volvía a la carga, pero aquello era imposible.

Un automóvil pasó rápido, él le hizo señas, pero no le paró. Como salvación, a lo lejos, notó la silueta de un hombre que caminaba a la orilla de la cinta asfáltica.

—Quizá entre los dos saquemos la tuerca, pensó Carlos aquella noche oscura, donde estaba. Subió de nuevo al automóvil y puso luces altas para reconocerlos mejor.

—Buenas noches, ¿qué le está pasando amigo?, dijo el hombre joven, de aspecto amable, que pasaba cerca. Carlos se levantó y dándole una explicación de lo que le sucedía ofreció llevarlo, si le ayudaba en su tarea.

Entre los dos pudieron quitar la tuerca, y con rapidez asombrosa pusieron la llanta de repuesto. Faltaban pocos kilómetros para llegar a Xela, cuando el enigmático caballero suplicó a Carlos que le dejara allí.

—Muchas gracias por todo, dijo al desconocido, dándole un fuerte apretón de manos. Cuando entró a Quezaltenango, una llovizna fría caía sobre la ciudad y pocas personas deambulaban por las calles de la metrópoli Occidental.

Buscó la dirección en la guantera, y al encontrarla se dirigió rumbo a la misma, que no estaba muy lejos del centro. Tocó la bocina dos veces y no fue preciso hacerlo más, pues presurosos salieron dos muchachos con bufandas en el cuello para ayudarle en lo que pudieran. Después salieron los parientes dando gritos de dolor por la pérdida del ser querido, que muerto regresaba a la casa materna. La gente enlutada entraba y salía de la casona; mientras tanto, Carlos esperaba la cancelación de la factura, para regresarse esa misma noche, ya que al otro día tenía un servicio en la capital.

Le ofrecieron una taza de café caliente y un traguito de rompopo, mientras uno de los parientes le iba a traer el sobre con el dinero. Todos miraban la cara del muerto por última vez, y la curiosidad picó a Carlos que, acostumbrado a esos menesteres, optó por hacer lo mismo. Cuando le vio la cara, por poco se muere de un susto, pues era nada menos que el mismo hombre que le ayudó a colocar la llanta de repuesto y a quitar la tuerca enroscada, horas antes en la carretera. Carlos maneja hoy una camioneta del servicio urbano, y muy en serio me confesó que jamás volvería a laborar en una funeraria…

EL FANTASMA DE PIE DE LANA

A la gran artista chapina doña María Luisa v. de Andreu, maestra de locutores.

Doña Josefa Barrientos era una de las tantas lavanderas de antaño que dejaban los cuellos, puños y camisas tan blancos que no se podía pedir más.

Aquella humilde sirvienta era como de la familia, había visto crecer al señor de la casa y ahora le tocaba apreciar las travesuras de los retoños.

Don Francisco Salazar se la había llevado a trabajar a la casona de la 8a. Avenida, desde que Josefa había cumplido 14 años, y tan acostumbrada estaba a los ruidos que los ratones hacían, que ya no les hacía caso. Siempre recordaba con cariño a don Francisco, padre de don Paquito, quien había quedado al mando de la casona desde el día de su fallecimiento; los niños se iban al colegio y llegaban hasta las cuatro de la tarde. La casa era grande y aunque ella sabía que allí espantaban, no daba crédito a las habladurías.

—Tenga cuidado porque en esa casa espantan —le decían las otras sirvientas en voz baja, cuando se miraban en la carnicería—. Ella no sabía si lo hacían por envidia o por aconsejarla y alertarla de cualquier espíritu maligno.

Cuando Josefa cumplió 45 años, los señores le dieron una pequeña recepción y le regalaron un corte barato; fue un día sábado. Por la tarde le dieron permiso para salir a dar una vuelta por la plaza de armas. Al otro día, muy temprano, con el canto de los canarios se levantó y preparó la comida de los señores en unas canastas, ya qué ellos salían de viaje.

Casi nunca se había quedado solitaria en la casona de la 8a. Avenida, y ahora llegaban a su mente los comentarios que

había escuchado en labios de sus compañeras de trabajo.

El enorme reloj marcó las 9 de la mañana, que asustó a la pobre Josefa que en el corredor remendaba unos delantales...

—Condenado reloj, dijo maldiciendo al aparato entre dientes por el susto que le había dado. A los pocos momentos, el aldabón colonial de la puerta de calle sonó tres veces en forma insistente...

—Gracias a Dios, por lo menos hay quien me haga compañía porque ya me estaba dando miedo —dijo la Josefa casi en voz alta.

Cuando llegó a la puerta, ésta para colmo de males no se abría ni con la fuerza de un hombre. Daba la impresión que se había atorado el gancho de la enorme llave antigua. Entró nuevamente al cuarto contiguo y al espiar por la ventana no había nadie; la calle estaba desierta a pesar de ser domingo por la mañana. Llegó una vez más al portón con la intención de abrirlo, pero fracasó en su intento. La Josefa solicitó auxilio hacia la vecindad pero nadie escuchó su voz. Posteriormente guardó paciente en la ventana y a lo lejos divisó la figura de un caballero circunspecto que daba la impresión de dar un paseo matinal por la legendaria 8a. avenida. El hombre, impecablemente vestido, caminaba por el lado opuesto de la acera.

—Ahora sí, en cuanto pase le hablo para que me ayude con el portón —dijo Josefa. El hombre se fue acercando con paso firme y seguro. Cuando llegó frente a la puerta de la casona, el caballero clavó sus ojos firmes y profundos. Allí quedó parado como apreciando la vieja casona de aquel barrio que sin duda le traería algún recuerdo. Josefa aprovechó el momento y le llamó casi en forma desesperada: —Señor... Señor!. El caballero atravesó la calle colocándose frente al viejo y romántico balcón.

—¿En que puedo servirle?, fue la frase que salió de sus labios delgados y poblados en la parte superior por un recortado mostacho en "U", que le daba un aire de gran señor.

—Que me he quedado atrapada porque el portón se atoró —dijo la Josefa suplicante ante el caballero. El hombre esbozó una sonrisa amable y encaminando sus pasos hacía el cercano portón, sacó una llave de su bolsillo y abrió sin ningún problema de fuerza. El sol quemaba en aquella mañana; como agradecimiento Josefa le ofreció al señor un fresco batidor de limonada. Los pasos del desconocido retumbaron en el zaguán de la casa. Cuando pasaba por el corredor el hombre daba la impresión que reconocía aquella casona, lo hacía como alguien que tiene mucho tiempo de no llegar a un sitio donde ya ha estado anteriormente.

—Ya conocía la casa? —preguntó tímidamente Josefa.

—No, contestó el hombre burlonamente, pero después agregó:

—Para qué voy a mentirte, ya conocía la casa y es poco lo que ha cambiado, me trae tantos recuerdos y hoy que miro los pilares del corredor y la vieja cochera, me remonto a otra época.

Fue una época, la más florida para quien te habla, pero lamentablemente todo tiene un fin y todo terminó...

La Josefa se le quedaba viendo con la boca abierta, y con el batidor de limonada en la mano.

—Entonces, ¿usted vivió aquí?

—Sí, yo viví aquí por mucho tiempo, con mi hijo y mi esposa. Ella falleció en esta casa, pero como te repito, todo tiene un final y el nuestro llegó inevitablemente.

Josefa suplicó al señor que tomara asiento en una mecedora que estaba en el corredor; el hombre miró fijamente el piso del corredor y le dijo:

—Gozaba mucho cuando regaban con agua fresca estos ladrillos, y su aroma penetraba en mis pulmones, ¡qué olor más agradable!

La Josefa sonrió y le sirvió la limonada, el hombre apuró el

vaso con sed notoria, y al final la felicitó por lo delicioso del refresco. Aquella mujer sencilla le colmó de atenciones en agradecimiento a que le ayudó con el problema de la puerta, le llevó por todos los rincones de la casona, por la cochera y el segundo patio para que recordara con más lentitud lo que él había poseído un día.

Cuando llegaron al patio, el extraño personaje dijo a Josefa:

—Aquí murió mi esposa, víctima de una rara enfermedad; lamentablemente yo no pude hacer absolutamente nada por salvarla. Siguieron caminando y al pasar cerca de la antigua cochera donde guardaban enseres inservibles, la vio fijamente a los ojos y con seriedad absoluta le dijo: "¿Ves aquél rincón?. Bien, cuando algún día tengas una necesidad o dispongas abandonar esta casa, un día que te quedes sola como hoy, a media vara de profundidad hay algo que sólo tú lo podrás disfrutar".

Cuando aquel hombre terminó de pronunciar la última palabra, Josefa escuchó que tocaban la puerta y le suplicó lo dispensara, pero que pronto volvería. Corrió velozmente por el corredor después de haber atravesado el enorme patio, llegando a la puerta donde alguien tocaba insistentemente...

—¡Ya voy, ya voy!, dijo la Josefa, al momento que abría con suma facilidad la puerta grande del zaguán. La que llegaba en aquellos momentos era nada menos que la tía de don Paquito, anciana muy querida en la casa y que siempre los domingos llegaba a almorzar con ellos.

La Josefa le narró en pocas palabras lo que había acontecido hacía unos momentos, cuando la puerta se le trabó y no la pudo abrir, y tuvo que acudir a la ayuda de un señor que anteriormente había sido propietario de la casa y que justamente estaba adentro...

—Pero Josefa, qué diablos estás diciendo, si el último dueño de esta casona murió hace más de 100 años; no hables tonterías;

vamos, enséñame dónde está ese señor. La Josefa principio a sentir miedo y recordó lo del espanto, al llegar al segundo patio donde ella había dejado al desconocido, éste no estaba, lo buscaron por todos lados, y nada...

—Vos estás soñando o estás bola, lo muy menos, repitió la encopetada anciana, acusando de mentirosa a la sirvienta.

—Le juro por Dios, doña Julia, que yo misma lo vi con estos ojos que algún día se comerán los gusanos. Además lo atendí.

Josefa inmediatamente recordó la limonada, y como el hombre se la había tomado, regresaron a donde estaba el batidor, siendo la decepción más grande aún. Allí estaba el recipiente con todo y el líquido, nadie había tomado nada. La mujer sintió volverse loca por un momento, y recordando lo que le dijo en la cochera, invitó a doña Julia rara que fueran a escarbar.

A los quince minutos ya habían dado con algo duro, que poco a poco fueron sacando. Efectivamente, eran dos recipientes grandes de barro que pesaban mucho. El sol caía verticalmente sobre la casona de la 8a. Avenida y en ese momento comprobaba doña Julia que la Josefa no le mentía; ataron un lazo a uno de los recipientes y con la ayuda de un mozo que llamaron, lo fueron subiendo poco a poco. Cuando lo quebraron, sólo carbones habían adentro, y tierra con olor a humedad. Las dos mujeres y el hombre humilde se miraron como preguntándose ¿qué significa todo esto?

Doña Julia hizo memoria, y recordó que su abuela le había contado que en esa casa había vivido por muchos años el legendario bandolero PIE DE LANA...

—Ve mija, le dijo a la Josefa, fuiste muy babosa, la suerte era para vos, y como nos contaste esto, la suerte se te fue...

A pesar de tener más de veinte años de laborar en aquella casona, la Josefa se fue de allí para nunca más volver...

LA CHUCHITERA DE SAN PEDRITO

Hoy en la zona 5, especialmente el barrio de San Pedrito se yergue majestuoso, con calles asfaltadas, modernos edificios y colonias residenciales, ¡qué lejos están los días cuando los abuelos celebrando las festividades de San Pedro hacían el viaje hasta la aldea lejana bajando por la Barranquilla, sitio donde hoy está instalado el Estadio Mateo Flores, pasando a un lado de la "Palma", sitio que ocupaba la residencia presidencial del licenciado don Manuel Estrada Cabrera, hace más de 60 años!

San Pedrito era una aldea, con su iglesia y su tradicional ceiba centenaria. La que aún observamos en el parque, frente al Templo, inmenso árbol que escondió a más de un perseguido por la policía en aquellos tiempos románticos. Uno de los fugitivos f FROILAN JUAREZ, que ante el acoso de la policía cabrerista d mió muchas noches en dicho árbol legendario.

La aldea de San Pedrito se distinguió por sus ladrillera fábricas de adobe, de buen barro resistente, duro e impenetrab Nadie imaginaba en esos dorados tiempos que con el correr los años la pacífica aldea sería un barrio más de la gran ciud San Pedrito era una aldea, contó con su alcalde, alguaciles y re - deros; también con su cementerio propio que estaba instalado más o menos a la altura de la 31 Calle y 21 Avenida de la zona 5, extendiéndose hasta las inmediaciones de donde hoy está la colonia 20 de Octubre. Frescas en la memoria de algunos abuelos están las fiestas del patrono de San Pedrito, cuando los platillos típicos de la época alternaban con el guaro de olla, jocote y nance, puestos a la vista del cliente en limpios petates nuevos, para ser degustados al momento.

Cuentan por allí, que los sampedranos tenían fama de pendencieros, que había un decir popular, después de las festivida-

des de la aldea, que más o menos era el siguiente: "Hoy la feria estuvo triste porque sólo hubo dos matados".

O sea que, como en el viejo Oeste norteamericano —valga la comparación—, el guapo de la Parroquia venía directamente con navaja en mano a buscar al guapo de San Pedrito, para tirarse unos puyones.

El menos diestro salía con los pies por delante, y el otro, derecho a la cárcel, o se esfumaba para siempre. La Avenida de La Barranquilla fue única por su desfile de damas, que a pie o en carruaje asistían a las festividades de San Pedrito, con sus enaguas limpias y enyuquilladas, que contrastaban con el lodo que las lluvias formaban en sus estrechos callejones.

Pues lo que hoy les cuento sucedió precisamente para una feria de aquellas, y nuestra leyenda principia en un pequeño estanco de licores que abarrotado de personas daba servicio a los enfiestados vecinos.

Jacobo Suchité era un hombre medio indígena, medio ladino, que bebía con un grupo de amigos en el fondín de referencia. Cada media hora sacaba su reloj del bolsillo del chaleco para ver la hora, pero no lo hacía tanto por la hora, sino más bien para que vieran que tenía reloj, que esa noche lo estrenaba.

Jacobo era un hombre del pueblo campesino, y sólo cuando había ocasión se ponía saco y pantalón de jerga momosteca, azul chillante, camisa blanca y pañuelo colorado atado al cuello, descalzo y con los pies bien limpios. El sombrero también era fino, y se lo echaba por un lado para darse más personalidad. A pesar de que ya era casado, chuleaba a las mozas del estanco que presurosas servían cerveza de barril o guaro blanco.

La recordada música de carreta, que tanto gustó a los abuelos, lanzaba sus notas al aire, y los valses de Strauss iban dejando en el ambiente su complemento de alegría y sabor vienés.

Jacobo seguía viendo la hora y presumiendo con el reloj de bolsillo. Los amigos se dieron cuenta de la presunción de Jacobo, y no dejaron de darle alguna coba por su actitud.

—Bueno señores, me esperan en mi rancho, yo "creyó" que ya es hora de irme a recoger, dijo Jacobo, levantándose de la mesa.

Un campesino, viejo, que estaba a su lado, con voz aguardentosa únicamente alcanzó a decirle:

—¡Cómo va a ser eso!, la mejor mula se me está echando.

—Lo siento, Saturnino —le dijo—, pero me tengo que retirar, porque yo sé hasta dónde mi cuerpo aguanta. A todos les dio la mano y se retiró del estanco, no tan bolo que digamos.

Había caminado como dos metros, cuando Saturnino volvió a la carga y les gritó:

—¡Cuidado con la Chuchitera! Las risas de los amigos se confundieron con las notas mal ejecutadas de una marimba vieja, que trataba de sacar El Barreño.

El bullicio de la fiesta se fue quedando atrás y por las veredas emprendió el regreso, rumbo a su ranchito. En aquellas veredas únicamente el croar de las ranas y el canto de los grillos se escuchaba, más una que otra zumbadora se le atravesaba, pero Jacobo listo con el corvo las apartaba de un planazo.

Como a los diez minutos, pasaba la puerta principal del cementerio de la aldea, y no habiendo otro camino por fuerza tenía que atravesarlo, pero él lo había hecho tantas veces que muy acostumbrado estaba, y como buen campesino no sentía miedo para caminar de noche en medio de un camposanto.

Ya casi salía del cementerio, cuando divisó la silueta de una mujer del campo, con su manto, vestido largo, blanco, y el canasto en la cabeza. Con la luz de la luna se ayudo a ver la hora y por momentos pensó que el reloj se había parado y la campesina era una de las que madrugaban rumbo al mercado de Guatemala.

Se fue acercando más y más a la mujer del canasto, y cuando ya estaba cerca ésta le ofreció algo de lo que en él llevaba.

—¿No compra chuchitos? Van calientitos y sabrosos, señor.

Inmediatamente recordó que a su mujer no le llevaba nada y que era buena oportunidad para comprarle algo y contentarla por llegar tarde.

—Deme cinco de los más grandes, dijo Jacobo a la mujer, que bajó el canasto y despachó los chuchitos. Únicamente se los entregó y se marchó presurosa por la vereda del cementerio; Jacobo le gritó dos veces, pero esta se desapareció en las sombras de la noche.

Lo caliente de los chuchitos quemaba las manos de Jacobo, que contento con la ganga siguió el camino a su rancho.

Cuando llegó, como era lógico suponer, todos dormían y sólo su esposa le esperaba impaciente con el jarro de café entre las brasas del poyo.

—Por eso no te cambio Chinta, le dijo a su esposa abrazándola y entregándole el pequeño paquete con los chuchitos que aún se notaban calientes. Doña Jacinta, para contemporizar con Jacobo, fue a 1a cocina a traer una escudilla para colocarlos y comerlos junto a él, pero cuando regresó vio que con una expresión de asco los sostenía en las manos. Aquellos chuchitos, minutos antes calientes, hoy se tornaban fríos, y en lugar de masa y recado contenían tierra del camposanto, flores de muerto y huesecillos humanos.

—Que Dios nos ampare, dijo Jacobo, lanzándoles lejos del rancho y sosteniendo a su esposa que temblaba como una engomada.

El resto de la familia se levantó de sus camas y acudieron a prestarle auxilio a doña Jacinta. Faltaba poco para que amaneciera y los gallos desde su escondite iban saliendo para infor-

mar con su canto mañanero, a los cuatro vientos, que otro día principiaba.

Un grito lejano se escuchó; más que grito, pareció una risa burlona de mujer loca. Esto bastó para que Jacobo recordara las palabras de Saturnino en la fonda de San Pedrito "¡Cuidado con la chuchitera!"

EL CUENTO DEL VIOLINISTA

—No hija, ya te he dicho una y mil veces que Eduardo no te conviene para esposo, no tiene ningún porvenir, es un bohemio; no es por deseárselo, pero en una de tantas va a parar muy mal…

Los regaños constantes torturaban la mente de María del Rosario, que enamorada de Eduardo, le importaban poco sus vicios y lo que de él se dijera. Estaba dispuesta a llevar hasta el último momento su noviazgo con el apuesto músico que era el motivo de su vida, el hombre que ella realmente amaba con todas las fuerzas de su ser. Los domingos, cuando los padres de María del Rosario disponían llevarla a sitios de recreo, ella ponía cualquier pretexto para quedarse en casa, sobornar a la criada y verse a solas con Eduardo.

El muchacho se la ingeniaba para saltar por la parte trasera de la casa y verse en el amplio jardín con la mujer de sus sueños. Cuando él sabía que los padres no estaban, aprovechaba para llevar su pequeño estuche y sacar el violín para que su amada escuchara lo que él tocaba, con sentimiento y dedicatoria para la mujer que él amaba intensamente. Las visitas se sucedieron una tras otra y a pesar de que los padres se seguían oponiendo a las relaciones, ella cada día lo amaba más y más. Aquel amor platónico llegó a un extremo trágico cuando a Eduardo le negaron definitivamente la amistad de María del Rosario, al enviarla lejos del solar patrio, rumbo a un colegio inglés de donde no regresó jamás.

Eduardo se dedicó a la bebida, llegando al extremo de dar conciertos en los fondines de baja estofa. Ganaba únicamente para beber licor, para ahogar sus penas y olvidar un pasado que le atormentaba brutalmente. Por aquellos lejanos años

había pequeños bares donde la pianola, la guitarra o bien la marimbita de acero hacía más agradable el momento a los parroquianos. Eduardo en uno de esos laboraba, ejecutando con su violín las más bellas canciones románticas de la época, haciendo estremecer el corazón de los bohemios que allí tomaban alegremente.

—Guayo, tocate algo de la Viuda Alegre —solicitaban los consumidores. El pago era otra copa repleta que él tomaba para sumirlo más en la desesperación, en el vicio y en la soledad. Salía despacio, poco a poco, cuando cerraban el negocio y ya no había a quien entretener. Eduardo vivía en un pequeño cuarto del Callejón de Santa Teresa, y hacia allí encaminaba sus pasos pensando en alguien que muy lejos estaba, ignorando su desgracia y desesperación. Allí, platicando con la almohada y llorando como un niño, se quedaba dormido para despertarse al otro día muy temprano y salir nuevamente con el violín bajo del brazo a dar algunas clases de música a hijos de padres acomodados.

Guayo se conformaba con pasar frente a la casa donde había vivido María del Rosario, con ver el viejo balcón, la puerta grande y otras cosas que le parecían familiares; sentía un alivio transitorio y nuevamente su pensamiento volvía lejos, muy lejos, quien sabe a qué regiones distantes.

Un día de tantos que pasaba frente a la casa vio que la Petronila, la criada de confianza, salía completamente de luto corriendo hacia la casa de enfrente. Eduardo se quedó como paralizado viendo que el movimiento se acrecentaba a cada minuto. Cuando la criada regresó le preguntó con disimulo qué pasaba.

—Por Dios Santo, don Guayo —exclamó la sirvienta—. La niña murió hace 15 días, y hasta hoy supimos la noticia…

La nueva invadió el raquítico cuerpo de Eduardo y lo sacudió desde las uñas hasta el cabello; se quedó pensativo a media calle

y nuevamente emprendió el camino rumbo a su cuarto del callejón de Santa Teresa.

De allí no salió hasta tres días después, la tristeza lo agobiaba y una tos constante lo hacía su víctima; caminaba como un autómata por las calles, sin saludar a nadie. Un día de tantos, una mañana lluviosa y gris como su existencia, lo encontraron muerto en el cuartucho del viejo callejón.

Los pocos amigos que tenía, como pudieron reunieron dinero para comprarle un tosco ataúd, meterlo en el mismo y darle cristiana sepultura. Cuando le vieron por última vez antes de introducirlo en la fosa, notaron en su cara una sonrisa de satisfacción, quizá adivinando el próximo encuentro con su amada, a la que ya no volvió a ver desde que se fue para siempre.

Contaban los vecinos, y especialmente la Petronila, que por las noches de luna en el enorme jardín de la casona antigua se escuchaban sus pasos y las notas del violín hacían más notorias cuando el viento soplaba en sentido favorable... Al correr de los años y antes de morir, la sirvienta, ya anciana, me contó lo que hoy les relato a ustedes.

LAS LUCES MISTERIOSAS DEL CERRITO DEL CARMEN

Lo que me han contado se remonta a tiempos antañosos. El escenario, un sitio que todos conocemos y que siempre luce tan romántico como legendario, el Cerrito del Carmen. Juan Corz, el religioso ermitaño, fue el que con su templo complementó la belleza sin par que ostenta y que a pesar de los años da la impresión de que el tiempo allí se detuvo; nada ha cambiado, sólo la ciudad que principia en sus faldas y se extiende hacia los cuatro puntos cardinales. Varias leyendas me han narrado del Cerrito del Carmen, pero hay una que me ha puesto en que pensar; una que yo dejo a la estimable consideración de ustedes para que saquen conclusiones. Son estas leyendas que han pasado de abuelos a nietos, de padres a hijos, y así sucesivamente, flotan en nuestro ambiente que a pesar del modernismo y de la poca creencia en algunos acontecimientos, hechos y demás consejas, persisten y aún se comentan con mucho interés. Nuestra leyenda se inicia en un año perdido en el almanaque, cuando las miserables rancherías circunvalaban la llamada Ermita del Carmen y en lo que con el tiempo fuera el Potrero de Corona el ganado pastaba silencioso y los pastorcillos con sus manadas de cabras se perdían en la lejanía verde del amplio valle.

El balar de algunas ovejas y el rebuzno del burro rompía la monotonía del apacible lugar. Había cierto malestar entre los indígenas y mestizos porque, según comentaban en voz baja, uno de los miembros de la cofradía, ya con sus tragos, había blasfemado contra la Virgen del Carmen en vísperas de su celebración. Aquel campesino lanzaba oprobios contra la imagen que inerte recibía las andanadas de palabrotas, y todo porque no le había salvado a su hijo de una enfermedad que le consumió poco a poco.

Atardecer en la Ermita del Cerrito del Carmen, foto de 1920.

Todos habían quedado pasmados ante la actitud de José María Aqzín Coyoc; sabían de su religiosidad y respeto y no creían en lo que decía.

—Algo grave va a pasar, causa del Chema Aqzín —decían los humildes artesanos. Unos sólo se persignaban y le encomendaban a Dios por sus desacatos. Aquello sí que era grave. Años antes las sequías y el cólera se habían ensañado con los habitantes de otras pequeñas provincias por las mismas cosas y algo sucedería; quizá no tardaría mucho.

Las fiestas de la Virgen del Carmen se celebraron con la pompa que los pocos vecinos le daban; la campana sonaba y aquellos humildes hombres con sus mujeres, niños y perros concurrieron al templo a escuchar la misa; aquellas celebraciones fueron solemnes y al final todos guardaron sus mejores galas para el año entrante.

Siempre se seguía pensando en lo que el Chema había hecho y el castigo que sobrevendría de un momento a otro. Algunos de aquellos hombres cegados más por el fanatismo que por la realidad, habían pensando incluso linchar al pobre indígena. Uno de los religiosos hubo de intervenir a fin de que no se cometiera un crimen con aquel infeliz.

Una tarde cuando ya se había realizado la oración, ante la expectación de ladinos e indígenas, vieron cómo una luz potente salía justamente del centro del templo de los ermitaños, en la parte superior del Cerrito del Carmen. La deducción fue colectiva; todos pensaron que el castigo ya estaba en marcha. Los gritos de "¡Santo Dios! ¡Santo Fuerte!", se escucharon en la pequeña ranchería de las faldas del Cerrito del Carmen.

El acabóse fue cuando la bola de fuego sobrevoló los alrededores del cerro y con su fluido incendió algunos de los ranchos colindantes del sitio; aquello quemaba el pasto reseco. Religiosos y vecinos salieron corriendo buscando los montes cercanos para guarecerse del peligro, viendo desde esos escondites cómo la luz rojiza se alejaba y se perdía en el espacio obscuro y silencioso.

En la mentalidad de nuestras gentes sencillas todo se debió a un castigo de la Virgen por las blasfemias de José María Aqzín Coyoc.

Cuentan las leyendas que el pobre indígena, arrepentido de las ofensas, no cesó en su intento de desagraviar a la virgencita, hasta que según él obtuvo el perdón deseado. De generación en generación el caso de Chema fue comentado en una y otra forma. El año de 1620 no se olvidaría fácilmente, los padres seguirían contando a sus hijos lo acontecido después de las fiestas de la Virgen del Carmen.

29 años más tarde, nuevamente el fenómeno extraño regresa al mismo sitio y el pánico cunde otra vez en las rancherías; era el

14 de abril de 1649, aún se pensaba en las blasfemias de Chema, pero algunos se resistían a creer en el castigo ya que había muerto hacía algunos años. Pero aún no salían de su asombro a pesar de los años. El caso se seguia comentando y el 25 de marzo de 1680 el fenómeno vuelve al mismo sitio y siembra el temor nuevamente entre el vecindario. Una vez más fue desapareciendo poco a poco sin dejar huella; sólo el fluido había quemado el pasto seco y algunos ranchos en los sitios aledaños al Cerro del Carmen.

Con el tiempo todo se fue olvidando y algunos menos ingenuos ya no creían en la leyenda de los abuelos; aquel viejo cuento de las blasfemias de Chema había quedado como eso, como un cuento que se narraba por las tardes o por las noches, cuando la abuela era el centro de atracción de los nietos.

Aquello tomó proporciones alarmantes cuando el fenómeno fue visto otra vez el 20 de enero de 1681. Siempre el mismo susto, las mismas formas de pensar en relación a un hecho que no se explicaban cómo llegaba y se iba flotando en el espacio. Todos vieron alarmados en la noche fría de enero cómo el fenómeno se alejaba en la obscuridad de la noche solitaria.

La noche del 18 de septiembre del año 1691 aparece otra vez más la luz en el infinito y se va acercando poco a poco, hasta posarse en la parte superior del Cerro del Carmen. Una vez más arrasa con todo, con las rancherías y con los pastizales húmedos. Por espacio de unas horas los asustados habitantes vieron todo sin poder hacer absolutamente nada por defenderse y sin comprender el porqué del fenómeno. Finalmente y como siempre se fue perdiendo en el espacio hasta desaparecer completamente en las sombras de la noche. Mientras tanto, los campesinos fueron saliendo de sus escondites dando infinitas gracias a Dios que ya todo había pasado.

Al otro día los sacerdotes de la Ermita del Cerro del Carmen hicieron construir una cruz de Caravaca, que los antiguos exorcistas usaban contra los demonios y demás espíritus malignos.

Fue la última vez que nuestros paisanos vieron aquel extraño cuerpo en el espacio; la fecha quedó grabada en los archivos de la Iglesia y marcaba el día 18 de septiembre del año de 1691. A 297 años de distancia y leyendo estos valiosos documentos que se asocian con las leyendas que nuestro pueblo ha mantenido, creemos que en Guatemala el comentario de los objetos voladores no identificados es tan viejo como las leyendas que las abuelas han narrado. Ahora bien, ¿fueron éstos en realidad platillos voladores o alucinaciones de nuestros pacíficos paisanos? Como se dice comúnmente en nuestro medio, a ese respecto hay mucha tela que cortar, y consecuentemente dejamos a su criterio el comentario de lo escrito.

EL EXTRAÑO CASO DE SERAFÍN SANTIAGO

Siempre se le miraba rumbo a misa los domingos y fiestas de guardar a don Serafín Santiago y Quevedo, hombre cuarentón; conservador hasta la médula y consecuentemente circunspecto y de maneras muy refinadas en su rítmico andar, su figura era identificable desde algunas cuadras a lo lejos, siempre caminando muy recto, con el bastón en la diestra, camisa de pechera sin arrugas y bien almidonada.

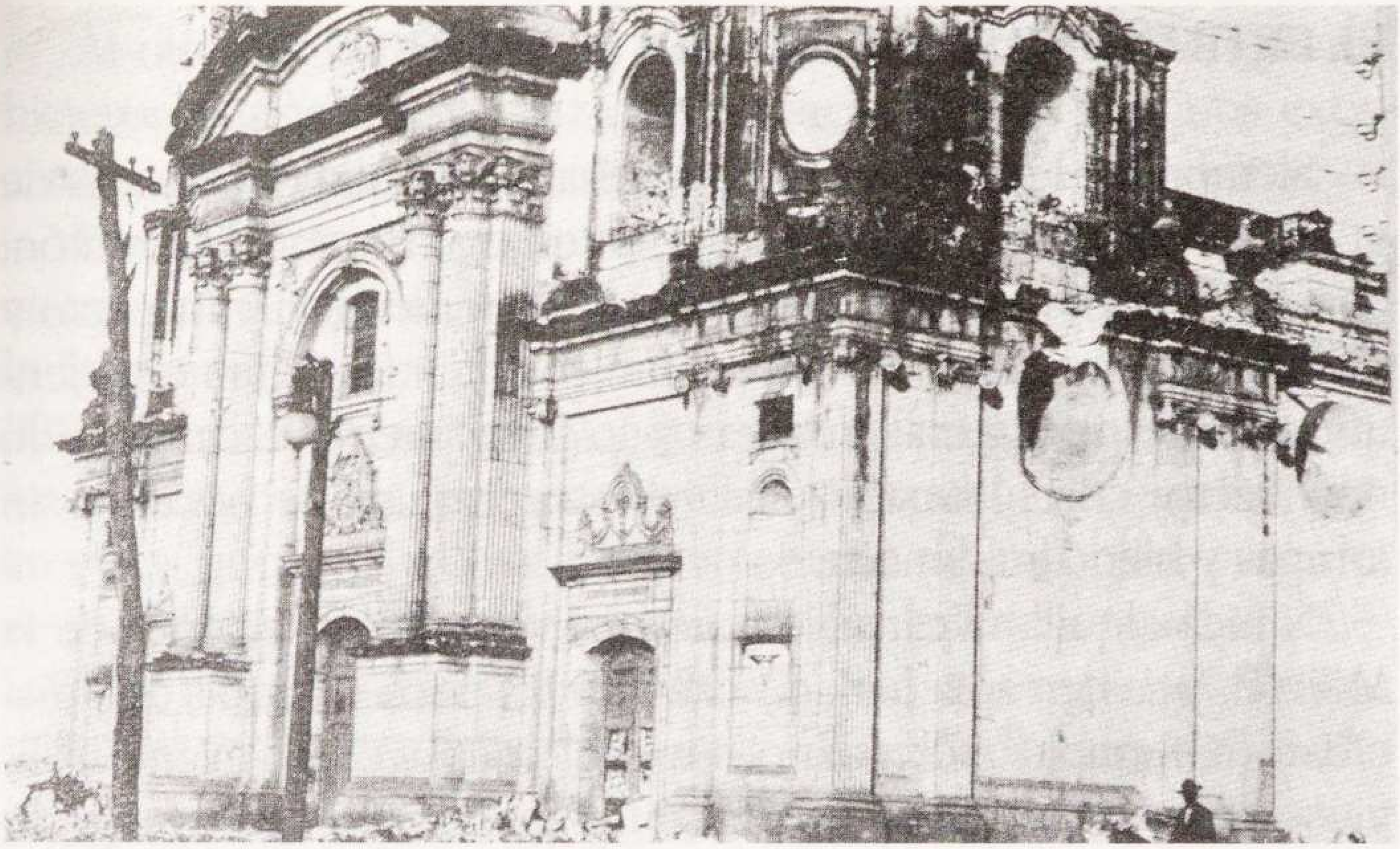
Nunca alquilaba carruaje porque vivía a inmediaciones de la Merced, y su cercanía le hacía caminar las pocas cuadras que distaban del templo mercedario. En cualquier acontecimiento religioso, allí estaba el hombre con su figura inimitable, con su gesto aristocrático y su eterno traje gris.

La Guatemala de principios de siglo era tan pequeña, es decir su capital, que sus personajes más relevantes y sus personas comunes y corrientes se saludaban de una acera a otra; casi todos se conocían, y ya no digamos los conglomerados de los llamados barrios céntricos.

Don Serafín era uno de aquellos personajes que según los "decires", había nacido en "buena cuna", pero poco a poco se fue quedando sin fortuna; en sus años mozos había recorrido Europa, se había dado la gran vida, y ahora pues se decía que vivía a expensas de unos tíos ricos, propietarios de fincas colindantes con la capital...

No faltaba a las tertulias de sociedad, y alguna que otra cuarentona suspiraba por el flaco caballero, que según él manifestaba, jamás daría el "sí" a una mujer para que lo sojuzgara por el resto de su vida.

Durante la Semana Santa del año de 1905, fue uno de los que más colaboró en la organización de procesiones y demás actos



Iglesia de la Merced durante los terremotos de 1917.

litúrgicos, al extremo que ya en altas horas de la noche partía rumbo a su casa a descansar; luego muy temprano se le miraba nuevamente dando su paseo matinal por la Plaza de Armas.

El sol cuaresmal quemaba muy temprano y don Serafín Santiago se dirigía rumbo a la Merced, caminando como siempre, con aires de gran señor y saludando a todo el mundo, tocándose levemente el ala de su sombrero. El motivo de su visita al templo mercedario aquella mañana revestía un motivo especial. Había un cambio importante de sacerdotes, y él iba a despedir a uno que había sido su amigo y confesor por muchos años. Los cambios de religiosos eran rutinarios, pero don Serafín Santiago y Quevedo los hacia más solemnes —según él— con su presencia.

Cuando llegó al templo mercedario, éste lucía tranquilo como siempre y a varios metros a la redonda se podía escuchar el volar de una mosca, pero qué raro, no había nadie, ni los pordioseros

que siempre llegaban de mañana, ni las ancianas que llevaban las flores religiosamente, y ni siquiera ninguno de los sacristanes.

Reverentemente, don Santiago se persignó en la entrada y fue avanzando rumbo a la sacristía en la parte izquierda del templo.

—Pero qué raro, no hay nadie —dijo, pensando que ya todo había pasado y por un error involuntario se habían olvidado de él. Un leve viento que entraba en las naves laterales hacia mover las negras cortinas, que un día antes habían servido para los oficios religiosos de una misa de difunto.

—Pero qué raro, nadie hay por esta casa de Dios...

Ahora hablaba solo, sin que le contestaran o quizás esperando que alguien lo hiciera, cuando llegó muy cerca del altar mayor, y justamente cuando admiraba uno de los ricos ornamentos artísticos con que cuenta el templo, vio que una de las entradas subterráneas, es decir la inmensa tapa de madera, se movía, como que si alguien había quedado atrapado. Don Serafín sin perder tiempo corrió a levantar la inmensa tablona; cuando la pudo correr un poco sintió el hedor a humedad.

El sudor perlaba la frente de nuestro personaje; a duras penas movía el enorme tablón que ahora ya iba cediendo ante la fuerza de los huesudos brazos de don Serafín. Era tanta la fuerza que sus lechosos brazos por momentos se tornaban rosados y a veces colorados, mientras las venas sobresaltaban su color azul.

Por fin pudo quitar el obstáculo y vio salir uno a uno a varios sacerdotes con su clásica vestimenta y su tradicional bonete.

Estos padres que no agradecían el intenso trabajo que don Serafín había hecho, seguían su camino rumbo a la sacristía en fila india y musitando oraciones; algunas veces ininteligibles. Por un momento, don Serafín pensó que llegaba justamente a la hora de los actos u oficios religiosos relacionados con la despedida de quien era su amigo.

Otro grupo salió de la bóveda; ahora iban cantando con sus voces roncas cánticos en latín; era indiscutible que el acto tenía relevancia muy solemne, según nuestro personaje, que sentado en una de las bancas con reclinatorio no perdía detalle de lo que iba sucediendo. Volvió la vista y pudo apreciar que en el templo sólo él como único invitado estaba apreciando los actos litúrgicos.

Las dos filas de sacerdotes que últimamente habían salido de la bóveda iban tomando asiento en unos sillones especiales que estaban en los laterales del altar mayor. El coro con sus voces roncas seguía amenizando el acto, y apreciando aquel lujo de vestuarios que contrastaba con la luz que entraba por los redondos ventanillos de la cúpula, don Serafín mentalmente se confesaba a sí mismo que nunca, ni en Europa misma, había presenciado una misa con tanta solemnidad...

Él fue siguiendo todos los pasos de la misa, el sonar de la campanilla que el acólito hacía mover con su mano blanca; el olor a mirra e incienso llegaba hasta donde él estaba recordándole los días previos a la santa cuaresma, pero aquel olor a incienso lo fue transportando a un mundo quizás irreal. Por momentos sentía que el reclinatorio iba volando, o que todo daba vueltas; se sujetaba fuertemente y aquel humo tan penetrante como delicioso ahora le sumía en un profundo sueño. Quería abrir los ojos y no podía; hacía lo imposible por incorporarse, pero no lograba su objetivo y poco a poco se iba dejando llevar por el pesado pero delicioso sueño... Únicamente pudo observar vagamente que los actos litúrgicos habían finalizado y que nuevamente todos los sacerdotes ordenadamente y en correcta formación iban abandonando el altar mayor para dirigirse a la bóveda del lado izquierdo que aún permanecía abierta. Don Serafín nc dejó de ver la entrada de la bóveda hasta que entró el último sacerdote.

Un acólito le fue a despertar... Lo movía fuertemente y le

habló con un poco de pena, ya que don Serafín era muy conocido en el ambiente y sabía positivamente que no estaba borracho. Quizás se había quedado dormido pero ya estaba entrada la noche y era hora de cerrar el templo.

—Don Serafín, por favor, despierte. ¿Se siente mal? Quiere que llame un carruaje, lo hago con mucho gusto.

Don Serafín se fue incorporando poco a poco, se desperezó ante la mirada incrédula del acólito.

—Pero no me vayas a decir que me he quedado dormido. ¿Qué horas son ya?

—Creo que faltan diez para las ocho de la noche. Yo lo vi dormir toda la tarde, pero la verdad que me dio pena despertarlo.

—Toda la tarde, decís.

—Sí, toda la tarde, porque según me dijo el otro sacristán, usted llegó desde la mañana. Es más, los patojos que vienen a recibir doctrina lo oyeron roncar y hasta burla le hacían.

Con la coquetería característica en don Serafín, éste se acicaló brevemente y emprendió camino rumbo a la puerta principal del templo mercedario en compañía del joven acólito; ya casi llegaban a la entrada cuando la voz conocida del padre superior les llamó desde la nave central del templo.

—Serafín, no salgáis por ahí, que esa puerta ya está cerrada, es mejor que lo hagáis por el portón lateral.

El padre superior giró en redondo, y se disponía a entrar por la sacristía cuando don Serafín le habló:

—Pero, ¿usted ya no se fue del templo?

—No, hubo una contraorden, y aquí me tenéis quizás para eterna memoria en este sagrado recinto.

—Pero, ¿y la misa cantada y todos los sacerdotes que yo vi salir de la bóveda?

El padre superior soltó una carcajada que resonó en todo el

templo. Lo que don Serafín le narraba con lujo de detalles motivaba la risa en el obeso sacerdote español, que a cada risotada se sostenía su abultado vientre.

—Pero Serafín, no vayas a venir ahora con que te espantaron. Un hombre culto como tú, viajado, y creyendo en todas estas patrañas. No, por favor.

Don Serafín salió con la cola entre las canillas, como dicen los del barrio del templo de la Merced. Jamás, ni siquiera por curiosidad había preguntado qué había en aquellas bóvedas húmedas y mal olientes; siempre había visto sus entradas tapadas por enorme tablón, pero nunca les dio la importancia que podían ameritar.

El único que no celebró con risa las burlas del padre superior fue el acólito que le acompañó hasta la puerta; él sí creía en lo que don Serafín decía, porque un año antes había sufrido la misma alucinación y sabía positivamente que allí sucedían hechos sobrenaturales, que la bóveda se abría solamente una vez al año y que en su interior estaban los cuerpos momificados de algunos sacerdotes y tumbas de altos personajes que se habían dedicado en vida a ayudar a la iglesia.

Don Serafín con un raro temblor de cuerpo se despidió del muchacho y se echó a caminar por la solitaria calle de la Merced, rumbo a su domicilio. Algunos dicen que lo miraban sonreír a veces y pararse en las esquinas invitando a la gente a que escuchara los cánticos religiosos de los padres de la Merced.

—Oíd, plebeyos, oíd... ¿Verdad que no tenéis el privilegio de escuchar lo que yo? ¿Verdad que no podéis oír lo que solamente Serafín Santiago y Quevedo puede escuchar?

Las consejas del barrio de la Merced dicen que don Serafín enloqueció víctima de los brebajes que una mujer le dio a tomar al haberla engañado; otros se apegan a la impresión sufrida por causa de las momias de la Merced.

DON JULIÁN

Son las dos de la tarde en el antiguo callejón de los fotógrafos, allá cerca del Calvario de la 18 calle; el sol pega con toda fuerza y el leve viento apenas si mueve el viejo rótulo que es sostenido por dos oxidados alambres que un día fueron negros…

"DON JULIÁN"
MARMOLERÍA, ESPECIALIDAD EN LÁPIDAS
Y PINTURA DE MAUSOLEOS; PRECIOS BAJOS
PUNTUALIDAD Y ESMERO

Un cochero cabecea dormitando sobre su carruaje esperando vanamente al cliente, las moscas zumban por todos lados haciendo más tedioso el ambiente; a lo lejos se escucha el sonido característico del cincel que cuidadosamente se estrella en el liso mármol blanco; va formando artísticas figuritas guiado por la mano de don Julián… Tic, Tic, Tic, Toc, Toc, Toc, Tuc, Tuc, Tuc…

El pequeño estudio es algo sencillamente maravilloso, un bosquejo por aquí, otro por allá y una serie de trabajos ya hechos que serán el recuerdo y la identificación en un lejano y triste cementerio de quienes antes se fueron para no volver.

Don Julián sigue su trabajo cincelando sobre el mármol con su figura inconfundible; allí está con su gabacha de lona, la colilla del cigarrillo quemándole las comisuras de los labios y el humo casi obstaculizándole la visión del ojo izquierdo y con sus lentes redondos caídos sobre la nariz... Tic, Tic, Tic, Toc, Toc, Toc, Tuc, Tuc, Tuc, Tic... Es el único sonido que se oye en el callejón; se escucha como un mensaje en clave que llega de ultratumba y que rasga la soledad de la tarde.

Esos angelitos con caras de niños gordos y sonrientes salían de las manos de don Julián como algo especial, y luego la rotulación con los nombres de los difuntos, unas letras profundas y otras en relieve. El pequeño estudio, como cualquier otro, es desordenado; aquí un pequeño busto de algún personaje fallecido, allá un bosquejo a lápiz de una linda mujer que fue el amor imposible de don Julián en sus años mozos, polvo y más polvo blanco, residuos de mármol blanco.

Tic, Tic, Tic, Toc, Toc, Toc, Tuc, Tuc, Tuc... Sigue el sonido; es un sonido en clave que quiere comunicarse con alguien; pero ¿con quién? El tic, tic, tic ahora más agudo, sigue guiado por la mano de don Julián.

—Trastos que componer, tapamos goteras!

Los gritos destemplados del soldador sacaron de su inspiración al artista, los minutos habían pasado rápidamente, y los patojos salían de la escuela corriendo en desbandada, buscando a sus madres que lavaban en el tanquecito del Perú.

A lo lejos, los cornetas del Castillo de San José lanzaban al viento sus aires melancólicos como una protesta por el servicio "voluntario" que prestan. El movimiento principiaba en el estrecho callejón, gritos de vendores por aquí, otros por allá; aquellos ya daban señales de vida, y todo tomaba nuevos bríos.

En el pequeño estudio don Julián seguía con su labor noble y artística, trazando con el cincel bellas figuras para las lápidas, unas rosadas, otras blancas o negras. La puerta del negocio se movió y tembló cuando un apuesto muchacho tocó con los nudillos de los dedos.

—¿En qué podemos servirlo? —preguntó don Julián al cliente que llegaba.

—Necesito un trabajo muy especial para dentro de quince días; le suplico no me vaya a quedar mal.

—A nadie le quedo mal, mi joven amigo. Usted dirá para cuándo la quiere; es decir la fecha exacta, el nombre que quiere le pongamos, si de una lápida se trata; ahora, si es un trabajo de pintura en el cementerio, pues también no le podemos quedar mal... Mi lema es claro y terminante: "Puntualidad y Esmero".

El hombre joven esbozó una sonrisa. Sus manos huesudas y blancas contrastaban con el opaco del viejo vidrio, mostrando algunas lápidas, que las manos maestras del anciano habían hecho.

—Quiero una lápida para el jueves 5 de mayo, o sea que le quedan exactamente quince días para que me entregue el trabajo. Le dejo pagado el trabajo y en este sobre está la dirección y el texto que quiero...

Don Julián contó los billetes uno a uno, inmediatamente giró sobre sus talones y caminó rumbo a un viejo almanaque que, clavado en la pared, en su parte superior mostraba una pintura taurina donde "Chicuelo" inmortalizaba a "Dentista", el toro que le dio fama en México.

El anciano consultó las hojas del almanaque, y mentalmente hizo cuentas para entregar el trabajo... Algo iba a decir don Julián pero ya el joven no estaba. Con paso lento salió a la puerta del estudio pero ni señas del apuesto caballero. Entró don Julián y contó otra vez los billetes; el sobre lo dejó allí para iniciar el trabajo al otro día.

La mano reseca y polvorienta del viejo artista limpió una y otra vez la superficie del mármol que iba a trabajar; con mucha lentitud principió dibujando el motivo que esculpiría, luego abajo, la rotulación del nombre de la persona:

RAFAELA LAURO V. DE CASTELLAR

El dolor reumático hizo que el viejo artista descansara un poco en la silla de pino que estaba junto al mostrador; con la

colilla del cigarro que agonizaba encendió el otro y se quedó viendo un punto fijo como pensando en tantos problemas. Don Tomasón, viejo cochero del callejón, le sacó de sus cavilaciones; llegó a quitarle el tiempo, a platicarle un montón de tantas cosas sin interés, y así se pasaron las horas.

El día se pasó como agua y nuevamente el pito de las cinco de la tarde en la estación de los ferrocarriles avisaba que un día de labores había terminado, y que al mismo tiempo empezaban las horas de descanso.

El antiguo callejón se fue quedando solitario. Sólo la violineta de algún achimero dejaba escuchar sus "ayes" melancólicos y románticos desde algún cuartucho de la vecindad.

—Este fregado como que al fin aprendió la mentada Amapola, porque ahora tan bien que la saca —comentó entre dientes don Julián.

—Hasta mañana, don Julián, que Dios le acompañe.

—Gracias, gracias muchacho —contestó a uno de los lustradores que iba a lavarse las manos al tanque.

Allí iba don Julián con sus años antañones a cuestas rumbo a su casa, enfilando por la 18 calle hacia el barrio del "Gallito".

Los días fueron pasando y don Julián, violando los principales lemas que le habían dado fama a su negocio (Puntualidad y Esmero), fue dejando a un lado el trabajo que le habían encomendado, y esto lo recordó justamente cuando una vez más se terminaba un día de labores. Bueno, pero don Julián era un hombre práctico y con una rapidez asombrosa terminaría el trabajo el día exacto que había anotado en el calendario.

Al otro día, muy temprano, el artista siguió el trabajo que desde aquella tarde que llegó Tomasón a quitarle el tiempo había dejado inconcluso. Sacó nuevamente el sobre y lo colocó en un caballete para verificar el nombre de la difunta: RAFAELA

LAURO V. DE CASTELLAR. Llegó a la continuación de la leyenda: FALLECIÓ EL 5 DE MAYO DE 1937…

—Ah puchis!, este muchacho se equivocó de fecha. Cómo diablos va a ser esa la fecha si ya mañana es 5 de mayo de 1937.

Don Julián paró el trabajo nuevamente; no quería cometer un error en el mármol porque como él decía, era imperdonable. Tomó la decisión de ir aquella misma tarde a constatar la fecha a la casa del joven que le había encargado el trabajo. Tomó nuevamente el sobre y con la dirección escrita y memorizada se encaminó a la mencionada dirección.

La situación se le fue poniendo difícil a don Julián, porque el nombre del muchacho no estaba anotado y lógicamente preguntaría por la señora, es decir por algún pariente de la difunta.

—Perdone señora, ¿conoce usted a los parientes o hijos de doña Rafaela Lauro v. de Castellar?

La pregunta la hacía don Julián a una señora que justamente salía de una casa de la 14 calle; era aquella una casa de "gente bien", de amplios balcones y grandes cuartos.

—Señor —contestó la dama—, ella no puede ver a nadie. En estos momentos la están confesando y no creemos que pase la noche. La pobre desde que se sintió enferma ha sufrido mucho… Así es la vida, la gente buena es la que se va.

Con la palabra en la boca dejaron a don Julián. La señora cerró la puerta con sumo cuidado y se disponía a marcharse cuando en un afán casi desesperado el anciano la abordó una vez más.

—Vea, y sería posible…

La mujer cruzó la calle y parado quedó don Julián. Principió a caminar rumbo al "Gallo" pues ya era hora de almuerzo. El viejito iba hablando solo en la calle, como queriéndose responder el porqué de todo aquello.

—Definitivamente creo que no puede ser una broma pesada; nadie sería capaz de hacer una cosa semejante por mucho que odie a una persona.

Al otro día todo siguió su curso normal; el trabajo quedó pendiente, olvidado en un obscuro rincón del estudio. Por la tarde, cuando llegó el periódico, una pequeña nota luctuosa levantó de su asiento a don Julián.

RAFAELA LAURO V. DE CASTELLAR
Falleció hoy auxiliada con los
Santos Sacramentos de nuestra
Santa madre la Iglesia católica, etc., etc.

Don Julián ya no pudo seguir leyendo, únicamente se limitó a verificar la fecha en la parte superior de la página de sociales. Allí estaba la fecha exacta: jueves 5 de mayo de 1937. Con la rapidez que sus fuerzas le daban, fue el almanaque y vio la misma fecha. No había duda alguna, ese era el día; él mismo se acercó a la puerta del establecimiento y llamó a Tomasón, que dormitaba sobre el destartalado carruaje:

—Tomasón... Tomasón, vení tantito, por favor, quiero preguntarte algo...

El cochero bajó pesadamente del carruaje, aún bostezando y desperezándose después de dormir un buen rato.

—Ydiay, ¿qué pasó vos Julián? ¿De qué se trata para contradecir?

—Sólo quiero que me digás qué día es hoy, quiero estar seguro por mi propia tranquilidad.

—Bueno, pues hoy, si la mente no me es infiel, es jueves 5 de mayo de 1937, y son, déjame ver, las cuatro y media de la tarde.

Don Julián entró al estudio, y Tomasón regresó a su carruaje. El artista se quedó pensativo, tratando de encontrarle la punta al asunto. Momentos más tarde sonó el pito de la estación, todo

volvía a la rutina; las despedidas de rigor, cerrar los negocios, los cornetas del castillo y todas esas cosas que suceden diariamente.

Desde aquel jueves 5 de mayo don Julián no había tenido tranquilidad; tenía la impresión de que todo aquello no había sido así nomás, y que de un momento a otro alguien reclamaría el dinero que habían dejado por un trabajo que no se entregó.

Los días volaron como por arte de magia, las semanas, y cuando menos sintió don Julián, habían pasado tres meses de aquel hecho que el tiempo casi le hacía olvidarlo. De pronto la figura enlutada de una dama le hizo volver a la realidad, le hacía perder la inspiración para un alto relieve que realizaba en aquel momento en una lápida que serviría para la tumba de un conocido músico guatemalteco.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó don Julián a la dama enlutada que llegaba al negocio.

—Necesito una lápida para el próximo sábado; queremos colocarla justamente el día en que cumplía años la difunta, y si usted se compromete, le dejo pagado el valor del trabajo y regreso el viernes por ella.

La mujer se fue acercando, y cuando ya estaba muy cerca de don Julián éste quiso reconocerla, pero no se recordaba dónde la había visto por más esfuerzos que hacía.

—¿Sabe, señora?, yo como que quiero conocerla, su fisonomía me recuerda a alguien.

La mujer sacó de su bolso un sobre, lo acondicionó sobre el mostrador y después el dinero, valor que pagaría por el trabajo.

—¿No sabe usted que hay siete caras iguales en el mundo? A mí siempre me están confundiendo, no es usted el primero; y le digo que yo a usted como que lo conozco.

El negocio quedó sellado con la entrega de un recibo y la fiel promesa de entregar la lápida el viernes por la tarde. La dama se

marchó no sin antes entregar un sobre cerrado con los datos que se esculpirían en la mencionada lápida, que sería la más famosa en la vida artística de don Julián; desde que se conocía como el famoso don Julián del Callejón de los fotógrafos, en el viejo Calvario de la 18 calle.

Inmediatamente don Julián se puso manos a la obra, colocó la pulida superficie sobre el caballete y sacó los datos del sobre para leerlos. Extrajo sus cinceles de una gaveta empolvada y cuando alzaba la vista descubrió que el bolso de la dama había quedado olvidado sobre una esquina del mostrador; lo iba a tomar para ponerlo en lugar más seguro cuando intempestivamente hizo su aparición la dama de negro.

—Perdone, ¿no dejé mi bolso por aquí?

Don Julián ya lo tenía en la mano y con un ademán lento se lo entregó, sacudiéndolo previamente para quitarle los residuos de polvo blanco.

—Aquí lo tiene usted; de haberlo dejado en otro sitio, no lo hubiera encontrado. Aprovechando que usted ha regresado, quiero que verifiquemos los datos que me dejó, los cuales ni siquiera he leído, pero como ya me han pasado tantas cosas mejor los revisamos para no cometer errores.

La dama se puso sus anteojos, y don Julián por poco se desmaya, al ver el nombre que había en el papel:

Nombre: RAFAELA LAURO V. DE CASTELLAR

Falleció: MAYO 5 DE 1937.

Don Julián recordó inmediatamente quién era aquella dama, fue la misma que en la puerta de la casona de la 14 calle le dijo que no podía hablar con doña Rafaela, porque en esos momentos la confesaba un sacerdote; la misma persona que le tuvo intrigado desde que un apuesto muchacho llegó a encargar una lápida que llevaba su nombre con una fecha que aún no había sido

tachada en el almanaque. Sacando fuerzas de flaqueza, don Julián encaró a la mujer enlutada y le dijo:

—Ya me acordé quién es usted.

—Yo también me acordé quién es usted y dónde lo vi...

La dama le respondió en forma rápida al anciano, ella también recordó el cambio de palabras que tuvieron en la puerta de la casa meses antes.

—Sáqueme de una duda —suplicó la dama—, ¿qué hacía usted aquella mañana en la puerta de la casa? ¿Conoció usted acaso a mi hermana Rafaela, que en gloria esté?

Un sudor frío corrió por la frente arrugada del anciano. Con su pañuelo secó aquellas gotas que perlaban su cara... Con marcada emoción el anciano fue narrando todo a la señora de luto; todo desde el principio; cuando el muchacho llegó al estudio a encargarle la lápida con la fecha adelantada, como adivinando el día en que la señora moriría.

Él no buscaba a doña Rafaela en aquella oportunidad, él buscaba al muchacho para verificar la fecha, pensando que se trataba de un error de fecha. Don Julián expuso ante los ojos de la dama la lápida a medio hacer y los datos que el joven le había dejado.

La mujer reconoció algo en el papel que el anciano artista le ponía ante sus ojos...

—No, no puede ser, esa es la letra de mi difunto sobrino Armando, hijo único de mi hermana, que murió hace ya dos años, y que juró en la agonía llevarse a su madre junto a él a la eternidad.

Don Julián quedó callado ante aquella situación que él sabía positivamente no era normal. Del rincón extrajo la lápida a medio hacer y fue esculpiendo únicamente la fecha que hacía falta:

5 de mayo de 1937.

CALLES Y EDIFICIOS DE 1900

Los terremotos de los años de 1917-18 cambiaron la faz de la Guatemala de los recuerdos. Los movimientos violentos echaron por tierra bellísimos edificios que conformaban la ciudad de Guatemala, con un estilo muy característico apropiado a la época. Fue así como sucumbió el Palacio de Gobierno que estaba situado a la altura de la 8a. calle de la zona 1, donde localizamos el edificio de la Hemeroteca y Biblioteca Nacional y Archivo General de Centro América, la Casa de la Moneda sobre la 6a. calle y los portales de la Plaza de Armas, sobresaliendo el "del Señor", que fue demolido precisamente unos días antes de los movimientos sísmicos, por orden expresa del alcalde de la época.

Otras de las edificaciones que no fueron respetadas por los terremotos fueron los edificios de la Aduana, el del Correo, que estaba situado junto al Templo de San Francisco, sobre la sexta avenida, y algunas de las escuelas prácticas de la administración del licenciado don Manuel Estrada Cabrera. Igualmente fue arrasado el Asilo Joaquina y el portal del Ayuntamiento. La capital de los chapines quedó por los suelos y en abandono total. Pero de sus ruinas se fue levantando poco a poco para irse transformando con el correr del tiempo. Las gráficas que ilustran este breve reportaje nos dan una idea de lo que fue la Guatemala de nuestros abuelos; "La Calle de Jocotenango", que llegaba hasta el Parque Central, antiguamente llamado "Plaza de Armas" y que se extendía desde el actual Parque Morazán, llamado antiguamente Estrada Cabrera, en honor al mandatario. Otra calle que aún le quedaron varios edificios que quizás por su solidez estructural fueron respetados por los terremotos, fueron los de la actual 8a. avenida en el tramo comprendido entre 8a. y 10a. calles, siendo

"Calle de Mercaderes", llamada también 8a calle de la zona 1.

estos los del Banco de los Trabajadores y la Farmacia Lanquetín; cabe mencionar también el que ocupaba la Dirección General de Estadística.

Otro de los edificios viejos es el de apartamentos de la esquina de la 8a. avenida y 11 calle; como que allí vivió Rubén Darío cuando estuvo en Guatemala y dirigía un periódico llamado "El Correo de la Tarde", y a ese mismo sitio regresó cuando ya minado por su enfermedad radicó los últimos meses previos a su muerte. En aquellos lejanos días, la 8a. avenida era conocida como "Calle del Carmen". Subiendo una cuadra a la altura de la 9a. calle, se llegaba a la 7a. avenida, esquina que no ha sufrido mucho cambio que digamos, si se compara con su estructura actual; allí está el edificio del Banco Agrícola Mercantil y en la esquina de enfrente el que fuera famoso centro de reunión de las

personas del buen vivir, la refresquería "El Buen Gusto", de grata recordación para los abuelos que todavía comentan aquellos tiempos lejanos pero hermosos. Sobre esa séptima avenida y partiendo desde lo que eran las goteras de la ciudad, es decir, las salidas hacia el sur, se colocaban los antiguos arcos alegóricos cuando las circunstancias lo demandaban y la fecha se revestía con colores nacionales.

Las fuerzas guatemaltecas que combatieron a Regalado y su ejército invasor, desfilaron victoriosos por esa calle que también se llamó "De los Judíos', según lo anota en sus memorias Batres Jáuregui. Un poco más al sur y haciendo esquina con la 10a. calle, también llamada "Del Hospital", se instalaba el viejo edificio de "La Continental", que ofreció servicio hasta no hace muchos años y que siguiendo la tradición un moderno edificio allí erguido lleva el antiguo nombre. Edificio que da al viejo "Callejón de Córdova", también de gratos recuerdos para los abogados de la vieja guardia, algunos vivos y coleando y otros ya durmiendo el sueño de los justos.

Hay, pues, tanto que hablar de los viejos edificios y calles que felizmente quedan como fiel testimonio de una época lejana y que sólo los abuelos conocieron y que hacen formarnos una idea vaga de su estructura original, cuando en las calles imperaba el farolillo que débilmente alumbraba con su luz moribunda los aleros de las casas solariegas y se reflejaba en el brillo de sus coloniales adoquines.

Tenemos aún el privilegio de ver algunas ventanas de tipo colonial, especialmente en el sector sur de la capital, donde quizás hace ya muchos años, a la luz de la luna, los abuelos juraron amor eterno a la mujer de sus sueños. Calles hoy completamente asfaltadas donde antaño los adoquines fueron testigos de las riñas de los "lanas" de la Parroquia, regándose de sangre en más

de una oportunidad. Recuerdos viejos que con la imagen de las fotografías cobran vida y nos parece verlos con su lento movimiento; con sus landós, sus carretones tirados por caballos y bueyes, o los viejos tranvías que hacían los recorridos habituales, en una ciudad donde el tiempo no apremiaba y donde las úlceras por la tensión "no se habían inventado". La Guatemala abuela ha quedado muy lejos, tan lejos que nos duele su distancia.

Pronto hará 71 años de los terremotos que asolaron la Capital de Guatemala, en aquel ingrato mes de diciembre de 1917 y enero de 1918. A una distancia de medio siglo evocaremos hoy algunos edificios y calles de nuestra capital antañona, gráficas de una Guatemala que no conocimos, pero que palpita fuertemente en el corazón de los abuelos, con su rosario de recuerdos imborrables y gratos. Cuando nuestros venerables ancianos vean estas páginas no nos dejarán mentir, especialmente si les mencionamos, por ejemplo, "La Calle de Chispas", "La Calle del Comercio" que, hablando en buen chapín, era "la misma mica con diferente montera", porque la actual 9a. avenida fue bautizada con esos dos nombres. Hasta finales del siglo pasado se apreciaba frente a lo que hoy es el Instituto para Varones (9a. avenida y 9a. calle) la hilera de arbolitos que le daban un aspecto distinto a esta vieja calle que hoy completamente modernizada aún recorremos los chapines.

Por el paso del tranvía y la tranquilidad provincial de la lluvia que en su época bañaba la arteria, le dieron un nombre muy especial años después, cuando por la fricción de las ruedas de acero del tranvía en los rieles y lo húmedo del ambiente, cuando la noche principiaba a caer sobre la ciudad por abajo de la silueta del anciano tranvía, las chispas iban saliendo. "La Calle de Chispas", un nombre que le fue quedando. Aunque hubo otro motivo para denominarla de esa manera; por ese rumbo las afila-

durías se multiplicaban; como que este era un negocio muy floreciente por aquellos años. Siempre había un establecimiento dónde hacer filo a un instrumento punzo-cortante y era común ver cómo el afilador de grandes bigotes dejaba caer las chispas de las tijeras o cuchillos que preparaba para un mejor servicio a su clientela. Los comercios también proliferaron por el sector y hubo tiendas que como "El Agua-Gaseosa" se hicieron famosas por los deliciosos bocados que allí se expendían.

Fue por aquel "novecientos" querido, cuando don Manuel Estrada Cabrera inauguraba algunos edificios y las minervalias tomaban cuerpo, dando un estímulo a la juventud estudiosa. En un predio baldío se levantaba majestuoso el Monumento al Ejército. Los abuelos pensaron y repensaron el viaje por lo lejano de su ubicación, pero al fin y al cabo hicieron la lucha y tomando carruaje unos y otros bicicleta, realizaron la caminata; la que después de "dura" jornada culminaron. Jamás imaginaron los abuelos que medio siglo más tarde aquella "lejanía" iba a quedar en pleno centro de la ciudad, en lo que hoy conocemos como "Avenida Mariscal Cruz" y final de la 10a. avenida sur prolongación.

Por esos años viejos, un hombre de mucha empresa, de apellido Muttini, revolucionaba exhibiendo prendas íntimas de damas en una vitrina del Portal del Comercio, con el consabido rechazo de las circunspectas damas que en sus diversos círculos defendían la "moral y buenas costumbres". Muttini fue un radical en lo tocante a ventas, exhibiendo artículos que jamás se habían colocado en una vitrina, pero como pudo más la avalancha del bello sexo, este comercio no tardó en ser de los más famosos del legendario Portal del Comercio. Muttini, por ese hecho que casi le cuesta la expulsión del país, quedó en la historia de Guatemala, recordado quizás por muchas abuelas que de patojas jamás habían tenido la oportunidad de escoger una prenda íntima a sus

anchas, sin prejuicios absurdos de ninguna clase, pero que gracias a este italiano lo hicieron; como que la tarea era de lo más natural y corriente. Muttini merece capítulo aparte en este libro y algún día se lo dedicaremos.

Aquel "novecientos" de los abuelos ha quedado lejos, distante en los recuerdos y almanaques viejos, en los cofres de ropa apolillada y en los mármoles importados y bellamente labrados por los Espósito y otros paisanos que se quedaron para siempre en Guatemala. Esa época ha quedado distante por los años pagados al riguroso contado, con sus meses, sus días y anécdotas, a una historia que está latente en los libros y revistas.

Suena aún por esas solitarias calles del norte de la ciudad el romántico organillo, que con su música fantasmal en la profundidad de la noche deja escuchar las notas de un vals de Alcántara, Rosas o Strauss. El "novecientos" es recuerdo y estampa vieja, bella epoca a lo chapín, sin envidiar nada a lo europeo. Época de anchura sin inflación a la vista, ni problemas de energéticos, sin "smog", sin gastritis ni úlceras de carreritas.

Tiempo de chapinadas universitarias, de jocosas veladas en el Colón, con característico sabor a zarzuela y a "Verbena de la Paloma", en un plano tan criollo, gentil y muy chispudo como cuando cantaban los jóvenes estudiantes:

Dónde va don Ramón P. Molina,
dónde va con el cumbo al revés,
a seguir con la gran papalina
y a dormir a la cárcel después.

Como que la chispa humorística a los chapines nos viene por herencia, de generación en generación, y a Dios gracias aún no la hemos perdido. Indudablemente que son recuerdos del nove-

cientos, de aquellos días llenos de gratos momentos, días de campo celebrados con violín y estudiantina en los "lejanos" campos de los Arcos, justamente allí donde ahora por sesenticinco len lo llevan las mentadas camionetas y que a nuestros abuelos les costaba por lo menos una hora la llegada en carruaje.

Queda, pues, la primera década del novecientos, como el inicio de todo un siglo. Nuestro siglo, que si bien es cierto tiene problemas mayúsculos, ha dejado en su maraña de recuerdos días buenos, que al igual que los de antaño aunque quizás en menor escala, también los comentarán nuestros nietos, esos niños que llegarán a base de probeta y no precisamente por "cantineo", como decían los "lanas" de la Parroquia en esos tiempos idos que difícilmente volverán y que con la dureza de los actuales se añoran con más pasión.

REMEMBRANZAS DE QUETZALTENANGO

Hoy vamos a recordar una ciudad muy guatemalteca, que todos conocemos. Esta ciudad enclavada en la sierra occidental de la República de Guatemala se llama Quetzaltenango, tierra de poetas, grandes músicos y hombres de relevante cultura, que han dado a las letras nacionales más de una satisfacción. Las mañanas quetzaltecas siguen siendo tonificantes, y a pesar del modernismo en su estructura urbana, la atracción se palpa en sus calles, su aroma sigue siendo el mismo de "enantes", como decían los abuelos. Ese azul profundo de su cielo que matiza con el verde de sus monterías, invita a la meditación y a vivir la vida plenamente. Bulle en el ambiente de las calles estrechas de Xela el recuerdo de Wostbely Aguilar, con su música inolvidable; se escucha el susurro de los poemas de Werner Ovalle López, el médico que pulsó la lira con profundidad suprema. Xelajú es, pues, una ciudad de leyenda, donde cada palmo tiene algo que contar y el viento que atraviesa el valle semeja en su característico sonido las notas de la música de don Jesús Castillo.

Bueno, a mí en lo personal me gusta mucho hablar de Quetzaltenango, donde tengo muy buenos amigos y se me quiere bien. Pero fuera de ello, objetivamente hablando, pienso que esta ciudad tiene aún el hechizo que en otras ciudades de provincia se ha perdido. Los "chivos" se han preocupado de mantener sus tradiciones, sus costumbres y ese amor a la tierra que en algunos aspectos ya lo quisiéramos los "chapines"; al decir chapines no hago distingos de nacionalidad, ni mucho menos se vaya a pensar que señalo que los quetzaltecos no son guatemaltecos; no. Lo anterior es una forma especial de señalar a los nacidos en la ciudad capital. Chapín es el que nació dentro del perímetro urbano de la ciudad de Guatemala, vamos, el capitalino auténti-

Palacio Municipal
en Quezaltenango

Palacio Municipal de Quetzaltenango a principios de siglo.

co. Creo que aquí ya se perdió mucho de aquel cariño a la ciudad, a sus costumbres, aquel amor que los chapines de ayer mantuvieron. Por lo que aquí se perdió y por lo que mantienen los chivos vigentes, es que hoy valorizamos a través de estas líneas a los chivos de puro corazón.

Un día escuché cómo cantaban los "chivos" Luna de Xelajú, del inmortal Paco Pérez. Celebraban en aquella ocasión un aniversario más de la fundación de la ciudad de Quetzaltenango. Sinceramente me emocionaron y les admiré. Me hubiera gustado participar de aquel gusto colectivo pero estaba muy lejos; yo escuchaba una transmisión radial y el sonido, la algarabía era elocuente para suponer lo que allá estaba pasando. Quetzaltenango por eso y por muchas cosas más es y sigue siendo una ciudad con hechizo, con encanto y "vení acá".

Bien, el caso de principiar hablando así de Quetzaltenango es porque alguien nos llamó a "Estudio Abierto" y nos preguntó: ¿Por qué no dice nada de Quetzaltenango y sus calles? Yo quiero contestar con toda la cortesía del caso, a este amigo que indudablemente es quetzalteco, que en más de una oportunidad hemos dedicado nuestra atención y todo nuestro cariño a la ciudad de Quetzaltenango. Pero ahora que nos han "picado la cresta" y agradeciendo la bondad de fina amiga al proporcionarnos fotos antiguas de Quetzaltenango, entremos de lleno a una plática retrospectiva de una ciudad que, aunque moderna en algunos aspectos, sigue siendo abuela que por las noches cuenta a sus nietos leyendas de espantos y aparecidos. Que les narra la vida de sus grandes hombres, los valoriza y los pone de ejemplo, en estos días presentes cuando los valores humanos casi han desaparecido del panorama nacional. Por ello nos alegramos de estrechar la mano de un Rodolfo Galeotti Torres, (el "maistro", como cariñosamente le llaman allá por la zona cinco), cuando le vemos lleno de vida, diagramando una futura obra escultórica, o bien de escuchar un concierto de guitarra clásica pulsada por un Danilo Rivera, que brota todo su sentimiento en cada nota musical que lanza al viento. Desde sus 2,000. Mts. de altura sobre el nivel del mar, Quetzaltenango embelesa al visitante con sus leyendas, con sus historias trágicas, como aquella que se suscitó en aquel malogrado mes de junio de 1952, cuando el gran Mario Camposeco, celebrando el triunfo de su equipo, voló en una avioneta sobre la ciudad sin saber que ese sería precisamente su último viaje, el último vistazo sobre su ciudad natal. La nave entró en barrena sobre uno de los barrios de la población y los gritos de algarabía de unas horas antes se convirtieron en lamentos. Y, así como Camposeco, también el "Chivo Andrade", otro de los grandes de occidente, que paseó la fama del fútbol

guatemalteco en sus botines, murió en forma trágica. Y esas calles de Xela no sólo han llorado a deportistas, ilustres estadistas como Estrada Cabrera, nacidos allá en la metrópoli altense, quienes fueron homenajeados por ese noble pueblo que sabe amar a los suyos. El féretro del ex-presidente, que murió prácticamente en cautiverio, al ser llevado a Quetzaltenango fue arrebatado por la multitud y llevado en hombros por esas calles que le vieron correr de niño. Allá en el cementerio general de Quetzaltenango, en una modesta tumba que tiene la forma de un Templo de Minerva, descansan los restos de quien fue presidente de Guatemala por espacio de 22 años cabales; su nombre: Manuel Estrada Cabrera.

¿Pero qué quiere decir Quetzaltenango?, me preguntó un patojo de allá por mi barrio, como si en realidad yo lo supiera todo. Recordé de inmediato algo que me habían contado los sabios maestros de mis días de escuela. Y más o menos contesté al niño a su pregunta: la palabra Quetzaltenango procede de la lengua mejicana: Quetzaltenan-co, "Quezalli" significa plumas de Pharomacus moccino (de la llave); 'Tematl", quiere decir: Muralla de Piedra y "co", terminación; es lugar amurallado o fortificado de los Quetzales. La terminación "tenanco", es genérica. El nombre quiché "Xelajú", (Xe-laxuh) significa "bajo los diez", motivo que explica que esta ciudad estuvo en tiempos muy lejanos dividida en diez cantones o barrios.

La ciudad altense también ha tenido sus episodios históricos, como aquel cuando se constituyó en capital del Estado de los Altos. Dicho estado estaba formado por los departamentos de Sololá y Totonicapán. Y el presidente vitalicio de Guatemala dejó su huella en Quetzaltenango borrando radicalmente aquel proceso con los trágicos fusilamientos de la comuna quetzalteca. Y también esa ciudad centenaria fue víctima de la furia de Kabra-

cán, que con sus movimientos telúricos derribó sus más hermosos edificios en el trágico año de 1902, dejando una estela de muerte y desconsuelo. El volcán Santa María siempre será recordado tristemente por haber sido el culpable directo de aquel terremoto que sigue siendo la pesadilla de las abuelas quetzaltecas. Y como todo en esta vida es contraste, es el eterno carnaval de los humanos, su hermoso Teatro Municipal, viejo edificio de mil veladas fabulosamente bellas, ha tenido la ocasión de mostrar a ese noble pueblo los desfiles de bellezas reflejadas por la mujer indígena y ladina en las ya tradicionales presentaciones de las ferias septembrinas. Voces de poetas laureados, homenajes a sus valores más representativos y conciertos inolvidables que han hecho despertar las remembranzas de un ayer que palpita al compás de sus tradiciones. Solamente el teatro municipa constituye toda una institución en Quetzaltenango; sólo de esta hermosa casa del arte se pueden escribir mil anécdotas, libros e historias. Y de aquel edificio pasamos a la Casa de la Cultura, hoy bautizada justificadamente con el nombre de un mártir, ejemplo fiel de la juventud chiva, ejemplo fiel de lo que representa en sí la juventud guatemalteca. Quetzaltenango duerme su sueño de historia pura sobre su cama de trigales; desde esos parajes verdes como colas de quetzales la luna es más luna cuando brilla sobre la ciudad. Y parece mentira, pero la luna de Xela es única, es mística y alumbra hasta el rincón más apartado de sus callejones, descubriendo los amoríos y las declaraciones románticas de los patojos y muchachas que al influjo de aquella luna, gardenia de plata..., de Paco Pérez, sabe alumbrar y poner su grano de arena en la más tierna y apasionada historia de amor.

Por eso, cuando nos asalta el recuerdo de los monumentos buenos quisiéramos llegar de inmediato a Quetzaltenango y respirar profundo el aroma mañanero de sus calles. Pasear en las

noches por sus callejones silenciosos, para tratar de alcanzar comunicación aunque fuera por breves minutos con alguno de sus personajes que se reunían donde Fascho Tisho, personaje de antaño que conoció mejor que yo esta ciudad rebelde y alegre. Mucho he leído de Quetzaltenango; por lo mismo, en uno de esos encuentros hubiera querido platicar con Alfonso H. Quetzales, Carlos Raúl Alvarado, y en fin; con muchos de aquellos hombres que tanto supieron del embrujo de esas calles. Y en la oscuridad de la noche, esperar la niebla de la madrugada para ver emerger como fantasma a esa torre de Centro América, que se fue para nunca más volver, pero que vive en el corazón de cada quetzalteco.

Una vez, el gran escritor guatemalteco Pepe Hernández Cobos dijo: "En Quetzaltenango siempre hay enjambres de marimbas...". Y cuando don Pepe decía aquella frase lo hacía de una forma tan especial, como añorando los tiempos buenos de los Ovalle, los Betancourth o los Piedrasanta. Pues esa frase la recordé también y pensé mucho en los Hurtado, los Oliva, los Flores, y tantos otros más que de la música en marimba han formado toda una institución nacional. Y ese murmullo hecho música también pone su nota especial en esos recuerdos, porque da la sensación exacta de lo que uno piensa, cuando el recuerdo llega acompañado de sus notas sonoras. Arpegios que se van desgranando en el teclado moreno con un sentimiento que brota del arte. Tristezas Quetzaltecas, Xelajú de mis Recuerdos, El Ferrocarril de los Altos, Callecita de los Álamos... Basta cualquiera de estas melodías para que uno al escucharlas se transporte a Quetzaltenango; basta cerrar los ojos y ver sus calles, ver la fisonomía de las gentes y el multicolor de los trajes regionales que contrasta bellamente con sus centenarios edificios.

Por eso, cuando se ha conocido Quetzaltenango, es difícil olvidarlo y más aún cuando hay un grato recuerdo, ese recuerdo que se encuentra en su paisaje, en sus mujeres, en su ciudad y en la solidaridad de sus gentes. Por eso, Quetzaltenango de todos los recuerdos y de todas las tragedias, me basta escuchar la marimba pura para llegar a las puertas de tu ciudad; me basta cerrar los ojos para saber que existo y que existes, palpar mis carnes y sentir tu olor, saber que estás allá en la sierra guatemalteca.

ANECDOTARI0 DE LA 6A. AVENIDA

Alguien me dijo que había sido injusto con no dejar plasmada en este libro la "Historia de la Sexta Avenida". Razones poderosas de trabajo me han impedido hacerlo, pero haciendo un espacio en las ocupaciones lanzamos hoy la primera parte de estos recuerdos que nos da una de las arterias mas coquetas de la ciudad capital. Principiemos, pues, por juzgar quienes son los culpables de que la arteria principal de la ciudad sea tan estrecha y que a estas alturas otras calles de menor importancia le hayan "botado el aire" como dicen los patojos del barrio. Creo que jamás cupo en la mente de las autoridades coloniales que en un día no lejano la capital se poblaría más, de habida cuenta el trazo de calles y avenidas fue en pequeño. La sexta avenida fue trazada a cordel de sur a norte nada menos por el ingeniero don Luis Díaz Navarro, de orden directa de don Martín de Mayorga, en ese entonces (1776) Capitán General del Reyno. Se extendía inicialmente esta arteria desde el tope de la "Calle de los Naranjalitos" (hoy 3a. calle y 6a. avenida zona 2) hasta la 18 calle y 6a. avenida de la hoy zona 1. Y el tope se efectuaba porque remataba el final de la 6a. avenida en el templo católico llamado "Del Calvario" (demolido en el año 1946). Bien, cuando se efectuó el traslado de la ciudad a este Valle de la Ermita, como ya es de todos conocido, se procedió a la diagramación de la ciudad y con la 6a. avenida nacieron todas las avenidas y calles con sus respectivos callejones que conforman el casco de lo que es la zona 1 de la ciudad. La sexta avenida, originalmente fue bautizada con el nombre de "Calle Real", mucho antes que se denominara con número a todas y cada una de las calles de la ciudad. Esta "Calle Real" fue asiento de las residencias de las familias más distinguidas de la sociedad guatemalteca. Altos dirigentes del reino, así

como empleados públicos de la corona, sentaron allí sus casas, muchas de éstas con un lujo extraordinario. A pesar del tiempo transcurrido, si el amigo lector es un poco curioso se dará cuenta a pesar de las modernas transformaciones de edificios comerciales, que en ese sector aún existen casas de aquella época.

Parte del frontispicio de la casona que da a la esquina de la 12 calle y 6a. avenida es de construcción antigua. Recientemente se demolió parte de otra vieja construcción que daba a la vecindad del Cine Lux. Luego, hay otra más que da esquina a la 6a. avenida y 11 calle; es esta una construcción de dos pisos o de "altillo" como decían antiguamente; los balcones de dicha construcción aún se pueden apreciar y los adornos del frente. El terremoto del 4 de febrero de 1976 derribó buena parte del edificio en mención. En la esquina de la 10a. calle y 6a. avenida, hay un edificio que es toda una joya del urbanismo antiguo; en este

6a Avenida en el año de 1930.

edificio funcionaron las primeras instituciones bancarias en la ciudad de Guatemala. Casi está intacto, únicamente con algunas variantes por los almacenes que en su interior alberga, pero la puerta de la esquina, con sus marcos de piedra, subsiste y por lo mismo es digna de admirarse dicha edificación. Otro viejo edificio que ya ha sufrido transformaciones es el de dos pisos que está en la 6a. avenida entre 11a. y 10a. calles; actualmente alberga a un cine y una emisora. Funcionó en ese lugar allá a principios de siglo "El Club Guatemala"; los balcones y demás adornos que usaban antiguamente los constructores todavía se pueden apreciar. Luego está el edificio de piedra situado en la 12 calle y 6a. avenida, construido en la última década del siglo pasado. De esta esquina nos trasladamos al frente del viejo Parque Concordia, hoy llamado "Enrique Gómez Carrillo", donde encontramos otro edificio más, que actualmente alberga a una pensión y oficinas de tramitadores de tránsito. En la puerta principal o portón funciona un puesto de lustre; esta casona es un ejemplo de lo que fue la construcción antigua y en ella se pueden apreciar amplios corredores y salas de estar. En ella vive el gran maestro y ex-diplomático guatemalteco don Francisco Guerra Morales. Un poco más al sur, llegando a la 18 calle, hay otras residencias que muy poco han cambiado. Ah..., se me olvidaba una casa antigua que está contigua a la esquina de la 14 calle y 6a. avenida, haciendo vecindad con el Cine Tikal; a pesar de los cambios que ha tenido, es de las pocas residencias que allí quedan y digna será de tomarle una foto para guardarla en el archivo. Aún quedan vestigios de lo que fue la "Calle Real"; si somos un poco curiosos nos daremos cuenta de numerosos detalles que en ella podemos encontrar. Mención aparte merece la casona que alberga las oficinas de la Empresa Eléctrica de Guatemala; dicho edificio fue de los primeros construidos en la 6a. avenida y poco ha

cambiado su estructura. Originalmente la extensión de la 6a. avenida fue de 21 cuadras, contándose desde el entronque con el Parque Morazán (antiguo parque Estrada Cabrera) hasta la 18a. calle, donde finaIizaba.

La actual 6a. avenida dejó de llamarse "Calle Real" hasta el año de 1880, cuando se adoptó por parte del gobierno y la municipalidad el sistema norteamericano de calles y avenidas por orden numérico, aunque los abuelos continuaron llamándole "Calle Real", hasta que con el paso del tiempo todo fue desapareciendo. Hoy le llamamos a secas "La 6a. avenida", y se extiende desde el Parque Morazán, en la zona 2 de la ciudad, hasta rematar en el Monumento al Indígena en el Boulevard Tecún Umán, con los límites de las zonas 13 y 9, aunque en honor a la verdad y de no ser por la nomenclatura de la zona 13, su extensión sigue hasta las inmediaciones del viejo aeropuerto de "La Aurora". Como lo dijimos al principio, el obstáculo que frenaba la continuidad de la 6a. avenida a la altura de la 18 calle, fue eliminado en el año de 1946 y de esa manera la arteria que hoy ocupa nuestra atención siguió rumbo al sur. Aquel obstáculo lo constituía un cerrito con la construcción de un templo en su parte superior. Era este templo el del "Calvario", que alternaba en altura con el Castillo de San José, que se levantaba en un cerro vecino y que aún podemos admirar, donde hoy se levanta el Teatro Nacional. La 6a. avenida, por ser la principal arteria de la ciudad, lógicamente tenía que albergar los mejores almacenes y los centros de espectáculos. Inicialmente en ella principiaron a proliferar los almacenes de ultramarinos (abarroterías, como hoy les llaman), y otras ventas de telas, peines y sastrerías. Pero fundamentalmente, la fuerza comercial de la 6a. avenida se inicia hasta la primera década del presente siglo, cuando se observan ya algunos rótulos comerciales, rotulaciones en las paredes y almacenes

con vitrinas. En el año de 1874, hace ya más de cien años, se funda el Banco Internacional, en la esquina que ya dejamos apuntada: 10a. calle y 6a. avenida, dando a la arteria una dimensión distinta a lo que fue originalmente. Y poco a poco se va poblando comercialmente la 6a. avenida; allí se van colocando salas de barbería, salones de juego, almacenes, y no es sino hasta la década de los años "veintes" cuando se construye el primer cine, que se llamó "Cine Rex" (actualmente Cine Tikal), que con el tiempo sufrió transformaciones. Posteriormente se edificaron el Cine Capitol, ya desaparecido, el Cine Palace y el Cine Lux, llamado pomposamente en sus buenos tiempos "El Palacio del Cine". Mención aparte merecen algunos edificios de la 6a. avenida; sería injusto no dedicarles aunque fuese unas pocas líneas. Muchos de ellos han desaparecido al paso del progreso y las transformaciones, pero otros, aunque sea mutilados o reformados, persisten y nos pueden dar una idea de lo que fueron en aquellos días de su esplendor, cuando una edificación se medía por el grosor de sus paredes y la altura de sus habitaciones.

Cuando se camina a prisa por la 6a. avenida, obligados porque dejamos el auto en el parqueo y por la dificultad de caminar con él entre la lenta fila de carros, imaginamos la quietud de antaño, cuando los abuelos y los propios dueños de almacenes sacaban su mecedora a la banqueta y platicaban de lado a lado, comentando las noticias de la Europa convulsionada por los horrores de la primera guerra mundial. En aquellos lejanos días de "anchura" la inflación era desconocida y más aún el embotellamiento de tráfico. Uno que otro carruaje pasaba con lentitud rumbo a la Plaza de Armas (hoy Parque Central), o cuando menos el aguatero con los toneles llenos de agua, vendiendo el preciado líquido, que lo transportaba desde el "Ojo de Agua" u otras vertientes cercanas a la ciudad. No existían los rótulos lumi-

nosos pero sí el alumbrado de débil proyección; los comercios cerraban a las seis y media de la tarde y únicamente los focos pequeños que señalaban los rótulos del comercio quedaban encendidos, para apagarlos después de las siete de la noche. Pero la 6a. avenida nació de las manos del ingeniero don Luis Díaz de Navarro, para ser la muchacha bonita de los chapines, para ser la arteria con la cual "presumimos" los guatemaltecos. La 6a. avenida no solamente ha sido el centro de atracción en lo que a comercio se refiere; en su haber cotidiano tiene mucho que contarnos. Desde su fundación hace ya casi doscientos años, ha sabido de revoluciones, manifestaciones y otros sucesos donde el pueblo ha participado y dejado más de un mártir en sus aceras. Cuenta también de grandes siniestros, como el incendio de "La Paquetería", que destruyó por completo un viejo edificio y leyenda dentro del comercio criollo. De todo ha existido en la 6a. avenida, esa arteria que de vez en cuando los chapines la recorren sin saber porqué, sin rumbo fijo, como queriendo encontrar en ella al amigo que no han visto desde hace muchos años.

"...6a. avenida o "Calle Real"
a mí me da igual,
porque sos arteria mía,
el sístole y diástole de mi
ciudad Antes mengala,
hoy perfumada con "pachuli",
humo de camionetas y aroma
de secretaria.

Patoja bonita, abuela joven,
contadora de leyendas y tragedias,

amiga de personajes, "cualquierotas",
patojos y comerciantes. 6a. avenida
o "Calle Real", para mí siempre
serás igual..."

Hay mucho de que hablar en torno a la Capital guatemalteca y lo que en ella ha sucedido en el transcurso de sus doscientos años de vida, desde que fue trasladada a este Valle de la Ermita.

En toda sociedad o comunidad, el transporte ha sido uno de los problemas fundamentales que solicitan urgente solución y nuestra querida Capital también tiene su historia a ese respecto. Hoy vamos a profundizar en ese tema tan puesto de moda últimamente; el transporte, esa exigencia que se ha vuelto urgente cuanto más se ha extendido la ciudad. Aquello que principió siendo un lujo, o bien una especie de paseo, ahora es una necesidad que debido a la misma expansión de la Capital ya pide medidas extremas de supervisión y cambios más acordes con la realidad nacional.

Diríamos que el primer transportista en la nueva ciudad fue el Sr. Aycinena, que colaborando con el gobierno español volcó todos sus carretones para transportar bienes de Antigua hacia la nueva Capital. Posteriormente Aycinena realizaba viajes desde Guatemala a Veracruz, México, llevando y trayendo mercadería procedente de la Madre Patria España, que llegaba por barco a las costas de Hispanoamérica. El transporte o medio de locomoción que se imponía era, naturalmente, el carruaje o carreta tirada por bestias. Esta forma de transportación se extendió hasta principios del presente siglo, cuando llegaron los primeros automóviles, aunque anteriormente ya habían llegado las famosas bicicletas que causaron furor entre los jóvenes chapines.

Ahora bien, hay indicios de que el primer automóvil llegó a Guatemala en el año de 1899; era movido por un motor de bencina de ocho caballos de fuerza, desarrollando una velocidad máxima de treinta kilómetros por hora. El precio de uno de estos autos variaba entre los tres mil quinientos a cuatro mil pesos, moneda antigua. Después llegaron otros autos de fabricación norteamericana, aunque el primero que llegó fue europeo. Hacia 1910 ya se vieron más autos en la Capital guatemalteca y los departamentos. Los primeros pueblos que vieron llegar autos fueron El Quiché y Antigua Guatemala; también Amatitlán. Los hombres que trajeron los primeros automóviles a Guatemala y que también los manejaron fueron don Alfredo Demby Stein, el señor Meyer, y otros que escapan a nuestra memoria.

Antiguamente, las clases pudientes mantenían en sus enormes mansiones la infaltable cochera, o sea donde se guardaba el carruaje tirado por caballos. Pues bien, ya cuando principiaron a llegar los automóviles y se marcaron los cambios lógicos, estas cocheras fueron cambiadas por garajes donde se colocaron los carros de famoso estilo por aquellos años. Pero como apuntamos al inicio del relato, estos coches no eran lo suficientemente fuertes y se imponía el viejo carruaje con los jamelgos ya tradicionales. Pero la ciencia automotriz fue avanzando a pasos agigantados hasta llegar a dominar en todo el mercado mundial y eliminar por completo a los carruajes.

Pero no vamos a caminar tan rápido en esta narración. Seguiremos comentando el hecho de la llegada de aquellos viejos autos a nuestra Capital, y a la forma de cómo los recibieron los capitalinos.

En el año de 1905 se hizo una prueba con un auto Ford; este auto tenía que subir las gradas del viejo calvario, que estaba situado en el final de la 6a. avenida y 18 calle. La prueba fue

buena y la maniobra publicitaria pegó en los medios guatemaltecos. Algunos hombres de dinero compraron su respectivo auto, aunque seguía prevaleciendo la idea de caminar en carruaje. El poseer un automóvil por aquellos lejanos y románticos años de principio de siglo constituía un lujo que se tenía que pagar. Como no todos sabían manejar, contrataban los servicios de un chofer para que los transportara de un lado a otro. En ese tiempo era de muy mal gusto que una mujer manejara un auto, era más que un atentado a la "moral y las buenas costumbres". Pero los tiempos cambian y la madurez de la raza humana también. Hoy no es de maravillarse ver manejar a una chica de relucientes muslos un auto, o bien moto o bicicleta, la mayoría de las veces hasta sin pantalón.

Las licencias que se extendía no eran precisamente licencias, sino autorizaciones para "ejercer" la profesión de chofer; no existían los engorrosos problemas de actualidad y bastaba manejar bien un traste de aquellos para que le autorizaran su permiso. Y los choferes de casa grande usaban unos uniformes muy bien tallados, de pana fina y polainas; también usaban gorras para diferenciarse del patrón y los hijos de éste. Según el reglamento de tránsito del año de 1919, se exigía a los pilotos de autos tocar sus bocinas en cada crucero con el fin de "evita accidentes". La medida era extrema si se toma en cuenta que las calles de la pequeña ciudad de Guatemala lucían lóbregas y solitarias, debido precisamente a la poca población y a la escasez de vehículos. Así que los autos tenían que ir sonando sus bocinas (grito de ganso) por esas calles de Dios, desafiando las maldiciones de las abuelas, ya que las "asustaban" cuándo menos se lo imaginaban.

Como dato importante, he aquí los nombres de las más prominentes familias que en Guatemala tuvieron la dicha de poseer los primeros autos que llegaron a nuestro país; entre ellas: familia

Schuar Calderón, Lola v. de Herrera, don Arturo Engel, don Willie Overland, las familias Falla, Stein, Meyer, Castillo, Estrada y otras más que se sumaron a la tenencia de un auto para su transportación dejando a un lado el legendario carruaje. En la década de los años "veintes" proliferó el uso del auto en Guatemala y se llegó incluso a montar empresas de autos de alquiler con su respectivo chofer. Hubo también la fundación de varios sitios o predios donde por pocos pesos, moneda antigua, se lograba un auto por hora, destacando entre estos sitios la galera llamada Taxis Palace, de la cual era gerente general el padre del ex-Presidente de la República Gral. Laugerud García, don Pedro Laugerud. Esto ocurría hacia el año de 1927, más o menos. Uno de los primeros choferes profesionales que laboraron en este oficio en la capital de Guatemala fue don Carlos Augusto Ruiz; este ciudadano guatemalteco aparece en los archivos de la Policía Nacional con la licencia número 11, extendida en dicha dependencia. Antes del año de 1930 era difícil traer un repuesto de auto; las pocas agencias que había se limitaban a traer el auto y era el dueño del vehículo el encargado de solicitar los repuestos a la fábrica cuando lo creyera conveniente, es decir, cuando el auto le principiara a fallar. Después de ese año ya hubo establecimientos especializados en la entrega de repuestos de autos, lo cual constituyó un alivio para dueños de coches. Según las estadísticas de ventas de autos en Guatemala, hacia el año de 1919 circulaban en todo el territorio nacional y especialmente en la Capital, 106 vehículos, entre camiones y automóviles. De aquel año de 1919 a 1988 el número se ha multiplicado en forma increíble, al extremo que sólo en el estacionamiento de un cine se puede contar el número de carros que había en el año arriba indicado. Unos días antes de su fallecimiento en Roma, me contaba muy de buen humor el fino amigo don Manuel Estrada

Cajas, la fiesta que él y unos amigos le hicieron a un pariente por el hecho de haber hecho un viaje sin escala a Mixco en el año de 1914. Aquella "proeza" constituyó todo un acontecimiento digno de comentarse, ya que los autos de ese tiempo tenían problemas cada quinientos metros por una faja que llevaban, la cual con el movimiento dejaba de funcionar y había que colocarla nuevamente. Pero este hombre de quien hemos olvidado el nombre, tuvo el mayor cuidado de evadir los baches y lograr llegar a Mixco y regresar a la Capital sin que la mentada pita se le cayera.

En aquellos tiempos, comentan las personas que tuvieron automóviles, no se pagaban los elevados impuestos por placa que ahora cobran en Guatemala, ya que el erario tiene un ingreso fabuloso sólo en el renglón del impuesto del pago por vehículos, tomándose en cuenta que el pago de placas se lo han "ahorrado" al entregar una pequeña calcomanía que en la realidad no llega a valer pero ni siquiera veinticinco centavos de quetzal. Pero retrocediendo a la década de los años "treintas", fue en ese tiempo cuando se construyeron los mejores carros. Todos producidos de buena calidad, tanto en su contextura interior como exterior; aquella lámina que soportaba los mejores choques y que tanto en apariencia como en la práctica daba una buena impresión física del vehículo. Pero aquellos años, como los autos, quedaron tan lejos. La calidad de los modernos, que no son más que vehículos eminentemente comerciales, de contextura débil y de una lámina que al nomás recostarse en ella queda el hueco; por razones muy especiales no daremos marcas, pero muchos de los usuarios nos darán la razón a lo aquí expuesto. Hoy basta un pequeño toque a un auto moderno para dejarlo irreconocible, debido a los débiles materiales, plásticos en su mayoría, que son usados para su construcción. Pero así es el asunto y qué le vamos a hacer. Hoy cuando vemos una de esas

reliquias rodantes, por cierto pagadas a muy buen precio, tocamos el material y lo comparamos con el de nuestro pichirilo que, aunque bueno, no se compara con aquellas moles. La prueba más palpable de su durabilidad y magnífica consistencia es que aún ruedan por los caminos, con más de cuarenta años de haber salido de las fábricas. Durante la década de los años treintas, un buen automóvil costaba en Guatemala la cantidad de Q.2,000.00 (dos mil quetzales), nuevo, sacado de la agencia, y en algunas ocasiones un poco menos de la mitad. Hoy un automóvil vale, usado, más de esa cantidad, y nuevo la quintuplica o más en algunos casos, y jamás se puede pensar que un auto tenga más de ocho años de vida por muy buen trato que se le dé.

Pero ya nos salimos del tema y tomamos otro siempre relacionado con los automóviles. La verdad es que el automóvil, que se inició siendo un lujo para determinadas familias, hoy se ha convertido en una necesidad colectiva y forma parte del brazo derecho del hombre moderno que labora dentro de las diferentes ramas para el progreso de nuestro país. Malo o bueno, el automóvil es necesario, como lo es un bus o un camión para el acarreo de materiales. Yo me pregunto: ¿qué dirían nuestros abuelos al ver la proliferación de vehículos actualmente? Hoy en día hay que saber andar en la calle, porque de lo contrario un error se paga con la vida. Qué lejos quedaron aquellos tiempos cuando a tres cuadras de distancia se escuchaba la bocina ronca de los primeros vehículos que llegaron a Guatemala, mismos que nos dieron tema para escribir estas remembranzas.

LOS FANTASMAS DE LA REFORMA

La Avenida de la Reforma es por antigua una de las más románticas arterias de la ciudad de Guatemala. De sus extrañas apariciones que de ella se comentan, se remontan hasta finales del siglo pasado. Fuera de ello, en sus contornos hubo en más de una ocasión duelos donde el honor de un apellido fue lavado con sangre. Dentro de sus leyendas hay varias y hemos escogido esta precisamente que sucedió allá por el año de 1935, en tiempos del general Ubico. Ahora bien, se ha dicho, y con razón, que lo que hoy narraremos no fue precisamente una leyenda sino un hecho de la vida real. Un hecho insólito que fue comentado en su época, un suceso del cual hay aún varios testigos.

Todo comenzó la tarde del 30 de junio de 1935, cuando lució el uniforme de la Policía Nacional el agente Tránsito Morales Noriega. Como el resto de la policía del tiempo de don Jorge, este hombre era disciplinado y, lo que era mejor, deseaba cumplir con su deber. Tancho, como le decían sus compañeros, llegó al barrio donde vivía uniformado por primera vez y todos lo saludaron desde lejos con el respeto debido, dado el puesto que ocupaba. Por aquel tiempo el policía era respetado en todo el sentido de la palabra. Tránsito salió más corriendo que andando de su casa porque según la disciplina del cuartel tenía que estar media hora antes de pasar lista. Algunos vecinos abrieron poco a poco sus ventanas y puertas para ver pasar a Tancho rumbo al primer cuartel de la Policía. Sin voltear a ver, el joven agente caminaba gallardo por la acera mostrando sus polainas bien lustradas que contrastaban con los botones dorados de su uniforme, su pistola y el batón negro a la diestra, señal inequívoca de respeto en aquellos dorados tiempos.

En la orden le tocó el trayecto de la Avenida de la Reforma, por ese tiempo uno de los más tranquilos como solitarios cantones de la ciudad. Alternando con sus compañeros de trabajo, al llegar a cada esquina, contando de dos en dos las cuadras, sonaba el gorgorito, indicando con ello a los vecinos que la presencia de la policía estaba en el barrio. Sólo unos pocos perros ladraban a lo lejos, los predios baldíos proliferaban ya que las construcciones de chalés eran escasas. Los pitazos de los policías hacían causa común con los grillos y las chicharras, mientras que uno que otro murciélago hacía su aparición en el foco esquinero y por momentos se quedaba colgado en la rama de un ciprés. Tránsito, el joven agente de la Policía Nacional, principiaba a familiarizarse con todo aquello que en otro tiempo le hubiera parecido tenebroso.

Por momentos recordó el agente los cuentos que de niño le contaba su abuela. Quedaba pensativo y caminaba siempre pendiente de cualquier movimiento en las sombras de la noche. Al rato el gorgoritazo le sacaba de sus cavilaciones y continuaba la caminata por esas calles silenciosas del barrio de Santa Clara, hoy zona 10 de la capital. Así siempre, la misma rutina sin que nada extraño sucediera; si al caso en su libro de partes asentaba un lío callejero provocado por borrachitos o bien mediaba en las diferencias personales de un par de esposos que discutían por algún problema familiar. Una noche lluviosa del mes de agosto de aquel año que hoy recordamos, Tránsito Morales Noriega tuvo su bautizo de terror. Aquella noche iba a ser testigo presencial de un hecho que lo iba a recordar mientras viviera.

Esa noche, cuando llegó caminando a la esquina de la Avenida de la Reforma y Calle Montúfar, la lluvia arreciaba a cada momento. Uno que otro carro pasaba dejando su estela de brisa y humo. Qué lejos estaba de la cama tibia y su taza de café

caliente. Tancho siguió caminando sin detenerse y con la vista fija en las barandas de las casas, sin que nada perturbara la paz imperante. No muy lejos de aquella esquina, divisó a los pocos metros a un anciano que difícilmente caminaba rumbo al centro de la ciudad. Con paso vacilante y casi metiéndose en los charcos, daba la impresión de esperar a un vehículo que le hiciera la caridad de llevarlo, pero los autos eran tan escasos que el pobre anciano seguía su camino. Tránsito se pasó al otro lado de la acera para hacerle frente al anciano. Poco a poco se fueron encontrando y entre más se iba acercando, más reconocía sus facciones y notaba sus ropas empapadas. Ya cuando faltaban unos diez metros para que ambos se encontraran, fue Tránsito el que rompió el silencio preguntando:

—Señor, ¿qué hace a estas horas por aquí?

—Voy para el centro —contestó el anciano con voz pausada y sin señales de pena por la presencia del policía.

—Si me permite lo acompaño; posiblemente encontremos a otro agente más adelante y él continúa acompañándolo hasta llegar a su casa.

—Gracias, joven, no podía esperar menos de un hombre que como usted cumple con su deber y distingue el uniforme de la Policía Nacional.

Tránsito principió a caminar adelante y el anciano atrás siguiéndole en su caminata rumbo al centro de la ciudad. El único comentario que hubo entre el agente de la autoridad y el anciano fue lo pertinaz de la lluvia, que desde temprana hora caía sobre la ciudad. Después siguieron caminando sin más comentario. Sólo el ruido del choque de los zapatos en las pozas de agua se escuchaba, la lluvia que no cesaba y los truenos que iluminaban el espacio en las montañas del sur. Tránsito esperaba llegar a la esquina de la Calle Mariscal Cruz, para que otro agente

continuara con el acompañamiento del anciano hasta el centro. De ese punto, Tránsito regresaría a su puesto a continuar su ronda.

Ya cuando faltaban pocos metros para llegar a donde se encontraba el agente de la autoridad que hacía ronda en la esquina de la Avenida de la Reforma y Calle Mariscal Cruz, Tránsito lanzó un silbatazo como dándose a conocer con el compañero. Este contestó el gorgoritazo y caminó al encuentro de la supuesta pareja. En ese preciso instante, Tránsito volvió a ver y el anciano había desaparecido; por más explicaciones que dio a su compañero que le miraba ignorando lo que sucedía, todo fue quedando en el más completo misterio. Por un momento quedaron como dos mudos, sin saber qué comentario hacer.

Cuando pasaron algunos minutos, el primero en hablar fue el compañero de Tránsito, quien aseguró que él venía solitario a lo largo de la Avenida de la Reforma. Por el contrario, Tránsito manifestaba que el anciano le acompañaba. En esa discusión estaban cuando llegó el inspector a pedir el parte al compañero de Tránsito; éste al ver que dos policías discutían sobre el extraño asunto del anciano, los calmó y les dijo que lo mejor sería que Tancho regresara a su ronda habitual y que su compañero se quedara en su sector.

El inspector sabiamente calló el hecho, sabía que de contarlo quién sabe si Tránsito hubiera regresado al lugar. Todo se supo más tarde cuando el inspector narró un hecho pormenorizado de lo que a él personalmente le había sucedido en la Avenida de la Reforma, dos años atrás. El hombre lo recordaba palpablemente. Dirigiéndose a un grupo de agentes de la Policía que le escuchaban, dijo:

—Hay cosas, muchachos, que no se creen, pero que al suceder salen del anonimato. Cuando discutían los agentes Tránsito

Morales Noriega y Juan Vicente Galíndez, yo me quedé callado en forma deliberada y no es hasta hoy cuando comento los hechos, diríamos sobrenaturales que no sólo a estos agentes de orden les ha sucedido. En cierta oportunidad cuando yo conducía una ambulancia de la Policía Nacional y regresaba al cuartel después de una gestión, caminaba a lo largo de la Avenida de la Reforma cuando al llegar a la esquina de la 15 calle más o menos, vi que un anciano gordito y bajito me hacía señas con el afán de que parara. Al ver la insistencia paré y el hombre me dijo que por favor lo llevara al centro de la ciudad porque tenía prisa de llegar. Le dije que pasara adelante y él me dijo que iría en la parte trasera de la ambulancia, montó y rápidamente emprendí el viaje. Al llegar a la 18 calle paré para indicarle que sólo allí le podía dejar. Mi susto fue grande al ver que nadie había en el interior. Por momentos pensé que lo había dejado tirado en algún lugar, pero un amigo agente al que le conté el hecho me dijo que no sufriera por lo sucedido. "Es don Lorenzo Montúfar", me dijo, "que siempre sale por esos lugares y dicen que hasta le han visto bajar de su pedestal en horas de la madrugada".

EL CERRITO DEL CARMEN Y SUS LEYENDAS

El sol caía verticalmente sobre los árboles y cabezas de los visitantes. El anciano ya no pudo seguir caminando y tomó asiento en el torreón frontal del templo colonial, que alberga a la Virgen del Carmen. La niña siguió correteando por el contorno cuando ya se había soltado de la mano del abuelo, quien sonrió débilmente después de la proeza de haber subido la pendiente. Se quitó el sombrero y secó el sudor de la frente con su pañuelo blanco, para posteriormente aflojarse la corbata. A lo lejos el ruido característico de la gran ciudad, con su tráfico contaminante que cual hormigas invadía calles, callejones y avenidas. San Francisco continuaba señalando hacia la ciudad, como condenando la nube gris de smog que se formaba en la parte central de la metrópoli, como señalando el daño para sus hermanos árboles y hermanos pájaros. Dos gringos tomaban fotos al frontispicio del templo y sonreían coloradotes por el sol inclemente.

La calle Juan Chapín ya no era la silenciosa de antaño, ahora lucía asfaltada y con un cordón de autos esperando vía para desembocar por el antiguo callejón del Judío y salir a la 12 avenida. El abuelo vio el contorno y recordó tiempos mejores, de lo que había acontecido hacía ya muchos almanaques. Recordó los carnavales de antaño y los atardeceres románticos que se disfrutaron en los tiempos anchos. Sonrió picarescamente cuando memorizó el sitio donde se ubicó la legendaria "Cantina La Colochan", donde se expendía el blanco y las cuartitas del preparado de manzanilla y durazno. Allá en lontananza, los barrios de La Parroquia y la Candelaria, donde puyaban con caña si uno se descuidaba. El Guarda del Golfo y el Puente de Las Vacas. Bastaba girar sobre los talones para localizar viejos sitios de la ciudad: La Pedrera, el Hipódromo, la "Calle Nueva", hoy convertida en

Calle Martí, el Potrero de Corona, que ya no existe, y el parquecito Isabel la Católica, con el vivero cercano de don Marianito Pacheco.

La niña regresó jadeante y sonriente y se inició el interrogatorio:

—¿Quién hizo este templo, abuelito?

—Fue el ermitaño Juan de Corz, en el año de 1620 y allí colocó a la virgencita del Carmen, que la había traído de Europa. De eso hace ya tantos años que ni yo había nacido, fue mucho antes que se fundara la ciudad en este valle de la Ermita o de la Virgen. Primero se refugió a inmediaciones de donde hoy está el Puente de las Vacas, en un sitio conocido como "Cueva de la leonera", y posteriormente dispuso levantar el templo en este sitio que es tan bello.

—¿Espantan aquí, abuelito?

El anciano sonrió nuevamente y en realidad no hallaba cómo salir del trance que le presentaba con su pregunta la niña. En el momento por su mente surgieron las leyendas que de niño había escuchado, los casos que él había conocido.

—Bueno, aquí hay mucha historia y leyenda. Se dice que en este lugar existió un enorme árbol donde ahorcaron a Pie de Lana, el personaje de la obra de don José Milla que algún día leerás y comprenderás en mejor forma. Dicen que era un hombre que robaba a los ricos para darle a los pobres y fue su propio hijo el que lo capturó y el que dirigió su ejecución. Una historia triste pero que es parte de la leyenda y narrativa de Guatemala. No te muestro el árbol porque lamentablemente ya desapareció. Pero había algo muy especial en relación a los espantos que por aquí aparecían. Estos eran los famosos chompipes del Cerrito del Carmen, que asustaron a más de una persona. Mi abuelo contaba que como él era mero enamorado, una noche que venía del barrio de la Parroquia, para ahorrar camino subió por aquí y fue

víctima de los mentados chompipes, que se aparecían cuando uno menos lo pensaba, sin permitir el paso a las personas. La gente tenía que regresar porque salían uno, dos y hasta tres o cuatro animales que le tapaban el paso. Cuentan que allá por el año de 1898 ya nadie se atrevía a pasar por aquí en horas de la noche. Donde ahora aprecias el Barrio Moderno, allá abajo en la zona 2, desde las faldas del cerro hacia el norte se extendía el que fuera Potrero de Corona, era un sitio muy bonito, donde por las noches y a veces a plena luz del día salía la mula sin cabeza.

—¿Y cómo era la mula sin cabeza?

El abuelo ubicó su vista en el Barrio Moderno, en el sector norte de la ciudad, y titubeó un poco antes de responder:

—Eso fue allá por el año de 1905 cuando se regó la bola de las apariciones de la mula sin cabeza. Fue el tiempo cuando las sangrientas guerras entre Guatemala y El Salvador. Proliferó la delincuencia ya que los efectivos de seguridad se encontraban precisamente a lo largo de la frontera guatemalteco-salvadoreña, defendiendo la soberanía nacional o, lo que era más seguro, como decían los exiliados chapines, defendiendo al régimen de don Manuel Estrada Cabrera, en ese tiempo presidente de Guatemala. Pero lo más curioso de todo era que la mentada mula sin cabeza tiraba un viejo carretón y se desaparecía por la calle Juan Chapín; unos le deban el calificativo de espanto y otros aseguraban que eran contrabandistas que de esa forma entraban su mercancía a la capital procedente del Golfo Dulce, lo que ahora es Puerto Barrios. Pero había algo más en torno a los cuentos de espantos y aparecidos del Cerrito del Carmen, estos eran los encantos del Potrero de Corona. Desde aquí donde estamos, algunos patojos de aquella época miraban cómo otros niños les llamaban desde abajo y les mostraban pelotas de bellos colores. Cuando estos bajaban ya no había nadie y las abuelas indicaban

que posiblemente era algún encanto y prohibieron a los patojos quedarse a jugar después de las seis de la tarde en este sitio.

El abuelo ya se había quitado el saco y lo llevaba en el brazo; el calor era más impactante a esa hora. El ruido monótono de la ciudad continuaba a los lejos, el anciano hubiera querido abarcar toda la narrativa relacionada con el Cerrito del Carmen, para relatarla a la niña. Al anciano se le agolpaban los recuerdos, las consejas y leyendas que de niño había escuchado de aquel sitio tres veces centenario, de las cofradías de Chinautla que llegaban en días grandes, con sus respectivas capitanas en la época colonial.

Mucho recordó el anciano, las solemnes misas el 16 de julio de cada año, la procesión de la Virgen por los alrededores del cerro y el tañer de la campana recordando la hora de la oración, en esos años eternamente silenciosos y extremadamente inocentes.

—¿Me podés contar algo del Sombrerón?

—Claro que sí, del Sombrerón, de la Llorona, el Cadejo y la Siguanaba, como que aquí fue la mera casa de estos entes del mal. Cuentan que el Sombrerón perseguía a las jovencitas de pelo largo, la Siguanaba se le aparecía a los hombres enamorados o cantiniadores y el Cadejo, según los comentarios de las personas mayores, era el que cuidaba a los que empinaban el codo más de la cuenta, es decir a los bolitos. Pero hay algo que ahora precisamente estoy recordando del Sombrerón, allá por el año de 1916. Han de estar y estarán que por la Calle de las Túnchez vivía una patoja muy guapa, llamada María del Rosario. Esta muchacha tenia un novio que presumía ser de una familia de abolengo, no así ella, que era humilde, pero eso sí, muy honrada, buena, abnegada y muy bonita. Bueno, pues los padres del muchacho se opusieron a las relaciones sentimentales de la pareja y, es más, lo mandaron fuera de Guatemala. Por cierto que María del Rosario se puso muy triste y por las tardes venía a meditar al Cerrito del Car-

men. Ya cuando eran más o menos las cinco de la tarde, regresaba a su casa muy triste y recordando al novio, que se llamaba Rodrigo. Una tarde, cuando estaba viendo al horizonte, quizás pensando en el tal Rodrigo, se le apareció un hombrecito como del tamaño de un niño de cinco años, con sus botas bien lustradas, chaleco y pantalón negro, camisa blanca impecable y un enorme sombrero. Ella lo vio y sonrió con el desconocido, le pareció graciosa la figura del supuesto niño y principiaron a conversar. Lo único que no le gustó al hombrecito fue el primer nombre de la patoja: María, ni mucho menos del Rosario, pero él le dijo que no mencionara su nombre y que iban a ser muy buenos amigos. En las tardes posteriores se siguieron viendo, la joven continuó llegando al cerrito, con el afán de ver al hombrecito que le atraía.

Te cuento que María del Rosario tenía un pelo hermoso que le llegaba hasta la cintura. Una tarde, el hombrecito le prometió que en futura ocasión le haría unas trenzas que adornarían más su belleza. Ella tomaba a broma todo lo que el pequeño ser le indicaba; más bien sentía que al platicar con aquel personaje olvidaba momentáneamente a Rodrigo. En otra ocasión, el hombrecito llevó su guitarra y le cantó bonitas canciones que ella escuchaba muy atenta. Así pasaron los días y una noche le dijo que llegaría a su casa cuando sus padres ya se hubieran dormido y le llevaría una serenata. María del Rosario aceptó encantada y le prometió esperarlo. Afortunadamente, el padre de la joven, don Rosendo, no se durmió y pudo escuchar aquella serenata, pero cuando salió al balcón se llevó el gran susto al ver que el Sombrerón le llevaba serenata a su hija. "Es el Sombrerón", dijo don Rosendo, "porque viene con sus dos mulitas y tengo que actuar de inmediato, de lo contrario el Sombrerón se gana a la patoja". Total que el hombrecito se fue y la muchacha se quedó profundamente dormida.

Desde ese instante los padres de María del Rosario vigilaron más a su hija y una tarde la siguieron hasta el cerrito del Carmen, lugar donde platicaba con el Sombrerón. Por supuesto que cuando le siguieron los pasos, ya habían hablado con el padre de la iglesia y con una ancianita que llevaría un chicote para espantar al mentado Sombrerón. Tanto los padres de María del Rosario como la ancianita y el padre de la iglesia, esperaron el momento propicio para pillar al hombrecito y chicotear el suelo en cruz, con el afán de espantar al Sombrerón y así dejara en paz a la muchacha. Así lo hicieron, y cuando el padre roció de agua bendita al hombrecito, éste salió corriendo rumbo al Potrero de Corona, hasta perderse en el bosque que allí había, dejando un fuerte olor a azufre en su escapada. María del Rosario se desmayó del susto y felizmente el Sombrerón no le hizo las trenzas q le había prometido, porque de lo contrario nadie se hubi casado con ella. Porque dicen las viejas leyendas de Guatem que a la mujer que ha trenzado el Sombrerón jamás se casa.

La niña continuaba escuchando los relatos de su abue ahora sentados bajo la sombra de un frondoso árbol, el viei refrescaba el ambiente y los gringos seguían tomando fotos diferentes ángulos de la estructura colonial del templo. El abue , desde el lugar de los hechos, narraba pormenorizadamente a su nieta los cuentos de espantos y aparecidos. Los sucedidos en ese cerrito tan tradicional y chapín.

—¿Y la Siguanaba a quién le salió?

—Eso le sucedió a don Melesio Martínez, viejo marranero del barrio de la Candelaria, allá por el año de 1925 y fue precisamente para un carnaval. Bueno, no te lo había contado pero antiguamente este era un sitio especial donde se jugaba el carnaval. Aquí se daba cita la sociedad guatemalteca, para quebrar los cascarones y lanzar confeti, eran otros tiempos, con gente más edu-

cada, más comedida y respetuosa. Bueno, pues el Melesio, aquel domingo de carnaval, se puso su mejor traje, compró su bolsa de cascarones y se encaminó solitario al Cerrito del Carmen. Aquí había quedado de reunirse con unos amigos, también del mismo oficio, pero estos no acudieron a la cita y se quedó solito, sentado allá donde está aquella enredadera. Como estaban en pleno carnaval, de pronto pasaron unas muchachas y le quebraron unos cascarones a Melesio, este respondió de la misma manera y finalmente terminaron haciéndose amigos. Entre el grupo había una joven de nombre Ruperta del Cid, originaria de Palencia, blanca, alta y muy guapa. Total, que el Melesio fue todo atenciones para la mujer y finalmente acompañó al grupo de mujeres hasta donde vivían, que no estaba lejos de este lugar. Pero el muy pícaro se quedó platicando con Ruperta y quedaron de verse el otro domingo en el mismo sitio. Para no hacerte largo el asunto, te diré que con el paso de los días se hicieron novios y el sitio donde quedaban de verse era aquí, en el Cerrito del Carmen. Una tarde, Ruperta le indicó a Melesio que ese domingo llegaría un poco tarde, pero que siempre la esperara. Así lo hizo el marranero, pero pasaron las horas y la tal Ruperta no se asomaba ni por ilusión.

Total, que entró la noche y el cerrito se fue quedando silencioso, pero Melesio esperaba a la mujer de sus sueños, sin apartarse del sitio indicado, del punto de la cita. Ya sólo los grillos se escuchaban, las luces de la ciudad principiaron a encenderse y de pronto, allá de por el Potrero de Corona, vio el marranero que una mujer avanzaba hacia donde él estaba. Menos mal, dijo Melesio, que no esperé por gusto. La mujer continuaba caminando en dirección a donde estaba el hombre de nuestro relato. Este se arregló una vez más el pelo y la corbata; era ella, pensó para sus adentros, no había duda. Pero cuando la mujer estaba más o

menos a unos tres metros de distancia, vio que se tapaba la cara con un velo casi transparente. ¿Sos vos, Ruperta...?, preguntó el marranero a la dama y ésta solo asintió con la cabeza, luego dio media vuelta y comenzó a caminar, y naturalmente que Melesio la siguió. La extraña mujer tomó camino rumbo al Potrero de Corona, donde ni las manos se miraban porque no había luz y solamente apenas el reflejo de la luna alumbraba el camino. Lo extraño del caso era que la mujer parecía que no tocaba el suelo y mientras más caminaba, Melesio corría atrás de ella, sin poder darle alcance. Ya muy cansado, Melesio le gritó indicándole que por favor no fuera tan aprisa. A todo esto ya habían llegado a un enorme zanjón de aguas negras que allí se formaba, justamente en la orilla de aquel precipicio. Melesio le suplicó a la mujer una vez más que no caminara tan rápido, pero como paró violentamente el viento, le levantó el velo de la cara y el pobre marranero pudo ver que en lugar de rostro tenía una enorme cara de caballo. El grito de Melesio se perdió por los alrededores del Cerrito del Carmen y no fue hasta el otro día, cuando unos hombres lo encontraron en el fondo del barranco, todo arañado y herido por los golpes recibidos en la caída al zanjón. No había equivocación, decían las ancianitas del barrio, pero al mentado Melesio por poco y se lo gana la Siguanaba. Yo tuve la oportunidad de conocer al marranero de nuestro relato y él me contó personalmente esta aventura con aquel ente del mal, llamado la Siguanaba.

La niña continuaba entusiasmada con los relatos del anciano, observando todos y cada uno de los sitios del Cerillo del Carmen. Aquellas narraciones cautivaban a la nieta, mientras el abuelo tomaba aliento para recordar otras anécdotas. A todo esto, ya algunos niños, al ver los ademanes del anciano, se fueron acercando para escuchar más de cerca los importantes rela-

tos de los aparecidos y espantos del Cerillo del Carmen. Un patojo barrigón y con pantalón de tirantes, aprovechando un descanso en los relatos del anciano, le comentó que su abuela también le había contado muchas leyendas, pero le suplicó que narrara algo del Cadejo. El viejito se acomodó lo mejor que pudo, vio de soslayo a la nieta y le comentó, soto voce:

—Hoy como que tenemos más público, mija.

Luego de ver los rostros infantiles, prosiguió

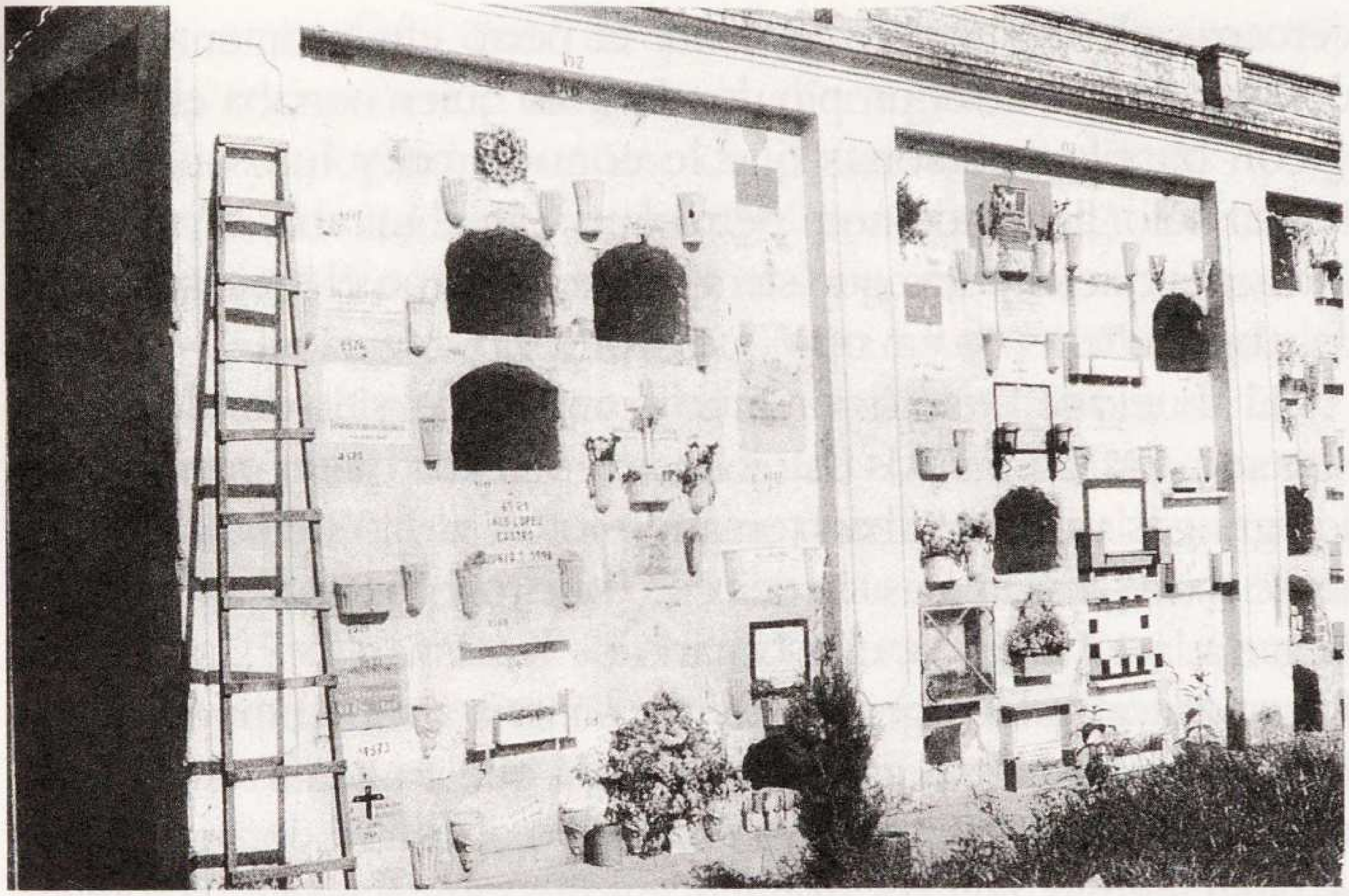
—Ahhh el famoso Cadejo, fue al difunto de don Delfino Galicia, a quien le salió precisamente allí, en la esquina del Callejón del Judío y la Juan Chapín, muy cerca de aquí. Don Delfino era buen imaginero, de los de antes, pero lamentablemente le gustaba la cucharada, ustedes me entienden, y por consiguiente cuando no estaba de goma andaba bolo, al extremo que dejó el chance y hasta abandonó a su familia por el vicio del guaro. "Ve mija", le decía a la mujer, "te prometo que ya no vuelvo a tomarme un trago porque ya me está dando miedo". Pero qué va, el pobre de don Delfino volvía a las andadas, hasta que finalmente se le miraba por las calles pidiendo para el traguito, todo sucio y harapiento. El lugar donde dormía la mona era precisamente aquí, en el Cerito del Carmen, donde en el tronco de un árbol había construido una su casuchita de papel y cartones viejos. Aquí dormía y hasta hacía su café en las mañanas, con los chiribiscos que juntaba para hacer el fuego. Una tarde venía más allá que de acá, con varios tragos entre pecho y espalda, caminando cinco pasos para adelante y unos diez para atrás. Bajó por toda la cuarta calle y entiló por el Callejón del Fino, rumbo a su casita de cartón, que como ya les dije estaba aquí en el Cerrito del Carmen. Pero como ya los efectos del licor hacían estragos en su humanidad, cayó de bruces justamente en esa esquina de la cuarta calle y Callejón del Fino. Cuando despertó ya pasaban de las once de la noche y el

silencio era absoluto. Trató de incorporarse, pero le era imposible como consecuencia de la borrachera; poco a poco se fue levantando y apoyándose en uno de los balcones, lo logró.

Tratando de orientarse, vio hacia el norte, a lo largo del callejón y observó que pocas cuadras le separaban de su pequeña guarida. Calculando dar el primer paso estaba cuando pudo apreciar que un perro negro había estado echado a su lado durante el tiempo que permaneció tirado. De inmediato el perro se incorporó, se sacudió y conforme don Delfino daba sus primeros y tambaleantes pasos, el animal le siguió. Por aquellos años de 1925, el alumbrado en las calles era escaso y en algunas calles y avenidas no existía. Comentaba don Delfino que el perro de nuestra narración con sus ojos alumbraba el camino, ya que estos parecían dos brasas. El perro era grande y extremadamente peludo, de color negro y, algo más, al caminar, las pezuñas al chocar con el suelo daban la impresión de sonar como cascos de caballo. Don Delfino siguió caminando, temeroso de caer otra vez, y el perro caminando a su lado, sin dejarlo un momento. Cuando emprendía el ascenso al Cerrito del Carmen, el perro aún le seguía. Finalmente llegó a su casuchita de papeles y cartón y allí se quedó tendido durmiendo por el resto de la noche. Una tarde, cuando no tenia para el trago, decidió vender al perro que tanto le seguía y sabiendo que había un señor que compraba perros para revenderlos a los finqueros, llegó con él y se lo ofreció. El comprador de perros le preguntó por el animal y don Delfino le decía que allí estaba junto a él, pero el futuro comprador no lo miraba, sólo don Delfino era el único que tenía el privilegio de verlo. "Lo muy menos usted está viendo visiones", le dijo el comprador, pero don Delfino insistía en que el perro allí estaba. Finalmente se retiró y el perro negro siguiéndole. Una tarde recogieron a don Delfino moribundo en una de las calles

cercanas al Cerrito del Carmen y el perro efectivamente había desaparecido. Fue el propio don Delfino quien narraba el hecho, y con base en personas que le conocieron y le escuchaban hablar solo, llamando a un perro que sólo él miraba, cayeron en la cuenta que el perro que siempre anduvo con él en sus correrías y borracheras no era otro que el propio Cadejo.

El abuelo se levantó con mucho trabajo del sitio donde estaba sentado con la niña, los patojos tomaron cada quien por su lado, los gringos ya no estaban tomando fotos, al filo de la una de la tarde todo parecía más silencioso. Tomaron por una vereda para llegar a la 12 avenida, el escenario de los espantos y aparecidos iba quedando al margen. El abuelo sonreía al ver cómo los patojos corrían bajando a zancadas la falda que da a la avenida Juan Chapín. San Francisco seguía señalando al centro de la ciudad y el viejo templo, con sus troneras y estilo muy especial de fortaleza y proa de carabela, quedaba allí como un mudo testigo de leyendas, historias y cuentos de antaño. El abuelo, de vez en cuando, durante su descenso del cerrito, volteaba a ver como queriendo distinguir al Sombrerón, la Siguanaba o el Cadejo en los caminos sinuosos del cerrito. La niña iba muy ufana de la mano de su abuelo, dando vida en su mente infantil a esos personajes imaginarios o reales quizás, que son parte de nuestra cultura, tradiciones y leyendas.



Galería de nichos en el Cementerio General.

EL MISTERIO DE LOS ATAÚDES

Don Simón era el prototipo del clásico empleado de funeraria antigua, pues tenía una planta de Drácula que no podía con ella. Alto, flaco, con una voz especial y grave, que al inflexionarla le daba cierto sabor a sus narraciones. Don Simón vivía en una casona donde se alquilaban piezas, y después de las labores diarias, antes de la comida, reunía a todos los patojos del palomar para contarles cuentos de espantos y aparecidos, como sólo él sabía hacerlo, narrando los pasajes de miedo a las mil maravillas. Todos los patojos íbamos poniendo atención a cada frase que don Simón iba hilvanando.

—No estoy para contarlo—decía—ni ustedes para creerlo, pero para que veyan lo que son las cosas, no hay que creer ni

dejar de creer. Allá en el taller han sucedido últimamente cosas meras raras, meras feyas, que hasta ya me está dando miedo. Pero no hay más remedio que seguir trabajando allí, porque yo nací entre cajas de muerto y en una caja de muerto me han de enterrar algún día. Bueno, resulta que desde hace como unos tres meses para esta parte, cuando más silencioso está todo, cuando ya los carpinteros han terminado de barnizar algunos ataúdes y éstos son colocados en la bodega, más de alguna de las cajas comienza su tronidito tan especial y feyo que me pone en qué pensar. Lo peor del caso es que a la media hora entran algunos dolientes de algún recién fallecido a preguntar por el precio y medida de los ataúdes, y no me lo vayan a creer, pero se llevan la del tronidito, quién sabe por qué razones.

Aquellas leyendas o historias que nos contaba don Simón en el año de 1947 fueron quedando como para recordarlas siempre. Como recuerdo a don Simón, con su traje negro, su corbata con el nudo torcido, pantalón de ruedo ancho y valenciana doblada. Siempre que cruzaba las piernas lo hacía con tal facilidad debido a lo flaco de su cuerpo y piernas huesudas. Me imagino verlo fumando su cigarrillo vaquero, chupando la colilla con sus pómulos saltones y ojos desorbitados.

El bueno de don Simón falleció hace ya algunos años, y muchos de los patojos—ya hechos hombres que vivimos en aquel palomar—acudimos a su entierro. El tiempo siguió su marcha y en cierta ocasión, una tarde que tenía que hacer una llamada telefónica de urgencia, no hubo más que llegar a la vieja funeraria donde don Simón laboró por muchos años. Entré al establecimiento y al momento una señorita me atendió muy atenta, imaginando, creo yo, que iba a solicitar algún servicio funerario. Pero cambió de expresión cuando solamente le solicité el teléfono, me atendió y prosiguió trabajando en su escritorio. Mientras

trataba de tomar línea, vi hacia el fondo de la fábrica de ataúdes y allí estaba la bodeguita de la que tanto comentaba don Simón. A un lado, en una mesa, estaba sentado un anciano medio calvo, con los anteojos caídos sobre la nariz. Al fondo, una pila de cajas mortuorias y otras pequeñas para restos humanos, así como unas blancas para niños. Finalmente entró la llamada y, conversando, me olvidé de todo lo que había a mi alrededor. Finalizó la breve conferencia, colgué el auricular y me disponía a cancelar el precio del servicio, cuando el viejito del fondo me dijo casi en voz baja: "¿No escuchó el ruido de la caja?". No, respondí en el acto, agregando: quizás el ruido de las camionetas no me dejó escucharlo, repliqué amablemente. El teléfono sonó nuevamente, el anciano me suplicó que esperara un momento, ya que la chica que atendía había salido y no había quién diera el vuelto del billete de a un quetzal. Me quedé viendo los ataúdes, había de diferentes precios y por momentos medité en el final de la materia y el principio del espíritu; recordé las leyendas y cuentos de espantos que había escuchado de niño. El anciano colgó el auricular y, con una sonrisa de satisfacción, me dijo: "Yo nunca me equivoco, siempre que truena alguna caja de la bodega es venta segura o, quiero decir, muerto seguro". Regresó la señorita, me dio el cambio del billete y abandoné la pequeña funeraria, recordando de inmediato a don Simón y su famosa leyenda del "Misterio de los Ataúdes", una fascinante leyenda que pudo haber sido realidad.

UNA APUESTA EN EL CEMENTERLO GENERAL

El barrio de San Gaspar, colmado de leyendas y consejas, fue el escenario de un hecho que aún se comenta entre las personas mayores del sector. ¿Cuándo sucedió esto? Hace ya muchos años, cuando la ciudad de Guatemala principiaba en la primera calle y finalizaba justamente en el barrio en mención. Todo era más pequeño, hasta las distancias, que se cubrían a pie o en carruaje y a veces en lentos tranvías. San Gaspar, clásico barrio donde la hora de la oración se respetaba y el rezo del rosario era ritual diario entre los vecinos. Susana recién había finalizado el rezo y por un momento se quedó viendo por la ventana que daba a la calle. Las habladurías de la gente llegaron hasta donde ella estaba, sonrió de lo que se comentaba y solitaria en el cuarto pensaba en voz alta:

—¡Ay, de lo que son capaces los hombres para enamorar a una mujer! Ahora resulta que el Carlos, Vicente y Rafael quieren hacer una apuesta durmiendo en el interior del Cementerio General. Bueno, ninguno de los tres está mal que digamos, pero a mí me gusta Rafael, es más atento y respetuoso, aunque el Vicente no es menos. El único que no trago es al tal Carlos, que se la lleva de mero presumido; bueno, a ver qué pasa con esta partida de locos...

Cuando entró el abuelo a la habitación, todavía pudo escuchar algo de lo que decía Susana, y en broma y en serio el anciano le increpó su proceder indicándole que lo muy menos estaba algo loca. Los dos sonrieron de buena gana, pero Susana comentó con su abuelo lo que la gente deliberadamente pasaba platicando frente a la ventana de la casa.

—Imagínate que los muy locos van a pasar una noche en el interior del cementerio y el que demuestre menos miedo es el que me tiene que enamorar...

El anciano encendió un puro al momento de indicar a la nieta que en la juventud se cometen muchas tonteras y que algunos de esos errores se pagan caros.

—Pero decime sinceramente, ¿a vos te gusta alguno de ellos por lo menos?

—Bueno, pues de gustarme lo que se dice gustarme, pues no mucho, lo que pasa es que son buenos muchachos y grandes amigos míos y de aquí del barrio.

Por momentos Susana coqueteaba viéndose al espejo del enorme ropero; en el fondo le agradaba la apuesta y se sentía importante y mujer. Y en realidad Susana era bella. Desde que sus padres se habían separado vivía con el abuelo y juró no abandonarlo después del fallecimiento de la abuela. El anciano tomaba la apuesta de los muchachos como una aventura, más que un reto o competencia de valor. No le eran ajenos aquellos muchachos que había visto crecer, y más que eso, la honorabilidad de las familias a que pertenecían. El anciano retomó la palabra recordando anécdotas de su juventud en una charla abierta y sincera con la nieta más querida.

—En mis tiempos lo hacíamos de otro modo, ya con canciones o bien con poemas que le mandábamos a las patojas, y el más chispudo era el que ganaba. También estaban los que eran arrechos para escribir cartas de amor; esos sí que se llevaban las palmas, porque les zompopeaban las traidas...

—Entonces quiere decir que fuiste bueno para escribir cartas de amor—ripostó la nieta, respondiendo el abuelo que en realidad él en su juventud había sido mero regular. Sentado cómodamente en un asiento de mimbre, el abuelo continuaba haciendo comentarios de tiempos viejos a su nieta, mientras ésta seguía espiando por la ventana y sonriendo.

La débil luz del foco de la esquina caía justo en el área donde charlaba Rafael con sus amigos, eran apenas las siete de la noche

y la mayor parte de vecinos descansaba después de una dura jornada de trabajo. Las risas de los muchachos llegaban hasta el balcón diminuto de la casa de Susana, que se entretenía haciendo unos bordados.

—Muchá, pensé que lo de la apuesta en el cementerio era un secreto, pero parece que ya lo sabe todo el barrio.

Rafael era el que llevaba la batuta en la conversación y continuaba:

—Creo que es mejor así, para que llegue a oídos de Susanita y así esté alerta.

—Vos hablás así porque bien sabés que la Susana te hace ojitos—agregó Vicente, al momento que en coro los muchachos soltaban otra carcajada.

Ahora era el anciano el que espiaba por la pequeña ventana y comentaba con su nieta los preparativos que los muchachos hacían. En la esquina era Carlos el que ahora tomaba la palabra:

—Yo creo que la apuesta es tonta, pero no es por nada, yo cuando paso frente a la casa de la Susana, hasta sale quebrándose la cara por verme, pero para que no digan que tengo miedo le entro al asunto.

—Presumido, pesadote—comentó Susana, porque las palabras del muchacho se escucharon hasta donde ella estaba.

El abuelo, conociendo el carácter de la joven, optó por cerrar la ventana y las voces y risas ahora fueron quedando más lejanas. Los muchachos continuaban planificando la forma de entrar en el cementerio y quedarse allí una noche sin despertar sospechas. Se eliminó la idea de sobornar al guardián con unos pesos moneda antigua, pero también existía el temor que a la hora de que los encontraran allí les acusaran de profanadores de tumbas. Concluyeron tomando una fecha para la apuesta: sería el último viernes del mes que ya estaba cercano.

Todo se haría con el mayor cuidado y tomando las precauciones del caso. Rafael se comprometió a llevar una pequeña carpa, Carlos algunos panes y un termo de café, Vicente se adelantó a ofrecer una botella de caldo de frutas de Salcajá para darse valor a la hora de la verdad. Entrarían en las últimas horas de la tarde por la cochera y se esconderían entre el monte, mientras cerraban el cementerio. Posteriormente saldrían y buscarían el sitio adecuado para pasar la noche; este sitio estaba ubicado no muy lejos de la isla, en la parte norte del camposanto.

—¡Ay mija, las cosas que se cuentan en el barrio! Según dicen, la apuesta va a ser el viernes que viene. Ya todo lo tienen listo estos patojos condenados.

—Pues allá ellos, abuelo, porque la verdad yo no me estoy fijando en nadie. Pero decime ¿espantan en el cementerio?

—Bien que te estás preocupando por los muchachos y decís que no te estás fijando en nadie. Bueno, hay muchas leyendas, así como historias de espantos, aunque a mí en lo personal no me ha pasado nunca nada, pero como dice el viejo dicho: No hay que creer ni dejar de hacerlo. Ya me los imagino esa fecha cuando escuchen a lo lejos el reloj de la Catedral, dando las doce de la noche y se arrepientan de todos sus pecados.

Después de la breve charla, el abuelo apagó la luz de la salita y se fueron a dormir cada quien a su habitación.

Llegó el viernes esperado, todo estaba listo para la macabra excursión al sitio donde los tres jóvenes demostrarían su valor y el que ganara la apuesta tendría la vía libre para enamorar o conquistar el corazón de Susana. Para colmo de males, la tarde de ese viernes estaba nublada, pero así entraron al cementerio y, tal como lo habían planificado, se escondieron entre unos arbustos esperando que cerraran la necrópolis. Cuando calcularon que los enormes portones de hierro ya habían sido cerra-

dos, los tres muchachos fueron saliendo de su escondite listos para armar la pequeña carpa.

El silencio era casi absoluto en el interior del cementerio, únicamente alterado por el canto de los grillos y voces lejanas procedentes de los barrios cercanos. Por momentos la luna se dejaba apreciar con su luz, pero las nubes podían más al cubrirla y dejar nuevamente el ambiente a oscuras. Rafael parecía el más entero del grupo en materia de valor; los otros casi no hablaban observando la soledad de los nichos y mausoleos. Si al caso una que otra rata de monte pasaba corriendo cerca de los muchachos, causando el consabido susto en Vicente y Carlos especialmente, ya que Rafael sólo observaba y sonreía.

—Bueno muchá, hay que encender un poco de fuego porque aquí ni las manos se miran—acotó Rafael, al momento que Carlos manifestaba que si encendían fuego se delatarían con los guardianes del cementerio. Optaron por no hacerlo y acordaron no dormir en el interior de la carpa, velarían durante toda la noche. Era mejor así, para demostrar el valor de cada uno, el deseo de ganar el corazón de Susana y de narrar en una noche especial la aventura en la esquina del barrio. Vicente, el más callado del grupo, en un momento de flaqueza suplicó a sus amigos que le acompañaran a un apartado, porque estaba sufriendo de molestias en el estómago. Ese fue el momento oportuno para que Rafael sentenciara:

—Muy bien, te acompañamos, pero ya perdiste la apuesta y sólo quedamos dos. Sonrió maliciosamente y vio de soslayo a Carlos, que evadió la mirada inquisidora de su amigo. Cuando los tres muchachos caminaban casi a tientas en el interior del cementerio, vieron el reflejo de la luna en los tramos de nichos repletos de cadáveres. Un silencio absoluto prevalecía en la ciudad de los muertos, donde las sombras caprichosas de las copas

de los árboles formaban figuras fantasmagóricas en las paredes de los mausoleos. Cuando regresaron de acompañar a Vicente, fue Carlos el que suplicó a sus amigos que por favor no le dejaran rezagado, ya que principiaba a sentir miedo.

—Muchá, no sé porqué, pero presiento que algo malo nos sucederá esta noche. Bueno, no me miren así, ya sé que también perdí la apuesta y el que ganó fue Rafael; consecuentemente, creo que ya no hay razón para estar aquí y mejor nos vamos a la casa. Vos ganaste, Rafael, y tenés el campo abierto para conquistar a Susana sin ningún problema.

Carlos era el que había hablado y daba por ganada la apuesta a Rafael, pero éste, sobreponiéndose a lo dicho por su compañero y amigo, manifestó que había que esperar hasta que amaneciera. Sabía Rafael que la salida del cementerio a esas horas era peligroso, pues si los capturaban los acusarían de profanadores de tumbas o cuando menos de brujos. En realidad los jóvenes estaban tan asustados, que hasta se olvidaron del café y la botella de licor. Había que esperar hasta que amaneciera, viendo en la oscuridad de la noche el paisaje fúnebre, con cruces y ángeles, a manera de decoración sobre tumbas y mausoleos, siluetas que se recortaban en un mundo extraño y a veces tenebroso. Los minutos y segundos parecían pasar más lentos a esa hora, cuando el frío principiaba a calar en la humanidad de los apostadores. Rafael se sentía ufano por haber ganado la apuesta, pero disfrazaba su miedo con una sonrisa rara. De pronto, el reloj de la Catedral dejó escuchar en la lejanía sus doce campanadas. Los tres amigos se vieron las caras, sabían positivamente el miedo que les invadía en ese momento. De repente hubo un sobresalto, de la oscuridad de la noche una figura iba tomando forma y conforme se acercaba le iban distinguiendo mejor.

—Sólo eso nos faltaba, allí viene el guardián a ver si no hay problemas—vaticinó Carlos.

Aquel hombre se fue acercando y ahora ya estaba frente al grupo de muchachos. Con una sonrisa un tanto extravagante les dio las buenas noches, agregando:

—¿Se puede saber qué andan haciendo a estas horas por aquí?

Los tres enmudecieron, no sabían qué responder ante uno de los guardianes del cementerio que ya lo tenían enfrente. El que tomó la iniciativa de responder fue Rafael:

—La verdad, señor, es que hicimos una apuesta para ver quién sentía más miedo a dormir una noche aquí en el cementerio, y eso fue todo. Como ve, allí tenemos nuestra pequeña carpa, pero por el miedo ni nos atrevimos a dormir adentro, eso es todo. Pero le hemos de ser sinceros, quisiéramos salir de aquí...

—Eso va a ser lo difícil, porque el policía que está en la puerta no lo creerá. Mejor esperen que amanezca, dejan que entre un poco de gente, digamos los albañiles que vienen a laborar temprano, y salen poco a poco. Creo que así nadie se dará cuenta que durmieron una noche en el interior del cementerio.

Al momento de finalizar la frase, el extraño hombre lanzó una carcajada que hizo eco en el barranco cercano. Aquella expresión corporal del supuesto guardián alteró aún más los nervios de los muchachos. Ya repuestos del susto y tomando un poco de confianza, fue Vicente el que interrogó al extraño personaje:

—¿Pero a usted no le da miedo andar solitario en el cementerio? Realmente es admirable su valor. ¿Cuántos años tiene de estar aquí?

Una vez más la risa del hombre resonó en el espacio como algo sobrenatural y respondió:

—¡Muchos años!, que ya se me olvidó cuántos…

Ahora era Rafael el que hacía el comentario como para ganar confianza con el extraño:

—Imagínense, muchá, caminar solitario en la noche entre todos los nichos y tumbas donde numerosos difuntos duermen el sueño eterno. ¡Realmente se necesita valor para eso! Pero disculpe que insista, ¿de verdad no le dan miedo los muertos?

Nuevamente la risa cavernosa del hombre se antepuso a la respuesta:

—No, ahora ya no. Antes sí me daba miedo hasta pensar en los difuntos.

—¿Y ahora por qué ya no le da miedo?

—Porque ahora yo también soy un muerto…

El sábado amaneció radiante, el movimiento en el barrio de San Gaspar era inusitado. El abuelo de Susana había salido a comprar unos puros a la tienda más cercana y como había escuchado el comentario de unos vecinos, como Dios le dio licencia corrió a darle la noticia a su nieta.

—¡Susanita…! ¡Susanita…! Ay, vaya que te encuentro, patoja por Dios Santo. ¿Ya supiste lo que pasó?

—¡Ay abuelo. ¿Qué sucedió?

—Pues nada menos que al tal Vicente, al Carlos y al mentado Rafael, los encontraron bien sometidos en el fondo de la barranca del Cementerio General y dicen que no han recobrado el conocimiento. ¡Yo más bien digo que a estos los espantaron y por ser buenas gentes no se los ganaron de una vez, porque bien dicen que con los difuntos no se juega y el que se acerca a la muerte, la muerte encuentra…!

LOS MILAGROS DEL HERMANO PEDRO

El viento lamía el camino provocando una gran polvareda, por momentos se formaban pequeños remolinos que al paso del franciscano se disolvían. Atrás y corriendo a galope tendido, don Juan Peñalonzo y Figueroa se dirigía a la ciudad, después de recorrer sus vastos dominios. Terrateniente cruel, descendiente de conquistadores; por poco atropella al humilde siervo de Dios. Bestia y hombre, dos en uno, pararon violentamente, al momento que Pedro le hacía la señal de conversar con el jinete.

—Don Juan! ¡Don Juan! Gracias a Dios que le encuentro, porque resulta que estoy haciendo mi recorrido y necesito ayuda, no para mí sino para mis enfermos y pobres.

Agregando el jinete: Al diablo con esa cantaleta que ya me la sé de memoria y bien sabéis que nunca te he dado dinero y no sé por qué esa terquedad de interrumpir mi camino. ¡Vamos, hombre, quítate del medio o te atropello con mi caballo!

El hombre provocó el relincho con el caballo y sus cascos delanteros pasaron muy cerca del rostro del franciscano.

—Está bien, don Juan, no es para que os enojéis, y por el contrario, que Dios le bendiga y guíe su camino. Quizás algún día se compadecerá de los pobres y todo cambiará...

El terrateniente continuó su camino a todo galope, perdiéndose por el camino de herradura entre la polvareda imperante. Pedro, con la humildad que le caracterizaba, levantó su mano derecha dándole la bendición que él acostumbraba. De entre los arbustos salió un indígena campesino, que se sorprendió al ver a Pedro solitario en el camino.

—Hermanite Piegre, vos por aquí solite a estas horas, ya mere tocan pa lora de la oración y no es güeno que andés solite vos y tu alma.

Pedro, muy humildemente, colocó su mano sobre el hombro del campesino y con voz persuasiva agregó:

—Querido hermano, quiero que aprendas algo que hoy te digo, nunca anda solo quien piensa en Dios. Él siempre está con nosotros y nos cuida, por eso siempre acude a Él en cualquier problema de la vida.

Al tiempo que el hermano Pedro hablaba con el humilde indígena, el viento amainaba. Una tranquilidad completa invadía el ambiente, los pájaros lanzaban al viento sus trinos y el campesino dialogaba con el santo varón.

—Tan bonite que hablás hermanite Piegre, pero no lo hagás con ese hombre malo, por poco y te echa el caballote encima, a esa gente no hay que bendecirla.

Pedro sonrió con benevolencia agregando:

—No, hermano, por el contrario, hay que bendecirlo, porque él necesita de esas bendiciones y hay que tratar por que enmiende su camino, eso será con la voluntad de nuestro Señor.

Pedro continuaba con su labor humanitaria, sentando las bases del servicio social en Guatemala, aliviando a los marginados en su improvisado hospital. No fueron pocas las ocasiones en que recibió humillaciones de prepotentes que desdeñaban su trabajo. Afortunadamente, había almas piadosas que colaboraban con su obra. Una radiante mañana del mes de marzo de 1667, cuando salía a buscar el alimento diario para sus enfermos, lucía ya un tanto demacrado por la enfermedad que le minaba. Parecía que los pájaros le saludaban a él, con gesto humilde, les contestaba:

—¡Buenos días, hermano zanate! ¡Buenos días, hermano gorrión!

Ayudándose con su viejo bordón, caminaba Pedro por las calles de la ciudad, saludando a la gente y dándoles su bendición. En las huertas cosechaban ya las legumbres, el olor fresco

Hermano Pedro.

llegaba hasta donde él estaba, hubiera deseado tener un huerto como el que admiraba para llevar a sus gentes las mejores frutas y legumbres de la campiña. Los campesinos saludaban al día, cortando todo y probando de vez en cuando ya un rábano o una hermosa zanahoria. Al ver aquellos manjares, recordó los caldos de su tierra lejana, que se preparaban con carne fresca de res y legumbres, en Chasna y Villaflor. Qué lejos estaba todo aquello, pero él estaba feliz, sirviendo a Dios, en la tierra que tanto amaba. Un hombre obeso que dirigía a los mozos le reconoció de lejos y le invitó a recolectar las pocas naranjas que habían quedado en lo más alto de los raquíticos naranjos, en lo más profundo de la inmensa huerta.

La mayor parte del producto estaba cosechado y lo que sobraba era ofrecido a Pedro, que con humildad y agradecimiento aceptaba. En sendos canastos asomaban los apetecidos aguacates, nabos, coles y demás, aparte las naranjas jugosas que algunos mozos degustaban con el permiso del patrón.

—Bien, hermano Pedro, con mi esposa hemos dispuesto que recoja algo de lo que quedó en la huerta, no es mucho pero de algo le servirá.

Pedro, con sencillez manifiesta, agradeció el regalo para sus pobres y manifestó su deseo de traer su carretón para llevarse lo ofrecido.

—No es para tanto, hermano Pedro, basta con el saco pequeño que trae para que se lleve unas cuantas naranjas —dijo sonriendo de la ocurrencia de Pedro, de pretender llevar un carretón para llevarse las sobras de la huerta—. Pero en fin, agregó el hombre gordo —traiga su carretón, está bien.

Ya de regreso con el armatoste, vio que las naranjas estaban muy altas para alcanzarlas, pero así, ante el asombro de los mozos, Pedro trepó al naranjo para alcanzar si al caso unas cinco o diez naranjas que los mozos habían dejado. Pero sucedió algo especial, insólito, que principiaron a ver los empleados de la granja: cuando Pedro cortaba naranja tras naranja, éstas por cientos iban cayendo en el viejo carretón. Don Santiago, que era el patrón de los mozos, junto a su esposa admiraba asombrado el espectáculo.

—¡Pero mujer, no es posible lo que ven mis ojos...!

La mujer, con codicia no disimulaba, miraba cómo el carretón de Pedro se iba llenando de hermosas naranjas. Metiendo el codo en el costillar del esposo, le dijo sotto voce:

—¡Es increíble lo que está sucediendo! Pero creo que es mejor decirle que pare la mano, porque esas naranjas no las vieron los mozos.

—No, mujer, esto es cosa del Señor y sólo los predestinados pueden realizar semejantes milagros, déjalo que se lleve todo y no comentes nada, por favor, pero cuidado que allí viene el hermano Pedro.

—Bueno, queridos hermanos, tomé todas las naranjas, porque así me lo prometieron, muchas gracias, pero si desean me llevo sólo las que quepan en el saco.

Los esposos se vieron las caras y fue el hombre el que manifestó que de ninguna manera, que todas eran para sus enfermos y que no había ningún cuidado. Finalmente el hermano Pedro se marchó, conduciendo su carretón cargado de naranjas, mientras tanto el granjero y su esposa se sentaron a comentar el hecho en la habitación principal de la casa de campo. Aún no salían de su asombro, cuando inesperadamente llegó uno de los mozos, indicando que una vez más los naranjos estaban cargados.

—¡Patrón...! Esto es un milagro del hermano Pedro, vengan a ver, por favor.

El granjero y su esposa, así como los mozos, se quedaron de una pieza al ver aquel portento de producción como jamás se había dado en la granjita. Allí estaban los arbolitos cargados de naranjas maduras listas para el corte. Pero había algo más, las hortalizas, que ya habían sido cosechadas, brotaban generosamente con sus enormes coliflores, rábanos, lechugas y frescas zanahorias.

Vecinos cercanos a la granja, poco a poco se fueron acercando al escuchar las voces de asombro de los mozos. Unos se santiguaban, otros con los brazos en cruz rezaban en voz alta, admirando la fuerza espiritual de Pedro, el predestinado de Dios que con la ayuda del Altísimo provocaba aquellos milagros.

—No cabe duda de que estamos ante un milagro de Dios, dimos poco y estamos recibiendo más de la cuenta —comentó brevemente el granjero.

Mientras tanto, la esposa caía de rodillas y exclamaba:

—¡Que Dios me perdone por lo que dije y pensé, que Dios me perdone, pero realmente el hermano Pedro en un santo!

Los portentos del hermano Pedro corrieron de boca en boca por toda la ciudad colonial y aldeas cercanas, hasta los más escépticos quedaron asombrados de lo que decía la gente. Los días fueron pasando y así llegó el mes de abril de 1667, mientras la cuaresma se manifestaba en todo su esplendor en la hoy ciudad de Antigua Guatemala. Ya para esos días los quebrantos de salud de Pedro eran más notorios, pero felizmente la gente acudía en su ayuda, es decir con la colaboración para su enfermos y pobres.

Pero entre más ayuda llegaba, más enfermos acudían con el hermano Pedro. Por aquellos años, un indígena era menos que un perro y muchos morían a la vera de los caminos, esperando la ayuda humanitaria de las autoridades españolas, que llegaba muy de vez en cuando. Pedro cumplía con aquella tarea dura e incomprendida por los peninsulares. Muchas veces a cuestas llevaba a los indígenas casi agonizantes a su hospital, donde les atendía en sus dolencias. Al ver aquellas ingratitudes, Pedro luchó por la atención de los menesterosos, entregándose en cuerpo y alma a la ayuda del prójimo, tal como lo demandaba su religión católica. Una tarde llegó hasta el convento el cruel personaje del inicio de nuestra historia, quien deseaba hablar con Pedro porque, según su mente mercantilista, tenía un negocio que arreglar con el franciscano.

—Buenas tardes, Pedro, no cabe duda que tu fama ha corrido por todos los rincones de la ciudad y precisamente vengo a proponerte un negocio, digamos un trato. Veo que tu magia, por no decir otra cosa, es magnífica y deseo que en una buena parte de uno de mis terrenos, donde la tierra es árida, nazcan tulipanes.

Pedro, con la humildad característica en él, le indicó que aquello no era magia y que era Dios quien con su bondad infinita provocaba aquellos milagros y que él era solamente un instrumento. Don Juan Peñalonzo y Figueroa, con su habitual prepotencia, indicó a Pedro que en esos terrenos había habido un accidente cuando en cierta ocasión asoleaban pólvora, ésta prendió fuego y la tierra había quedado árida, muerta y no daba nada.

—Yo te daría un buen dinero que no caería mal, si es que hacés el milagro o la magia para que allí se cosechen tulipanes.

Finalizando la frase y soltando la carcajada, el hombre permanecía frente al santo vivo. Pedro sonrió también pero quizás de lástima por quien llegaba a proponerle el redondo negocio.

—Posiblemente, mi querido hermano don Juan, broten tulipanes en esa tierra, posiblemente, y será con la voluntad de Dios, en un día que Él ha estipulado y que ya está muy cerca. Así que no hay pena, lo único que yo le pido es que la primera cosecha sea para el pueblo, para los pobres que vendrán en gran manifestación a cortarlos.

Don Juan, un tanto molesto pero aparentemente calmado, respondió a Pedro:

—Pero ese no es el trato, yo pagaré y será buen dinero, consecuentemente los tulipanes y todas las cosechas serán mías.

—Está bien, querido hermano Juan, así será, pero no me dé dinero. Después que todo pase y la primera cosecha sea entregada a los pobres, las otras cosechas serán suyas. Ya si usted quiere ayudar a mis gentes, estoy seguro de que Dios se lo premiará.

Una noche silenciosa, cuando los luceros notábanse más encendidos y las luciérnagas parecían alumbrarle el paso al santo vivo, allí, en esas calles hoy centenarias, iba dejando escuchar su santo consejo:

—¡Acordaos hermanos
que un alma tenemos
y si la perdemos
ya no la recobramos...!

De pronto aquella hermosa y santa recomendación fue violentamente interrumpida por la carcajada de don Juan Peñalonzo y Figueroa.

—Buenas noches, hermano Pedro, veo que como siempre andáis con tu letanía que nadie escucha. A propósito que os veo, sigue en pie mi proposición y te digo que ya sembré algo, pero no hay señas ni de pasto en ese terreno árido...

—Todo a su tiempo, don Juan, todo a su tiempo, ya llegará el momento y entonces si yo gano la apuesta, como ya le indiqué, no me dé nada a mí, mejor entréguelo a los pobres enfermos y Dios lo premiará.

Una vez más el peninsular sonrió siniestramente, mientras que en la oscuridad de la noche un enjambre de luciérnagas iluminaban la silueta del santo. De pronto, el hermano Pedro tambaleó y fueron los brazos fuertes del español los que lo sostuvieron.

—¿Pero qué sucede, estás enfermo, hombre de Dios? Es mejor que ya no sigas tu camino y te ayude a llegar al convento. Te ves muy demacrado y enfermo, menos mal que no estamos tan lejos.

A pesar de la luz de la luna, las luciérnagas continuaban iluminando el camino a don Juan y al hermano Pedro, que ya no podía dar paso. Finalmente llegaron al convento, sólo una luz débil de un viejo farol alumbraba el portón de madera.

—Bueno, ya llegamos y es mejor que toquemos para que puedas entrar —dijo el español.

—Es mejor que me quede a esperar que abran, puede marcharse sin pena, don Juan, y muchas gracias, que Dios le acom-

pañe. Mañana por la tarde vaya a ver los tulipanes y verá qué sorpresa; hágalo pero por la tarde, buenas noches...

Don Juan cumplió con el trato, y en las horas de la tarde cabalgando llegó hasta el terreno, para ver cómo iba el proceso de los tulipanes en su crecimiento. Ya casi llegaba cuando de los templos lejanos escuchó el tañir de las campanas que doblaban tristemente. Espoleó al caballo y ahora el sonar de las campanas era más notorio, conforme iba llegando al terreno. La sonrisa del hombre se marcó victoriosa: allí estaban los tulipanes, acariciados por el viento y mostrando toda su belleza, en un área considerable.

—Qué bueno que el hermano Pedro cumplió con su palabra, porque los tulipanes han crecido de la noche a la mañana, no cabe duda que fue un buen milagro, un buen milagro.

De pronto, el escándalo de una muchedumbre rompió el silencio de la tarde desviando las cavilaciones de don Juan.

—¿Pero se puede saber qué vienen a buscar ustedes a mis terrenos? —preguntó altivo el español.

Una mujer fue la que respondió por todos:

—Desde ayer vimos la hermosura de los tulipanes en estos terrenos y hoy los venimos a cortar para adornar la tumba del hermano Pedro, quien después de estar en cama durante más de quince días murió ayer en la tarde.

Mientras la gente cortaba los tulipanes don Juan, incrédulo aún del suceso, hablaba solo sin que nadie le oyera:

—No, no puede ser, si anoche estuvimos platicando, y es más, lo llevé al convento, no puede ser. Eso quiere decir que yo hable con su espíritu. Dios mío, perdóname por haber humillado a un justo...

Gabriel García Reyes ("El Caballo Rubio")

EL CABALLO RUBIO NO HA MUERTO

Aun cuando le seguimos la huella dejamos de verlo como un año completo, y la última vez que le saludamos le vimos en perfectas condiciones. Gabriel García Reyes constituye una leyenda viviente y le conceptuamos como el último personaje típico de la ciudad, de una Guatemala que ya se fue con los cambios del modernismo. Al hablar de personajes típicos de la ciudad de Guatemala, recordamos a varios de ellos, como a los Chocanitos, la Mosquita, Nacho Cajón, Panchito Bonito, y otros que conformaron una pléyade de personajes muy conocidos por nuestros abuelos.

La entrevista fue preparada gracias a la colaboración del fino y joven amigo Emilio Flores, de la "Divina Providencia ll", donde ocasionalmente llega Gabriel. Cuando Milo nos llamó a la oficina y nos indicó que "EI Caballo Rubio" nos esperaba y que estaba dispuesto a tomarse una foto, dejamos todo y partimos rumbo a la cafetería de Emilio. Cámara y grabadora, todo estaba listo para entrevistar al último de los personajes típicos de la ciudad de Guatemala, el hombre que muchos creían muerto. Allí sentado nos esperaba Gabriel, con su inseparable sombrero de cuero y su indumentaria clásica en él y, más que eso, con una educación y humildad que le distingue. Fervoroso católico, lleva consigo su enorme cruz en el cuello y una serie de medallas religiosas abajo de la camisa.

—¿Cuántos años tiene, Gabriel?

—Como perdí los papeles o me los perdieron, creo que ya voy por los 83.

—¿Dónde nació? ¿Cómo llegó a Guatemala?

—Nací un 18 de marzo de un año que no recuerdo, en Salamá, Baja Verapaz. Llegué muy joven a la capital, soy hijo de Andrés García y de Rosario Reyes Hernández, ellos fueron mis padres y los recuerdo con mucho cariño, así como a mis hermanos; ya la mayoría han fallecido.

Cuando Gabriel indicaba su edad, interviene Emilio, diciendo que posiblemente tiene más edad ya que su abuela, doña Patrocinia Melgar, que ya cuenta con 70 años de edad, le conoció cuando ella era una niña. "Posiblemente pasás de los 90", indicaba categóricamente Milo. Gabriel insiste que no. Continúa la entrevista y la cámara ha principiado a disparar.

—¿Quién le puso el apodo de "Caballo Rubio"?

—Fueron los patojos de por la Avenida Bolívar, yo lo maltrataba en aquel tiempo, pero eso ya pasó, tal vez fue porque yo

me cargaba a la espalda varias libras de carne de marrano que iba a dejar al Mercado de la Presidenta y a la Placita Quemada.

—¿Recuerda a don Manuel Estrada Cabrera, ex-presidente de Guatemala?

—Claro que sí, en ese tiempo vivía por la Castellana y la cosa estuvo fregada porque hubo "bulla», hasta que cayó don Manuel...

—¿Por qué el apodo de "Caballo Rubio"?

—Yo me cargaba hasta 500 libras de carne de marrano, estaba muy joven y por el andadito los patojos, le repito, así me pusieron y me quedó el apodo para siempre.

—¿Qué más nos puede contar de la Guatemala de antes?

—Recuerdo al general Ubico, con ese hombre no había cuentos y terminó con los ladrones, la capital era pequeña pero muy limpia, era otro tiempo que añoramos. La feria de noviembre y la montaña rusa, es otra cosa que recuerdo muy bien; no se pagaba la entrada como en la actualidad, que hasta para entrar a la Aurora hay que pagar. Pobre el general Ubico, ya se murió y que Dios lo tenga en su gloria; creo que fue un buen presidente. Ahora doña Marta, su esposa, a saber qué se hizo, porque no la volví a ver; vivía allá por la 14 calle y siempre los he respetado. Lo único que no me gustaba era que los patojos malcriados me gritaran: ¡Caballo Rubio!, pero los apedreaba y le cuento que tenía buen pulso. Ahora ya no me importa que me digan el apodo, porque mucha gente joven ya ni me conoce y pocos me lo dicen, pero no me lo gritan, yo lo he aceptado.

Gabriel García Reyes, nombre completo del famoso "Caballo Rubio", prosigue su charla, algunas veces equivoca fechas y personas, pero en la mayoría de las veces retoma el tema casi cronológicamente. De ojos pequeños casi cerrados, escudriña en el horizonte como queriendo recordar otros datos. En algunas oca-

siones Emilio Flores interviene, y es lógico, porque con el abuelo de Emilio y su familia Gabriel laboró por muchos años. Milo le va rectificando datos y fechas y nuestro entrevistado asiente. Las personas que ya llegamos al medio siglo, le recordamos dando la bendición a las locatarias de la Placita Quemada, allá por los años de 1950.

—¿Recuerda cuando le daba la bendición a las señoras locatarias del Mercado de la Placita Quemada?

—Claro que sí, todavía lo hago pero sólo con los amigos y con quien lo solicita. Hay mucha perdición en el mundo, pobre la gente que sufre guerras, rezo mucho por ellos.

—¿Qué hace para mantenerse tan bien de salud?

—De vez en cuando me tomo mi cervecita con dos huevos crudos, caldo de res, muchas verduras y carne de res; ésa ha sido mi alimentación, y levantarme muy temprano, también me acuesto muy temprano. Donde vivo ya muy de mañana les tengo el café caliente para el desayuno…

—¿Qué es lo que más desea Gabriel García Reyes?

—Viajar, deseo conocer España y otros países, ojalá no me muera sin hacerlo. Soy muy pobre pero primero Dios lo haré algún día, porque quiero vivir más años. Yo a mis superiores les digo patrón o patroncito, es el trato que debe dar la gente con educación, siempre con educación.

—¿Cómo era antes la vida de los chapines?

—Mucho más barata, digan lo que digan pero más barata. Por ejemplo, en tiempos de don Jorge Ubico, usted comía bien con poco y le alcanzaba lo que ganaba, pero ahora, por Dios Santo, todo está distinto.

Gabriel García Reyes, el famoso como legendario "Caballo Rubio", nos sigue contando su vida y va haciendo las comparaciones de las épocas que ha vivido. De un oído envidiable,

capta las preguntas que le vamos formulando y las contesta rápidamente.

—Contaban las abuelas que usted para ser fuerte tomaba sangre de toro, ¿qué hay de cierto en eso?

—La sangre de toro hay que tomarla con mucho cuidado, porque el mucho alimento también hace mal. Es cierto, me tomaba mi vasito pequeño en el rastro de ganado mayor.

—¿Tiene amigos actualmente de su época?

—Lamentablemente ya han muerto todos, pero los más recientes fueron el finado Flavio Mazariegos, Pablo Cruz y Tello, que como le repito ya murieron. Jugábamos a las cartas y nos divertíamos mucho.

—¿Mucha gente ha conocido usted, por lo visto?

—Conocía a los padres del ex-presidente Marco Vinicio Cerezo Arévalo, a su papá el licenciado y a la señora, que siempre han vivido allí por el templo del Sagrado Corazón Expiatorio, antes le llamaban Barrio de la Libertad. Le cuento que en una oportunidad andaba haciendo un mandado por Mixco, cuando me llamaron y me dijeron que una señora me quería conocer; era nada menos que doña Raquel Blandón de Cerezo, esposa del presidente, y me regaló veinte quetzales. Eso fue cuando Vinicio era presidente.

—¿Ha caminado mucho?

—Conozco El Salvador y algunos departamentos de la República, y le cuento que tengo 75 años de cargar en la procesión del señor de Esquipulas para Semana Santa, mi padre Celestial me ha permitido hacerlo y cada año voy hasta que El lo permita.

—¿Conoció a don Rosendo Ruby?

—Como que no, él murió cuando la bulla del 20 de octubre de 1944, cuando botaron a Ponce. Era un buen hombre y marranero de los de antes, creo que una de las bombas que lanzaban

de la Guardia de Honor cayó en su casa y allí fue la desgracia.

—¿Qué piensa de la vida actual y sus cambios?

—Todo muy malo, hoy se gana más pero todo muy caro y sobre todo la delincuencia desatada, mucho ladrón, de los cuales no me he salvado; no hay respeto para nadie. Por eso hasta que no se fusilen a unos cuantos esto no para.

—¿Recuerda algún fusilamiento en especial?

—No me gusta eso, pero a veces es necesario, como en el caso de Miculax, cuando lo fusilaron en el paredón del Cementerio, en tiempos del Dr. Arévalo, hicieron muy bien por las canalladas que este pobre criminal hizo con los pobres patojos. Si no hay un castigo, la cosa sigue igual y no hay derecho para que la gente honrada pague el pato de tanto criminal. También recuerdo el fusilamiento de Guayo Felice, Blanco y Asturias, eso ya fue en tiempos de Ubico, por el crimen de la 9a. avenida, fue también muy mentado, aunque ellos murieron diciendo que eran inocentes.

—¿Nos permite una última fotografía?

—Claro que sí, a mí me gusta que me tomen fotos…

—¿Una con sus medallas y su rosario, por favor?

—Cómo no, con mucho gusto…

Así finalizaba una entrevista con Gabriel García Reyes, no sin antes contarnos que había tenido su esposa, que se llamaba Leticia López, con quien tuvo 6 hijos, ya todos fallecidos, y que solamente le queda un hermano que vive en La Pedrera. Nos despedimos de Emilio Flores por su gentileza y atenciones, y antes de abordar el auto nos llama porque Gabriel García Reyes, el legendario "Caballo Rubio", nos iba a dar la bendición, gesto que agradecimos muy formalmente.

EL SUEÑO REALIZADO DE UN GENERAL

Cuando entró al despacho presidencial el licenciado Rivitas, respiró profundo para adivinar de qué talante había amanecido el general don Jorge Ubico, presidente constitucional de la república de Guatemala.

—Buenos días, señor presidente —saludó.

El hombre estaba sentado apreciando una postal que le habían enviado de Salamanca, España. Parsimoniosamente dejó en el cenicero el infaltable cigarrillo y contestó al profesional:

—Esto es más o menos lo que yo quiero, vea esta postal.

Rivitas vio la postal y como no se le podía contrariar al mandatario, asintió con la cabeza dando su aprobación, agregando:

—¡Bello edificio, señor presidente!

Ubico aspiró profundamente el cigarrillo y de inmediato dio la orden para que se convocara a una reunión urgente con los ingenieros y arquitectos que Rivitas tenía en una lista. El licenciado Rivas dio media vuelta y antes de llegar a la puerta del despacho fue llamado de nuevo por el presidente.

—Ahhh, por favor llámeme por aparte a Bickford, dígale que llegue antes.

Ubico estaba de buen talante, era el verano de 1936. Ya por aquel tiempo el general presidente había rechazado los planos de uno de los arquitectos, por parecerle el proyecto un tanto modernista y que no cuajaba con el sector colonial de la ciudad que estaba conformado por el Palacio Arzobispal, la Catedral Metropolitana, el Colegio de Infantes y el viejo Portal del Comercio.

El general Ubico conocía perfectamente la trayectoria histórica de los palacios de Guatemala, desde el viejo Palacio de los Capitanes Generales, que estuvo situado en el hoy Parque Cente-

General de División Jorge Ubico Castañeda, presidente de Guatemala de 1931 a 1944.

nario, hasta el bello palacio llamado de Reinita, ambos derribados por los terremotos de 1917-1918. Sonrió cuando recordó la efímera historia del Palacio del Centenario, llamado también por el pueblo como "El Palacio de Cartón", un edificio construido a la carrera, para las celebraciones del centenario de la Independencia de Centroamérica en el año de 1921. Y en realidad Guatemala urgía de un palacio nacional con todas las de ley, un edificio que perpetuara el nombre del general Ubico.

Su estilo es del renacimiento hispano del siglo XVI, con algunas variantes mocionadas por el propio general Ubico, pero de un gusto extraordinario y exquisito según los conocedores en la materia. Entre los artistas guatemaltecos que participaron en su

construcción se encuentran: Rodolfo Galeotti Torres, en la elaboración del tallado de escudos en piedra de Totonicapán; en los bellos vitrales deja su huella inmortal don Julio Urruela, así como en los frescos de la entrada se manifiesta el pincel del notable artista Alfredo Gálvez Suárez. Y así como el paso de estos grandes personajes del arte en Guatemala, recogemos nombres como Carlos Rigalt y tantos obreros y albañiles que también pusieron su grano de arena. Ebanistas, carpinteros y herreros calificados de una época cuando todo se hacía bien y no improvisado. Todo aquel equipo humano, estaba bajo la dirección del proyecto original del Ingeniero don Rafael Pérez de León y don Enrique Riera, profesionales de gran mérito en aquellos tiempos, cuando tan magna obra en su costo no sobrepasó los dos y medio millones de quetzales no devaluados. Y decimos no devaluados porque en aquel tiempo el dinero nuestro valía lo que pesaba. La elegante obra verde claro del Palacio Nacional se cimenta sobre una área de 8,890 metros cuadrados y de oriente a poniente mide 127 por 70 metros. Su altura máxima en el frontón principal alcanza 30 metros, casi la misma elevación que tienen las torres de las esquinas, las cuales rematan el cuarto piso del edificio.

Dicha construcción se inicia el 4 de Julio de 1939, siendo inaugurada la mañana del 10 de noviembre de 1943, justo el día del cumpleaños del presidente Ubico. La obra tardó en culminarse cuatro años y el general Ubico celebró su natalicio número 65 con aquella obra, que al margen de ideas políticas le inmortalizaría. La mañana de la inauguración había mucho movimiento en los alrededores del Parque Central, así se le llamaba antes a la actual Plaza Mayor; el intendente municipal (no había alcalde electo), ingeniero don Arturo Bickford, corría de un lado a otro observando los últimos detalles, aunque todo estaba terminado en aquella bella obra en la que él también tomó parte activa.

Sin lugar a discusiones, uno de los gobernantes guatemaltecos que más obra física dejó fue el mencionado presidente. Pensó en los puntos más urgentes: Aeropuerto, Aduanas, Policía Nacional, Correos y Telégrafos, mercados y otros edificios que sería largo enumerar, pero aún permanecen dando servicio después de medio siglo de haber sido construidos. Pero faltaba algo, ese algo especial que sería la fase de la culminación de obra física: El Palacio Nacional. Y vaya si no fue la finalización de su obra, ya que únicamente disfrutó de su estancia en el palacio 8 meses, si se toma en cuenta que los movimientos populares del mes de junio de 1944 le obligaron a presentar su renuncia el 1 de Julio del mismo año. Para las nuevas generaciones, indicaremos que el predio donde hoy se levanta majestuoso el Palacio Nacional de Guatemala, cuadra comprendida sobre la 6a. Calle entre 6a. y 7a. Avenida de la Zona 1, estuvo instalado el Noble Ayuntamiento durante la época colonial, el que fue conocido popularmente como "El Portal del Señor", inmortalizado en notable prosa por nuestro Premio Nobel Miguel Ángel Asturias, en su obra El Señor Presidente.

Con la demolición de dicho edificio en el año de 1916, el predio quedó limpio hasta la construcción del Palacio Nacional, trabajos que se iniciaron en 1939, como ya se indicó, durante la gestión administrativa del general Ubico. En el año de 1921 en el predio mencionado, la colonia china residente en Guatemala construyó una pequeña pagoda, como un regalo al pueblo chapín con motivo de las celebraciones del centenario de la Independencia de Centroamérica. Aquella pagoda con el tiempo se deterioró y posteriormente desapareció para siempre, dejando una vez más el predio limpio. Al llegar a la presidencia el general Ubico, le echó el ojo al predio para la obra que acarició desde que llegó al poder, obra que felizmente culminó dejando a la

posteridad un bello edificio, catalogado hoy como patrimonio histórico de la ciudad de Guatemala. Para escribir sobre esta bella obra arquitectónica no basta reseñarla en pocas cuartillas, porque la letra no llega jamás a tener el impacto de conocerla físicamente, pero justo es nombrar a grandes personalidades que dieron su aporte en el arte y conocimiento profesionales a que fuera una hermosa realidad.

En la fecha hoy recordada, 10 de noviembre de 1943, miembros del Partido Liberal Progresista organizaron un desfile con carrozas que salió del Parque Morazán y finalizó en el Parque Central. Había algarabía en el pueblo guatemalteco por el estreno de aquella magna obra, se reconocía la labor del mandatario que en 14 años de gobierno epilogaba su gestión, sin proponérselo, con la culminación del Palacio Nacional. Qué lejos estaba de pensar el general Ubico que su estancia en dicho palacio sería breve, tomándose en cuenta que las turbulentas aguas de la política criolla se desbordarían ocho meses más tarde, llevándose en aquel desbordamiento al último general de la era liberal, proceso que se había iniciado en el año de 1871. El resto fue cuestión de meses, con el derrocamiento del general Federico Ponce Vaidez, continuación de dicho régimen y que cayó al influjo de la revolución del 20 de octubre de 1944.

Bautizo de fuego del Palacio Nacional

Ante la renuncia del general Ubico el 1 de julio de 1944, presionado por los movimientos populares y estudiantiles de ese año, queda una junta militar, que disuelta pocos días después, deja en el poder al general Ponce. En el amanecer del viernes 20 de octubre de 1944, el tableteo de metralla alerta a la ciudadanía, anunciando el levantamiento armado del cuartel Guardia de Honor.

Los tanques dirigidos por el mayor Francisco Javier Arana toman posiciones estratégicas y uno de los puntos o blancos de ataque es el Palacio Nacional, el que es cañoneado desde diversos puntos de calles aledañas, sufriendo varios impactos en su estructura. Al triunfo revolucionario, toma posesión del gobierno una junta integrada por el civil Jorge Toriello Garrido y los militares Francisco Javier Arana y Jacobo Arbenz Guzmán, cabecillas del movimiento. La junta cumple su cometido y en un tiempo perentorio convoca a elecciones en las cuales sale ganador el doctor Juan José Arévalo Bermejo, siendo dicho gobernante el segundo presidente constitucional que ocupa el Palacio Nacional.

Segundo ataque armado al Palacio Nacional

Corre el año de 1949, año difícil para el régimen arevalista, los golpistas se aglutinan para derrocar al llamado primer gobierno de la revolución. Nuevamente el foco rebelde se localiza en el cuartel Guardia de Honor, de donde salen los alzados para atacar el Palacio Nacional. La motivación de aquella revuelta era el asesinato del coronel Francisco Javier Arana, prominente personaje del ejército y Jefe de las Fuerzas Armadas del país. Una vez más se organiza la defensa del Palacio Nacional, responsabilidad que recae en la persona del coronel Jacobo Arbenz Guzmán, lográndose sofocar la rebelión durante varias horas de lucha armada en los distintos puntos de la ciudad, pero especialmente en el ataque al Palacio Nacional. Nuevamente el coloso verde mostraría sus heridas en su estructura frontal, por los impactos de las balas y los obuses de tanques que le dispararon despiadadamente. Impactos que aún podemos observar en las restauraciones que posteriormente hicie-

ron a sus balcones y paredes frontales, hechos poco conocidos por las actuales generaciones, que hoy pasan frente al palacio sin conocer su historia.

Tercer ataque armado al Palacio Nacional

El 15 de marzo de 1951 asume la primera magistratura de la Nación el coronel Jacobo Arbenz Guzmán. Seria el tercer presidente Constitucional, electo popularmente, que ocuparía el Palacio Nacional; infortunadamente, no culmina su periodo. En el mes de junio de 1954 las noticias alarmantes de una invasión por el lado de Honduras llegan a la ciudad de Guatemala y una vez más se prepara la defensa de la ciudad y cuarteles, pero especialmente la defensa del Palacio Nacional. El 24 de junio del citado año, "aviones no identificados" atacan algunos cuarteles de la ciudad y específicamente el Palacio Nacional, ametrallando parte de su frontispicio, sin mayores consecuencias, cuando las baterías cincuenta, colocadas en las terrazas del palacio, responden al fuego enemigo. Y para ese momento los sindicatos y partidos políticos afines al gobierno piden armas para defender al gobierno legítimamente constituido del coronel Jacobo Arbenz Guzmán.

Finalmente, el gobierno del coronel Arbenz cae y se sucede una serie de juntas de gobierno hasta dejar en el poder, por medio de un plebiscito, al jefe del movimiento rebelde, coronel Carlos Castillo Armas. Desde esa fecha, hasta el inicio de la década de los ochenta, el palacio nacional sufriría un ingrato ataque terrorista que destruye algunos de los bellos vitrales que dejara don Julio Urruela, los que felizmente han principiado a ser reparados, para perpetuar esas obras de arte que ostenta nuestro palacio nacional.

Si hablara el balcón presidencial, cuánto diría

Desde el balcón presidencial se aprecia una panorámica de la Plaza Mayor, sitio de grandes reuniones, desfiles suntuosos y de proclamas políticas de quienes han llegado al pedestal presidencial y después han caído, o simplemente han sido olvidados por el pueblo. Lugar de emociones y lágrimas, alegrías y tristezas, donde el panorama se ve distinto desde arriba. Quinces de septiembre de grata recordación para quienes saborearon la "guayaba", dicho en buen chapín; brindis en el salón de banquetes o aceptación de cartas autógrafas en actos diplomáticos en el otro salón cercano. El Palacio Nacional de la ciudad de Guatemala, en su cuarenta y ocho aniversario, no sólo ofrece para las nuevas generaciones un edificio digno de conocerse, de analizar sus bellezas internas, su arte en hierro forjado, sino también un anecdotario histórico profundo que no cabe en tan pocas cuartillas. Desde los grandes personajes que han visitado tan magno edificio, como la visita que le hiciera al general Ubico la primara dama de los Estados Unidos, Sra. Eleonor Roosevelt, pasando por la visita de los reyes de España, en la época del general Laugerud, hasta la visita de Su Santidad Juan Pablo II, primer Papa en la historia que llega a nuestro país.

Y en anécdotas muchas, muchas como la del Ministro "Capirucho", uno de los jóvenes funcionarios de la época arevalista, chiquilín consentido del hombre de Taxisco. Anecdotario de espantos y aparecidos, como el caso sucedido el 14 de junio de 1946, cuando un hecho pasa a formar parte de la historia insólita del palacio nacional y que aún es comentado.

Inexplicablemente, en la fecha anotada, se desprende un adorno de mampostería del cielo del salón de recepciones, ante el asombro de un joven oficial que en ese momento fumaba un

cigarrillo. Horas más tarde, el mismo oficial se entera del fallecimiento del general Ubico, allá en las tierras de Lousiana, concretamente en la ciudad de Nueva Orleáns. La tradición oral guatemalteca no ha perdonado al palacio nacional y brotan en sus pasillos, en sus corredores y jardines, mil anécdotas; como la del soldadito que, recién llegado al palacio, una noche vio la figura de un hombre de mediana estatura fumando plácidamente recostado en uno de los barandales que dan al tercer nivel.

—¿De donde te trajeron, vos? A lo que el soldado contestó:

—De Sija, señor. El hombre del cigarrillo siguió fumando tranquilamente; el rostro casi no se le miraba por el efecto del humo. Ustedes tienen una gran trayectoria de ser soldados muy valientes, nobles y leales a Guatemala, manifestó el extraño. ¿Ha estado usted por allá? Aunque no creo conocerlo. El hombre del cigarrillo le vio de nuevo y respondió:

—Claro que no me has visto, si en ese tiempo ni pensabas en nacer. El soldado tomó confianza y acercándose un tanto más, le preguntó:

—¿Y Ud. quién es, pues? El hombre fue terminante en responder: Soy el general Jorge Ubico y ando viendo cómo andan las cosas por aquí. El soldado se cuadró militarmente ante el personaje sin uniforme, como movido por un resorte. El hombre del eterno cigarrillo caminó diez pasos y se esfumó ante la vista del soldado. Cuando comentó el hecho con sus superiores, más de un coronel incrédulo esbozó una sonrisa.

Y así, el anecdotario de la historia menuda del palacio nacional, que hoy llega a sus cuarenta y ocho años, nos ofrece una serie de facetas románticas y de leyenda que bien caben en el libro de los recuerdos, en el libro que aún no se ha escrito, plena y libremente, de todas las interioridades que en tan majestuoso edificio se han suscitado, a través del tiempo y la distancia. Pen-

samos que cada uno de los ex-gobernantes, constitucionalmente electos por el pueblo de Guatemala y dignos de ocupar el despacho presidencial, nos podrían relatar más de una anécdota, mas de un hecho personal que ellos vivieron en los momentos cumbres de su carrera.

Y hablamos de presidentes constitucionales, como don Jorge Ubico, como el doctor Juan José Arévalo Bermejo, el coronel Jacobo Arbenz Guzmán, el general Miguel Ydígoras Fuentes, el licenciado Julio César Méndez Montenegro, el general Carlos Manuel Arana Osorio, el general Eugenio Laugerud García, el general Romeo Lucas García, el licenciado Vinicio Cerezo Arévalo, quienes a su debido tiempo, quizás en sus memorias, tengan mucho que hablar del Palacio Nacional. Dentro de esta breve reseña que no tiene visos de historia, sino simplemente un recordatorio a nuestro querido palacio nacional en su cuarenta y ocho aniversario, hay también luto y lágrimas de este pueblo noble, que de una u otra forma se ha identificado con sus gobernantes, y así recordamos cómo una parte de este pueblo se desbordó cuando fueron repatriados los restos del general Ubico y velados en el palacio nacional, la noche del 13 de agosto de 1963, durante el mandato del coronel Enrique Peralta Azurdia, aunque ya le había antecedido en el acto luctuoso el coronel Carlos Castillo Armas, asesinado en el interior de Casa Presidencial, la noche del 27 de Julio de 1957.

No menos sentido fue el fallecimiento y la velación de quien fuera Vicepresidente de la República de Guatemala, licenciado don Clemente Marroquín Rojas, periodista de altos quilates, que de la llanura se elevó a la primera magistratura de la Nación. Y así como don Clemente, también fue velado en ese recinto el general don Miguel Ydígoras Fuentes, el coronel Guillermo Flores Avendaño, quien fungiera como provisorio en una época de

dura pueba politica para nuestro país, hasta llegar al más reciente de los presidentes fallecidos y velados en el palacio nacional, el Doctor Juan José Arévalo Bermejo. Nos quedamos cortos en esta semblanza de lo que ha sido el palacio nacional, en su ya casi medio siglo de existencia, obra bella que enorgullece a los chapines por su valor histórico y artístico, donde la huella de muchos guatemaltecos ha quedado indeleble en todos y cada uno de sus rincones, donde el gusto artístico brota. En este cuarenta y ocho aniversario de la inauguración del palacio nacional, un recuerdo imperecedero para todos los que hicieron posible aquel coloso, y salva de 21 cañonazos en su honor porque realmente se lo merecen .

• "El sueño realizado de un General", fue el tema que le dio al autor de esta obra el segundo lugar en el certamen literario organizado por el Comité Pro Festejos del 48 Aniversario del Palacio Nacional de Guatemala. Este trabajo fue presentado en dos entregas, en el prestigiado rotativo "La Hora", los días sábado 2 de noviembre y lunes 4 de noviembre de 1991. Por cumplir en este año (1993) el cincuentenario de la inauguración del Palacio Nacional, lo publicamos, junto con las gráficas respectivas que ya son historia. N del A.

BREVE HISTORIA DE LA CATEDRAL

El pasado 16 de marzo del corriente año, se cumplieron justamente 169 años del estreno y bendición de la Catedral Cardenalicia de la capital de Guatemala. Joya arquitectónica de la ingeniería colonial que se yergue majestuosa en el corazón de la capital chapina. Ubicada entre las calles llamadas del "Incienso" y de "Mercaderes" en sus laterales y por las calles de "Los Judíos" y de "Carrera" en la parte frontal y trasera, fue la segunda iglesia construida en este Valle de la Ermita, después de la de Santa Rosa. Decimos segunda, de las construidas en este sitio cuando ya se consideraba ciudad; no así en sus inicios de pequeño villorio, cuando los pequeños grupos de campesinos indígenas y ladinos avecindados en el sitio denominado "Rincón de la Leonera", asistían a escuchar misa al templo llamado de la Virgen del Carmen y situado en el lomo del Cerrito del Carmen. (1620).

La Catedral Cardenalicia se principia a construir el 25 de julio de 1782, como ya dijimos al inicio. Se inauguró y bendijo el 16 de marzo del año 1815, pero su conclusión definitiva fue celebrada el 5 de marzo del año de 1867, durante la administración del presidente Rafael Carrera. La colocación de la primera piedra para la construcción de la Catedral de Guatemala, constituyó todo un acontecimiento en aquel año ya lejano. Entre las personalidades que asistieron a tan solemne acto religioso, estaban el señor presidente gobernador y capitán general de este reino, don Matías de Gálvez, quien se hizo acompañar de los señores ministros de la Real Audiencia y miembros del Noble Ayuntamiento. También el Arzobispo de aquella diócesis, Dr. don Cayetano Francos y Monroy, quien bendijo el pavimento del templo. En aquel acto se usó una cuchara de albañil revestida de plata pura y un martillo del mismo metal. Dichos instrumentos, junto

Catedral de la ciudad de Guatemala en el año de 1931.

con una medalla que acuñaba aquella fecha de gran trascendencia y donde estaban los nombres y efigies del Rey de España, en otra el busto del Papa y las armas pontificias, fueron depositadas en un cofre. También se adjuntaron otras medallas con las efigies del señor presidente y en otra la del arzobispo Francos y Monroy. Finalmente se colocó una medalla más, con los escudos de la ciudad; introducidas en la urna respectiva, se cubrieron con una plancha de plomo, donde quedó impreso el siguiente rótulo: Se puso la primera piedra el día del Apóstol Santiago el Mayor, el año de 1782. Quedo el nombre de Marcos Ibáñez, Arquitecto.

El acto se desarrolló dentro del más discreto ambiente y al mismo sólo asistieron altas personalidades del gobierno colonial. De esa cuenta, el vulgo corrió el rumor de que cuando se había colocado la primera piedra de la Catedral Metropolitana, se depositó un gran tesoro que el Rey había enviado desde España.

Pero el hecho en sí no era más que el requisito que se cumplía cuando un acto de tal naturaleza se verificaba. Aún hay personas que por herencia oral de sus antepasados creen que en los cimientos de la Catedral Metropolitana hay valiosísimos tesoros escondidos, pero la verdad es muy otra, y según los documentos históricos no queda más que como una leyenda de las que antaño solían inventar los abuelos. Este edificio es testigo de muchas historias y grandes jornadas cívicas, así como de actos de gran relevancia. La Catedral Metropolitana guarda entre sus pertenencias enormes retablos que son verdaderas joyas de la pintura colonial, igualmente imágenes y altares que sí constituyen un tesoro de apreciable valor en nuestra época. De la Catedral se puede escribir mucho, hay tema para cada hecho allí reunido; sus campanas coloniales, como "La Chepona", que merece un capítulo aparte en estos escritos, y su cementerio subterráneo, donde están sepultadas muchas personalidades de aquellos años lejanos que fueron historia.

Allí en ese cementerio o bóvedas, como les ha llamado siempre nuestro pueblo, reposan los restos del general don Rafael Carrera, ex-presidente de Guatemala, allí también están los del General José María Reyna Barrios, los del Mariscal de Campo don Serapio Cruz (Tata Lapo) y los de varios arzobispos que ha tenido Guatemala a lo largo de su historia, hasta el último fallecido en ejercicio de su santo ministerio, siendo él Mario Casariego. Actualmente ocupa el solio, Mons. Próspero Penados del Barrio. Pero volviendo a sus bóvedas, éstas son abiertas al público únicamente los días primero y dos de noviembre de cada año, con motivo de la conmemoración del día de difuntos. Allí se celebran misas y los feligreses pueden visitar las viejas tumbas de las personalidades allí sepultadas. Estas bóvedas han soportado ya dos terremotos, siendo el primero el de los años de 1917-18, y el que

azotó a Guatemala el cuatro de febrero de 1976. El lugar es digno de un comentario aparte, en él se atrincheraron las fuerzas de Morazán cuando atacó a Guatemala y fue encerrado por el general Carrera el 18 de marzo de 1840. Fecha que también merece mención aparte y que en aquel glorioso día —según los partes del gobierno de la época—, la Plaza de Armas se tiñó de sangre por lo duro de la batalla, misma que perdió Morazán al salir huyendo por la Calle del Incienso, rumbo a Antigua Guatemala, hasta donde fue perseguido por Carrera.

En torno a la Catedral Cardenalicia campean muchas leyendas y románticas historias. Todas llenas del más bello colorido que nuestros abuelos les han dado al paso de los años. Pero dejemos la leyenda para el final y continuemos con la historia de la Catedral y sus contornos. En la parte oriente del templo, o sea donde ahora se encuentra la Plaza del Sagrario y el Mercado Central, inicialmente se instaló el cementerio de San Juan de Dios, allá por los años de 1810, aproximadamente. Dicho cementerio funcionó hasta que se pensó en instalar en su lugar el Mercado Central, el cual fue inaugurado en el año de 1871, y derribado por el terremoto de 1976. Dentro de su jurisdicción, la Catedral Cardenalicia tiene los viejos edificios del Colegio de los Infantes y el Palacio Arzobispal, donde se guardan las reliquias del Santo de Guatemala, Hermano Pedro de San José de Betancourth; allí está su sayal, su campana y otras prendas del Santo Varón, que son celosamente guardadas por las autoridades de la Iglesia guatemalteca. Por el lado de la entrada del Sagrario, en el lado de la 8a. calle, allí cada ladrillo tiene una historia, por esa puerta entraba a escuchar misa todos los domingos y fiestas de guardar, el presidente de Guatemala, don Rafael Carrera. Y muy cerca de allí, los hermanos Diéguez Olaverri le tendieron una emboscada que falló, y por lo mismo la fueron a tener a las

ergástulas del Castillo de San José. Con motivo del terremoto del año de 1917, la Sta. Iglesia Catedral de Guatemala quedó parcialmente destruida y en algunos aspectos cambió su estructura original, por lo menos en lo tocante a su fachada, donde existían algunos monumentos de carácter religioso. A 58 años de distancia, nuevamente, es tocada por la fuerza telúrica y dañada en sus campanarios, especialmente en el del lado izquierdo.

Es pues, la Catedral Cardenalicia, uno de los mayores orgullos que tenemos los guatemaltecos, en lo que respecta a joyas coloniales arquitectónicas, nuestro máximo templo es únicamente comparado con el del Perú y otras de España. Su contorno ocupa una manzana completa y, como ya apuntamos, tiene varios edificios dentro de su jurisdicción. Sus cúpulas y naves resistieron el terremoto de 1976, no así el de 1917, que la dañó aún más. En aquella ocasión (1917), su campana, llamada "La Chepona", rodó por el atrio, formando por su peso algunas grietas y hundimientos de consideración. Vieja campana pregonera de mil batallas y saludos cívicos en el almanaque de nuestra historia.

Hoy, ante la soledad imperante, quizás tengan más espacio los fantasmas del recordado Pipo, viejo campanero de la Catedral y de la "Chica Pelona", la limosnera de principios de siglo que hizo época con su forma tan especial para solicitar la caridad pública. Indudablemente que ellos allí permanecen, ahora a sus anchas, ocupando todo el espacio que siempre desearon. El cuerpo transparente del "Pipo" ha de perseguir a la "Chica Pelona" por las enormes naves laterales del templo, después de haberla pillado insultando a San Benito, por no haberle hecho el "milagro" de conseguirle para el trago. Si se dice que los espectros se quedan flotando en el espacio y acuden a los sitios que más visitaron, no sería difícil detectar a la entidad del general

Rafael Carrera, hincado y reverente en el reclinatorio muy cercano a la puerta del Sagrario. Quizás pase por allí monseñor Rosell o Casariego, con sus respectivos hábitos, caminando rumbo al altar mayor, con la vista perdida en las grandes baldosas del piso. Hoy no hay nadie en la Catedral, pero sí están los que más la quisieron y formaron parte de su historia.

La Catedral Cardenalicia cumplió sus 169 años de existencia entre el dolor de sus heridas. Soportando su segundo terremoto después de aquel que la fulminó en el año de 1917. Ella, como parte de esta Guatemala querida, que sufrió su dolor en el aciago año de 1976, también fue solidaria y pidió su parte. Como Nazareno mostró su costado en aquella oportunidad, ese golpe de la naturaleza, que fue ciega y no supo lo que hizo. Allí, desde su Cruz en lo más alto de su calvario de asfalto, pidió al Dios Bueno de los guatemaltecos por la reconstrucción de Guatemala.

Famoso como legendario "Peladero" del Parque Centenario.

ANÉCDOTAS Y LEYENDAS DEL PELADERO

No hay chapín que no conozca el famoso "Peladero" del Parque Centenario, ese sitio que forma parte de nuestra ciudad y que ha recibido ese apelativo tan guatemalteco, precisamente porque allí en sus bancas se han comentado las noticias de nuestra alta política, allí han nacido las más fantásticas "bolas" y, por qué no decirlo, en esas bancas se han inventado los chistes presidenciables, políticos y jocosos, según la época, que han dado fama internacional al guatemalteco. Hoy no hablaremos de la historia del Parque Centenario, aunque el "Peladero" tiene una leyenda paralela a este sitio histórico. Dejemos, pues, un capítulo aparte para el Parque Centenario y sigamos con este bello rincón que va tomando visos de centro de reunión del chapín platica-

dor, situado precisamente dentro de su demarcación. El "Peladero" tiene el privilegio de haber sido el lugar donde se firmó el acta de la independencia de Centroamérica, el histórico 15 de septiembre de 1821. Casi desde el asentamiento de la ciudad en este Valle de la Ermita, fue precisamente el Portal donde las principales autoridades del gobierno colonial tenían su asentamiento y que se extendía desde la 8a. calle hasta la 6a. calle de la zona 1, a lo largo de la 6a. avenida. El final de este edificio colonial se marcó con el terremoto de 1917-18 y surgió como edificio gubernativo, con el llamado Palacio de Cartón, que fue inaugurado con motivo del Centenario de nuestra Independencia en el año de 1921. Pero como ese Palacio de Cartón se incendió, se procedió a dejar el predio como área verde y al construirse el Parque Centenario, en este sitio que hoy evocamos y que todos conocemos. El "Peladero", dentro de la jurisdicción del Parque Centerio, fue tomando cuerpo y "personalidad" propia, allí se principiaron a reunir los estudiantes universitarios, los políticos más connotados de la Chapinlandia de aquellos lejanos tiempos y, por qué negarlo, allí se diagramó más de alguna vez el plan de ataque para una manifestación de protesta en caso de ser atacada por la policía. Allí se organizaron estudiantes y obreros, anticomunistas, conservadores y locatarias, todos en su distinta época; cuando manifestar constituía un procedimiento peligroso para los gobernantes. Decíamos que el "Peladero" "nace a la vida pública" después de la demolición de los escombros del "Palacio de Cartón".

Aunque ya existía el sitio denominado "Plaza de Armas" o Parque Central, y en ese lugar los lustradores de antaño habían sentado sus reales para ganarse honradamente el sustento diario. Estos emigraron hacia el "Peladero", porque sentían su atracción o quizás una ubicación mejor para agenciarse unos cuantos pesos, moneda antigua, por los "lustres". Una de las anécdotas

que se cuenta de este lugar y que sucedió en tiempos del general Jorge Ubico, fue la siguiente: Desde el despacho presidencial situado en el Palacio Nacional, el general Ubico, en aquellos momentos de arranque de buen humor, llamó a uno de sus ayudantes y le dijo: "te vas a la segunda banca del "Peladero" y colocas este paquete y lo dejas un poco abierto, quiero poner a prueba la honradez de la gente..." El policía cumplió al pie de la letra la orden, bajó los graderíos del Palacio a prisa, sabiendo que con binoculares el presidente Ubico seguía sus pasos. El reloj de la Catedral marcaba las diez de la mañana de un día soleado de marzo de 1943. El policía se acercó hasta la banca indicada por el mandatario y poco a poco fue dejando el encargo del mandatario. Regresó hasta donde estaba Ubico y el presidente ya estaba rodeado de un buen número de ayudantes, sin quitarle la vista al paquetito. Todos pasaban y lo miraban de soslayo, sin atreverse a tocarlo; justo es manifestarlo que en ese tiempo nadie tocaba nada, porque la disciplina férrea de don Jorge no se andaba por las ramas para el que tocaba lo ajeno. Ubico seguía viendo desde lejos, fumando en su inseparable cachimba. Pasó un obrero y se congratuló de que el humilde personaje no tocara el paquete, por el contrario, apresuró el paso y desapareció del escenario que posiblemente le comprometía. Y así sucesivamente, fueron pasando muchas personas, catalogadas de diferentes clases sociales hasta que al fin el general Ubico, sin quitarse la cachimba de la boca, sonrió picarescamente y dijo a sus ayudantes: — "Parece que el pez ya picó..." Y efectivamente, una señora de muy buen ver y de aparente condición muy holdaga en el aspecto económico, vio el paquete, dio dos vueltas, vio al horizonte y en un descuido se sentó en la banca donde estuvo "descansando" unos dos minutos; con mucha cautela, le echó su pañuelo y cubriéndolo por completo lo recogió en menos de lo que canta

un gallo. Los policías ya sabían lo que tenían que hacer y con rapidez bajaron las gradas para seguir a la señora. Ubico siguió con sus binoculares los pasos de la señora, hasta que desapareció a lo largo de la 6a. avenida rumbo al norte. Dirigiéndose nuevamente a sus ayudantes y personas de oficinas, les dijo: "Quién lo iba a creer que esta señora con tanto dinero se preocupe de una insignificancia". Y al momento pronunció un conocido apellido de la mejor sociedad guatemalteca.

Ubico, incluso, conocía la casa de esta señora, y cuando regresó el policía a dársela, él se adelantó a indicársela, pero se felicitó de que su personal actuara tan rápidamente. El presidente había dado órdenes únicamente de seguir a la señora, y a los pocos momentos envió a otro policía de particular a la casa de la señora para preguntarle si ella no había visto un paquetito especial a su paso por el "Peladero". Por supuesto que la dama negó rotundamente el haber visto el paquetito, pero el policía insistió y la dama, ya exasperada, amenazó al agente de quejarse con don Jorge, por la mala "educación" del policía. El funcionario le invitó a que llamara al presidente y ésta inmediatamente llamó, valiéndose de la amistad con el primer mandatario de la Nación. Cuando la llamada entró, ya Ubico la esperaba y con su buen humor de aquella mañana, humor que cuando aparecía había que celebrarlo, le dijo a la señora: "Ve, dejate de babosadas y entregá el paquete porque yo desde la ventana de mi despacho vi cuando vos lo tomaste, yo mismo había ordenado que colocaron para medir la honradez de los chapines..." La pobre mujer se fue de este mundo y no tuvo más que entregar al policía el paquete que el general Ubico había mandado colocar en el "Peladero" del Parque Centenario. Ésta es una de las anécdotas que allí sucedieron y que al paso del tiempo van tomando carácter de historia. En el lugar que hoy evocamos

han nacido muchas ideas y los lustradores viejos y jóvenes han hilvanado sus más caros sueños, ilusiones que quizás nunca se han cumplido, pero que dentro de sus mentes han tomado cuerpo y con base a su imaginación les han llevado a viajar por esos países que nunca han conocido y que sólo han escuchado hablar de labios de los turistas que han lustrado. Allí en ese "Peladero" han crecido y envejecido muchos lustradores, unos han fallecido y su recuerdo permanece en esas bancas que fueron testigos de muchas charlas. Lustradores que más han sido conocidos por sus apodos que por sus nombres de pila; hay algunos apodos que como el del "Zorro" y el "Chato", la muerte los ha inmortalizado. O como aquel perro que fue la mascota de los limpiabotas y que, por lo seco, los muchachos le pusieron como nombre "Marimba" y que también murió un día lejano, tan ausente. Como cuando el ex-presidente de Guatemala, doctor Juan José Arévalo, llegaba y se lustraba con los muchachos y les pagaba hasta cinco o diez quetzales por el lustre, recordando sus viejos tiempos de estudiante. Y así como Arévalo, también el coronel Jacobo Arbenz, que para las vísperas de un Primero de mayo dialogó con ellos y hasta se tomó una taza de café en su compañía, sentado en una de aquellas bancas, acto por demás democrático, si se toma en cuenta que el café era del que venden o, mejor dicho, expendían las vendedoras de panes con frijoles en el Cine Variedades y se servía en batidores para que no se le fuera el sabor.

El "Peladero" ha sido tema de inspiración para varios escritores y dramaturgos, que a través de sus obras llevadas al teatro han plasmado todo el realismo de nuestro costumbrismo, netamente capitalino, con sus mil defectos y virtudes. Es poco realmente, ese micro-relato para señalar un sitio como el "Peladero", que forma parte de nuestra propia vida cotidiana. Ese lugar

ha sido confidente de mil pláticas que los antiguos servidores del estado cuentan diariamente en sus bancas, charlas que forman también la vida histórica de una institución. Allí convergen los jubilados y discuten sus problemas derivados del poco salario que se le asigna a las "clases pasivas". En este lugar se sigue viendo de frente a la Catedral Metropolitana y de soslayo al Portal del Comercio y al Palacio Nacional. No hay chapín que niegue conocer este sitio, desde la señora más encopetada hasta la empleada de provincia que los domingos por la tarde allí se reúne con el novio para planificar a qué salón de baile se van a divertir. El "Peladero" ha sido testigo de mil conflictos y estampas de la vida nacional, entierros rumbosos como los de Ubico y Castillo Armas, batallas como las del 20 de octubre del año 44, balaceras callejeras entre estudiantes y autoridades, los primeros con el arma del verbo y los segundos con lacrimógenas y tiros a discreción, donde más de una víctima de los dos bandos ha caído al calor de los movimientos políticos que han ensangrentado sus baldosas y enramadas. Pero después de todo ello, el "Peladero" del Parque Centenario sigue siendo uno de los sitios más visitados por los guatemaltecos, es allí donde se llega a darse un buen lustre y a platicar de tópicos de la vida nacional, es allí donde se escuchan los últimos chistes del gobernante de turno y donde se saben las noticias antes que en los periódicos locales. Quien llega a Guatemala procedente del extranjero y no llega al "Peladero", no conoce a Guatemala en todo el sentido de la palabra, porque de repente le preguntarán por el "Peladero" y si no sabe qué contestar, no le creerán que estuvo en Guatemala. La vida de este lugar, que se localiza en el corazón de la ciudad de Guatemala, lleva paralelas muchas vidas y centenares de historias y leyendas que allí han nacido. Siguen presentes las anécdotas de los lustradores ya fallecidos,

como el "Zorro", que a todo al que lustraba le decía: licenciado, doctor o ingeniero, dependiendo del plantón que le viera. Siguen allí las anécdotas del general Ubico, calibrando la honradez de los paseantes y las democráticas posturas de Arévalo y Arbenz, que en más de una oportunidad convivieron con quienes hacen posible el movimiento "financiero" de ese lugar: los lustradores, humildes guatemaltecos y servidores de la sociedad a quienes hoy dedicamos estas cuartillas.

LA CALLE DEL SOL

Hoy hablaremos o mejor dicho escribiremos de una de las calles más viejas de la capital de Guatemala. Esta calle en la actualidad se le denomina 7a. calle de la zona 1, y antiguamente recibió el nombre de "Calle del Sol", en el tramo comprendido de la 9a. a la 12 avenidas. "La Calle del Sol", remata en su extremo poniente con la Plaza del Sagrario y Mercado Central. Esta calle es mucho más antigua que el anterior Mercado Central y se tiene conocimiento de su diagramación desde que este predio lo ocupaba el Cementerio de San Juan de Dios, a mediados del ochocientos. Originalmente la "Calle del Sol" topaba con las bóvedas de la Catedral, calle que diagramada posteriormente recibió el nombre de "Calle de las Bóvedas" y también "Calle de Carrera" y "Del Carmen", pero que con el correr del tiempo se convirtió en 8a. avenida de la zona 1. Pero regresando al tema en el cual ubicamos a "La Calle del Sol", a ciencia cierta no se tiene un dato exacto del origen de su nombre y se cree que el nombre fue colocado por algún hispano que recordaba a la "Calle del Sol" de la Madre Patria.

"La Calle del Sol", en lo que respecta a historia propiamente dicho, tuvo el privilegio de tener en su demarcación, en la cuadra comprendida de la novena a la décima avenida, viendo hacia el poniente en el lado izquierdo, a la casa que fue llamada del Santo Oficio y que lamentablemente con el transcurso de los años desapareció por completo. Esta institución desempeñó un papel muy especial durante la Colonia, papel que va ligado con la Iglesia Católica en lo concerniente a los tribunales que juzgaban a los herejes y demás enemigos de la religión. Sólo esta casa ya desaparecida y que estuvo instalada en "La Calle del Sol", daría pie a escribir un libro bien documentado relacionado con la Inquisición en Guatemala.

Y hablando de edificios históricos, en esta calle también lució en sus buenos tiempos uno de los primeros hospitales que tuvo Guatemala, y se instalaba justamente en la esquina de lo que hoy conforman la 9a. avenida y 7a. calle. Aunque su duración fue de muy poco tiempo, esta esquina se ha hecho popular por los incendios que ha sufrido en los últimos años. El literato guatemalteco José Milla menciona en sus obras a la "Calle del Sol". En sus relatos de "Pie de Lana", manifiesta el costumbrista que por ese lado, en uno de los mausoleos que daban a la calle en referencia, el temible ladrón tenía su escondite. Como decíamos al inicio de la nota, el cementerio de San Juan de Dios estaba instalado en el lugar que hoy ocupa la Plaza del Sagrario y Mercado Central; este cementerio fue también famoso por la discriminación que hubo, incluso hasta en los enterramientos de personas de dudosa "descendencia cristiana". Los que no contaban con un reconocimiento o comprobante a su religión, eran enterrados en el sector denominado "de varias creencias" y no en "sagrado", como tenían derechos los auténticos cristianos. Esta costumbre la señala Batres Jáuregui en sus escritos históricos y señala este cementerio que colindaba precisamente con la "Calle del Sol".

En esta calle tan llena de leyendas e historias, instaló su bufete quien más tarde seria presidente de la República y protector de la juventud estudiosa de Guatemala; el hombre que por espacio de veintidós años gobernara a nuestro país; nos referimos al licenciado don Manuel Estrada Cabrera. Y por si eso fuera poco en lo que atañe a los aspectos históricos que "La Calle del Sol" puede mostrar a la juventud actual, por allí salieron rumbo a un reconocimiento de la ciudad, después de haber almorzado y celebrado el triunfo de la revolución, los dirigentes máximos del movimiento reformista de Guatemala, generales Miguel García Granados y Justo Rufino Barrios, aquel lejano 30 de junio de

1871. Allí en esa calle se instaló la primera imprenta que llegó a la nueva ciudad de Guatemala y que manos piadosamente cívicas colocaron una placa para que no se olvidara ni la fecha ni la casa. Edificio antiguo que da justo a la esquina del también legendario "Callejón del Fino", recientemente rebautizado con su nombre original.

Y si de leyendas se habla, pues "La Calle del Sol" tiene muchas que narrar, como por ejemplo la del "mulero", que tantas veces desapareció de la vista de los parroquianos con todo y su recua de mulas. Leyendas tan llenas de colorido costumbrista como la del "Judío Errante", que fue apedreado en la esquina de la novena avenida y "Calle del Sol" por las locatarias del Mercado Central, cuando descubrieron quién era el personaje y por qué se le caía el agua que solicitaba con tanta impaciencia. "La Calle del Sol" necesita un reconocimiento amplio de lo que históricamente representa para la ciudad de Guatemala. "La Calle del Sol", al igual que "La Calle de las Túnchez" y la "Del Ojo de Agua", tienen muchas historias que contar a las generaciones actuales que al pasar por sus aceras no tienen la menor idea de lo que allí ha sucedido. El libro "LA CALLE DONDE TÚ VIVES" deja constancia de esta arteria hoy completamente modernizada, de lo que fue antaño, complaciendo innumerables peticiones de personas que nos leen y especialmente de maestros de educación primaria y secundaria. Si en algunas ocasiones nos excedemos en material gráfico antiguo, es porque lo tenemos, pero de la "Calle del Sol" lamentablemente hay pocas fotografías de la época, gráficas que milagrosamente se salvaron de catástrofes, terremotos e incendios que tanto han asolado a nuestra capital guatemalteca.

Dejamos, pues, una imagen gráfica de lo que fue originalmente "La Calle del Sol", allá por finales del siglo pasado y princi-

pios del presente, con sus carruajes realeros esperando clientes y la vieja puerta del antiguo Mercado Central, esperando "marchantas" para comprar las mejores verduras del día que antaño transportaban las recuas de mulas procedentes de Palencia y lugares vecinos. Con el correr del tiempo fue cambiando su nombre por el de un número, pero en la mente de los abuelos y en las páginas de la historia, el nombre de "La Calle del Sol" sigue incólume y perenne, sin que nadie lo pueda borrar.

"La Calle del Sol", o sea la actual 7a. calle de la zona 1, se extendía antiguamente desde la Avenida Elena hasta lo que fue el Cuartel de Caballería, cambiando de nombre en sus diferentes trayectos. Por ejemplo, en el sector poniente se le conoció como "Calle de Amatitlán", y el nombre más conocido que ostentó por muchos años fue el de "Callejón de la Monja". Pero la 7a. calle a partir de la 9a. avenida, siguiendo ruta hacia el oriente, ya tenía otro nombre: "Calle del Sol", que es el que nos ocupa en estas cuartillas. "La Calle del Sol" fue famosa en sus tiempos lejanos por la cantidad de "afiladurías" que contaba en su demarcación; así también, como de sus "sombrererías", es decir, establecimientos donde los diestros empleados se especializaban en la forma y limpieza de sombreros. En esa calle existieron los mejores "sombrereros", llamados así por el vulgo callejero, y tan acostumbrados ellos a tal denominación que así anuncian los establecimientos. En la "Calle del Sol" también se instalaron los primeros chinos que llegaron a Guatemala, poniendo de moda las famosas "lavanderías"; muchos abuelos tuvieron el privilegio de ver a estos ciudadanos asiáticos, con sus trenzas al estilo antiguo, como ya no se ven. Allí principiaron a aparecer los raros apellidos de estos inquietos trabajadores y honrados orientales, que con el correr del tiempo fundaron los principales almacenes de telas y mercaderías que existen en la ciudad.

Hoy, cuando pasamos por la 7a. calle de la zona 1, en el tramo aludido y que llevó antiguamente el nombre de "Calle del Sol", aún vemos casas de esa época con sus aleros llenos de adornos que contrastan con las edificaciones modernas que han ido substituyendo a las antiguas. Bien vale la pena tomar la fotografía y hacer un reconocimiento de lo que falta, de lo que ha muerto en esa calle que hoy ocupa nuestra atención y que, repetimos, se mantiene perpetua en el recuerdo de los abuelos, tal y como ellos la conocieron; con sus recuas de mulas, las "sombrererías" y las lavanderías de los chinos que con su trabajo le dieron una dimensión distinta; dimensión que aún prevalece con los nuevos talleres que allí existen siguiendo una tradición, que más que ser tradición es toda una bendición del Ser Supremo: El Trabajo.

LA CALLE DEL CALVARIO

La actual juventud, por consecuencia lógica de entender, desconoce aspectos diversos de lo que fue la Guatemala de ayer, ya que desde hace unos veinte años para esta parte, la ciudad ha cambiado radicalmente en su estructura urbanística original; aspecto similar que se ha observado en las ciudades departamentales de toda la República, si hacemos una comparación fotográfica de lo que va de ayer a hoy. La explosión demográfica, fenómeno que no es sólo "privilegio" nuestro, sino que del mundo entero, ha llegado a invadir con su nuevo conglomerado, predios que antaño fueron verdes campiñas y que hoy son asiento de enormes núcleos humanos, las nuevas ideas de promotores urbanísticos han hecho derribar viejos edificios o han abierto nuevas calzadas, dejando al margen obsoletos callejones, antaño verdaderos embudos incapaces de drenar el tráfico imperante.

Pues bien, la calle que hoy enfocamos es un pequeño sector que los abuelos le bautizaron con el nombre de "Calle del Calvario", por el hecho de rematar en su final con un edificio colonial que se levantaba majestuoso, justamente en el tope de la 6a. avenida y 18 calle de la actual zona 1. Es decir, al llegar a ese punto y pretender seguir camino rumbo al sur, había que dar un rodeo por la Av. Bolívar, virando hacia el occidente, o bien bajar hacia oriente y doblar a la altura de la actual 7a. avenida, hacia el mismo punto como quien iba para la Penitenciaria. En ese tiempo si la persona se paraba en el Parque Central y miraba hacia el sur, claramente en el tope, apreciaba el final de la avenida, rematando en el templo del Calvario, con su graderío que llegaba hasta el amplio atrio que daba marco a la entrada principal.

El viejo templo del Calvario estaba situado sobre el lomo de un cerro que dominaba prácticamente toda la ciudad por su ele-

vada altura, similar al cerro donde se asienta hoy la construcción del Teatro Nacional y que antiguamente fuera predio del Castillo de San José. En ese sector existían tres cerros, los dos anteriormente mencionados y el del "Cielito", que ya señalamos en capítulos anteriormente publicados en el Semanario "LA CALLE DONDE TU VIVES". Este desaparecido templo católico fue en sus principios escenario de hechos realmente heroicos como históricos; desde sus graderíos, las fuerzas del ejército guatemalteco hicieron feroz resistencia a las huestes invasoras de Morazán.

Allá por la década de los "veintes" el rumbo del "Calvario" fue famoso por los pequeños comercios que se instalaron en sus alrededores, las tradicionales chicharroneras, y a un lado, donde estrechamente se bifurcaba el "Callejón de los Fotógrafos", esperaban su turno los viejos cocheros que recorrían lentos con sus jamelgos una tranquila ciudad empedrada donde las "úlceras" aún eran desconocidas para los capitalinos. El día domingo, el "Calvario" era el punto de reunión de los artilleros del Fuerte de San José, que esperaban ansiosamente para ver a la mujer de sus sueños. En este predio tan viejo como las leyendas de este libro, los fotógrafos con sus destartaladas máquinas hicieron su agosto, retratando a estos ciudadanos de uniforme y charpa que con el afán de dejar un recuerdo a su dulcinea, posaban de pie, con la barbilla levantada y la gorra militar bajo del brazo. Allí la foto salía a como diera lugar, o como decían los fotógrafos: como a usted le guste, de cuerpo entero, medio cuerpo o "de cuerpo presente".

A principios de siglo el predio del Calvario era muy concurrido por los capitalinos, especialmente después de la quema de Judas, el Sábado de Gloria, cuando los entusiastas del barrio colocaban el tradicional palo ensebado, para divertirse un poco con las "hazañas" de los patojos que con tal de llegar a la punta y

llevarse los pesos, moneda antigua, que se encontraban en la punta del palo, eran capaces hasta de vender su alma al mismo Diablo. Después de los gritos emocionados de la multitud que ansiosamente no se perdía detalle de la subida del muchacho más "largo" al palo ensebado, llegaba la segunda parte del espectáculo, que constituía en soltar el coche ensebado: Esta operación se verificaba de la siguiente manera: buscaban el cerdo más arisco y corralón, lo embadurnaban de manteca y al estampido de bombas voladoras lo soltaban para que tratara de capturarlo el más listo de los patojos.

Aquello era Troya, porque todos querían atrapar al pobre puerco que corría entre la multitud, más veloz que un de rezado, sin que nadie por lo resbaladizo de su obesa anatomía pudiera capturarlo con el deseo de quedarse con el puerco y con el dinero que llevaba fuertemente atado al grueso cuello. En la loca carrera iban cayendo todos, niños, hombres y hasta ancianos que, rememorando viejos tiempos, querían repetir la aventura. Finalmente alguien había capturado al coche y triunfal mostraba a la pequeña bestia cargándola en lo alto, atada de patas. Aquello era la víspera de las fiestas de Resurrección, en lo que fue años atrás uno de los barrios de más raigambre católica que ha tenido Guatemala.

El Calvario, allá por fines del siglo pasado, constituía parte de las afueras de la ciudad y colindaba con los barrios del Perú y San Gaspar; este último aún podemos observarlo en el sector comprendido de la actual 24 calle, a la bifurcación conocida como las "cinco calles", dentro de lo que hoy se conoce como zona 1. En las viejas crónicas de la Hemeroteca se pueden encontrar los apuntes de la solemne misa que se celebró en el templo del viejo Calvario, con motivo de la inauguración y posterior bendición del Castillo de San José, la lejana mañana del

lunes 25 de mayo de 1846, acto al cual asistiera quien fuera en ese tiempo presidente vitalicio de la República de Guatemala, general don Rafael Carrera, acompañado de su estado mayor y cuerpo diplomático. Un cronista militar que no menciona su nombre y que cubrió el evento histórico, brevemente apunta: "El templo del Calvario, por el altar cuyos ornamentos brillaban en el atrio, estaba preparado para una misa de tropa y ésta ya se veía en las inmediaciones, esperando sin duda la llegada de Su Excelencia el señor presidente de la República, general don Rafael Carrera. Militares de alta graduación esperaban en la escalinata del templo la llegada del primer mandatario de la nación y la colina entera se apreciaba completamente concurrida por la muchedumbre que de todas partes de la ciudad había acudido a este acto de trascendencia cívica, igual sucedía con los cerros c "Cielito" y del mismo Castillo de San José. El momento m impresionante fue cuando las campanas de todos los templ repicaron fuerte y el tañer de sus campanas se confundió con l cañonazos y la granadera, anunciando solemnemente la llega del señor presidente, que ya principiaba a subir las gradas c templo del Calvario..."

El Cerro del Calvario ocupaba aproximadamente la extensi de la boca-calle que forma el crucero de la 18 calle y 6a. avenida de la zona 1, en su parte frontal, y se extendía en fondo aproximadamente hasta el extremo sur de lo que hoy es el Mercado Sur número dos. El tipo de construcción era colonial, con amplio atrio, que a la vez servía de mirador hacia la ciudad que se extendía hacia el norte.

Como aspecto importante a esta construcción y según fotografías comparativas con otros edificios de la época, se puede analizar que el Calvario no sufrió mayores daños para los terremotos de 1917-18. Fue poco realmente el deterioro sufrido, si

lo comparamos con otras edificaciones un poco más jóvenes que el templo referido. Para citar un ejemplo, diremos que el Castillo de San José sufrió desmoronamientos graves en sus fuertes muros, dada la sacudida violenta de los sismos. Durante el régimen del general don Jorge Ubico (1931-44) el edificio religioso pasó a convertirse en Museo Nacional, mientras que el antiguo templo era restituido a su congregación en un predio cercano donde hasta la actualidad se aprecia. Esta construcción fue realizada por el gobierno de la época. Ahora el Calvario convertido en Museo Nacional daba albergue a las joyas históricas de nuestro pasado y era visitado por turistas y centroamericanos dominicalmente; este edificio, ya siendo Museo Nacional, fue completamente remozado en el año de 1934, dejando un breve paso para la 6a. avenida sur.

Al caer el régimen del general Ubico, al influjo de los movimientos estudiantiles y obreros de 1944, en demanda de mejores condiciones cívicas y conquistas sociales, queda en el poder el general Federico Ponce Vaidez, que es barrido como Ubico, ya no como su antecesor, sino con el movimiento armado del 20 de octubre del citado año, integrado por elementos jóvenes de pensamiento progresista. La autonomía Municipal que hasta antes del año 44 era un mito, es implantada nuevamente y al convocarse a elecciones llega a ocupar el solio edilicio un joven estudiante universitario, que había sido figura destacada en el movimiento armado. Cuando llegó a tener en las manos la vara edilicia su primer proyecto fue: Quitarle las "amígdalas" a la 18 calle, para drenar en mejor forma el tráfico que procedente del centro de la ciudad se volcaba hacia el sur. Las "amígdalas" eran la falda del cerro y el templo convertido en Museo, que al desaparecer darían un aspecto diferente a la urbanización capitalina y, por qué no decirlo, se manifestó en aquella

época de los inicios de la auténtica revolución en el poder; que el viejo templo no era más que un vestigio de una época oscurantista que había vivido Guatemala. Se dijeron muchas cosas en pro y en contra, pero la realidad es el que El Calvario fue ajusticiado por la piocha revolucionaria, que desde la municipalidad capitalina dirigía ese joven estudiante universitario que se llamaba Mario Méndez Montenegro.

LA CALLE DEL CARMEN

Como se apunta en ocasiones anteriores, nuestras gentes antiguamente daban el nombre a las calles según su relevancia en edificios o bien por las personalidades que en ella radicaran. "La Calle del Carmen" es un ejemplo clásico de lo apuntado, ya que recibió ese nombre por el templo católico que en ella se edificó, llamado Iglesia de Ntra. Señora del Carmen, situado, según nomenclatura moderna, en la esquina de la 10a. calle y 8a. avenida de la zona 1. Antiguamente y para ser más veraces en lo dicho, en la última década del siglo pasado, todavía esta calle llevaba su nombre original y a la esquina que hoy ocupa nuestra atención se le localizaba de la siguiente forma: Calle del Carmen y Calle del Hospital. Esta calle tuvo varios nombres y según lista que publicamos en el número 11 del semanario LA CALLE DONDE TU VIVES, daremos una breve explicación al respecto. Dice la lista publicada: "Calle del Carmen", desde el llano del matadero, subiendo por la base del "Cielito", le llamaron "Calle del Carmen" y también "Calle de las Bóvedas", y en el año de 1841, fue bautizada con el nombre de "Calle de Carrera".

Como se aprecia la actual 8a. avenida de la zona 1, sufrió varios cambios según lo demandaran las circunstancias. En el año de 1841 los conservadores le bautizan con el nombre de "La Calle de Carrera", por la sencilla razón que el ex-presidente guatemalteco don Rafael Carrera radicó en esa calle, más o menos a la altura de donde hoy se encuentra el Banco de los Trabajadores. Y se le denominó como "Calle de las Bóvedas" por pasar frente a las bóvedas de la Catedral, donde, como ya hemos dicho, aún existe un cementerio subterráneo que es visitado anualmente por los feligreses de la iglesia católica en el día de difuntos. Esta calle ha sido una de las más comerciales económi-

camente hablando, en ella se fundaron los primeros almacenes y farmacias que hubo en la nueva Guatemala de la Asunción, y sólo para mencionar un ejemplo, citaremos el nombre de la Farmacia Lanquetin, que ya cumplió el siglo de dar servicio en el sector aludido. El resto de edificios ha soportado los más fuertes movimientos sísmicos y aún reta al tiempo, como lo son las construcciones de donde inicialmente estuvo el Banco de Guatemala y el viejo edificio de la dirección general de Estadística.

Los Terremotos de 1917-18 y La Calle del Carmen

Con motivo de los movimientos sísmicos de los años apuntados, la ruina que sufrió la capital de Guatemala fue desastrosa, si tomamos en cuenta que los principales edificios públicos fueron derribados al hamaqueo violento de los terremotos; allí cayeron el monumental edificio del Teatro Colón, la Plaza de Toros Colonial, que tardó un siglo completo, el Museo de la Reforma, las torres de los principales templos católicos y un porcentaje elevado de residencias particulares que cubrieron de ripio las calles de la capital. "La Calle del Carmen" no diremos que salió airosa de esta tragedia, pero sus edificios, quizás por la consistencia con que fueron construidos, soportaron en su mayoría el golpe certero de los terremotos y fueron construidos o bien remozados conforme su estructura original; de esa cuenta, si se pasa por el sector comprendido de la 10a. calle hacia la 8a., sobre la avenida en referencia, se observan algunas edificaciones con el trazo antiguo, pero de una consistencia segura y que ya quisieran algunos edificios modernos que al primer temblorcito de pequeña intensidad se han rajado. En la "Calle del Carmen" se localizaban las mejores tiendas de ultramarinos, como antes se les decían a las abarroterías; allí se expendían los mejores vinos españoles que

en cargamentos directos llegaban desde la Madre Patria a Guatemala. Una de las últimas abarroterías que funcionó en la calle que hoy mencionamos fue la de Kosak, que se instalaba donde funcionó un parqueo de automóviles en la esquina de la 10a. calle y 8a. Av. de la zona 1. Otra de las viejas oficinas que allí se instaló fue la de Payens y Co., del Sr. Noerbel y también, como ya lo dijimos, las residencias de personajes que han pasado por nuestra historia. Aún se pueden apreciar las entradas del Banco de los Trabajadores, de original estructura, que antaño fueron entradas de carruajes, es decir, sus puertas laterales. Su segundo piso está decorado con balcones tipo español, de hierro forjado, que aún podemos apreciar.

El romanticismo de aquella vieja calle ha ido desapareciendo al influjo del anuncio luminoso, del asfalto y del edificio moderno, que como cajón de granito no ofrece ninguna vista especial. El viejo farol quedó en el olvido, relegado al recuerdo de los abuelos que bajo su luz escribieron algún poema a la prenda amada, o quizás ruborizados por el "escándalo" y a hurtadillas apreciaron el primer despliegue no apto para menores, de una dama mostrando la pantorrilla en alguna revista vieja que un joven trajo de Europa. Como que por esas calles empedradas pasó Rubén Darío, cuando se hospedaba en la pensión "El Carmen", que se encontraba en este rumbo; y por si esto fuera poco, por sus lozas frías en las noches y calientes con el sol del medio-día, paseó su fama saludando a sus admiradores el dramaturgo inmortal don Jacinto Benavente, cuando estuvo en Guatemala, que al igual que Darío la amó con pasión. La actual octava avenida o "Calle del Carmen", que viene a ser lo mismo, se puede vanagloriar de poseer muchos privilegios históricos que no tienen las otras calles. Diríamos que la arteria que hoy evocamos es de las más aristocráticas, si se toma en cuenta su trayectoria, su

estructura original y las personas que en ella vivieron. Su viejo templo aún permanece erguido, llamando con su vieja campana a los cristianos; tañer que es opacado por un sonido superior en decibeles ante la grandiosidad de una ciudad que dejó de ser provincia desde hace muchos años. También esta calle, como otras, se ha teñido de sangre generosa de patriotas. Cuando la invasión de Morazán a Guatemala en tiempos del general Carrera y cuando el invasor se había apropiado de la Plaza de Armas, desde el "Cielito" (actual 18 calle y 7a. avenida zona 1) Carrera lanzó un ataque que fue rechazado por las fuerzas salvadoreñas, que se acantonaban en la Plazuela del Sagrario, llamado así el predio donde por muchos años estuvo el Mercado Central, viejo edificio que arruinó el terremoto de 1976. La guerra civil de 1920, que motivó el derrocamiento del presidente Estrada Cabrera, también dejó su cauda de desolación y sangre en la Calle del Carmen. La revolución sangrienta de Abril del año citado, se escenifica en gran parte en esta calle que converge en forma directa con la Plaza de Armas, desde las inmediaciones del Castillo de San José, en calles cercanas al "Cielito". Veinticuatro años más tarde sucedería lo mismo, aunque en menor escala. En el año de 1944 la antigua Calle del Carmen, o sea la actual 8a. avenida, sirve de escenario una vez más cuando los revolucionarios atacan con tanques de la Guardia de Honor, por el lado del Club Americano, el palacio de Telecomunicaciones, el que se rinde con todo y su guarnición en las primeras horas de la gloriosa madrugada fechada históricamente el día viernes 20 de octubre de 1944. Del anecdotario de la "Calle del Carmen" bien se puede escribir uno o dos libros de LA CALLE DONDE TU VIVES, o quizás más, con la historia de cada edificio de los que aún se encuentran; y para citar uno solamente, mencionamos el del banco situado en la 8a. avenida entre 10a. y 9a. calle, donde

encontramos esta placa: "Casa del doctor Antonio Larrazábal, fervoroso patriota representante en las cortes de Cádiz y en el Congreso Bolivariano de Panamá en 1826. Padeció por la causa de la Libertad. Homenaje de la Sociedad de Geografía e Historia, 17 de diciembre de 1930". Rezagados en el tiempo han quedado los gritos de los serenos en la antigua "Calle del Carmen", dando la hora a los encerrados vecinos del sector que se espantaban con el relato del "Padre sin Cabeza", "La Chocolatera", "El Sisimite" y "El Cadejo". Las abuelas de la época juraban haber visto al general Carrera paseándose por la acera de la que fue su residencia y después desaparecer hasta entrar por los grises portones de las bóvedas de la Catedral. Los viejos balcones de las casas solariegas que aún albergan oficinas públicas y comercios, aparecen vacíos en las noches de invierno, como esperando a sus antiguos dueños para ver pasar una "parada" que jamás desfilará. El templo de Nuestra Señora del Carmen sigue en las mañanas llamando a los feligreses con su vieja campana; quizás son pocos los que llegan, es tan corto el tiempo moderno que apenas si alcanza para una oración y el templo solamente se viste de gala cuando el Jubileo Circular llega a su altar mayor; quizás ya no con la solemnidad de antaño, pero guardando una tradición que es ejemplo para una generación que está a punto de perder el respeto y el amor a Dios. Muchos de los abuelos que nos contaron estas historias y leyendas ya no están, duermen el sueño eterno confiados quizás en que sus costumbres y leyendas serían inmortales, con fe de que las niñas que hoy las leen al igual que ellos, las contarán a sus nietos, quizás en un mundo distinto, con estructuras diferentes, pero con la conciencia de mantener una tradición.

LA CALLE DE SAN JOSÉ

La calle o avenida de "San José" es la misma arteria; está ubicada en la parte nor-oriente de la ciudad capital, en uno de los sectores más viejos de la misma. El tramo comprendido de la 5a. calle, antiguamente llamada "Calle de la Merced", hacia la 4a. calle, antiguamente denominada "Callejón del Judío", lleva el nombre de Avenida de San José. En la bifurcación metros adelante de la 4a. calle hacia el norte, las calles cambian de nombre según su nomenclatura actual y localización antigua. Por ejemplo: la prolongación de la avenida de San José, hoy 13 avenida, antiguamente tomaba el nombre de "Calle de la Amargura", y también se le conoció como "Calle de Candelaria". La otra ramificación se une a la llamada "Avenida Central", actual 14 avenida. Bueno, pero sigamos comentando las leyendas y curiosidades de la "Calle de San José" o "Avenida de San José", que es la misma. Según crónicas, el adoquinado se elabora por intermedio del señor Giocondo Granados en el año de 1912, haciéndose la medición desde el lugar denominado "Arco de las Domínguez" hasta la "Calle de la Merced", es decir, hasta el punto de bifurcación anteriormente mencionado. "La Calle de San José" es la clásica callejuela chapina de principios de siglo, que a pesar del asfalto, los rótulos luminosos y demás extravagancias modernistas, guarda esa aura provincial que le hace distinta de las otras. Aunque ya no existen las viejas tiendas de "Las Milián", "Los Piloña" y "Los Asturias", va quedando el grato recuerdo. Tiendas viejas con olor a cocada, canillita de leche y bocadillo de coco, con sabor a panela y a incienso del mediodía, cuando las abuelas salían a regar agua para que se consumiera en el suelo, rezar entre dientes y espantar al judío errante, tiendas viejas de recuerdos gratos como "La Violeta" de don Miguel Ortiz Narváez. Si

tuviera el don de la palabra, cuantas cosas contaría esta "Calle de San José"; diría por ejemplo: "Allá muy cerca del "Arco de las Domínguez", donde también estuvo el "Infiernito", los "Lanas" de la Parroquia, navaja en mano discutían sus diferencias personales, que siempre tenían de por medio el nombre de una mujer. Y cuántas veces en las lajas frías de la acera tropezó para levantarse de nuevo un patojito con vestido de marinero que se llamó Miguel Ángel Asturias. He visto muchas cosas y he sufrido a la par de mis habitantes, he visto morir y nacer generaciones, me alegré con la construcción del Templo Católico y sufrí mucho con su destrucción, cuando los terremotos de 1917 y 1976, he visto revoluciones, llanto y algarabía en nuestras tradiciones; las posadas, los rezados y las procesiones de Semana Santa, que me dan mucho orgullo, porque aún me mencionan como "Avenida de San José" y me quitan ese número 13 que no muy me gusta, pero que hay que llevarlo porque así lo demanda la ley..." "La Calle de San José", nos puede narrar diversidad de anécdotas, historias y leyendas, como que es una calle abuela que aún a sus nietos cuenta episodios de espantos y aparecidos. Historias auténticas que nuestro pueblo convirtió en leyendas, como la de la Virgen del Venadito, que el 10 de diciembre volverá a salir en procesión y no en rezado, como decía muy sabiamente el padre René Flores Rivera. ¿Y por qué Virgen del Venadito?, se preguntarán ustedes, pues simplemente porque esta virgencita era propiedad de un fervoroso católico de mediados del siglo pasado, que como ocurre en Guatemala, fue más conocido por su apodo que por su auténtico nombre. Le decían el "Venadito" y las abuelas, por el uso de la costumbre, a la Virgen la identificaban de esa forma. Cuentan las viejas leyendas que el "Venadito" era tal el cariño que sentía por la imagen, que principió celebrándole su rezado en la colonial Iglesia de Belén y que posteriormente esta

celebración se realizó en San José. La "Virgen del Venadito" no es otra que la Virgen de la Purísima Concepción, que fuera burilada hace poco más de cien años por escultor anónimo. Bueno, pero siguiendo con lo que las abuelas le contaron al Padre Flores, Q.E.P.D., canche como un extranjero, pero que fue más chapín que el padre Jobita, han de estar y estarán que el pobre "Venadito" un día de tantos falleció y en su testamento dejó la imagen de la Virgen de sus amores, donada al templo de San José. Ya en propiedad absoluta del templo, a la Virgen se le continuó su celebración. De 1924 a 1939, durante la estancia del padre Mariano de la Coronación Granados, que murió en el último año indicado, este buen sacerdote celebraba el rezado el día 7, o sea la víspera de la fiesta. En aquel año de 1939 la Virgen deja de salir en procesión por una temporada y posteriormente la tradición continúa hasta nuestros días. Hace once años, en 1973, el padre René Flores Rivera dispone con los miembros de la congregación que la Virgen tiene que salir el día 10 de diciembre con el recorrido tradicional que realizaba antaño: 5a. calle "Calle de matamoros"- seguía la 17 avenida (Avenida Mendía), 1a. calle, (Calle de Candelaria) (Avenida Central) y finalmente "Avenida de San José". Al igual que hace más de cien años, imaginemos escuchar el tun y la chirimía, los sones tradicionales, la alegría de los niños acompañando a la Madre de Dios y las abuelas corriendo atrás según lo permite el frío y el reumatismo, con el ojo puesto en el nieto para que no se vaya a perder entre la multitud. La Avenida o Calle de San José se engalana cada vez más, como en sus días grandes cuando sale el Señor de los Milagros en su anda kilométrica, orgullo de la hermandad. Sin duda alguna, allí también caminará acompañando a la Virgen de la Purísima Concepción el famoso "Venadito", que recordando viejos tiempos, quizás susurre al oído de los niños: "UN PUEBLO SIN TRADICIONES, ES UN PUEBLO SIN ALMA..."

LA CALLE DE LA ARMONÍA

Difícilmente la juventud actual identifique esta calle en el propio centro de la capital guatemalteca. "La Calle de la Armonía" también tiene una historia qué contar a las actuales generaciones, pero para identificarse plenamente diremos que se trata de la actual 12 calle de la zona 1, en el tramo comprendido de la 9a. a la 3a. avenida. ¿Por qué se llama de la "Armonía"? Es un detalle curioso que no pudimos desentrañar y que se pierde en el tiempo de los abuelos, cuando las ocurrencias fluían a sus cerebros y le daban el nombre adecuado a las calles de la ciudad, al callejón más olvidado o al parque de sus ilusiones.

"La Calle de la Armonía" diríamos que fue famosa por las serenatas que los "chancles del nuevecientos" le llevaban a las señoritas en edad de merecer. No eran aquellas antañosas serenatas como en la actualidad, sino un poco más románticas, más íntimas y que la música de los organillos callejeros hacía más originales. Los abuelos llamaban a los organilleros y su aparato completo de serenatas "Música de carreta", ya que estos aparatos, que eran funcionados por manivela, iban empotrados en una carreta de llamativos colores que rondaba por el sector de la "Calle de la Armonía". Se colocaban en cualquier esquina y previo pago de unos cuantos pesos, moneda antigua, que un joven pagaba, principiaban a dejar escuchar las notas sonoras de algún vals de Strauss, o bien una aria operática, tan de moda en aquellos tiempos.

Cuando la damisela escuchaba las notas desde el interior de su residencia, salía a la ventana con el pretexto de ver al organillero; pero en realidad las miradas iban dirigidas hacia el hombre de sus sueños, que apostado en la esquina se conformaba sólo con verla de lejos, tan sólo con enviarle un suspiro o un beso

imaginario, hasta donde ella le miraba. Era para los abuelos un momento sublime que alternaban con el lenguaje de la música, que lo dice todo sin hablar nada.

"La Calle de la Armonía", en aquellos dorados tiempos, colindaba con las Calles del Carmen y de Chispas, extendiéndose hasta lo que hoy es 6a. avenida y que antaño se le conoció como "Calle Real". Cuentan los abuelos que en tiempo de lluvias esta calle que hoy evocamos ofrecía a los patojos de ese tiempo una diversión que las actuales generaciones jamás han gozado. Las correntadas de lluvia que bajaban desde la 6a. avenida daban la oportunidad para jugar a los barquitos de papel después del aguacero.

Cuando el tiempo fue pasando y nuestra capital ya tuvo el impulso de quitarse poco a poco el vestido de mengala, fue esta calle la que en el año de 1914 estrenó con toda pompa uno de los edificios más modernos de ese año, el que aún presta servicio al comercio en la esquina de la hoy 12 calle y 6a. avenida de la zona 1, y fue diseñado y construido por el ingeniero Henry Morgan por encargo que le hiciera la señorita María Samayoa Bonifacce, de nuestra mejor sociedad, según se decía antaño.

Otro orgullo de "La Calle de la Armonía" fue tener dentro de sus linderos el edificio del "Hotel Palace", que albergó a muchas personalidades que estuvieron de paso por Guatemala, especialmente en la década de los años "treintas". Artistas de cine, diplomáticos, personalidades y, en fin, nombres que hoy vemos en los libros de historia y que por la actitud buena o mala en sus existencias nos parecen personajes sacados de una novela. Durante la campaña unionista que derrocó al licenciado don Manuel Estrada Cabrera, en esa calle, entre la 6a. y 4a. avenidas, se instaló la que fuera "Casa del Partido" y desde donde emanaron las órdenes de los máximos dirigentes del unionismo, para los ini-

cios de la llamada "Semana Trágica", que constituyeron, como ya hemos dicho anteriormente en capítulos precedentes, ocho días consecutivos de guerra civil en las calles de Guatemala. De esa misma casa partió la manifestación del 11 de marzo de 1920, que fue prácticamente el chispazo para derrocar a don Manuel, que se había instalado por veintidós años consecutivos en el poder.

Don Jorge Ubico, durante su estadía en el poder, también engalanó a "La Calle de la Armonía". El gobernante que se hizo famoso por sus palacios edificó en esta calle el "Palacio de Comunicaciones", allá por los finales de la década de los "cuarentas". Este edificio, que aún podemos observar los guatemaltecos, fue uno de los baluartes del Ubiquismo-Poncismo, durante la revolución del 20 de octubre de 1944, cuando los tanques de Arana irrumpieron la gloriosa madrugada por el lado de la esquina de la 6a. avenida y 12 calle, y por la 9a. avenida y 12 calle, formando dos frentes de ataque para hacer rendirse a los hombres que aún mantenían la disciplina del régimen, salvaguardando un punto clave del gobierno: las comunicaciones hacia todo el país y el extranjero.

En cada año vivido desde que se diagramó esta calle, hay una historia que contar, una leyenda, una anécdota especial que siempre narran de ella, de esa "Calle de la Armonía" que hoy presentamos a la consideración de los lectores jóvenes para que sepan algo de su pasado, y para los abuelos como un recuerdo a sus mocedades de aquellos años rosados que se fueron para no volver. Quedan allí como mudos testigos de ese pasado que hoy hemos acaparado en tres cuartillas, el "Palace Hotel", convertido en un Banco gigante; el "Palacio de Comunicaciones", tal y como lo dejó don Jorge Ubico, con su arco a media calle uniendo el edificio y los ecos de una disciplina que se comenta entre antiguos mensajeros y telegrafistas de la "vieja guardia".

La doce calle es un paso obligado de turistas que acuden en grupos al "Palacio de Comunicaciones" a depositar la consabida tarjeta postal que llegará a sus hogares lejanos; ellos pasarán desapercibidos por esta arteria, que al igual que cualquier calle de la capital de Guatemala, tiene una historia interesante que algún día comentarán en su país distante. Así es, "La Calle de la Armonía" o la 12 calle, son la misma calle, con la misma historia que la juventud de hoy ha conocido aunque sea en mínima parte.

Puente de la Barranquilla, en la calle del mismo nombre.
Foto de 1910.

LA CALLE DE LA BARRANQUILLA

Esta calle que hoy evocamos a través de estos apuntes breves, no es otra que la actual 10a. avenida de la zona 1, en el tramo comprendido de la 18 calle hacia el sur, extendiéndose hasta las inmediaciones de la zona 4 y 5, ya que la misma forma "frontera" entre estas dos zonas capitalinas. Posteriormente se convierte en la Avenida de la Reforma, extendiéndose en otro tramo que toma distinto nombre, conocido por Av. de las Américas.

Bien, ya ubicada la antigua "Calle de la Barranquilla", hablaremos de su historia y demás aspectos anecdóticos, que le han dado una aureola de fama por distintos motivos. Este antiguo paso o salida hacia el sur, cobró carácter oficial a raíz de la instalación de la Casa Presidencial en el sitio denominado finca "El

Ballarino", que se localizaba en la zona cinco, a la altura del Gimnasio "Teodoro Palacios Flores". No existía el paso de la doce avenida, por impedirlo un enorme barranco que años más tarde fue rellenado con el ripio que dejaron los terremotos de 1917, formando un paso que extendía la doce avenida, hasta lo que era antiguamente la aldea de San Pedro Las Huertas, hoy barrio de San Pedrito.

Pero sin dejar el tema y ocupándonos únicamente de la calle mencionada, decíamos que cuando la Casa Presidencial se trasladó al punto en referencia, éste pasó a llamarse "La Palma", residencia oficial del entonces Presidente de la República Lic. don Manuel Estrada Cabrera. Por la Calle de la Barranquilla pasaban los correos oficiales procedentes del centro de la ciudad y ese fue el paso obligado de don Manuel, cuando se dirigía al centro o a cualquier dependencia del estado. De la "Palma" salió don Manuel cuando fue derrocado en el año de 1920 a raíz del movimiento armado del año en mención.

Las luchas entre ejército y revolucionarios que se escenificaron a lo largo de "La Calle de la Barranquilla" fueron sangrientas, ocho días consecutivos con sus noches que dejaron una cantidad considerable de muertos y heridos. Cuando estaba en lo mejor el fragor del combate, uno de los militares de más confianza del gobernante, de apellido Anguiano, atravesaba a todo galope la calle en referencia y a la altura de la 21 calle fue reconocido por un grupo de revolucionarios, que usando unos tercios de leña que habían quedado abandonados en plena vía, lo derribaron del caballo, dándole cruel muerte a leñazo limpio. Anguiano iba para "La Palma", indudablemente a recibir órdenes del gobernante en los momentos difíciles por los que atravesaba el régimen.

Anguiano gozaba fama de buen mozo entre el elemento femenino y el pueblo le había dado un mote muy especial, que

Miguel Ángel Asturias inmortaliza en su obra El señor Presidente; Anguiano y "Cara de Ángel" eran la misma persona. Aparte de los movimientos revolucionarios que ensangrentaron a la Calle de la Barranquilla, ésta tuvo el privilegio de sentir el peso del anda del Señor Sepultado de Santo Domingo, que un Viernes Santo fue llevado hasta "La Palma" para que lo viera el Sr. Presidente.

Uno de los edificios más antiguos que se localizan aún dentro del sector de La Calle de la Barranquilla, es el de la Estación de los Ferrocarriles, que abarca un buen trecho, desde la 18 calle hasta el puente de "La Barranquilla", construido bajo la administración del general José María Reyna Barrios. Sobre la plataforma de la estación han pasado varias generaciones de "carreteros", personas que se han dedicado al transporte de tiro humano y al de mulas, éste último ya casi en extinción. Allí crecieron varios de ellos, envejecieron y murieron, dejando alguna anécdota que hoy se recuerda con nostalgia del tiempo ido. También hubo en el sector mencionado hombres que de por vida se dedicaron al trabajo denominado como "mozo de cordel", verdaderos superhombres mal alimentados, que se echaban a cuestas desde un armario hasta una cama con todo y su colchón, caminando varias cuadras a la redonda, cuando la necesidad lo requería.

Dejaremos los nombres de algunos de estos humildes trabajadores, que en su mayoría han muerto y que jamás se les identificó por su nombre, sino por un mote que quizás llevaron desde niños hasta el día de su muerte. Quedan en el recuerdo de la Calle de la Barranquilla, los apodos hechos nombres imborrables de "Juan Cara Loca", "Pata de Burro", "Ojo de Vidrio", y tantos más que escapan a nuestra memoria, sin dejar en el tintero a "Patines", aquel hombre delgado que sacaba fuerzas de flaqueza para cargar verdaderos mastodontes, no

importando las distancias. Aprovechando la imagen borrosa de aquellas personas que hoy vienen a cuento, estaba también El Chato", anciano obeso, alcohólico empedernido, pero honrado a carta cabal, que con sus lazos al hombro recorría el sector ofreciendo sus servicios. "El Chato" cuando se empinaba el octavo dejaba un poco para rociarlo en sus pies, pues decía que eso era lo que le daba "consistencia".

"Patines" era otro de aquellos hombres que hoy recordamos y que jamás supimos su nombre; sus ocurrencias y ademanes para la charla, sin salirse por la borda, le daban el toque picaresco a la misma y la hacían interesante. "Patines" con sus gestos extravagantes manifestaba que la vida en Guatemala aún era barata porque el octavo de guaro "valía ocho centavos". Todos han quedado allí presentes, unos como "mozos de cordel" y los otros arriando cerdos por aquella calle pintoresca, que casi no ha cambiado nada en su estructura original. La parte trasera de la Estación sigue siendo la misma, y hoy en lugar de carretas son camiones los que se estacionan esperando clientes con fletes. Algunos émulos de los mozos de antaño deambulan por allí, pero ninguno con la "imagen" de aquellos que hoy son recuerdo en la narrativa criolla que presume de histórica. La 10a. avenida queda allí, casi con su mayoría de edificios en pie, aunque ya sus comercios de antaño hayan desaparecido; la tienda de los Penagos, los depósitos de "guineo schuco", donde la pobrería mitigaba el hambre comprando un len de bananos, regateando todavía porque faltaban cinco. Calle de una época ancha, buena y que jamás volverá.

LA CALLE DEL CIELITO

Si le preguntan a un joven guatemalteco, aunque éste sea nacido en la capital, donde quedaba "La Calle del Cielito", no sabría qué contestar. Y es lógico, los nombres románticos de antaño fueron quedando relegados al olvido y substituidos por una nomenclatura más funcional y moderna, idea magnifica de don Raúl Aguilar Batres. La calle que hoy nos ocupa fue conocida hace muchos años por Calle del Calvario, posteriormente con el título que encabeza este pequeño artículo y finalmente como "Calle 18 de septiembre", en honor a la hermana República de Chile y como un gesto solidario del gobierno y pueblo de Guatemala a la noble nación sureña.

Bien, los nombres anteriores han sido olvidados definitivamente al paso del tiempo y hoy fácilmente la localizamos como 18 calle de la zona 1. Esta calle también tiene su historia y las anécdotas que en ella se protagonizaron se remontan desde hace más de cien años, más o menos, cuando "La Calle del Cielito" lucía su enorme cerro en la esquina de lo que hoy conocemos como 7a. Av. y 18 calle. Precisamente en ese sitio se levantaba majestuoso un cerrito con algunas covachitas en su lomo. Quizás por la altura del mencionado promontorio de tierra y grama, los chapines le bautizaron con el nombre de "El Cielito" y por el uso de la costumbre la actual 18 calle fue conocida como "La Calle del Cielito".

Esta calle se extendía desde la 12 avenida hasta la 1a. avenida de lo que hoy es Zona 1, ya que aquí se topaba con los llamados llanos de "Palomo" y de "Bolaños", predios estos que con el tiempo fueron parcelados y actualmente urbanizados. A continuación ubicaremos algunos de los edificios que lució la antigua "Calle del Cielito" a principios de siglo. La plaza de toros colo-

nial, que majestuosa se levantaba donde años más tarde colocarían la estatua del general Justo Rufino Barrios, hoy pequeño parque conocido popularmente como "Plazuela Barrios"; la estación de los ferrocarriles internacionales de Centro América, hoy llamados pomposamente FEGUA, es uno de los edificios más viejos de la 18 calle. Como lo apuntamos al principio, el cerro llamado "El Cielito" desapareció por completo, dando paso al modernismo y en su lugar pueden ustedes apreciar un elegante edificio que perpetúa su nombre: Edificio El Cielito.

A la altura de la 18 Calle y 6a. Avenida se localizaba hasta hace pocos años, quizás unos 34, lo que fue la famosa "Placita", posteriormente llamada "Placita Quemada". Era un mercado similar al mercado central, que estaba situado justamente donde hoy luce moderno un predio o parqueo para automóviles propiedad de la comuna capitalina, es decir, se extendía desde la 5a. avenida hasta la 6a. sobre la 18 calle. Tapando prácticamente la 6a. avenida, en su ruta hacia el sur de la ciudad, majestuoso se levantaba otro cerro que en su parte superior sostenía un edificio colonial religioso, conocido como Iglesia del Calvario; este edificio fue convertido posteriormente en museo y durante la administración del general Ubico, construido el actual templo católico, el cual se edificó a cambio del anterior. Hay otro edificio que llama la atención y es el de la Tipografía Nacional; éste se principió a construir más o menos en la última década de los años veinte y albergó por muchos años a la primera estación del país, TGW, semillero de grandes figuras de la farándula y radiodifusión de Guatemala. Como que por esas gastadas gradas del viejo edificio bajaron llenos de gloria, después de inolvidables veladas en el "Radio-Teatro", figuras de la talla artística de doña María Luisa Spillari v. de Andreu, María Luisa Aragón, Marta Bolaños de Prado, Graciela Palomo Keller, Paco Pérez, Germán Bayer Santa

Coloma, Pepe Guilló, José Luis Andreu, y tantos más que se pierden ingratamente en la distancia. Edificio de la Tipografía Nacional, tan lleno de recuerdos de tipógrafos viejos, que supieron antes que nadie la emoción del joven poeta al ver su primer poema impreso. Amplios salones de máquinas impresoras, donde aún resuenan las órdenes de don Nicolás Reyes y las anécdotas tan chapinas del más noble de los bohemios tipógrafos: Paco Azurdia.

Cualquiera dice: "Nos juntamos en la 18 calle, frente a la Tipografía o cerca de la Estación". Es fácil decirlo y mencionar la calle que hoy aludimos, quizás porque pasamos por allí todos los días en nuestro diario caminar, sin saber lo que en ella ha sucedido hace muchos años. Esta calle está llena de anécdotas, creo que se puede escribir un libro con todas ellas, y para citar una nos remontaremos al año de 1830, cuando los capitalinos se daban cita a la plaza de toros para apreciar el espectáculo conocido como "el mico del hoyo", que era un festejo bufo en el cual participaba un hombre disfrazado de simio. Este se colocaba en el centro del ruedo incitando al toro, y al embestir la fiera desaparecía en un pequeño agujero donde al animal no le podía alcanzar con sus derrotes. Posteriormente sacaban dos muñecones gigantes que al nomás verlos en la arena eran embestidos por el toro, lo que causaba la risa de los niños y abuelos que asistían a la plaza de toros colonial, que tardó justamente cien años, pues fue construida en el año de 1818 y derribada por los terremotos de 1918.

La 18 calle también ha sido escenario de las luchas cívicas de los guatemaltecos. Manifestaciones de protesta por la represión, motines y revoluciones se han desarrollado en sus esquinas y en la arteria completa comprendida de la 9a. avenida a la 5a. avenida. Las luchas sangrientas de 1920 y específicamente las que se

suscitaron en el ataque al fuerte de San José, se registraron en la 18 calle, donde muchos hombres cayeron acribillados por la metralla enemiga. Los mítines que socavaron los pilares del último gobierno liberal, de corte ubiquista, nacieron precisamente en la Plazuela Barrios y recorrieron triunfantes la 18 calle, pidiendo por primera vez en 14 años la renuncia de don Jorge. Meses más tarde, también la calle que hoy nos ocupa supo de los momentos supremos del movimiento octubrista, del dramático asalto a la emisora oficial que aún se encontraba en manos del gobierno tambaleante y del sacrificio heroico de los mejores hijos de Guatemala.

Si hasta hace unos años la 18 calle era una modesta arteria céntrica de la capital de Guatemala, hoy completamente cambiada en su estructura original, nos da la impresión de una calle de ciudad grande y moderna con dos amplias vías, luz de mercurio de color anaranjado, que por las noches da un toque especial a la arteria. De los viejos edificios únicamente van quedando el de la Tipografía Nacional, el del templo del Calvario y la Estación de los Ferrocarriles, quizás próxima a desaparecer. Los demás sucumbieron al paso del tractor y las necesidades del urbanismo actual, para dar paso a funcionales edificios de enormes vidrieras, donde se exhiben las mejores mercaderías importadas, fuentes de soda, exhibidores de automóviles y los apartamentos del "Cielito" que contrastan con las covachitas de antaño, que más parecían casitas de pastores de nacimiento chapín.

Hoy que evocamos la imagen de la 18 calle, nos llega el recuerdo del buen colaborador y amigo ya desaparecido, don Patrocinio Galicia Arroyo, quien en los inicios del programa radial en La Voz de las Américas, nos llevó de viva voz material antañón de primera mano, relacionado precisamente con la 18 calle. Cuando menos lo pensábamos, iba llegando el buen don

Patrocinio con alguna fotografía antigua o un dato para el programa de sus amores: La Calle Donde Tú Vives. Y Juan Alberto Escobar, en ese tiempo operador-grabador de la emisora, picaba al amigo Galicia Arroyo para que con la experiencia de sus noventa y pico de años nos narrara aspectos diversos de la Guatemala de ayer.

Y don Patrocinio, tocándose brevemente el mostacho, principiaba…

"Los tiempos de antes fueron más románticos, hoy todo eso se ha ido perdiendo; recuerdo como si hubiera sido ayer, cuando nos reuníamos en las gradas del Calvario viejo de la 18 calle, para las serenatas que llevábamos a las patojas del barrio de San Gaspar…

Habíamos formado una bonita estudiantina y llevar música a las muchachas era nuestro lujo…"

Juanito, siempre tan profesional en su trabajo, conforme don Patrocinio iba narrando, colocaba de fondo un disco apropiado con música de estudiantina, motivo que hacía más dramática la narración. Don Patrocinio siempre vivió por el sector de la 18 calle y 3a. avenida (hoy zona 1), y consecuentemente ese había sido su barrio. Recordaba los días trágicos del terremoto con una vivencia increíble, dando nombres y fechas como que si las estuviese leyendo en un libro…

Hoy los patojos están en la gloria —decía—, no han pasado las amarguras de los viejos… El terremoto, eso sí que fue cosa fregada; recuerdo como las casas se venían a plomo y las enormes paredes al caer levantaban grandes nubes de polvo. Yo vi caer las casonas del "Callejón de la Aduana" y 18 Calle (hoy Callejón Concordia). Para aquellos días tristes y años más tarde vi como en el "Cielito" apiñaban los muertos, cuando la famosa peste de la "gripe", en 1919. En carretas eran llevados a lo largo

de la 18 calle hacia el Cementerio General, para ser incinerados los cadáveres en un lugar que le llamaban "El Lazareto"...

Don Patrocinio constituía el auténtico fígaro antiguo, el que en sus tiempos de descanso reparaba relojes, haciéndolo tan maravillosamente que el reloj de péndulo de los Aycinena, él era el único que lo tocaba cuando empezaba a fallar Y como barbero también narraba sus anécdotas que al paso del tiempo cobran carácter histórico. Cuando cayó el Lic. don Manuel Estrada Cabrera y fue reducido a prisión por órdenes de sus enemigos, era don Patrocinio el que le prestaba sus servicios profesionales de barbero. Cuando en plática salía a relucir la persona del ex-gobernante guatemalteco, don Patrocinio hacía énfasis en el hecho que él había sido barbero de Don Manuel Estrada Cabrera, manifestándolo con cierta satisfacción.

La salud del amigo que tantas cosas nos contó de la 18 calle, era realmente envidiable, pero un día uno de sus hijos nos llamó para indicarnos que don Patrocinio quería saludarnos; estaba enfermo. Le vimos en su lecho y a pesar de su gravedad siempre tuvo frases de colaboración para el programa radial que hoy se ha convertido en "Libro". Cómo nos hubiera gustado diagramar la historia de "La Calle del Cielito" o 18 calle con las fotografías de don Patrocinio, dando un explicación en el lugar de los hechos; pero así es la vida, estamos de paso en este mundo, aun-que las calles como "La del Cielito" quedan como un testimonio de la obra del hombre.

EL CAMPO DE MARTE

Uno de los sitios que también es digno de mención, es sin duda alguna "El Campo de Marte". Este lugar ampliamente conocido por los guatemaltecos guarda en cada palmo de terreno una página de historia, una leyenda que hoy queremos rememorar en estas cuartillas. Su historia arranca desde finales del siglo pasado, cuando ya se hacía la escogencia para un lugar donde pudieran aterrizar los llamados aeroplanos que muy "pronto" llegarían a la capital de Guatemala. Los primeros aeroplanos arriban en la primera década del siglo actual y es el Campo de Marte el lugar escogido para el centro de operaciones, por tener las dimensiones justas y necesarias. Posteriormente, este lugar cobra fama al llegar los terremotos de los años 1917-18, allí son construidos los campamentos de refugiados y se instalan las primeras carpas que la Cruz Roja dona al pueblo de Guatemala y se reparten los alimentos que envía el pueblo norteamericano en aquella ocasión.

El Campo de Marte poco a poco se va metiendo entre el corazón de los guatemaltecos, se ve el terreno inmenso, como un sitio que ofrece seguridad por los fenómenos imperantes en esos años trágicos. El Campo de Marte se extendía desde las inmediaciones del llamado Cementerio de San Pedro Las Huertas, hoy zona 5 de la ciudad, a la altura de los linderos de la actual colonia 20 de Octubre, hasta la Colonia de los Militares, en las demarcaciones de la zona 10. Años después, durante los gobiernos de don Carlos Herrera y el general Orellana, en la década de los años "veintes", se principian a jugar las primeras "chamuscas" deportivas con pretensiones de formales, cuando los Hermanos Matheu introducen el fútbol a Guatemala. Los gobernantes de la época asistían personalmente a los encuentros de los primitivos

equipos que se fundaron en Guatemala. Cuando la aviación principia a cobrar auge en nuestro medio, el Campo de Marte se convierte en sitio obligadamente visitado por el pueblo capitalino, los domingos por la mañana, para apreciar a regular distancia los viejos aviones franceses que allí pernoctan.

Los gobiernos militares le echan el ojo al amplio campo y éste se ve concurrido para prácticas de cadetes y soldados, instalándose posteriormente los centros militares que con el tiempo van ensanchándose para una mejor realización de sus labores. Inicialmente, donde ahora existen una caballeriza y picadero, en el sector norte del Campo de Marte, en tiempo del licenciado Estrada Cabrera, funcionaron las primeras escuelas de Artes y Oficios para hijos de obreros. Durante el gobierno del general Jorge Ubico, estos terrenos cobran mayor relevancia en lo que a urbanismo se refiere, ya que por medio de este gobernante se construye la famosa como histórica tribuna que permanece hasta nuestros días y que domina toda la vista del Campo de Marte. Ubico usa preferentemente la tribuna del Campo de Marte para los festejos del 30 de junio y del 15 de septiembre.

Aquellos desfiles multicolores y vistosos de los años lejanos del general Ubico, se empañan cuando precisamente el 30 de junio de 1936, uno de los aviones que hace maniobras sobre el desfile militar cae a tierra ante la expectación del numeroso público que presencia el desfile. Algunas personas no creyeron que se trataba de un accidente aéreo y al impacto de la nave en el suelo salen varios heridos, el piloto ha quedado enterrado prácticamente en el terreno y hay que usar barretas para extraer su cadáver; Ubico con binoculares aprecia la escena trágica desde la tribuna y ve caer desmayado al general Nicolás de León, que se encuentra a su lado; alguien le ha informado al general que su hijo Nicolás era el que tripulaba la nave accidentada. Los

festejos del 30 de junio se suspenden y la algarabía se convierte en duelo, el joven piloto era sumamente estimado en los círculos sociales de la pequeña capital y uno de los alumnos más distinguidos de la escuela de aviación, su nombre completo era similar al de su padre: piloto aviador Nicolás de León. El Campo de Marte sigue siendo famoso por diferentes motivos durante la época ubiquista, el recuerdo imperecedero quizás lo tengan los soldados de los cuarteles de San José y Matamoros, que al igual que algunos empleados de Comunicaciones, específicamente el cuerpo de mensajeros, eran llevados a "instrucción militar" diariamente a las cuatro de la mañana, orden que se seguía al pie de la letra si se toma en consideración que la mayoría de empleados públicos estaban militarizados.

No se puede hablar del Campo de Marte sin hablar del general Ubico, la historia va paralela con el sitio mencionado y este gobernante guatemalteco. Aquellos treinta de junio, en que este ex-presidente salía de Casa Presidencial, directamente a caballo hasta el Campo de Marte, tomando por toda la sexta avenida hasta doblar por la 18 calle, tomar una vez más la 7a. avenida hasta la Calle Mariscal Cruz y enfilar por la entrada principal del Campo de Marte, que da a la tribuna. Don Jorge desfilaba con gallardía en aquellos paseos lejanos y hoy recordados por las personas que ya pasan de los sesenta años. Las calles eran previamente regadas con arena, para que las bestias que llevaban en sus lomos a los altos dirigentes del gobierno no resbalaran y se provocara un accidente lamentable.

Si el Campo de Marte fue testigo de los días grandes de Ubico, también lo fue del epílogo de su gobierno. El 20 de octubre de 1944 el cuartel Guardia de Honor se alza en armas y derriba al último hombre que representaba el continuismo de una época. Las granadas lanzadas por los cañones de San José y

Matamoros estallaban en los distintos puntos del Campo de Marte, como buscando el objetivo rebelde que aquella gloriosa madrugada se levantaba en armas. Ese Campo de Marte también fue testigo del nerviosismo del coronel Jacobo Arbenz Guzmán, a la sazón capitán antes de entrar a la Guardia de Honor, aquella noche hoy rememorada. En ese Campo de Marte también estuvo el ciudadano Jorge Toriello Garrido, y el grupo de universitarios que acuerparon el movimiento. Si la Revolución de Octubre se gestó en varios sectores de la capital donde se realizaron las juntas de sus dirigentes, justo es decir que la misma vino al mundo precisamente en ese Campo de Marte.

Pero este sitio ya histórico no solamente es recordado por sus desfiles militares y escolares, por sus movimientos armados y por sus tragedias aéreas. Tiene un sitio dentro de la historia deportiva de Guatemala, si recordamos que ha sido semillero de "chamuscas" futboleras, donde los patojos del barrio soñaron una tarde con lucir la camisola del Municipal o del Comunicaciones, grama verde donde se perdieron muchas esperanzas al sentir la fractura dolorosa de una pierna y, por qué no decirlo también, donde algún directivo con ojo de "buen cubero" descubrió al patojo que más tarde sería titular de prensa en la nota deportiva.

Y si no que lo diga "Tacuazin" Ortiz, que junto con "Pepino", en más de una oportunidad, regresaron a pie a la casa por haberse gastado lo de la camioneta. Grama verde, oxígeno puro que también respiraron otros patojos que después llegaron a figuras: "Grulla" Días, el "Chino" Ortega, Daniel Salamanca, "Hormiga" García, "Machico" García, "Grillo" Roldán, Guayo de León y tantos otros que sin haber nacido en la zona cinco, también dejaron lágrimas y recuerdos en ese extenso terreno. Es poco realmente el espacio para hablar del Campo de Marte, hay tantas anécdotas, diríamos una historia para cada deporte, una historia para cada

soldado o para cada cadete que ahora es general. El tiempo ha ido cambiando a los hombres, los ha puesto más viejos o quizás les ha exterminado, por su proceso lógico y natural, pero el Campo de Marte sigue igual, amplio, siempre invitando a lanzar una pelota al aire y a corretearla por su grama. Siempre invitando a una "chamusca" futbolera, aunque al otro día amanezcamos en cama por recordar tiempos mejores, tiempos rosados que ya no volverán, porque la juventud se va definitivamente, sin que haya poder especial que la retenga, que la pueda hacer volver.

Ver el Campo de Marte nuevamente es ver a los muchachos del barrio con la pelota de trapo, colocando como "porterías" los cuadernos que delataban las "capiuzas", aquellas que organizábamos con la mejor dedicación y que principiaban con el viaje obligado al Campo de Marte, continuaban con el asecho a las hortalizas de los soldados en el barranco de los "ley fugados", y finalizaba en las piscinas de Ciudad Vieja, donde un chapuzón en las frías aguas de los tanques nos hacía volver a la vida, para regresar a la casa a exigir el almuerzo, sin saber que don Pedro, el director "Vitalicio" de la Escuela República de Paraguay, ya nos tenía en la lista para formarnos "consejo de guerra" a la mañana siguiente. Es, pues, el Campo de Marte una página verde anchísima, donde está escrita una parte de la historia de Guatemala, donde aflora el recuerdo de un ayer que está perenne en el pensamiento de los que antaño siendo niños correteamos por esos lares, soñando con ser bomberos, aviadores o grandes figuras del deporte de nuestros amores. Sigue allí ese pedazo de Guatemala que se llama Campo de Marte, con mucho espacio por delante para seguir haciendo historia y formando leyenda.

Definitivamente, uno de los hechos más significativos de la historia de Guatemala, lo constituyó el paso del Santo Padre por Guatemala. Esto es innegable; fuera de ello el recibimiento y la

entrega de este noble pueblo hacia el Santo Varón, marca también un acontecimiento jamás visto en el medio nuestro con persona alguna.

Felizmente tuvimos la oportunidad de vivir esa época, ya que pasarán muchos años antes que otro acontecimiento de tal naturaleza suceda nuevamente. Jamás antes la algarabía del pueblo guatemalteco en un alto porcentaje de religión católica, mostró ese entusiasmo para recibir al enviado del Señor, jamás antes esas calles nuestras vistieron sus mejores galas y albergaron tanta gente. Fue este pueblo grande en corazón que se volcó a las calles, portando banderas y fotos del Papa, para demostrarle su admiración, cariño y solidaridad, así como un franco desagravio por lo que había hecho un grupúsculo de personeros del gobierno de turno.

Si bien este libro sale anualmente, comentando algo o mucho de lo que constituye la historia menuda de la ciudad y aun cuando al citado acontecimiento se le dio toda la difusión del caso por medio de la radio, la prensa y la televisión, queremos dejar constancia en estos libros de colección de un hecho que ya es historia. Aún están flotando en el ambiente de las calles de la capital de Guatemala, en ese ambiente del Campo de Marte, las voces de millones de almas; niños, mujeres, ancianos y hombres que aunaron sus voces elevando sus oraciones al Señor. Igualmente sucede en Quetzaltenango, donde pasarán muchos años recordando ese grato momento. ¿Cuál fue el impacto de todo ello? ¿Cuál el fruto recogido de esa visita? Sencillamente el tiempo transcurrido ha contestado a esa pregunta, sencillamente que el pueblo católico ha confirmado su fe en la Iglesia Católica.

La llegada del Papa Juan Pablo II, para los millones de católicos guatemaltecos, fue como un renacer dentro de su propia religión, su fe y espiritualidad. Como dijimos líneas antes, las tradi-

ciones religiosas tan nuestras tomaron mayor auge y recobraron su puesto de primera fila dentro del contexto nacional. Definitivamente, para que aquello sucediera, teníamos que pasar por esa experiencia del grato acontecimiento de la llegada a Guatemala, por primera vez en su historia, de un Papa, como jamás antes lo soñaron los abuelos. Allí en la Hemeroteca "Clemente Marroquín Rojas", tan celosamente guardada por el colega don Rigoberto Brán Azmitia, ha quedado toda esa historia que la prensa nacional recopiló durante la estadía del enviado del Señor. Por aparte: fotos, comentarios, películas, videocasetes y en fin la mar de documentos doblemente históricos que las futuras generaciones tendrán oportunidad de apreciar despacio algún día. Nosotros nos limitamos a dejar un mínimo testimonio de ese acontecer, que a los escasos quince meses de sucedido ya es historia pura, digna de comentarse como algo de lo más bello que le haya sucedido a Guatemala y a los católicos de esta preciosa tierra.

LAS NUMEROLOGÍAS TRÁGICAS (DE LOS PRESIDENTES DE GUATEMALA)

Los entendidos en astrología dicen que tanto los números como los astros rigen los destinos del ser humano. Quizás en la vida del ciudadano normal y corriente pase desapercibido, pero cuando se trata de una personalidad relevante en la vida política de un país, el aspecto cambia y se hace más notorio por diversos motivos. Se han suscitado tragedias en las vidas de seres humanos, las que han tenido relación directa con los números; por ejemplo: ¿cuántas personas ha habido que fallecen repentinamente o por accidente el día de su cumpleaños? O sea que el número exacto de la fecha de su nacimiento se impone desde el día que llegaron al mundo, hasta el día que murieron por diferentes causas.

Existe el caso aquí en Guatemala de un muchacho que por razones especiales no mencionamos su nombre. Este infortunado joven tenía la costumbre de reunir a sus amigos, cenar y posteriormente, en la hora de la sobremesa, improvisaba un discurso, enfocando concretamente la hora en que había nacido. Al calor de los tragos brotaba la inspiración y decía:

"Amigos, vean todos sus relojes, dentro de cinco minutos serán las siete de la noche y cumpliré exactamente 33 años de haber venido al mundo. Y como aspecto curioso, les diré que mi madre también celebra su cumpleaños hoy y nació a la misma hora que yo..."

Los amigos ya sabían de memoria lo que el muchacho anualmente recitaba al lado de su madre. Pues bien, una noche de celebraciones por el cumpleaños de madre e hijo y cuando el joven era ovacionado por sus invitados después de haber pronunciado su tradicional discurso, cayó fulminado por un

General don José María Reina Barrios.

síncope cardíaco, sin que los amigos pudieran haber hecho nada por salvarle la vida. La fiesta se convirtió en tragedia y el comentario quedó flotando en el ambiente. La madre de Carlos, siempre lo recordaba con lágrimas en los ojos y repetía cómo el número tres había sido el que perseguía a su hijo. Decía que había nacido al igual que ella un 3 de abril, su nombre se fraccionaba en seis letras "C-A-R-L-O-S". La casa que habitaba en la zona 13 de esta capital, en una de sus calles se marcaba con el 3-03 y al fallecer tenía 33 años. Al año siguiente y cuando la señora madre de Carlos festejaba su cumpleaños ya sin la compañía de su hijo, fallecía víctima de un violento accidente al atravesar la calzada Roosevelt. La señora cumplía esa trágica

noche 53 años. La numerología marcada por el tres, siguió a esta señora con su hijo hasta el cementerio general. En el tramo donde sepultaron a Carlos, era el número tres y el nicho estaba en la tercera hilera, marcando en la cifra de su número, no menos de tres número "tres". ¿Ironía del destino? A la señora, cuando murió, le tocó igual turno en las galeras de nichos del cementerio general.

Y así como el caso de Carlos y su madre, han habido muchos en Guatemala, y alguien de la familia, al margen del llanto, tomó los datos que hoy proporcionamos. Quizás centenares de miles, desde que el mundo es mundo, de la humanidad nace y muere, fueron víctimas de los mismos. Para citar otros casos similares de hombres que descollaron en la vida política de Guatemala, tomaremos inicialmente el que se enfoca a la persona del general JOSE MARIA REYNA BARRIOS. Ya en varias oportunidades hemos citado este hecho que cobra caracteres insólitos si no se le encuentra la forma lógica de su origen.

El general José María Reyna Barrios ocupaba la presidencia de la República cuando murió asesinado por un certero disparo que le hizo el joven Óscar Zollinger, la noche del 8 de febrero del año 1898, a las 8 de la noche, frente a la casa número 8 de la 8a. calle, frente a lo que ahora es el parque centenario. Algunos historiadores de la época cuentan que en las kermeses de las casas de beneficencia a donde el gobernante asistía, proliferaban las rifas y demás juegos que se organizaban para agenciarse fondos, y el general presidente casi siempre daba preferencia al número 8. Entre su gente de confianza había 8 ciudadanos escogidos por él, que conformaban su personal de seguridad.

Otro gobernante ampliamente conocido y que nos dio un ejemplo típico de lo que es la numerología, es el general Jorge

Ubico, quien gobernó a Guatemala desde 1931 a 1944. Aunque el número favorito de Ubico era el número cinco, fue el 14 el que más le perseguía para bien o para mal. El número 14 fue significativo en la vida del ex-gobernante guatemalteco. A Ubico se le conoció en Guatemala como el hombre de la 14 calle, por la sencilla razón de que allí tenia instalada su residencia, es decir allí vivió toda su vida. Otro aspecto más que ligó al número 14 a don Jorge, fue que el 14 de febrero triunfó arrolladoramente en las elecciones del año 1930, triunfo por el cual llegó a ocupar la primera magistratura de la nación; y también el número 14 le acompañó en la tragedia: A los 14 años de ocupar la presidencia las huelgas estudiantiles le derribaron del poder, haciéndole renunciar el primero de julio del año 1944. Y finalmente, cuando se pensaba que los restos de Ubico iban a quedar solitarios y olvidados en un viejo cementerio de New Orleans, EE.UU., donde falleció el 14 de febrero de 1946 estando en el exilio, por intermedio del entonces jefe de gobierno coronel Enrique Peralta Azurdia sus restos son repatriados a Guatemala y son recibidos con honores de presidente de la República en el aeropuerto de la Aurora, una tarde lluviosa del 14 de agosto de 1964.

Aunque el número cinco, era su favorito y por él le hicieron hasta marchas y poemas, fue el número 14 el que le siguió en los días de gloria, de tristeza y hasta en su propio sepelio.

El ex-presidente de Guatemala Lic. don Manuel Estrada Cabrera, parece que no fue la excepción a la cita con los números. Aunque se desconocen pormenores de su relación con los números que le siguieron en vida, el número 24 es marcadamente decisivo en el día final de la vida del ex-gobernante chapín. El Lic. don Manuel Estrada Cabrera muere en Guatemala, capital de la República, el día 24 de septiembre del año 1924,

Licenciado don Manuel Estrada Cabrera.

cuatro años después de su derrocamiento, en una casa que sus hijos alquilaron situada en la 10a. calle (actual zona 1) entre 3a. y 4a. avenidas. Esta casa que aún se encuentra igual y la tenía por cárcel el anciano gobernante, por órdenes expresas del gobierno de turno del año mencionado 1924.

¿Casualidad, o realmente los números tienen que ver en la vida de los seres humanos?

LA HUELGA DE DOLORES

Una de las fiestas jocosas que celebra muy profundamente el pueblo de Guatemala, es indiscutiblemente la tradicional "Huelga de Dolores", convite de sátira política que desde 1898 se ha arraigado en nuestro pueblo. Y decimos que se ha celebrado profundamente, porque lamentablemente al igual que los otros países de Hispanoamérica, Guatemala ha sufrido las dictaduras más férreas que se puedan imaginar o describir en los libros de ciencia ficción. Esta manifestación jocosa al paso de más de ochenta años de tradición, ha servido para que el estudiantado universitario, consciente de la problemática del pueblo, haga las denuncias correspondientes, unas en broma y la mayoría en serio.

Estas denuncias han dejado al descubierto la irresponsabilidad histórica de muchos hombres que han pasado por la cosa pública, poniendo de manifiesto su incapacidad para gobernarnos y lo que es más triste aún, los convenios secretos a espaldas del pueblo con potencias que han explotado la riqueza nacional. Los huelguistas, o sea los estudiantes universitarios, no han dejado títere con cabeza, realizando sus respectivas denuncias a lo largo del tiempo señalado. Constituye, pues, la Huelga de Dolores, un desahogo del pueblo, una forma de celebrar y gritar lo que no se puede hacer libremente por los consabidos resultados.

Esta manifestación jocosa de los muchachos nació, como ya apuntamos al inicio de estas líneas, justamente cuando llegó al poder una de las dictaduras más crueles que ha soportado el pueblo de Guatemala, en el año de 1898. Fue precisamente cuando asumió la primera magistratura de la nación el licenciado Manuel Estrada Cabrera, a raíz del asesinato del general José María Reyna Barrios, conocido popularmente como "Reynita". Siendo en ese entonces el primer designado Estrada Cabrera, el cambio violento

en los vericuetos de la política criolla, de hecho colocó en la presidencia de la República a un dictador que por espacio de largos 22 años se quedara sentado en el solio presidencial.

Inicialmente la huelga fue celebrada por los estudiantes de la antigua facultad de Medicina o sea, que no había aún en sus inicios el consenso actual para su celebración, ya que según uno de sus mayores historiadores, el doctor José Barnoya (el Sordo), los estudiantes de la facultad de Derecho la celebraban en otra fecha, pero siempre dentro de la época cuaresmal. La huelga en sí denunciaba los abusos y demás atrocidades del gobierno de ese entonces. Todos salían a bailar, sin salvarse algunos elementos de la Iglesia Católica, que por aquellos dorados tiempos constituían noticia en la primera plana de los periódicos. Presidentes, embajadores, curas, militares y profesionales, amén de los empleados públicos, han sido el blanco directo de los estudiantes universitarios, sin salvarse los periodistas, deportistas y demás personas que han conformado nuestra sociedad. Todos, por alguna u otra razón y cuando lo han demandado las circunstancias, han pasado bajo la lupa de los integrantes del "Honorable Comité", organismo que toma las decisiones para la inclusión de los que serán denunciados públicamente.

Como aspecto importante se toma en cuenta que hay personajes de nuestra política que en forma vitalicia son analizados y sacados a relucir en la tradicional Huelga de Dolores, no importa que ya estén muertos. Inicialmente se cuenta, según el "sordo" Barnoya, que el desfile únicamente se permitía dentro de las facultades y no fue sino hasta el año de 1922, cuando gobernaba el general José María Orellana, que la tradicional manifestación salió a la calle, con carrozas alegóricas y los cartelones que los estudiantes públicamente portaban denunciando con grandes letras los desmanes de aquel gobierno de hace ya la friolera de 72 años.

Este capítulo histórico de la Huelga de Dolores queda bellamente plasmado con todo y sus principales personajes en la obra de Miguel Ángel Asturias "Viernes de Dolores". Nuestro siempre llorado Premio Nobel de Literatura y Premio Lenin, para orgullo de los chapines, también fue un empedernido huelguero y lógicamente estudiante universitario. "Moyas" fue el apodo que el gran Miguel Ángel Asturias consiguió al entrar a la Universidad y con ese mote era conocido en las veladas estudiantiles de la época. Es sumamente difícil escribir algunas líneas de la Huelga de Dolores sin mencionar a Miguel Ángel Asturias.

Aunque es una apreciación muy personal, creo que la vigencia y fama de la "Huelga de Dolores" arranca justamente desde la época de los años "veinte", cuando se suceden los cambios radicales —aparentemente— en el gobierno de la República. Aquella gloriosa generación llamada de 1920, grabó con letras de oro en la historia patria, su participación en las gestas patrióticas en contra del licenciado Estrada Cabrera, y esa generación la integraban estudiantes universitarios que estuvieron en primera línea denunciando los denuedos del gobierno y posteriormente en la grandiosa manifestación del 11 de marzo de 1920, para luego saltar a la primera línea de fuego, con motivo del derrocamiento del dictador en abril del mismo año.

A partir del gobierno de don Carlos Herrera, el estudiantado se hace más granítico en sus posturas y participa activamente apoyando las peticiones del pueblo. Las denuncias también se realizaban en una pequeña publicación que había nacido muchos años antes, casi con la Huelga de Dolores, era este un periodiquito llamado "No nos tientes", que fundaron en el año de 1898 los estudiantes de la Facultad de Medicina, junto con el otro periódico titulado "Vos dirés", que habían fundado los estudiantes de Derecho. El único que sobrevivió fue el "No nos tien-

tes", el cual fue idea de los universitarios Guillermo Salazar, Carlos Martínez, Luis F. Obregón, Luis Gaitán y Francisco Asturias. Indudablemente que estos nombres han pasado a la historia de las huelgas de dolores y a las publicaciones realizadas por espacio de más de ochenta años.

Sin marginar históricamente a nadie, diremos que la generación de 1920 promovió y dio vigencia con su proclama a este desfile bufo, poniendo en evidencia con carrozas y demás aspectos a los gobernantes posteriores al licenciado Estrada Cabrera. Desde don Carlos Herrera hasta el dictador Ubico nadie se salvó, y posteriormente desde la junta revolucionaria integrada por Arbenz, Toriello y Arana, sin dejar en el tintero a Ponce Vaidez y continuando con Arbenz, Arévalo y los demás gobiernos hasta el actual, con otras generaciones de estudiantes que han hecho su parte históricamente dentro de la Huelga de Dolores.

Ahora bien, no todo ha sido alegría en la Huelga de Dolores, a través del tiempo y la distancia. La primera víctima fue el estudiante universitario Bernardo Lemus, quien murió a manos de la policía en el año de 1903, momentos después de leerse los famosos "considerandos" en el interior de la Facultad de Derecho. A raíz de aquel hecho de sangre, por varios años no se realizó la tradicional Huelga de Dolores y no fue sino hasta el año de 1907, —según cuenta el "Sordo" Barnoya— cuando reapareció el "No nos tientes", el cual fue repartido de contrabando de casa en casa y en altas horas de la noche. Vamos a entresacar algunas líneas de aquel editorial que publicaba el "No nos tientes" del año de 1907, y decía así:

"...Guatemala, nuestra cara y dulce patria, presa se halla en la garra de un dictador, de un déspota miserable, inmensamente cobarde y ferozmente cruel. Pobre pueblo en toda la extensión

de su cielo siempre hermoso, ya no queda sino un vago recuerdo, resplandor de aurora iluminando la catástrofe..."

Y continuaba el editorial en líneas abajo:

"...mazmorras lúgubres aquí; asesinatos públicos allá; latrocinios por todas partes, hombres en formas de culebras arrastrándose por el inmenso lodazal; rameras levantadas a la categoría de vírgenes, bandidos encargados de la seguridad pública y de la honra nacional, palos y chicotes; premiado el vicio con medallas de oro y castigado el bien..."

En el año de 1920 se reinician las actividades del "No nos tientes" y son los estudiantes universitarios Ramón Aceña Durán, Adrián Pitz Anleu, Epaminondas Quintana y Joaquín (La Chinche) Barnoya, los que inician la tarea. En el año de 1921 se realiza el encuentro feliz de los estudiantes de Leyes y Medicina y es cuando sale a relucir el famoso cuadro que encabeza desde ese tiempo las huelgas de dolores. El esqueleto con el tradicional rótulo: "No nos tientes, aquí está tu son Chabela..." La obra "maestra" de la "Chabela" —hoy un estandarte histórico— se debe a la inspiración del estudiante de Medicina Hernán Martínez Sobral, conocido popularmente en los círculos universitarios como "Pan".

En estos renglones, a manera de recordatorio y con la bibliografía de Chepe Barnoya, anotamos que la tradicional Huelga de Dolores deja de salir durante toda la administración del general Ubico, o sea de 1932 a 1945, casi quince años justos. Posterior al triunfo de la gloriosa Revolución del 20 de Octubre de 1944, con nuevos bríos, los universitarios se preparan y el convite sale nuevamente a las calles céntricas de la ciudad, ahora con otra Chabela, fiel copia de la obra de Sobral. Hoy esta Chabela habrá sido diseñada por los estudiantes universitarios Luis Molina Gálvez y Miguel Rivera.

El Nacimiento del Canto de Guerra Estudiantil La Chalana

Coro

Matasanos practicantes
del emplasto fabricantes,
güisachines del lugar,
estudiantes:
en sonora carcajada
prorrumpid, ja ja.

Sobre los hediondos males
de la patria, arrojad flores
ya que no sois liberales
ni menos conservadores;
malos bichos sin conciencia
que le apresan en sus dientes
y la chupan inclementes
la fuerza de su existencia.

Coro

Matasanos practicantes
del emplasto fabricantes,
güisachines del lugar,
estudiantes;
en sonora carcajada
prorrumpid, ja ja
Nuestro Quetzal espantado
por un ideal quo no existe,
se puso las de hule al prado
más menudo pelado y triste;

Desfile bufo de la Huelga de Dolores del año 1945.

y en su lugar erigieron
cinco extinguidos volcanes,
que un cinco también se hundieron
bajo rudos ya (taganes).

Coro

Matasanos practicantes
del emplasto fabricantes
güisachines del lugar,
hermanitos:
en sonora carcajada
prorrumpid, ja ja

Reíd de los volcancitos
y del choteado Quetzal

Contemplad los militares
que en la paz carrera hicieron;
vuestros jueces a millares
que la justicia vendieron;
vuestros curas monigotes que
comercian con el credo
y patrioteros con brotes
de farsa, interés y miedo.

Coro

Matasanos practicantes
del emplasto fabricantes,
güisachines del lugar
malcriadotes:
en sonora carcajada
prorrumpid, ja ja.
Reíd de la Clerigalla,
Reíd de los chafarotes
Patria palabrota añeja
por los largos explotada;
hoy la patria es una vieja
que está desacreditada.
No vale ni cuatro reales
en este país de traidores;
la venden los liberales
como los conservadores.

Coro se repite.

Ese canto de guerra estudiantil, que es cantado por todo universitario en sus horas de tristeza y alegría, fue el aporte que unos muchachos, hoy ya abuelos y la mayoría fallecidos, de la gloriosa generación del "veinte", dejaron a la posteridad y a la historia misma. Injusto sería no mencionar sus nombres en estos pequeños recuerdos de lo que ha sido a través de los años la tradicional Huelga de Dolores: Epaminondas Quintana, (Pumasfundas), Joaquín Barnoya (La Chinche); fueron ellos, en honor a la verdad, los que mocionaron el proyecto para que hubiera un canto de guerra en aquellos lejanos días de la década de los años veinte. Y complementaron la idea: Miguel Ángel Asturias (Moyas) y Alfredo Valle Calvo, Luis Balcárcel, (Chocochique), quien falleció años más tarde (1929) en el accidente aéreo del Callejón de Dolores, hoy 9a. calle. "Adjunto con el infortunio Jacinto Rodríguez Díaz, sin restarle méritos, también está el licenciado David Vela, que tuvo participación histórica en los hechos que hoy rememoramos. Aquellos jóvenes inquietos buscaron al maestro José Castañeda, quien fue el que le puso la música. Según el eminente historiador huelguero, hoy médico, el buen amigo Chepe Barnoya, la "CHALANA" nació justamente en la antigua facultad de Derecho, de la 9a. avenida de la hoy zona uno de la capital de Guatemala. En el año de 1972, siendo decano de la facultad de Derecho el mártir sindicalista y revolucionario, licenciado Mario López Larrave, Chepe Barnoya obsequió una placa de bronce que se develizó en un acto sencillo pero solemne y donde se puede leer:

"Estudiante: aquí nació la "Chalana" en el año de 1922".

Las carrozas que han salido en las diferentes huelgas de dolores han tenido un sentido o simbolismo, haciendo el señalamiento directo de algún acto de barbarie que los gobiernos de turno han cometido. La bibliografía del "Sordo" Barnoya valoriza la

actuación de los estudiantes universitarios, algunos ya profesionales que han destacado a lo largo del historial huelguero, por el arreglo y decoración de carrozas, destacando: Hernán Martínez Sobral (Pan), Romeo León, Padre, y en los últimos 35 años: Mario Alvarado Rubio, hoy connotado periodista y publicista, Carlos Fuentes (Sapo), Mario López Larrave (QEPD), Carlos Rigalt, Max Saravia y el hoy catedrático, escritor y periodista, Marco Antonio Flores (El Bolo), sin dejar en el tintero al joven y combativo artista que enorgullece la plástica nacional, Ramírez Amaya.

Un Viernes de Dolores Trágico

En el año de 1931 asume la primera magistratura de la nación el general Jorge Ubico Castañeda, instaurándose en Guatemala una de las más férreas dictaduras que hayan sufrido los chapines. Llega el viernes de dolores de aquel lejano año y los estudiantes universitarios invitan a estudiantes universitarios salvadoreños para participar en el desfile bufo. La primera medida arbitraria de Ubico, para demostrar su tiranía, es la de decomisar el periódico "No nos tientes" y la persecución de varios elementos universitarios. Los salvadoreños son esperados en la Estación Central de los Ferrocarriles, no precisamente con bombos y platillos, sino por la temible policía que dirige el entonces director de la institución, general Roderico Anzueto. Pero los muchachos, siempre despiertos, se dan cuenta de la acción y esperan al tren en la estación de la Ermita, hoy zona 6, para pararlo y hacer bajar a los salvadoreños que lógicamente irían a parar directamente a la boca del lobo. Como no había parada en dicha estación, cuenta el Sordo Barnoya que la arrechada de parar el tren con un pabellón de Guatemala en medio de la línea férrea, la tuvo el entonces estudiante universitario, ya fallecido, Juan José Orozco Posa-

das. Bajaron los salvadoreños y con los chapines partieron para el centro de la ciudad para organizar una manifestación de protesta, pero el grueso de manifestantes es dispersado a puros batonazos en la esquina de la 7a. avenida y 8a. calle de la zona uno, muy cerca del Portal del Comercio. Ubico había dado la orden de que no se golpeara a los que llevaran valijas, lógicamente esto identificaba a los guanacos, pero como los chapines tenemos fama de corteses, algunos o la mayor parte, llevaban las valijas de los guanacos y como la policía cumplía ciegamente las órdenes del dictador, fueron los pobres guanacos los que llevaron la peor parte. La mayoría de los organizadores del desfile fueron enviados a la cárcel por órdenes de Ubico y por la tarde, después de incendiarios discursos, los muchachos, incluyendo a varios del Central, desfilaron por la 6a. avenida con riguroso luto y llevando una mordaza en la boca y las manos atadas a la espalda. Aquella exhibición no le gustó a Ubico y nuevamente salen a relucir las ametralladoras en pleno centro de la ciudad, para que momentos después se disolviera la pacífica manifestación. Así terminó aquel ingrato Viernes de Dolores de 1931, hace ya 63 años exactos.

Con la llegada de la Revolución del 44, nacieron dentro de la inquietud universitaria las tradicionales veladas y se principió a leer el famoso boletín. De ese tiempo a la fecha, la huelga ha sufrido junto con sus organizadores en sus respectivas fechas, bombazos, excomuniones y amenazas, algunas cumplidas y las más se han perdido en el olvido. Como aspecto anecdótico hay que señalar que durante el gobierno revolucionario del Dr. Juan José Arévalo, se enterró por un año la famosa huelga para ser desenterrada al año siguiente. Indiscutiblemente, han participado, con raras excepciones, en la redacción del "No nos tientes" y demás aspectos ligados con el desfile estudiantil, los hijos más

sobresalientes de Guatemala, en el plano eminentemente profesional. Pienso que la Huelga de Dolores es como un bastión que tiene este sufrido pueblo de Guatemala, espoleado por negras dictaduras durante años de años y en esa trinchera podrán morir sus más dignos hijos, pero ella, la Huelga de Dolores, persistirá a través del tiempo y la distancia, media vez hayan universitarios dignos y comprometidos con su presente histórico, con su pueblo concretamente.

LA VISITANTE DE LOS SAGRARIOS

Eran los buenos tiempos cuando el dinero corría y no había tantos problemas como ahora. Después de haber comido algo en el "Último Adiós", don Enrique salió viendo su reloj de pulsera, como calculando el tiempo que tenía por delante, como midiendo la noche inmensa solo para él. El auto lo había estacionado justamente a un lado de la puerta principal del Cementerio General de la ciudad de Guatemala. Soplaba un viento tibio del mes de abril de 1945. La puerta de la necrópolis estaba cerrada y solamente un viejo policía "pescaba" sentado en un banco de madera, adentro todo parecía oscuro y débilmente algunas luces se apreciaban a la distancia. El piloto del taxi cruzó la avenida del Cementerio, rumbo a su auto, y después de haber metido la llave en la portezuela, parsimoniosamente se sentó en su interior dejando la puerta entre abierta, para que el viento llegara ya que el calor era insoportable.

Sacó de la guantera un paquete de cigarrillos y encendió uno, al momento que expelía con fuerza el humo. Meditabundo, se quedó con la vista fija en la tapicería roja del automóvil; el día no había sido del todo malo, pero se había quedado porque aquella noche era jueves santo y la visita a los Sagrarios de algunas señoras con posibilidades económicas, le daba oportunidad a duplicar la suma de quetzales que durante el día había ganado transportando gente en su taxi. Pensó en su familia y en la idea de llevarlos al siguiente día a ver las procesiones al centro de la ciudad. La veinte calle, que la tenía al lado, y la apreciación de la Avenida del Cementerio, silenciosas las dos vías en toda su grandeza, le hicieron dudar por un momento de los pronósticos que momentos antes hacía. Hizo cuentas que en otros años a esa hora ya llevaba hasta dos "carreras" y esperaba la tercera. Nueva-

mente vio el reloj y encendió otro cigarrillo, recordó que había comprado el periódico de la tarde y alumbrándose con la luz del auto que le daba justamente en la coronilla, empezó a leer los titulares de primera plana.

Al momento que leía, silbaba una melodía de moda y fumaba su cigarrillo. De pronto paraba en algún titular de los que llaman la atención y después del susto seguía la lectura en la misma forma, fumando y tarareando la canción. Echó un vistazo a la calle y la vio silenciosa, completamente silenciosa y lejanamente. Sólo el aullar de perros le hacían compañía. Dejó el periódico en el compartimiento bajo de la guantera y con el cigarrillo en una mano y la vista perdida en el asfalto, esperó unos momentos más. Cuando miró el reloj ya pasaban treinta minutos después de las nueve de la noche, se palpó la bolsa, hizo cuentas y disponía a retirarse cuando vio la silueta esbelta de una mujer que caminaba muy pegada a la acera sobre el paredón del Cementerio General. La intuición de taxista viejo no le falló y deliberadamente abrió la otra portezuela para ofrecer el servicio. La mujer aún venía a unos cuantos metros de distancia, pero la sonrisa de la dama le hizo comprender que no había esperado por gusto y que en ese momento se abría una oportunidad para ganar otros quetzales.

Se acicaló un poco el pelo liso que le caía por la frente y se arregló el cuello de la camisa, posteriormente salió del automóvil y con una genuflexión que sonó a broma le dijo: "Usted ordena y la llevo a cualquier parte..."

La mujer sonrió nuevamente y sin inmutarse se dejó caer en el asiento trasero del taxi. El se puso al volante, arrancó poniendo primera y enfilando sobre la Avenida del Cementerio, hacia el centro, le preguntó hacia dónde la llevaba.

—A los sagrarios —ordenó la joven mujer.

—¿Por donde principiamos? —inquirió el taxista, la hembra lo vio nuevamente y muy sutilmente le contestó: —Bueno, primeramente a San Francisco, después al Calvario, continuaremos con Las Beatas de Belén, proseguiremos con Capuchinas y después bajaremos a Santo Domingo para que nos quede en el camino San José, para finalizar en la Merced, pero si le es posible pasar al Sagrario en la Catedral, se lo agradecería...

Con la experiencia que don Enrique poseía, memorizó rápidamente el itinerario a seguir y bajó por toda la 19 calle rumbo al Calvario, la primera estación donde su pasajera realizaría sus actos religiosos.

Como pudo se estacionó en el viejo "Callejón de los Fotógrafos", a un lado del graderío del Calvario y presuroso bajó a darle puerta libre a la joven dama que llevaba en su taxi. Sonrió de nuevo la dama y se perdió entre la aglomeración de católicos que en ese momento acudían al primer altar situado en el Calvario de la 18 calle. El olor a corozo y a incienso le llegaba hasta donde esperaba a su pasajera; a los pocos minutos vio la silueta de blanco de la joven mujer que ya había cumplido su primer voto de religión en la cuaresma. Ahora se echó de retroceso lentamente para enfilar de frente hacia la estación de los ferrocarriles y tomar la 9a. avenida hacia el norte y llegar a las Beatas de Belén, donde la operación se repitió. Cuando vio su reloj, ya habían transcurrido varios minutos que conformaban más de la hora y media, el reloj de la Catedral marcaba las 11 de la noche y la mujer aún se tardó unos minutos más. Sobre la 8a. calle aún caminaba mucha gente visitando los Sagrarios, siguiendo la tradición religiosa que en Guatemala se acostumbra la noche del Jueves Santo. Cuando sintió ya la dama estaba tocándole el hombro, de un salto se puso al volante y emprendió el camino a su punto de regreso, ahora coronando el Parque Central. —¿A dónde la

llevo? —preguntó de nuevo don Enrique, mirando por el espejo retrovisor. La dama, complacida por el viaje, fue breve en su respuesta: "-Me puede dejar donde subí..." El automóvil pasó rápido por la 6a. avenida y dobló al llegar a la 16 calle hasta hacerlo nuevamente en el tope de la Avenida del Cementerio. Momentos antes de llegar al destino indicado, la mujer le suplicó que le dejara unos metros antes, es decir, a la altura de la puerta de la "Cochera" del Cementerio. Hizo un viraje y se colocó cerca de la acera para que ella bajara; don Enrique se quedó esperando el pago de la "carrera", pero la mujer, disculpándose, le entregó una medalla de oro que llevaba al cuello y un papel donde estaba la dirección de su casa, en la cual, le indicó la mujer, le pagarían al nomás mostrar el papelito y la medalla de oro. La dama casi no le dejó hablar y con la palabra en la boca vio cómo la joven mujer desapareció por la Avenida del Cementerio. Ya eran las once y media, pero pudo más la curiosidad que la necesidad y optó por darse una vuelta, precisamente por la dirección que la muchacha le había dado. En su puño encerró con fuerza la medalla y en algunos minutos llegó hasta la dirección indicada. Habló y pudo comprobar que la gente allí reunida comentaba su visita y todos miraban la medalla y el papel. Una anciana se acercó y le sacó de dudas diciéndole: "—Con mucho gusto le pagaremos, mi hija cumple hoy justamente nueve días de fallecida y la medalla que usted me entrega la llevaba ella cuando la sepultamos..." Le mostraron una foto de la difunta y no quedó ninguna duda al respecto. El final de todo fue trágico, porque cuentan que don Enrique murió loco, en el manicomio ya desaparecido de la 12 calle y avenida Elena.

LOS NACIMIENTOS CHAPINES

La tradición de los nacimientos chapines arranca desde que el Venerable siervo de Dios, Hermano Pedro de San José de Betancourth, quien llegó a la ciudad de Guatemala (hoy Antigua Guatemala) ese lejano 18 de febrero de 1651. El santo varón entraba a una tierra que por sus acciones humanas, trescientos años más tarde, lo santificaría sin la anuencia papal. Fue, pues, el Hermano Pedro quien introdujo a Guatemala la tradición de los nacimientos, fue su impulsor en estas tierras recién conquistadas. Diríamos que adaptó una forma de agenciarse fieles para la adoración del único y auténtico Hijo de Dios, por medio de una doctrina que aún perdura. El Hermano Pedro había nacido veinticinco años antes en el Valle del Ahijadero, jurisdicción de Villaflor y Chasna, en la Tenerife, hoy conocida como Tenerife, Islas Canarias, España.

Cuentan los relatos que ya desde su niñez este santo hombre preparaba pequeños nacimientos en su casa para los días previos a la Navidad; pasión que no abandonó durante el tiempo que vivió sobre la tierra. Uno de los sacerdotes que más ayudaron al Hermano Pedro fue Fray Fernando Espino, quien a su vez era su guía espiritual. Sabiendo este sacerdote que Pedro tejía de maravilla, lo instaló en unos talleres para que se ganara el sustento diario en tales menesteres. Estos talleres pertenecían a don Pedro de Armengol, ciudadano español que realizaba por este tiempo las mejores telas de estos confines. Siendo el Hermano Pedro muy apreciado en esta casa, fue allí donde construyó el primer nacimiento en vísperas de la Navidad, acción que asombró a muchos amigos del señor Armengol. Como dato muy curioso, los historiadores eclesiásticos de la época dejan constancia que fue precisamente el Hermano Pedro quien usó por primera vez

la Flor de Pascua para los adornos de altares y nacimientos navideños. Otra costumbre que aún perdura y que instituyó el Santo guatemalteco, fueron los rosarios de manzanillas, que en lo místico tienen un significado muy especial con el nacimiento del Redentor del mundo y no solamente como un simple adorno. Está, pues, en los nacimientos chapines la mano del Hermano Pedro, su huella ha quedado por siempre, como su nombre y su ejemplo de solidaridad humana, auténticamente social. Ejemplaridad que no admite egoísmos ni maldades de ninguna clase y que nos muestra a ser más despojados de cualquier materialismo. En cualquier Navidad, cuando observemos el rosario de manzanilla, la flor de pascua y los huertos al estilo antiguo, veremos la imagen de un hombre que estuvo entre nosotros para dar una cátedra de amor puro entre los seres humanos, que escogió nuestra tierra para realizar su obra, pero que lamentablemente aún no hemos aprendido esa lección.

Las gentes sencillas imitaban al Hermano Pedro

Ya cuando el siervo de Dios actuaba como religioso, emprendió una tarea lenta pero fructífera en lo relativo a los nacimientos. Por consiguiente, el pueblo guatemalteco desde la sexta década del siglo XVII, rendía tributo al Hijo de Dios en una forma tan sencilla pero profundamente humana y llena de recogimiento en las vísperas del día de su nacimiento. Los nacimientos se extendieron por toda la comarca, éstos eran realizados en los hogares cristianos católicos, desde la más lujosa residencia hasta el ranchito más apartado. La labor del Hermano Pedro promoviendo los nacimientos, la emprendía en plazas y calles, confundiéndose con los holgazanes y muchachos perdidos, para darles la mayor confianza y poder ganarlos para Dios. Esas calles

varias veces centenarias de Antigua Guatemala, vieron pasar al siervo de Dios, llevando los pequeños chiribiscos para simularlos árboles, llevando las bolsas de arenilla blanca y la paja seca para simular el pesebre donde nació el Redentor del mundo.

Aun cuando el Hermano Pedro fue señalado por una minoría de la ciudad como un forastero de costumbres "extravagantes", las mayorías lo respetaban y le profesaban cariño sincero y ayuda dentro del marco de sus posibilidades. Los nacimientos de Guatemala fueron cobrando fama por toda América Hispánica, quizás por lo que apreciaban frayles que iban de paso rumbo al sur o al norte. México, especialmente, imitó en sus inicios la labor del Hermano Pedro, en aquellos inicios cuando se le reconoció como La Nueva España. Los templos de Puebla de los Ángeles nos dan una idea en viejos lienzos religiosos donde aparece el santo guatemalteco, en medio de un nacimiento que lo ofrece al Hijo de Dios. Guanajuato también tiene uno de estos cuadros coloniales que muestran la tradición de los nacimientos, instituida por el Hermano Pedro. Como decíamos al principio, el sur de América supo de las virtudes del Hermano Pedro, virtudes que fueron plasmadas en retratos por pintores coloniales, como el del famoso pintor de la colonia Marcos Zapata, que se encuentra en la Iglesia de Almudena, en Cuzco, Perú. También en ese mismo país, en el templo de Belén, en Cajamarca, se encuentra otra alegoría donde se rinde homenaje perpetuo al Hermano Pedro, por ser el fundador de la sagrada orden Betlemita. Todos estos cuadros y figuras proliferaron en América, a partir del siglo XVIII, cuando ya se hablaba de la canonización y beatificación del santo guatemalteco. Uno de estos decretos, el más conocido, es el que está fechado en Guatemala el 17 de febrero de 1772. Parte, pues desde esos lejanos tiempos, el deseo de que el siervo de Dios, Pedro de Betancourth, subiera a los altares del mundo católico.

Una de las imágenes más antiguas en relieve que existen del Hermano Pedro y la tradición de los nacimientos navideños, promovidos por este hombre santo, es la que podemos apreciar en el frontispicio del templo de Nuestra Señora de Guadalupe, en la Plazuela de Belén, de Antigua Guatemala. El grupo escultórico allí expuesto, a pesar de su primitivismo, marca una forma muy sublime del nacimiento del Niño Dios. En la pequeña bóveda partida en dos por la acción de los terremotos de Santa Marta de los años de 1773, deja apreciar al Hermano Pedro arrodillado en el extremo derecho en posición de adoración al Niño Jesús, que yace sobre un montículo decorado con relieves. Al lado del santo guatemalteco se aprecia a un asno que también observa el sitio donde está el Hijo de Dios. Luego aparece un pastorcillo y seguidamente San José y la Virgen. El fondo de la bóveda está tachonado por ángeles y estrellas; a los lados, dos corderos también participan de ese nacimiento perpetuo.

De esa cuenta y desde hace más de trescientos años, en Guatemala se celebra la Navidad con nacimientos, costumbre que tomó brillantez por los nacimientos construidos a mediados del siglo pasado y principios del presente, que eran verdaderas obras de arte, por su decoración y paisajes que colocaban, amén de las figurillas de barro como los partorcitos, ovejas y ranchitos alrededor del pesebre, donde a las doce en punto de la noche es colocado el Niño Dios, según la tradición. Ya a principios de siglo, en algunas casas solariegas de la ciudad de Guatemala y en el templo de la Merced, existió el famoso "Nacimiento movible", que se convertía en la atracción anual de chicos y grandes. Los paisajes eran verdaderas obras de pintura, predominando el estilo acuarela o pintura de agua. En la actualidad son pocas las familias que elaboran el nacimiento navideño en compañía de hijos y nietos; da la impresión de que este arte folklórico y reli-

gioso tiende a desaparecer lamentablemente, y son muy contadas las personas que se esmeran en un auténtico nacimiento, poniendo todo su entusiasmo, arte y devoción en su trazo y construcción. Digno de mencionarse en este apunte es el nombre de don Ramón Garrido (E.P.D.), quien sin temor a equivocarnos, tuvo en su haber la mejor serie de nacimientos construidos en los últimos cincuenta años. Formatos a escala de Jerusalén y otras ciudades del oriente lejano, fueron manifestadas en sus nacimientos que anualmente cambiaron en su estructura. La familia Dubois también nos deja apreciar una obra de arte magnifica y digna de que la admiren las nuevas generaciones, para que se fomente la tradición; esa tradición que nos legara un hombre santo, que desde hace muchos años fue canonizado por la venia del corazón noble de los guatemaltecos, con la seguridad de que por sus hechos está a la diestra de Dios Padre, velando por este pueblo que sigue siendo suyo y que con sus frases amantísimas lo reprime dulcemente para llamarle la atención: ¡Acordaos hermanos que un alma tenemos y si la perdemos... no la recobramos...!

LA ESQUINA DE LA VEINTIDÓS CALLE

Apenas avanzó en el pequeño espacio dejando libre la transitada avenida. Se metió como pudo en la callecita que da a la línea férrea haciendo tope. Vio el reloj, pero no escuchó el pito de las cinco de la tarde; lo imaginó y sonrió. Desde la muralla de los gruesos lentes sus ojos miopes recorrieron toda la calle, como queriendo encontrar algo, como buscando en los años idos una silueta familiar. ¡Todo ha cambiado! Ahora ni conocía a nadie ni le conocían. Había pasado tanto tiempo. Los lustros, los años, los meses y semanas no son más que fracciones de segundos que con su correr van pasando. Y pasan sin sentirse; lo único es que en su proceso van formando cadenas de recuerdos interminables; son cadenas que pesan mucho y que se arrastran por toda la vida. Ébano lo pensó así. La calle estaba silenciosa a esa hora; sólo en la avenida cercana el tráfico era intenso. Quiso gritar, pero se tragó el grito.

—¿Dónde están todos?

Buscó en vano; ya los callejones no estaban: el primero y segundo callejón urbano. Al final de la bajada únicamente vio árboles y la espalda del marcador del estadio Mateo Flores. Le bastó cerrar los ojos para imaginar el viejo barrio, retroceder en el tiempo con la facilidad que lo hace Trucutú. Abrir los ojos y ver todo como antes. Ébano estaba ahí al igual que cuarenta años atrás. Ahora tomado de la mano de su padre, don Luis, sonreía. El niño apenas si comprendía todo lo que sucedía. Borró con su imaginación el edificio de finanzas, para dar paso a un incendio de grandes proporciones. El Castillo de San José ardía. Sus enormes llamaradas lamían los muros como lenguas de víboras. Las explosiones esporádicas le daban al ambiente una motivación de fiesta. Alguien dijo que entre las llamas salían los ros-

tros de los fusilados, sonrientes por la caída del tirano. Ébano, sin soltar la mano de su padre, buscaba en vano las caras de los mártires, sin comprender lo que pasaba.

La gente se aglomeraba muy cerca de la línea férrea. Allí don Mingo, con un grupo de obreros y dos estudiantes universitarios, disparaban con ametralladora y fusiles a los cuques que corrían a lo largo de la once avenida. El anciano con bastón en mano dirigía el ataque, como en los buenos tiempos de la guerra civil de 1920. La gente observaba aquello como cuando se va al cine. La sangre corría en las aceras, los policías con polainas y en camisa, yacían tirados con la boca abierta llena de moscas.

El castillo seguía ardiendo, la gente corría por las calles pidiendo armas. Ébano estaba ahí grabando en sus córneas todo aquello y en sus oídos el tableteó de la metralla que se extendía en todá la ciudad. Abrió los ojos; todo pasó como en un santiamén. Allí estaba otra vez finanzas, atrás el Teatro Nacional.

—¿Dónde están todos?

Se quedó sentado en el bómper del auto, con el pensamiento puesto en el ayer. A veces sonreía sin saber por qué. Se recuerda tanto, se agolpan los recuerdos; quieren salir todos juntos como cuando es la hora de recreo o de salida de la escuela, y salíamos más corriendo que andando.

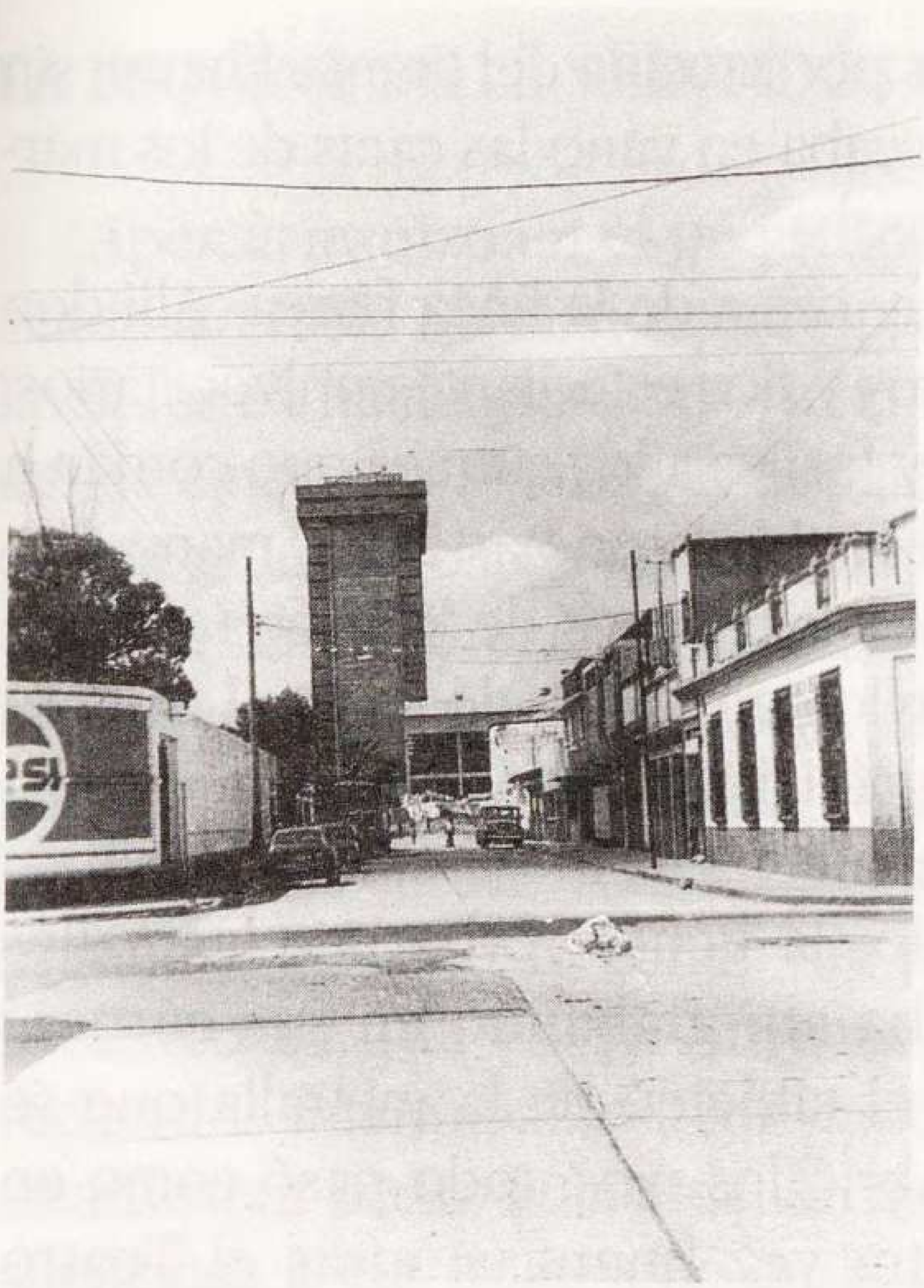
—Este no parece niño, parece el vivo diablo; ya es mucho lo que jode y no sé qué vamos a hacer con él…

—¿Y ahora qué hizo?

—Pues nada menos que le fue a quemar las champas a los zacateros del barranco para narrarle a los otros patojos cómo se había quemado el Castillo de San José…

—¿Y dónde está?

—Ay, Dios mío, cuando hace algo regresa hasta en la noche



Escenario donde Ébano realizó sus travesuras de niño, 22 calle y 12 avenida de la zona 1.

porque ya sabe lo que le espera, y como Luis le mima tanto pues al final no le hacemos nada.

Ébano era una especie, creo, única. Deseaba hablar con los muertos, quería ser payaso y escaparse con ellos, recorrer caminos. Deseaba tantas cosas; por ejemplo, que hubiera un temblor fuerte y se cayera la escuela; bueno, que se cayeran todas las escuelas para que ya no hubiera castigos.

Puuuuuuuuuuuuul!! El pito de la estación le tomó por sorpresa, como siempre. Las palabras del director de la escuelita repercutieron en los oídos de Ébano:

—El que venga después de las siete de la mañana, se queda de plantón hasta las dos de la tarde... Ahhh, y a propósito, el que no venga mañana se las verá conmigo, porque se les pondrá una inyección; tienen que comprender que todo eso es por su bien.

Ébano ya no apresuró el paso. Principió a caminar despacio, con el bolsón de cuadernos casi arrastrando, sin soltar el pan con frijoles que llevaba en una bolsa de papel. Jadeante le alcanzó Jeremías, que lucía sus pies descalzos recién bañados.

—Apúrate que el que no llegue hoy, mañana ve, mañana ve...!

—¿Mañana ve qué?

—Pues le va a caer barniz con don Heriberto, y vos estás en la lista desde la vez pasada que te fuiste huyendo con Cheyo, y ya viste de todos modos los fregaron porque les pusieron la inyección.

Jeremías Pijuy quiso convencer a Ébano y fue él quien resultó convencido.

—Tenés razón, vos Ébano, cuando me ponen la inyección hasta con calenturas resulto. El plan ya estaba trazado de antemano por Ébano; el tren de pasajeros con rumbo a Puerto Barrios frenaba un poco, casi a la altura del puente de la Barranquilla, y ese era el momento de prenderse, entrar rápido y meterse en el baño para salir hasta después que habían pedido los boletos adelante del puente de Las Vacas.

Cuando pasaron por la doce avenida, Ébano vio a su abuela saliendo de la tienda, sonrió y le mandó un beso imaginario. El tren principió a tomar velocidad; allí iban pasando Gerona y el crematorio. Una breve parada en la Ermita para retomar el trac trac, del ritmo del sonido. Por dos regulares agujeros del baño del tren, Ébano y Pijuy observaban el abismo profundo del puente de las Vacas.

—Algún día me tiro desde aquí con un paraguas —pronosticó Ébano. Pijuy se alarmó ante aquella promesa.

—No seás bruto; caerías hecho torta; te matarías, animal.

Ébano miró al compañerito y sin inmutarse replicó:

—Pues para que te des un quemón, ya estamos entrenando con Cheyo desde el trampolín de Ciudad Vieja.

Ahora el tren corría a gran velocidad. Habían salido del baño para sentarse cómodamente en un vagón de segunda. Pijuy principió a temblar y con aflicción le preguntó que hasta dónde bajarían, confesándole que era la primera capiuza que hacía fuera de la ciudad.

—No tengás pena, que nos bajamos en el Fiscal.

—¿Y luego?

—Bueno, pues vamos a cortar jocotes y luego regresamos a pie por toda la línea, y a las dos de la tarde estamos en la casa y decimos que nos dejaron castigados.

—Bien dicen que vos sos muy mañoso… ¿Entonces ya conocés el Fiscal?

—Con esta son diez veces las que me vengo a capiuza por aquí. Y lo mejor de todo, es que vas a conocer a doña Chenta. Cuentan que cuando era patoja se la iba a ganar el Sombrerón.

—¡No fregués!

—Así como lo oís; hasta le trenzaba el pelo y le llevaba serenata con su guitarra.

—Esas ya son caulas tuyas; vos lo que querés es meterme en miedo.

—Después de que conozcás a doña Chenta, sí vas a tener miedo —concluyó Ébano, al tiempo que el tren, bufando, fue parando poco a poco en la estación del Fiscal.

Algunos campesinos bajaron, y la mayor parte subió al tren del norte. En la confusión, Ébano y Pijuy bajaron con la rapidez del rayo. El Fiscal aparecía como una estación de bandera, lejana, con dos o tres ranchitos separados. El calor apretaba, los patojos se despojaron del suéter, anudándoselo a la cintura. Ébano convidó a Pijuy con la mitad de su pan con frijoles.

—¡Estamos de suerte, hay fiesta donde la Chental, exclamó Ébano, sonriente. Los cohetillos sonaban en el espacio, el olor a pino llegaba hasta donde estaban los muchachos. Estos apresuraron el paso para inquirir a qué se debía tanta alegría. Una destartalada marimba dejaba escuchar una vieja melodía a duras penas. Los marimbistas, tres hombres y un patojito que manio-braba la batería, se movían al compás de la melodía, como sintiendo la música en el cuerpo. Ébano y Pijuy se quedaron en la puerta del patio, sin hablar, hasta que doña Vicenta salió luciendo un vestido chillante de color azul profundo y brilloso.

—¡Adelante, patojos, adelante! Seyan bienvenidos a este humilde rancho que no es a lo que ustedes están acostumbrados, pero una tortilla con sal la compartimos con ustedes.

Los muchachos tomaron asiento en dos cajones de jabón que estaban en el patio, mientras doña Vicenta exigía más melodías a los marimbistas, que según los comentarios estaban tocando desde las cuatro de la mañana. Ébano vio a los marimbistas y le comentó a Pijuy que tenían una cara de engomados que no podían con ella. Los litros de cerveza principiaron a pasar entre los invitados; doña Chenta estuvo al cuidado que a los niños no les dieran ni siquiera a probar cerveza; para ellos había una tinaja con horchata y pan dulce. Los chicharrones vendrían después con tortillas calientes y un chirmol a base de tomate y chiltepe que abría el apetito. A estas horas, la Vicenta Navarijo Carvajal andaba más azul que el vestido que llevaba. Ébano, siempre burlón, sonrió sin disimularlo cuando principió a bailar y a cantar un tango con un campesino, que al dar las vueltas le golpeaba con el plano del machete.

—Más mejor, vos Chenta, bailemos un son, porque estos bailes no los puedo bailar y ese morenito baboso se está carcajeando de las tonteras que estamos haciendo —argumentó el campesino.

Las notas del son nacional principiaron a sonar y el público a calentar más el ambiente con el aplauso general. Ahora la Chenta se arremangó las enaguas con ambas manos y comenzó a dar saltitos al compás del son.

—Yo soy pura guatemalteca y me gusta bailar el son...

Ébano no paraba de reír, contagiando a Pijuy al escuchar la voz destemplada de doña Vicenta. Ya los chicharrones iban soltando su olor dentro de un tonel cortado por la mitad, que llevaba fuego como hereje de la edad media.

Pijuy por un momento dudó que doña Vicenta les contara las peripecias del día en que el Sombrerón le trenzó el pelo y le llevó serenata.

—Ya bola qué nos va a estar contando eso —reclamó a Ébano el niño.

—Vos tranquilo, tranquilo —replicó Ébano—. Aquí don‹ ves todos cuentan cuentos —agregó.

Cuando ya los chicharrones brillaban por su ausencia y calc lando la distancia del Fiscal a la ciudad, Ébano le hizo de ojos Pijuy, indicándole que abandonaran el lugar. Ya habían comic lo suficiente, y no había necesidad de despedidas ya que tod‹ los presentes formaban sus grupos hablando más de la cuent. Doña Vicenta, abrazada de su comadre, lloraba a moco tendid‹ recordando mejores tiempos.

Ébano dio inicio a la caminata, contando los durmientes de la línea férrea.

—Si le metemos, llegamos a las dos y media de la tarde —le indicó a Pijuy.

El sol quemaba como fósforo; los dos patojos se perdieron a lo largo de la línea férrea.

Ébano tuvo buen cuidado, entre la confusión de la fiesta, de meter dos aguas gaseosas entre su bolsón. Pijuy, ni tardo ni pere-

zoso, también escamoteó tres panes con gallina. Y así, por veredas y caminos, algunas veces dejando la línea férrea, se fueron alejando poco a poco del pequeño caserío. Ébano calculó más o menos la una y media de la tarde, cuando divisó a lo lejos un tren de mulitas con carga y un carretón que indudablemente se dirigían a la capital.

—Corramos y les decimos que nos lleven —indicó Ébano al momento de emprender la carrera para bajar por un atajo y salir adelante de la pequeña caravana.

Cuando llegaron a la carretera de tierra las mulitas con los arrieros aún no llegaban a la curva. Finalmente la polvareda delató la presencia del grupo. Para entonces ya Ébano y Pijuy estaban sentados a la vera del camino, abajo de un frondoso árbol. En forma deliberada Ébano sacó las aguas gaseosas y las puso en un sitio visible, luego le indicó a Pijuy que sacara los panes con gallina y que hiciera lo mismo; aunque su amigo se quiso resistir, Ébano le obligó indicándole que era un ardid para que se los llevaran en el carretón.

—Hoooooo, Mula...! Hoooooo, Mula...!—. Todos pararon. Un anciano curtido por el sol bajó dificultosamente y apoyándose en un bastón llegó hasta donde estaban los niños.

—¿A cómo es que son las aguas, muchá? —interrogó.

—Pues para una persona mayor como usted se la regalamos —contestó Ébano ante la mirada inquisidora de Pijuy.

—Gracias —agregó el anciano, mientras solicitaba a uno de los arrieros un destapador. El hombre apuró el contenido líquido de por lo menos la mitad de la botella. Sonrió al tiempo que lanzaba un eructo que se escuchó como a media cuadra. Sonrió de nuevo y Ébano sólo lo miraba. El anciano vio los panes, llamó a los arrieros y les indicó que tomaran un trago cada uno del sobrante de la botella. Ébano lo impidió, llamando a un arriero

para entregarle la otra agua gaseosa. Los ojos del arriero por su aspecto agradecieron el regalo.

—No crean que es maleducado —indicó el anciano—, agregando: —No les da las gracias porque es mudito.

En un descuido del anciano, Pijuy recriminó a Ébano su actitud de regalar las aguas y los panes. Casi al oído le increpó:

—Que dial pelo serás vos, regalando hasta mis panes...

—Sshhhhhhh, calláte, dejáme a mí, al final de cuentas saldremos ganando, ya vas a ver.

Ébano calculaba un plan que no podía fallar, al ver las redes y costales que llevaban en el carretón. Rápidamente tomó uno de los panes y lo ofreció al anciano, éste lo devoró con hambre de horas.

—¿Quiere otro, don?

—Muchas gracias, patojo, pero más mejor si me hacen la caridad se lo regalan a los mozos.

Al mudito le bailaron los ojos al ver los panes. Pijuy vio cómo los panes se esfumaban en manos de los arrieros. Al terminar de comer, el mudito casi se postró ante Ébano, con las manos en el pecho en señal de agradecimiento. Los otros mozos dieron las gracias desde lejos.

—¿Por qué él hace así? —interrogó Ébano al anciano, señalando al mudo.

—Bueno, en el campo es la forma en que los niños dan las gracias después de comer algo, especialmente si se lo han regalado, y como este tiene alma de niño, pues así les dio las gracias a ustedes.

En ese momento el anciano dio la orden de continuar, no sin antes preguntar a Ébano qué jodidos estaban haciendo en el monte, cuando su pinta no era precisamente de campesinos. Ébano urdió una mentira indicando que se habían perdido del

grupo de niños que habían ido a día de campo, pero que como él ya conocía el camino, había tomado la decisión de regresar solo con su compañero.

—Siendo así y por lo bondadosos que han sido, más mejor súbanse al carretón y les prometo dejarlos hasta el Guarda del Golfo; ya allí les será fácil regresar a su casa.

El sol quemante de la tarde y el arder de los milperios secos provocaba un calor sofocante. El tren de mulitas jadeaba con su carga. Ébano había convencido al anciano para que le permitiera llevar las riendas del viejo carretón, que iba tirado por dos viejos mulos. El niño disfrutaba aquella proeza que realizaba; ni los patojos del barrio, menos los compañeros de la escuela, creerían que Ébano había conducido un carretón, pero llevaba un buen testigo: Pijuy.

Allí iba Ébano, dando rienda suelta a su imaginación. Haciéndole mil preguntas a Pijuy.

—¿Qué hacías si nos salían los indios y atacaban?

—Ya no hay indios que ataquen, eso solo en las licas se ve.

—Pero suponéte que así fuera ¿qué harías?

—Yo me espadiaba con ellos, mientras vos le dabas riata a esos mulos viejos, para que corrieran más rápido.

—Lástima que ya no hay indios como los de antes.

—Shhhh, calláte, el viejito ya se fondió —ordenó Pijuy.

—Yo voy despierto —contestó el anciano sin quitarse el sombrero de la cara.

—¿Entonces iba oyendo todo lo que hablábamos?

—Así es, los viejos a veces soñamos despiertos y hablamos solos para prepararnos cuando hablemos con Dios—. El anciano sonrió de buena gana, al momento que se incorporaba con dificultad. Pijuy le ayudó y el anciano se sentó sobre unos bultos de granos básicos.

—¿Y usted cómo se llama, don? —preguntó Ébano.

—Macabeo Parral Villalta, para servir a Dios y a ustedes. También les digo que ya tengo mis años encima.

—¿Cuántos se anda manejando? —preguntó ébano.

—Ya estoy rascando los noventa y seis, pero aquí ando todavía trabajando honradamente, como tienen que hacerlo los hombres.

En la carretera polvorienta las palabras iban quedando. La confrontación de edades, las distancias históricas entre un hombre viejo y dos niños— lo que pasó ayer y lo que pasa ahora... Y quizás lo que los niños cuando estén viejos contarán...

—La vida es una leyenda llena de alegrías y amarguras—dijo don Macabeo—, y hay que saberla vivir, hay que cumplir con Dios para estar en paz interna. El nos dio un regalo que es la vida— si usamos bien nuestra cabeza no tendremos problemas.

—¿Y por qué nos dice todo eso? —interrogó Pijuy.

—Pues mismamente porque ustedes se están portando mal, porque no están en la escuela, porque no quisieron ir a la escuela, porque están haciendo gastar por gusto a sus padres.

Ébano quiso justificar el hecho; indicó lo de las inyecciones y los reglazos que don Heriberto les recetaba por cualquier cosita que pasara.

—Hoy no es nada, mis hijos —acotó el anciano—, si ustedes hubieran estado en tiempos ya lejanos; no había oportunidades para nadie y nuestra escuela era esto: cuando mucho arriar mulas y cuando menos arriar coches.

—Lo bueno es que no iban a la escuela —atacó Pijuy.

—No, eso era lo malo, porque no tuvimos esas oportunidades; las tenían los hijos de los ricos, pero no los campesinos como nosotros.

—¿Y usted sabe leer, don Macabeo? —preguntó Ébano.

—Por mi propia inteligencia, por mi propia inteligencia. ¿Y si supieran quién me enseñó a leer? Se quedan papos, pues fue nada menos que un difunto.

—¡Cuente, don Macabeo, Cuente! —suplicó Ébano, emocionado.

Los niños embelesados por las narraciones del anciano, casi perdieron la noción del tiempo. La tarde iba cayendo, las sombras de las montañas se pronunciaban más; a lo lejos se principiaba a divisar la ciudad, mientras el viejo carretón se bambolea-ba entre los grandes baches del camino de terracería.

Ébano y Pijuy ayudaron a don Macabeo a ponerse cómodo. De la bolsa de pecho de su chaqueta raída, sacó un puro, encendiéndolo con problemas por el movimiento violento del carretón.

—Gracias, patojos, gracias. Yo sabía que este negrito iba a pelar más los ojos cuando yo le contara que un muerto me había enseñado a leer, y parece mentira creyerlo pero es la puritita verdá. Bueno, resulta ser que como ya les conté, yo no tuve escuela y mi santa madre tampoco quería que me quedara en el campo. Total, que me vine para la capital, mismamente como ahora vengo con ustedes y por este mismo camino. En la capital, la cosa estaba más dura que en el campo y no tuve más que meterme a lo que menos me gustaba.

—¿Qué no le gustaba, don Macabeo? —preguntó intrigado Ébano.

—El cuartel mijo, el cuartel, y la tuve que ir a parar allí, pero por la pura necesidad. Allí sufrí en carne propia las humillaciones por no saber leer; yo estaba muy patojo y en las noches lloraba mi desgracia. Por aquellos benditos días conocí a un buen hombre que era hermano de un coronel del cuartel número tres, donde yo estaba de alta. Este era un señorón bien plantado y

según decían, era como licenciado. El me daba muy buenos consejos y me prometió arreglar unos sus asuntos para ayudarme a estudiar y sacarme del cuartel. Pero que va, todo se arruinó, porque este señor no sé en qué complote estaba metido; los agarraron a todos los complotistas, en cuenta a su hermano el coronel y los afusilaron. Como nunca falta un yo lo vi, hasta yo pagué el pato, porque por habladas de que el licenciado hablaba conmigo y por disconfianzas en el cuartel estuve preso, y después de salir estuve trabajando en una abarrotería de unos españoles de apellido Fernández; allí fue donde sucedió esto que, mientras viva, creyó que nunca de los jamases lo olvidaré.

Principiaban a bajar muy lentamente el gran barranco. Arriba apenas si se miraban los durmientes del puente de Las Vacas; allí estaba el viejo puente como un gran testigo de mil suicidios. Ébano apresuró a don Macabeo para que contara lo del espanto que le enseñó a leer. El anciano encendió el tercer puro; esa era la señal para que él continuara con la narración:

—Bueno, pues como les seguía contando, yo empecé a tener unos sueños meros feyitos, pues afigúrense que soñaba al licenciado que me llamaba. Un buen día, le conté esto de los tales sueños a un carretero llamado José María Porón. Yo lo tomé en cuenta porque como por aquellos tiempos ya era un hombre mayor, pues me dije que me iba a dar una idea mejor. Chema Porón me dijo más o menos ansina, porque no lo he olvidado:

"...Cuando soñés otra vez al licenciado, vos decile o preguntá: Licenciado, ¿en qué penas anda? Y el hombre te contestará lo que quiera que hagás... porque a lo mejor hasta pisto dejó y te lo quiere heredar; o a lo mejor algún ofrecimiento te hizo en vida y por eso está penando".

—¿Y usted le preguntó al muerto eso? —inquirió Ébano, muy intrigado.

—Con decirles que yo hasta teniya miedo de dormirme, porque era durmiéndome y soñando al mentado hombre. Pero bueno, lo que tiene que pasar pasa y en una de tantas el sueño me venció y cabal ¡Ahí estaba el licenciado! Sonriendo, jugando con la cadena de su leontina, con su traje negro y sombrero del mismo color. Yo sabía que estaba durmiendo, que estaba soñando, pero ya me miaba del miedo y me arrecordé de lo que me aconsejó don Chema Porón. Saqué fuerzas saber de dónde y le pregunté: ¿Licenciado, en qué penas anda? El hombre antes de contestar principió a caminar despacio hasta donde yo estaba, y como les digo, a mí me temblaban las canillas más de la cuenta. Finalmente el hombre me indicó algo que no se me ha olvidado, a pesar del tiempo; fue algo así más o menos:

—Macabeo, yo tengo una deuda con vos y por eso estoy penando. Te prometí algo y no se me ha olvidado y a partir de esta noche y todas las noches nos reuniremos para que aprendás a leer. Es más, te dejaré tareas y sé que aprenderás luego. Si aprendés, te voy a estimular con algo para que podás vivir el resto de tu vida.

—¿Don Macabeo, y usted qué sentía?— interrogó nuevamente Ébano.

—Qué sentía será la gran diabla; no les digo pues que yo tenía más miedo que siete viejas juntas, pues. Bueno, aquello me jodió, porque me comencé a poner seco, seco, puro chiribisco; debido a que no quería dormirme con tal de no ver al licenciado. Porque al nomás pegar los ojos, ahí estaba el mentado hombre con su risita que daba miedo. Yo me despertaba sobresaltado y me pasaba toda la noche con los ojotes pelados hasta que amanecía. ¿Cómo iba a rendir yo en mi trabajo? Ya no aguanté más, hasta que un día me fui a contarle esto al Párroco de la Candelaria; él era un viejito bueno y comprensivo, quien

me aconsejo muy bien. Me reconfortó espiritualmente, pero los sueños seguían y seguían; finalmente me acostumbré a ver al licenciado y poco a poco hasta le fui tomando confianza en los sueños. Lo que les cuento fue un poco dilatado, tal vez duró unos seis o diez meses, pero lo que sí les digo a ustedes es que yo fui aprendiendo a leer poco a poco bajo la enseñanza de un difunto.

—¿Y qué fue lo que le regalaron cuando aprendió a leer?—. Ahora era Pijuy el que preguntaba al anciano.

—Eso fue lo más rejodido, patojos, porque ya cuando aprendí bien las letras y los números, me dijo el licenciado más o menos esto:

—Escribí en este papel para que no lo olvidés (esto que les cuento yo lo soñaba); y siguió diciendo el licenciado: Guardá bien ese papel y cuando tengas tiempo buscas eso donde te lo señalo.

—Ja, cuando desperté, me dije menos mal que fue un sueño. Pero cuál no fue mi sorpresa que en la almohada tenía una nota que yo mismo había escrito. Con decirles que hasta calenturas me dieron del puro susto.

A duras penas, el tren de mulitas alcanzaba la última curva de la cuesta; el carretón ya había llegado a la llamada Calle Real, que seguía en línea recta hasta el llamado Guarda del Golfo. Aún faltaban unas cuadras, el movimiento de camionetas urbanas se hacía notar en el sector, los obreros regresaban de sus labores. En las covachitas de las afueras de la ciudad, el olor a frijoles fritos abría el apetito y en cuatro de cada diez casitas, el clásico sonido de la fabricación de tortillas a mano daba la impresión auditiva de una ovación que no terminaba. Don Macabeo ya no tenía puros y ahora encendió un cigarrito de tusa.

—Quiero finalizar con esto —dijo a los muchachos, agregan-

do: —Como ya vamos a despedirnos, no quiero que se queden con la duda.

—Sí, porque Pijuy ya está demasiado nervioso—acotó Ébano.

—El que está nervioso sos vos por la cachimbiada que te van a dar cuando llegués a estas horas —contestó Pijuy. El anciano sonrió de buena gana.

—Bueno, termine de contar, pues don— suplicó Ébano, al ver que se aproximaba la hora de la despedida.

—Ahh, como les contaba, pues afigúrense que yo no tenia valor de leer detenidamente el papel y ahí se quedó; pero me hacía armonía verlo de reojo. Finalmente una noche que llovía como el carajo, me dispuse leerlo con los garabatos que yo mismo había escrito dormido. ¡Pior fue la cosa, pior! Recuerdo más o menos lo que diciya en el papel: "...Hay una casa abandonada en el Callejón del Judío; es la única casa. Tenés que entrar a las doce y media de la noche, mejor si es noche de tempestad, para que nadie se dé cuenta. Llevás una bolsa fuerte y sólo tomás lo que te corresponde y que encontrarás para vos. Lo que te indico está justamente al final del corredor, en un cuartito donde hay unos aperos, rompé el candado sin ninguna pena".

—Ya se pueden imaginar cómo estaba yo aquella noche y pior que estaba lloviendo a cántaros; ni para la gran diabla, pero me di valor y al otro día me preparé para llegar a la casa abandonada del Callejón del Judío.

Don Macabeo narraba todo aquello como si acabara de suceder. De sus pequeños ojos daba la impresión que salían chispas fulgurantes al tomar aire para continuar contando su aventura. Su auditorio era mínimo, pero era su todo. Solo unos niños como ellos podrían ponerle atención y creer en todo aquello que tal vez sólo había sucedido en su imaginación:

—Como ya era mayor de edad (contaba para aquellos tiempos con 25 años), me coloqué mi ahulado y salí a la calle. Por Palencia tronaba fuerte y los relámpagos tiraban luzazos, alumbrando todas las montañas. Me di tiempo para llegar justamente a la hora de la tempestad y cuando fueran las doce y media de la noche, tal como el licenciado lo había encargado. Cuando llegué a la Calle de San José, principiaron a caer más fuerte los goterones. Estos rebotaban en las láminas de las casas, haciendo más bulla que gatos en brama. Los faroles se columpiaban del aire fuerte que principiaba; algunos se apagaron, haciendo la oscurana más jodida, porque apenas si se miraba. Yo aprovechaba los relámpagos para reconocer la casa abandonada; ya para entonces los riendazos de agua comenzaron a tronarme en el lomo. Como en aquel tiempo la capital era más tranquila, pues gente no había ni para remedio, les confieso que sentí ganas de ya no continuar, pero ya estaba allí y ni modo.

—Yo me hubiera ido al carajo —interrumpió Pijuy.

—Cállate, dejá que don Macabeo siga contando, shute— corrigió Ébano, llamando la atención a su compañero de aventuras. El anciano sonrió, era evidente que Ébano le había caído bien. Ébano con su mirada atraía al anciano y con sus gestos al narrar.

—¡Quién tuviera la edad de ustedes! —exclamó don Macabeo, como queriendo retroceder en el tiempo, como deseando también él caminar como niño esas rutas de la irresponsabilidad inconsciente.

—Cuando divisé la casita vieja del Callejón del Judío, ya la lluvia caía a torrentes; como el ahulado por viejo se pasaba, no sabía si iba mojado o miado del puro miedo. Vi para todos lados, pero ni una alma. Sólo rempujé un poco la puerta y se abrió; hizo un rechinido que me paró el pelo, pero siguió adelante. Adentro no me miraba ni las manos, pero iba preparado; encen-

dí una candela y los relámpagos me ayudaban alumbrando con su luz el pequeño patio. Al final ahí estaba el cuartito; en mi pensamiento iba bajando a todos los santos del cielo, porque la verdad tenía miedo. Pues van a ver, seguí caminando hacia el cuartito; el candado que me dijo en el sueño el licenciado allí estaba pero abierto; me dio más pena todavía. ¡Son babosadas!, me dije y me llené de valor. Cuando entré al cuarto donde estaban los aperos cabal un ruido por aquí y otro por allá, como que alguien quiso salir y no pudo. Saqué el corvo porque yo lo llevaba listo por si las moscas y grité a todo pulmón: ¿Sos de ésta o de la otra? ¿En que jodida pena andás? Naiden contestaba; más miedo me entró, pero me hice el fuerte y pregunté otra vez: ¿Sos de ésta o de la otra? Casi ni terminé de preguntar cuando sale la voz de abajo de una mesa que me contesta en la pura oscurana:, ¡Soy de esta, pero por favor guardate el machete! Cuál no va siendo mi sorpresa al ver a un viejo amigo del cuartel, que también había estado arrestado conmigo por ser amigo del licenciado. Este muchacho se llamaba —porque ya murió —Dimas Gallardo. Bueno, pues este muchacho me contó que él había sentido las mismas cosas que yo en los sueños y que el licenciado también le había enseñado a leer. Vos Macabeo, me dijo saliendo debajo de la mesa, no cabe duda que los muertos en la otra vida siguen haciendo bromas porque el licenciado nos hizo una muy buena. ¿Y cuál fue?, pregunté de inmediato. Pues nada menos que nos dejó este papel con letras grandes. Con la luz de la candela leí el papel y en él claramente decía: "...Ya les enseñé a leer, ahora gánense la vida honradamente, huevones".

Ya don Macabeo no pudo contener la risa a pesar de los años transcurridos. Ébano y Pijuy bajaron del carretón despidiéndose del anciano y perdiéndose por las calles del Guarda del Golfo en loca carrera.

LOS ESPANTOS DE LA CONCORDIA

Los zanates recibían el ocaso de la tarde con un concierto imponente. Todos pillaban a la vez, lástima que no eran canarios o guardabarrancas, porque así la cosa hubiera cambiado. La arboleda del "Parque La Concordia", hoy "Gómez Carrillo", siempre es así; truene, llueve o relampaguée, siempre hay algarabía en sus pájaros. Todos son zanates, ese es el único problema; dentro de su conglomerado no aceptan a otros. Sólo ellos cantan, sólo ellos brincan, sólo ellos todo. Da la impresión de una dictadura dentro de un pequeño conglomerado. Diríamos una republiquita que se llama "La Concordia", o República "Enrique Gómez Carrillo", con su presidente, con sus diputados, con su policía, con su ejército, con sus problemas, con sus bochinches, con sus impuestos, con su represión, para que no tenga nada que envidiar a otras "repúblicas" que también tienen lo suyo.

Ébano tenía mucha imaginación y meditaba en todo ese proceso de los pájaros, su vida, sus formas de gobierno y todo. El niño marginaba lo tradicional de la pedagogía. Ellos eran como nosotros —pensaba —¿Quién será el presidente? ¿Será Malo? Allí estaba Ébano, esperando a la Leonor, la muchacha que lo iba a traer a la Casa Central. Cuando pasaban por "la Concordia", perdón, Parque Gómez Carrillo, la Leonor le decía:

—Ébano, aquí se queda sentadito mientras yo regreso. Por favor no se mueva de aquí.

El niño no había sacado las uñas y aún no lo habían expulsado de la Casa Central; todavía estaba en un colegio donde se rezaba por lo menos diez veces al día. Todas las tardes pasaban por el parque y todas las tardes, desde las cinco, escuchaban la algarabía de los zanates. El idilio de la Leonor era más fuerte que la vigilancia hacia la persona de Ébano. Los Miculax hacían estra-

Antiguo parque de la Concordia, gráfica del año 1910.

gos por aquel tiempo; aun cuando ya les seguían los pasos de cerca, continuaban matando patojos en los barrancos de la periferia de la ciudad. Pero la Leonor no hacía caso. Ella estaba locamente enamorada de un sargentón del primer cuerpo que se parecía a Tecún Umán.

—Leonorcita, tenga cuidado con el patojo.

—Usted no se apreocupe, que desde aquí lo veyo —contestó la doméstica. El polaco no le quitaba la vista a Ébano. Aquella mañana allí cerquita de la tribuna del campo de marte habían encontrado a un niño estrangulado. La marca de Miculax era inconfundible y el sargento temía por el niño.

—Yo creo que mejor nos vamos a sentar cerca del niño y allí platicamos —suplicó el enamorado.

—Por babosa, ese patojito todo lo que mira lo cuenta y tengo que comprarle un chicle bomba y darle cinco len para que se quede callado, de lo contrario ya se hubiera ido corriendo.

—Leonorcita, ¿pero cuándo nos veremos a solas?

—Hasta que me demuestre que no tiene mujer, porque me dijeron que usted trata con una mujer del mercado Colón, pero como hasta no ver no creyer, pues el día que me falle se jode porque lo dejo.

Ya iban a dar las seis de la tarde. Es el momento cuando los zanates arman más bulla. Los padres aterrizan llevando la comida a sus polluelos. Ébano trataba de identificar al presidente de los zanates, pero éste, como todos los presidentes, ni visto ni oído. Ébano sonrió, pensó por un momento en una guerra entre los zanates del Parque Central y los zanates del Parque Gómez Carrillo. La Leonor lo sacó de sus cavilaciones:

—Ébano... Ébano... Otro ratito, mi amor, y le voy a comprar dos chicles bomba.

—¡Pero sólo un ratito!— replicó el niño aceptando el ofrecimiento. Cuando la Leonor estaba en lo mejor de los devaneos con el policía, un hombre se fue acercando al niño. Ébano sonrió con el desconocido y éste se sentó en la misma banca del parque.

—¿Cómo te llamás?

—Ébano.

—Bonito nombre.

—¿Y usted cómo se llama?

—Nicanor Paredes, pero por favor no me vayas a decir ni de cariño don Nica...

Los dos sonrieron de buena gana. Don Nicanor era el guardián de los trabajos de remodelación que se iniciarían en el parque dentro de pocos días. Ébano le preguntó que si no tenía miedo de quedarse a dormir solito en el parque, allí solitario en la casita de la guardianía. El hombre al ver la curiosidad del niño le indicó que no, a pesar de lo que había escuchado unas noches antes y peor aún lo que había visto.

"...Ya habían salido de los cines; es el momento cuando más silencioso se va poniendo todo. Yo me salí a fumar un mi cigarrito porque había calor. Calculé que eran como las doce y cuarto de la noche. De pronto, principió a caer una lloviznita que fue refrescando el ambiente; me entré allí a la barraquita que estás viendo para no resfriarme. De pronto empezó la tempestad lejana y ahora sí los aguaceros no se dejaron esperar; la laminita tronaba con fuerza. Para entretenerme me puse a leer El Imparcial, pero apenas alcancé a ver los titulares, cuando la luz se fue. Un rayo había caído cerca del sector. Encendí un fósforo y luego una candelita de sebo que siempre guardaba para las emergencias. Encendiendo la candela estaba cuando ¿qué crees que pasó? En lo que me levanté a traer mi pocillo para calentar un poco de café, pues me apagaron la vela. ¡A puchis!, me dije, esto no es bueno porque aquí no entra aire y no hay por qué se apague la candela. Otra vuelta volví a encenderla y ahora la vigilé de cerca, pero lo más curioso es que ante mis propios ojos la vela se apagó como si alguien con buena fuerza de pulmones, desde lejos, le hubiera hecho Fuuuuuuuuu!!!!! Tuve deseos de salir, pero ahora la lluvia estaba más recia aún. Me quedé en la puerta, como dudando de salir o no. En ese justo momento comencé a escuchar una especie de coro de padres, como los que cantan en las misas de mucho significado; de pronto abrí la puerta y no había nadie. Sólo la lluvia caía sobre los árboles y jardineras del parque. Te digo que eso me dio mucho miedo y me entré de nuevo. Al ver hacia el parque noté que el apagón había sido parejo en toda la ciudad y solamente el gorgorito de los policías se dejaba notar a muchas cuadras de distancia.

Nicanor González narraba al niño todo aquello que no pudo hacer con personas adultas. Quizás no le hubieran creído, tal vez

se hubieran reído de él. Pero Ébano sí le ponía atención; estaba completamente entretenido con la narración.

"...Los pitazos de los policías me dieron confianza y valor, pero por momentos vacilaba. La luz no venía aún y la lluvia continuaba. Figúrate que jamás me había pasado una cosa igual, ni aun cuando tuve una guardianía en el cementerio de La Verbena, que eso ya es mucho decir. Bueno, volviendo a lo de aquí, me encerré y me preparaba a dormir cuando de pronto, Toc, Toc, Toc, tocaron la puerta. Yo no fui baboso y miré por la rendija primero, para abrir después.

—Don Nica, perdón don Nicanor, ¿y todo esto cuando pasó?, preguntó Ébano muy intrigado.

—Pues para que te asustes, fue la semana pasada, justamente la primera noche que pasé en el parque durmiendo en la guardianía. Aún no pasábamos todo, es decir palas, picos, piochas, y en fin toda la herramienta de los mozos. La primera noche me quedé cuidando alguna tubería, que fue lo que primero trajeron. Bien, pero no me quiero salir del guacal y quiero terminar de contarte lo que me sucedió. Te decía que estaba viendo por la rendija, cuando divisé la figura de un sacerdote con su sayal— deduje que era franciscano y como la iglesia de San Francisco estaba muy cerca, pensé que algo se le ofrecía. Abrí la puerta y cuando salí no había nadie. Busqué por los jardines cercanos y ni señas del padrecito. Ajá, me dije, esto no es así nomás y estoy siendo víctima de algún espanto. Lamentablemente cuando pensé en eso, sentí las canillas pesadas, pesadas, y la lengua como dormida. Pero aun así pude entrarme a la guardiania. En las noches siguientes sólo observaba por las rendijas de madera; vos sabés que uno es curioso y eso es malo. Una noche pude observar cómo algunos sacerdotes llevaban en hombros un ataúd y lo bajaron como a unos diez metros de

la guardiania y allí le dieron sepultura. ¡Eso sí me asustó! Después se retiraron.

Ébano ya no pudo seguir disfrutando de la narración, la Leonor le llamaba a gritos, ya se había despedido con un largo beso de su sargento.

La doméstica llevaba al niño casi a la carrera. Ya pasaban de las seis y media. Los gasneones de la sexta avenida principiaban a encenderse, haciéndole ojo pache a la noche próxima. La bulla de los zanates se fue quedando en la distancia, la ciudad recibía su vida nocturna.

Al otro día muy temprano la misma rutina de siempre y finalmente la carrera hasta la Casa Central. Ébano había contado las cuadras desde la veintidós calle hasta el gran edificio de una manzana. Sobre la segunda avenida la iglesia aún en construcción, la entrada a primaria por el lado de la 14 calle, donde diariamente lo dejaban para traerlo nuevamente a casa hasta las cuatro y media de la tarde. Para Ébano el mes de mayo era el más largo; siempre salían hasta las seis de la tarde, después de los rosarios a la Virgen María. Regularmente llovía y la espera se hacía más larga…

"…Alabemos al santísimo
sacramento del altar y a
María concebida sin pecado
original…"

Los cánticos se elevaban al cielo como una ofrenda a la madre de Dios de este pueblo católico y mariano por tradición y principios. Allí estaba mayo, el mes de la Virgen, regando con su lluvia generosa la ciudad. La contaminación no llegaba aún y las golondrinas picaban en el empedrado de la segunda avenida, llevando en su pico a más de un zompopo de mayo. Sor Angela con su paciencia de santa, lidiando con tanto patojo distraído.

Ébano no salía de sus cavilaciones pensando en los espantos de " La Concordia".

—¿Padre, espantan los padres?

—No, definitivamente no, Ébano. ¿Quién te ha metido todas esas cosas en la cabeza?

—Don Nica.

—¿Quién es don Nica?

—Nos quedamos igual porque usted no le conoce, padre. Las bombas voladoras atronaban el espacio. Las ventas de golosinas le daban más ambiente a la fiesta religiosa, la iglesita en construcción era insuficiente para albergar gente. Los niños estaban en las primeras filas. Ébano volvía a ver a cada instante. Había un compás de espera, los cánticos continuaban.

—¿Qué pasó al fin? —preguntó sor Ángela a una religiosa muy jovencita.

—Creo que se descompuso el carro del arzobispo y por eso hay retraso.

Ébano sonrió feliz, divisó a la Leonor. Ahora tendría la oportunidad. de platicar más con don Nicanor, no importaba que la muchacha no le diera los cinco len, ni mucho menos que le comprara el chicle bomba. Leonor se abrió paso hasta donde estaban los niños sentados en las bancas de la iglesia.

—Tendrá que esperar al niño, falta la misa con el padre Mariano Rosell —le indicó sor Angela a la Leonor.

La lluvia había cesado, la tarde aparecía límpida por los ventanales. Ébano estaba urgido de hablar con don Nicanor y la Leonor de ver a su sargento. Ébano esperó un momento apropiado para realizar su actuación cumbre. No esperó mucho, en ese momento ante el aplauso general hizo su entrada el señor arzobispo con un poco de retraso, pero llegando a cumplir con su cometido espiritual. Ya no había que perder un momento más.

Justo en ese instante se escuchó un golpe seco y cuando todos vieron, Ébano estaba tendido cuan gordo era. Para dar mayor credibilidad al asunto botó un reclinatorio con la mano.

—Saquen al niño, necesita aire —ordenó alguien.

Ébano sin proponérselo se llevaba la atención de la feligresía. Hasta el arzobispo preguntó si no era nada grave. Todos se volcaron en atenciones para Ébano. Un mecánico mofletudo lo sacó en vilo para darle aire en las gradas del pequeño atrio. La Leonor se moría de pena; poco a poco Ébano fue recobrando la calma, el único problema era Sor Angela, que no se desprendía del desmayado. Finalmente sentenció:

—Creo que mejor lo lleva a su casa y si mañana sigue mal que no venga hasta que esté bueno. Ébano solamente vio que sor Angela penetró nuevamente al templo, se levantó rápidamente y ordenó a Leonor que corrieran rumbo a la esquina. —Bien mañoso es usted, Ébano —reclamó la joven mujer al niño, mientras Ébano sonreía…

—No vayas a pensar nada malo, pero yo quiero hablar con don Nicanor; ayer me dejó a medias con los espantos de los padres, y si hubiera esperado otra misa ya no lo encontramos.

En breves minutos caminaron las tres cuadras que separan la manzana de la Casa Central con el parque Enrique Gómez Carrillo. En la carrera, solo el bolsón de Ébano se movía rítmicamente para un lado y para otro, sin soltarse de la mano de Leonor.

Olía a tierra mojada, la lluvia había sido generosa. El polvo se había asentado, los zanates en parvadas invadían sus árboles, los pichones esperaban ansiosos el regreso de sus padres. Todo era algarabía a esa hora en la vieja "Concordia". Cuando Ébano y Leonor se asomaron a la esquina de la quinta avenida y catorce calle, los dos buscaron en vano: el sargento no estaba y a don Nicanor lo remitían en una ambulancia. Unos decían que al

manicomio y otros que al hospital. Los reporteros hacían conjeturas del hallazgo en el parque donde se encontraron numerosos restos humanos al principiar a cavar las zanjas de drenajes. Ébano no salía de su asombro viendo fémures, cráneos, costillas, y lo que había mandado al hospital o al manicomio al pobre de don Nicanor: allí, muy cerca de la improvisada guardiania, sacaban los restos de un sacerdote con todo y su sayal aún visible. La Leonor se santiguó, tomó de la mano a Ébano y más corriendo que andando escaparon del lugar.

LUNES SANTO

Desde el viernes de dolores, los patojos no habían asistido a la escuela. Ébano escribía en su pequeño diario:

"Domingo de Ramos,

Fuimos a la procesión de la borriquita en Capuchinas. Después de la misa bendijeron los ramos y Pijuy se peleó con un patojo por cargar a San Juan, pero después Pijuy por poco y bota a San Juan. El padre lo sacó. Por la tarde fuimos con mi papá a ver la procesión de San José y como siempre me compró helados en la pastelería El Globo. Estuvimos muy contentos".

Las "tapas" que los estudiantes universitarios habían proferido en el desfile bufo aún resonaban en el viejo barrio. El presidente era el blanco directo de aquellos dardos. Nadie —como siempre— se había salvado de las bandeadas directas o indirectas de quienes anualmente en esa forma protestan y se convierten en la voz del pueblo, que aguanta y sigue aguantando.

"...Abre el balcón y el corazón
chilacayote matrero"...

Pijuy bajaba el callejón cantando una versión adaptada de los estudiantes de la canción La Rondalla. Y Ébano le hacia segunda:

"...Y así como a los chafas les gustan los tragos
y estarse de vagos los voy a joder"...

Ya no siguieron con la tonadilla que aprendieron el viernes de dolores, la abuelita de la Licha, con sus ochenta y pico de años a la espalda les increpó:

—¿Que son esas palabras, muchá? No jodan, hay que respetar en estos días grandes—. Haciendo y diciendo todavía, la anciana alcanzó a darle un escobazo a Pijuy, mientras Ébano saltaba a la acera alta y se ponía a salvo.

—Estos son días de guardar, no de potranquear; si bulla se

Solemne procesión del Nazareno de San José,
en la capital de Guatemala.

hace, se ofende a Dios... A Tata Chus, si decimos malas palabras, igual le ofendemos, pero si sabemos comportarnos le agradamos. En mis tiempos, desde el día de hoy no se hacia bulla, y se caminaba de puntillas, se hablaba en voz baja. ¡Qué tiempos! Hoy todo se ha perdido. Vos Ébano, nunca has sido malhablado. ¿Qué te está pasando?

—Nada, nosotros sólo cantamos lo que oímos...

—Pues hacen mal en copiar las malas costumbres: se imita lo bueno.

—Pues los estudiantes son buenos— interrumpió Pijuy.

—Buenos, buenos para estar jodiendo, por eso con el general Ubico no hubo babosadas, se los tuvo quietos durante los cator-

ce años que estuvo en el poder. Bueno, ya pasó, no hay que hablar malas palabras, suena mal en un niño. Entren y se toman un fresco de chan.

El cuartito estaba limpio. Arriba de una repisa, la foto de la anciana cuando era joven. El marco era ovalado. En otro cuadro pequeño se distinguía la figura apuesta de un hombre de antes, con sus grandes bigotes dobladas sus puntas en "U". Traje de solapa delgada y camisa con cuello de piquito.

—Tenían su estilo los señores de antes para retratarse —comentó Pijuy.

—Y mi abuelo Miguel también se retrató así —recalcó Ébano, como para no dejar atrás a su querido antepasado. La anciana se sentó después de servir los frescos de chan.

—¿Cómo eran antes las procesiones? —preguntó Ébano. —Con menos gente, pero con más respeto que ahora—. La anciana encendió un cigarrito de tusa que olía a higo, expelió el humo fino y siguió contestando a la pregunta del niño.

—Eran muy solemnes las procesiones de la Merced, Santo Domingo y la Candelaria. La del Calvario también había que fregarse, asistía mucha gente, con una devoción enorme, con un respeto que ya lo quisiéramos hoy. Pero lamentablemente todo pasa, todo se va olvidando; el modernismo, las modas van relegando las costumbres y tradiciones de un pueblo; por eso hay que mantenerlas y no dejarse llevar por babosadas.

La ancianita por momentos cerraba el ojo izquierdo, para que el humo blanco del cigarrillo no le afectara. Al evocar algo, miraba hacia el cielo de machimbre del cuartito.

—Con decirles que antiguamente se veían casos muy curiosos. Yo digo que eran ejemplo que daban, para que la gente fuera más recatada. Les digo esto porque yo lo vi con mis propios ojos, conocí a gentes que les sucedió más de algún detalle, que por

aquéllos días fueron un gran escándalo. En el año de 1910 se regó la bola que allá por la Recolección salía un fraile sin cabeza en altas horas de la noche. La gente ya no salía, todos se acostaban temprano y los más valientes desde la ventana medio abierta de la casa espiaban. Algunos le vieron y otros esperaron en vano. Yo tenía un mi enamorado que se la llevaba de valiente, y una noche apostaron para ver quién era el bueno de esperar al fraile sin cabeza. Este se llamaba, porque ya murió, Gregorio Catalán; por supuesto que el tal Goyo, como le llamaban cariñosamente, lo hacía por hacerse el muy macho. Recuerdo que la apuesta la hicieron con otros dos muchachos; uno después se hizo médico y el otro abogado. Estos dos estarían apostados desde lo alto de una casona que estaba en la tercera calle, y Goyo esperaría al espanto muy cerca del crucero de la tercera avenida y tercera calle. Naturalmente que desde donde estaban los muchachos podían apreciar todos los movimientos que Goyo hiciera. También en caso de sucederle algo le auxiliarían. Aquella noche ya habían esperado más de una hora, cuando de pronto del lado norte de la tercera avenida, va apareciendo un bulto que al acercarse fue tomando la forma de un fraile, sólo que sin cabeza. Goyo se paró a media calle, el hombre sin cabeza no retrocedía; ahora ya no era un padre sin cabeza; divisó a otros tres, pero estos sí tenían cabeza. El que no tenía cabeza avanzó sobre Goyo; éste se quedó como petrificado, pero sacando fuerzas de flaqueza le grito: ¡Sos de ésta o de la otra! Nadie contestó, el hombre sin cabeza avanzaba. Goyo sacó un machete que llevaba escondido y le lanza el primer tiro. Cuando quizo evadirlo, entonces sacó la cabeza y botó dos botellas que llevaba en una bolsa grande. Pero ya no esperó más, salió corriendo dejando a media calle el resto de botellas. En el momento bajaron los amigos a defenderlo y a recoger las botellas que no contenían más que guaro clandestino.

A los contrabandistas del zumo de Baco se les consignó a los tribunales respectivos, como diría hoy un redactor de prensa, y como algo mágico, aquello desapareció. El barrio volvió a ser el de antes, los cantineadores salieron una vez más y no hubo problemas. Pero como a los dos meses, una vez más, se corrió el rumor: El fraile sin cabeza hacía su aparición por lo que fue el Llano del Cuadro. (El predio del Llano del Cuadro es ocupado hoy por el Instituto Normal Centroamérica, INCA). El padre sin cabeza había asustado a un honorable caballero que a esas horas, una y media de la madrugada, trataba de llegar a su casa después de un convivio en casa de amigos.

—Ah, pues como les seguía diciendo, el Goyo se envalentonó y después quién lo aguantaba. Había tomado fama de hombre bravo, peleador y valiente. Cuando llegaron los rumores de que otro padre sin cabeza se aparecía por los linderos del barrio recoleto, fue el primero en ofrecerse para desenmascarar al intruso: "Ve, por vos soy capaz de revolcarme con ese otro espanto, que no ha de ser más que otro contrabandista de guaro, ya vas a ver que le quitaré las mañas"... El Goyo, por Dios santo, sólo con una fisga y un pedazo de machete, salió a esperarlo por El Llano del Cuadro. La noche era oscura, tenebrosa, noche donde ni las manos se miraban. Tapándose de medio lado en un palito de arbusto, el Goyo lo esperó. Hoy sí no se me va, comentó para sí. La noche era propicia para la acción. De pronto, en la esquina va apareciendo el mentado bulto. Goyo, ya con dos tragos fuertes entre pecho y espalda se envalentonó y como a diez metros le grito: ¡Sos de ésta o de la otra! El bulto continuó avanzando; era un fraile, con su sayal, con sus brazos y piernas, pero sin cabeza. Goyo corrió a su encuentro y de un salto se colocó frente al enigmático personaje. ¡Contestá, por Dios!, le gritaba Goyo, pero el bulto continuaba callado y acercándose a él. Finalmente,

Gregorio sacó el machete y con la punta le tocó el sayal y con fuerza se lo levantó. El hábito del monje voló por los aires, pero adentro no había nadie. La ropa cayó, Goyo buscaba a alguien, pero no había ni señales de persona alguna. Poco a poco, le invadió a Goyo un sopor que le desmayó. Cuando despertó estaba en su casa, sudaba y la temperatura le hacía hablar incoherencias. No tardó mucho el pobre Goyo; murió a los pocos días, hablando cosas que sólo él entendía y que había visto.

—Bueno, ¿y qué tiene que ver todo esto con la semana santa? —preguntó Ébano.

—Lo que tiene que ver es lo siguiente: nadie, nadie tiene por qué penetrar en terrenos que sólo a la potestad de Dios corresponde.

Pijuy se persignó y Ébano le imitó. Sólo se despidieron de la ancianita y cada quien se fue para su casa. El día era tibio; Ébano se quedó parado en la esquina, como esperando a alguien que jamás llegaría. El movimiento de trenes continuaba igual que otros días Era lunes santo de un día que ya se perdió en el almanaque.

MARTES SANTO

—Hagan cruces, pidan lo que quieran, que hoy caerá un rayo en seco, Ébano está quieto— comentó el tío Carlos, mientras se rasuraba viéndose al espejo que colgaba de la pared del pequeño corredor. Al fondo, el patio y la pared de adobe enorme. Todos miraban de soslayo a Ébano. ¡Imagínense, en día de feriado y aquí en la casa!

—Si mi muchachito no es tan malo como todos dicen — comentó cariñosamente doña Francisca. Ébano sólo sonrió a su abuela. Eran las diez de la mañana y el sol ya quemaba. Su tío se fue acercando y haciéndole una caricia en la cabeza, preguntó:

—¿Qué te pasa, estás enfermo? —Ébano observó a su tío y el niño respondió:

—No, estoy bien, lo que pasa es que la abuelita de la Licha me contó algo y en eso estoy pensando.

—Pero eso no quiere decir que estés aburrido, todo lo que te cuenten son cosas que ya pasaron. Las personas mayores cuentan una y otra vez pasajes de su vida, como en un afán de retener los años que se han ido para siempre. Acordate que ya la viejita tiene más de ochenta años.

—Pero, ¿fue cierto lo que ella cuenta?

—Definitivamente que sí, sus años le han dado oportunidad de ver muchas cosas. Las personas entre más viven, más cosas te pueden contar.

—¿Por ejemplo? —inquirió el niño.

—Bueno, hay algo de lo que vas a salir franco, sucedía no solamente para Semana Santa, sucedía para el día de los santos, para navidad y en fin siempre que había alguna fecha de celebrar en la casa de los amigos que hoy estoy recordando.

El tío de Ébano principió a evocar aquellos tiempos de su juventud. La época alegre de una Guatemala que poco a poco se fue marchitando, con sus buenos gustos, sus delicadezas, inocentadas y chapinadas muy de su tiempo.

—Fabián, tu padre, y yo, siempre fuimos muy unidos. Mi madre, tu abuelita, disfrutaba con aquella unidad. Bien, Fabián era un hombre muy agradable, platicador como él solo, bohemio y gran amigo. Como en todas partes hacía amistades, un viernes santo nos dice: Se van a preparar porque me acompañarán a la casa de Manuel, "el cohetero". Antiguamente, los apodos proliferaban en el medio y como Fabián era el mayor, pues le hicimos caso y nos fuimos los tres a la casa de Manuel y su esposa; estos vivían allá por la Avenida Elena. Tenían la fama de cocinar muy bien los dos y de invitar a muchos amigos a esas comilonas. Aquí es donde principia la historia de los Coheteros, ya que así les conocían en el barrio, debido a que Manuel, en sus tiempos mozos, fue cohetero de los buenos. Bien, ya donde la familia que te indico, imagínate, una mesa limpia, larga y con un hermoso mantel, flores en medio y en fin, qué se entiende. Fabián se me acerca y al oído me dice: "tomá tu plato, y cuando principie la trifulca, te escondés y comés lo que podás, indicáselo también a Luis". Dicho y hecho, todo daba principio con un discurso que se alternaban una vez Manuel y en otra ocasión la esposa. Aquel día viernes santo le tocó el turno a Manuel. El olor al bacalao a la vizcaína abría el apetito. Cuando ellos hacían esto, estaban buenos y sanos, porque no se puede decir que lo hacían bajo los efectos de los tragos, es decir estaban conscientes de lo que hacían. Ya estaba servida la mesa; como lo mandan las buenas costumbres, había que esperar que los anfitriones principiaran a comer, para dar uno inicio también a saborear aquellos platillos, cuando de pronto se paraba Manuel y decía más o menos lo

siguiente: "Señores, amigos nuestros, esperamos que este bacalao a la vizcaína les guste, está hecho con todo el cariño que mi esposa le pudo poner, esperamos lo disfruten plenamente. Ah, pero que quede constancia que mi señora madre lo preparaba mejor y el sazón de aquellos tiempos no se puede comparar"... Al finalizar aquella pequeña pieza oratoria, el pleito no se hacía esperar.

—Pues si tu madre cocina mejor que yo, ¿por qué jodidos no te quedaste con ella? —reclamaba la mujer del cohetero, pero ya con el primer plato en la mano, sin respetar a los invitados. Manuel no amagaba, y antes que le dieran, daba, lanzaba el primer proyectil, consistente en un buen plato de ensalada, al momento que increpaba:

—De mi madre no vas a hablar, vieja babosa!

—Aquello se convertía en una batalla campal, los floreros volaban por el comedor, al igual que los platos con bacalao, los panes, cubiertos y cuanto se había colocado en la mesa para agradar a los invitados. Así finalizaban siempre las comidas de los coheteros, en fechas muy especiales, cuando de agradar a sus amigos se trataba. Siempre que había una invitación similar, los amigos iban pero para ver pelear a los famosos "coheteros". Ah, para no quedarse sin comer, había que tomar antes del pleito su respectivo plato. Pasaron dos años para que nosotros acompañáramos a Fabián donde los coheteros. Una tarde previa a la conmemoración del día de difuntos, nos dijo: "¿Les gustaría comer el fiambre donde los coheteros?" Yo acepté, pero Luis siempre fue delicado y no quería acompañarnos, pero finalmente aceptó. Al otro día, los saludos de rigor donde Manuel; todo como siempre muy alegre y respetuoso al principio. Menos mal que el fiambre no se lo sirve uno; por el contrario, ya viene servido en su plato bien arreglado. Yo tomé el mío, Luis hizo el intento, pero como

estaba cerca de la esposa de Manuel, ésta le dijo: "Luis, por favor me van a permitir un momento. Queremos hoy con mi esposo agradarles; quiero que prueben este delicioso fiambre que he preparado con todo mi cariño para ustedes. Algunos platos fueron preparados por mi esposo, tal vez ustedes noten la diferencia, porque no hay nadie, ni habrá quien prepare el fiambre como mi santa madre". En ese momento se para Manuel increpando a su esposa el marginamiento a su madre, en lo tocante al arte de realizar el fiambre. Otra trifulca. Ahora eran los platos de fiambre los que pasaban de un lado a otro estrellándose en la blanqueda pared del comedor. Yo me moría de la risa de ver aquel espectáculo que siempre se daba por seguro. Luis salía sin esperar a nadie y arrepentido de haberle hecho caso a su hermano mayor. Desde aquella vez prometimos ya no aceptar invitaciones donde los "coheteros", aunque así se sirvieran las viandas más deliciosas.

Tío y sobrino sonrieron de buena gana, siguiendo a esto sonoras carcajadas, especialmente las de Ébano, que se escucharon hasta en la vecindad. Posteriormente, como a un mandato invisible, Ebano se quedó callado.

—Tío, ya recordé que hoy y toda la semana no hay que hacer mucha bulla, según dijo la abuela de la Licha.

—No tengás pena, la sonrisa siempre es grata a Dios, siempre y cuando sea sana y no ofensiva, agregó el tío Carlos.

—Yo quisiera conocer a los coheteros, quisiera llegar un día a comer con ellos…

—Eso es imposible porque ellos ya murieron; lo que te cuento sucedía hace muchos años. Sólo ha quedado el mote de "los coheteros" a las personas que de nada riñen y que no les importa la presencia de amigos o familiares para hacerlo.

Otra vez la sonrisa clara de Ébano se escuchó en toda la casa. El barrio se animaba con el silbato del afilador que ofreciendo

sus servicios lo tocaba. La campanilla de los heladeros, que se disputaban a los patojos glotones, hacía competencia en sonido musical de día grande. Todos corrían hacía donde estaban los heladeros, eran helados de nieve pura, en carretitas de madera. Todos comían, y los más gafos chupaban sus granizadas o apretados, de aquellos que ya no hay, de los que también se fueron con aquel barrio, con aquella Guatemala.

MIÉRCOLES SANTO

Los tres niños bajaron en loca carrera por la estrecha carretera polvorienta. Atrás había quedado imponente la espalda de la tribuna del Campo de Marte. La mañana era cálida, el olor a campo todavía se podía sentir. Un grupo de soldados trasnochados regresaban de su rondín, subían la cuesta rumbo a la Guardia de Honor. Un saludo y una sonrisa, eso fue todo.

—Pobres los cuques —comentó lacónicamente Pijuy.

—¡Pobres! —casi al unísono respondieron Ébano y Cheyo.

—Los agarran a la fuerza, les echan riata y a puro tubo tienen que estarse allí marchando y cuidando todo el santo día, hablaba Pijuy. Ahora cambiaba de tono al comentar:

—Pero ha de ser tipazo tener una ametralladora y tirar al blanco, tener un uniforme y marchar.

—Dejáte de babosadas, vos Pijuy, porque nunca te ha gustado marchar; y hablando de tirar al blanco, dichoso Ébano porque nunca sería un "blanco" perfecto. —Sarcásticamente Cheyo bromeó a costillas de Ébano.

—Bando para el que llegue de último —gritó Pijuy, al momento de emprender la carrera, subiendo una lomita y luego bajando hacia un pequeño recodo del riachuelo de las vacas. Los tres niños colocaron sus frascos de cristal en el césped, para llenarlos posteriormente de pececillos. Alguien desde la carretera silbó para ser escuchado; era un hombre de baja estatura, luciendo una barba de varios días, con la clásica traza de un vagabundo.

—Háganse babosos, es Marín, sólo a pedirnos viene —advirtió Cheyo. Pijuy y Ébano ya se habían metido al pequeño riachuelo. Siempre formaban una presa para posteriormente nadar en ella.

—No le hagás caso, Ébano —nuevamente Cheyo evadía al vagabundo.

El hombre atravesó la pequeña carretera, levantando una nube de polvo con sus zapatos destrozados. Una bolsa de papel era su única compañera, un saco raído lo liaba bajo el brazo debido al calor imperante. Llegó hasta donde estaban los niños, los vio y preguntó:

—¿Nadie comparte un pan con este pobre mortal?—. Silencio absoluto, nadie contestó. Marín volvió a la carga, ahora sonriendo y hablando con humildad:

—¿De verdad, nadie me regala un desecho, un pedazo de pan?

—No tenemos, hoy no andamos de capiuza, hoy estamos aquí pero con permiso y no trajimos pan.

Marín no se dio por vencido y dirigiéndose a Ébano, suplicó una vez más:

—Ébano siempre trae pan Cheyo se acercó a Ébano para indicarle al oído que no le diera nada porque no se lo quitarían de encima en toda la mañana. Ébano no hizo caso, sacó uno de sus panes y lo entregó a Marín.

—Vos sos bueno, Ébano; el que comparte siempre tiene y nunca le hará falta nada.

El vagabundo se tiró al césped verde y fresco, hablaba solo. Había sido en sus buenos tiempos un excelente estudiante de leyes, pero según los comentarios, una mujer que tuvo amores con Marín le dio leche de cocha y se paseó en él. Lo dejó medio baboso, pero sin perder algo de la gran elocuencia que tenía al hablar. Cheyo y Pijuy no perdían tiempo tratando de capturar pececillos con las manos, para luego depositarlos en los frascos. Ébano observaba y gozaba como Cheyo, caminaba entre las piedras de la orilla, dando saltitos por la poca costumbre de caminar

descalzo. Mientras tanto, Pijuy era diestro para caminar así; poco a poco, los muchachos se fueron retirando del lugar de pesca. Sólo Ébano y Marín se quedaron sentados en la orilla del riachuelo, escuchando su murmullo.

El vagabundo meditaba en voz alta; a veces su voz se perdía con los gritos de Pijuy al haber capturado un pez grande. Ahora Marín se incorporaba para hablar con más elocuencia, como si estuviera ante un inmenso auditorio. Ébano se quedó en la orilla con su frasco de vidrio, pescando.

—¿Me escuchas, Ébano?

—Ah puchis, ni que fuera sordo; si cómo gritás.

—Yo, cuando ocupe un puesto importante en la administración pública, haré un parque enorme en todo esto y se llamará el Parque de los Mártires. Colocaré inicialmente el monumento a los ley fugados, con una cruz más grande que ese adefesio que mandó a construir Ubico, esa babosada que ves allá arriba.

—¿La tribuna? — preguntó Ébano.

—Muy bien, efectivamente, eso no es más que un nefasto recuerdo a una tiranía. Yo la botaba y colocaba allí una guardería para niños o un instituto para varones y señoritas. ¡Eso haría! Ah, pero el parque que te digo, eso sí que sería genial, único. ¡Cuánta sangre y tragedia en todo esto! ¡Cuántas lágrimas de madres, viudas y niños! Aquí ley fugaron a muchos patriotas dignos que desearon siempre la libertad de Guatemala. Y fíjate bien, en estos barrancos los asesinaron, aquí los traían. Aquí mataron a Max Aldana, aquí mataron a Sánchez Batten, y a tantos otros que olvido sus nombres. ¡Y sabés como era quello? Iban con los cuques que los cuidaban, los traían a trabajos forzados, el cuque mañosamente les soplaba al oído: "Mire don, si quiere se va y me hago el baboso"... Sí, decía el ingenuo reo, corría, y a los pocos metros ¡Penguén!, lo mataban. El parte que se daba justificaba el crimen.

Indicaba que le habían disparado por intento de fuga... Aquello se llamaba ¡Ley Fuga! Pero con nuestros patriotas no podían hacer eso de baboseárselos, con lo de "váyase don"; a estos los colocaban entre el monte a realizar cualquier trabajo, y un soldado agazapado, en forma deliberada le disparaba. El parte que daban era el mismo: "Intento de fuga".

—¿Y a ellos por qué los mataron? —inquirió Ébano.

—Ellos fueron personas desafectas al gobierno de la época, al gobierno de don Jorge Ubico. Aquella fue una dictadura total, con decirte que a Sánchez Batten la policía secreta de Guatemala lo capturó en México, violando todas las reglas internacionales y se lo trajeron a Guatemala. Aquí se le encarceló, se le vejó y finalmente se le asesinó en este barranco. El fue un excelente periodista y escritor; había nacido en la ciudad de Quezaltenango. Max Aldana, un mecánico muy conocido, se vio involucrado también en problemas políticos y aquí pagó con su vida aquella osadía. ¡Imagináte, vos Ébano, matar a un hombre sólo porque piensa distinto a uno!

—¿Entonces por eso querés vos hacer un parque aquí?

—Así es, por eso mismo, y porque quede un testimonio de lo que ojalá no vuelva a pasar en Guatemala.

Cheyo y Pijuy regresaban corriendo con sus frascos repletos de pececitos. Los dos niños comían golosamente jugosas guayabas y ofrecían a Ébano. Marín también alcanzó, había suficiente.

—Encontramos un bonito guayabal —comentó Pijuy, agregando: Lástima que no tenemos una bolsa grande; si la tuviéramos hasta pasábamos vendiéndole las guayabas a doña Tona en el mercado de la palmita.

Marín dejó por un lado sus "ambiciones" políticas, volvió a ser niño nuevamente al subir con Cheyo, Pijuy y Ébano al viejo guayabal del barranco del Campo de Marte. Quizás los mártires

sonrieron desde el más allá al escuchar aquel proyecto tan puro como inocente. Ébano no soportó más y se dejó caer del árbol; nadie comprendía su risa, todos le observaban desde lo alto. Después la risa fue contagiosa, cuando pudieron apreciar que Marín cortando guayabas en lo más alto mostraba uno de sus blancos glúteos, sin darse por aludido. El negocio fue redondo, doña Tona compró las guayabas y los "lenes" fueron repartidos equitativamente, cinco para Ébano, cinco para Pijuy, cinco para Cheyo y tres para Marín. Un día más había pasado. Al otro día asistirían a la procesión.

JUEVES SANTO

Amanecieron las calles encendidas de morado lila. Crespones en los balcones y ramos de flores frescas. Desvelos tradicionales en realizaciones de transitorias obras de arte convertidas en alfombras. Noche de oraciones y caminatas en velación de sagrarios; siete y a pie, de lo contrario no vale. Procesión de Candelaria, candelaria y procesión, Guatemala en jueves santo, altares y oraciones, incienso, mirra y pom.

—Disculpe, ¿por dónde dejaron a la procesión?

—Frente a la fonda de la Zopilota, pero ya ha de estar llegando a la casa del Caballo Rubio.

Los ayeres de los abuelos renacen con el cortejo procesional. Igual que hace sesenta años. Sólo faltan las calles empedradas y las comilonas de empanadas, horchata y panes con buen curtido y sardinas.

—Ahí, fíjese bien, en ese balcón, me contaba mi madre que una mujer de muy mala entraña se quedaba espiando en altas horas de la noche; por ser tan mala y poco educada, vio a la procesión de las ánimas. Una noche le dejaron encargada una candela grande y al otro día cuando fue a ver era un hueso de muerto.

El sol caía vertical derritiendo cabezas. Ahora la procesión era más procesión, y el nazareno moreno más guatemalteco; genuflexiones, lágrimas, oraciones al paso del hombre moreno que cada jueves santo suda sangre. Ahí va, caminando al compás de un redoblante. Todos le quieren ver, viejos, jóvenes y patojos; estos últimos hasta encaramados en las ventanas.

—Fíjese bien, para cuando le pregunten. Ahí estuvo el Teatro Colón, por eso se llama Parque Infantil Colón. La multitud ahora

invadía parques y plazas, calles y callejones por donde nunca pasaron los patojos.

—Se llama Callejón del Fino, o así se llamó, porque aquí vivió un gran miniaturista. Hacia retratos a mano, se llamaba Francisco Cabrera; a un artista de su talla el pueblo le llamaba "fino".

Ébano recorría de la mano de su padre el sector céntrico de la ciudad. Allí se iban reuniendo como en un archivo las leyendas y los viejos nombres de las calles, callejones y hasta apodos de personas célebres, políticos, personajes típicos de la ciudad. Cantina "La Noche Buena", refresquería "Las Mil Puertas", "El Globo", "La Rosa Blanca", y el "Buen Gusto".

Y desde la pila de la Merced, los estudiantes universitarios de aquellos tiempos parodiaban trozos de zarzuelas que estaban muy en moda, tocando a personajes de la política y de la administración pública. ¡Los estudiantes no perdonaban a nadie! De la zarzuela "La verbena de la paloma" extractaron unas estrofas, parodiándolas y mencionando a un personaje destacado de la época:

—"¿Dónde va don Ramón P. Molina?
Donde va con el cumbo al revés,
a ponerse la gran papalina.
Y a dormir a la cárcel después"...

Jueves santo en Guatemala, día de evocaciones, de volverse a vivir. De repetir una y más veces las mismas leyendas o anécdotas. ¿Qué le vamos a hacer? ¡Así somos los chapines!

—Por el callejón de Soledad salía la Llorona. Cuando estaba lejos es que estaba cerca, y cuando se escuchaba cerca es que estaba lejos. Con mi madre y hermanos la escuchamos cuando vivíamos por el Cerrito del Carmen, justamente en el "Callejón del Judío". Lo voy a llevar al Cerrito, para que conozca dónde salían los chompipes encantados.

—¿Y nunca te dio miedo todo eso?

—Claro que sí, pero ahora ya no tengo miedo y usted no tiene que tener miedo porque es hombrecito.

Jueves santo, día grande, día santo. Ébano estaba ahí, acompañado de su padre.

VIERNES SANTO

La bruma de la mañana se había disipado para dar paso a un calor insoportable. Al filo del medio día, Ébano se bañó con agua asoleada. Por la doce avenida, los grupos de obreros con sus esposas y sus hijos caminaban en grupos rumbo al centro de la ciudad. Venían de la Palmita, San Pedrito y hasta de la Villa de Guadalupe. Las pocas unidades de la AURACO no se daban abasto para llevar y traer a los pasajeros.

—Llevate la sombrilla, porque éste es sol de agua —pronosticó doña Francisca a su hija.

La madre de Ébano tomó precauciones y salieron con el niño rumbo al templo del Calvario. De rígido luto y mantilla negra, Gabina llevaba de la mano a su hijo. Cumpliría con un deber espiritual muy arraigado: cargar en la procesión a la santa Virgen de Dolores. En aquel templo se casó y allí también bautizaron a su hijo, a Ébano. En lo alto del templo las matracas substituyeron a las campanas. El sonido de tableteo era general en sonido, sin altibajo alguno. La homilía había finalizado, el cortejo procesional salía del templo. Ébano con su madre se colocaron en las filas, porque la Virgen aún no salía. Los nubarrones grises presagiaban ya una tormenta, el calor por momentos se hacia insoportable. La madre de Ébano cargó un turno de honor; siguieron en las filas, ahora las matracas se escuchaban más lejos, las multitudes se arremolinaban como en años anteriores. Unos se persignaban, otros lloraban al paso de las santas imágenes. "Las marchas fúnebres daban al espectáculo un marco especial difícil de olvidar. Las nubes querían demostrar su tristeza en aquella fecha tan especial para la humanidad, para el mundo cristiano. Primero unas goticas, después unos goterones y luego se abrieron los grifos dejando

correr un verdadero diluvio. Sin perder el respeto un sólo momento, nadie abandonó las filas; de inmediato se abrieron las puertas de una enorme bodega y la imagen del Señor Sepultado fue introducida; posteriormente la de la Virgen. La feligresía esperó pacientemente que amainara el aguacero. Nadie se movió de su lugar. Ebano había logrado un sitio privilegiado donde el agua no llegaba y ahí con su madre se guarecieron.

Las correntadas de agua llovida casi cubrían la acera, los tragantes daban la impresión de estar tapados. En aquellos ríos flotaban los restos de basura que momentos antes empacaron alimentos. La Semana Santa en Guatemala es tan única y especial en sus conmemoraciones solemnes. La lluvia continuaba como queriendo retener la imagen del sepultado en aquella bodega que le guarecía. Los músicos continuaron estrechamente ejecutando las marchas fúnebres. Ahora era "La Fosa" la que invadía el espacio, motivando lágrimas en los feligreses.

—Igual que hace miles de años, cuando llovió a torrentes, cuando los impíos ignoraban que cometían el crimen de todos los siglos.

La mujer que hablaba estaba sentada en una silla de ruedas y un muchacho sordomudo la cuidaba cubriéndole con una enorme sombrilla. El monólogo de la anciana se daba como en un teatro donde actuaba ella sola, sentada en su silla de ruedas. Un escenario solitario, sin mayor escenografía. Quizá una luz lanzada muy indirectamente sobre la figura de la mujer que desde su tribuna inmóvil hablaba:

—¿Por qué lloramos? ¿Por qué nos arrepentimos de momento? ¿Por qué no nos arrepentimos para siempre? En este momento estamos aquí viendo el paso de las imágenes, pero cuando lleguemos a la casa, somos capaces de pegarle a la servidumbre. Se están perdiendo los valores espirituales, ya no es lo de antes. La

inocencia del ayer se fue definitivamente para no verla jamás. Antiguamente ni siquiera nos bañábamos el día viernes; decían las gentes sencillas que nos convertiríamos en sirenas, en pescados. ¡Ay de aquel que se bañara en Viernes Santo!

Ahora el público principiaba a reunirse en la esquina; la lluvia iba amainando poco a poco. La procesión continuaría su recorrido. Las filas se organizaron nuevamente y todas las señoras y señoritas tomaron su puesto para acompañar a la Madre de Dios. Muy cerca de Ébano, el sordomudo empujaba la silla de ruedas de la anciana. Ella continuaba con su monólogo:

—¡Acompañemos a Jesucristo en su dolor, hoy y siempre. Acompañemos a la Santísima Virgen hoy y siempre. No sólo hoy, no lloremos sólo hoy.

El sol se asomaba tibio después de la tormenta, la mujer por momentos callaba y luego arremetía con más fuerza en sus lineamientos religiosos. Los feligreses daban la impresión de no ponerle atención, pero indirectamente iban escuchando aquel monólogo. El sordomudo reía de nada, como viendo en su mundo irreal algo que solo él comprendía. Cuando observó a la Virgen con el puñal atravesado una forma muy material de representar el dolor de la Virgen ante la muerte de su hijo, el muchacho paraba por momentos y señalando a la Virgen soltaba tremenda carcajada.

—No le hagan caso, es demente el muchacho.

Ahora el sordomudo dejó a la anciana y riéndose siempre se postró ante la Virgen, dando a entender que le quitaran el puñal del pecho. El sacerdote le tocó la cabeza a manera de caricia y comprensión. Continuó la procesión; las palabras que la anciana le dirigió al muchacho fueron apagadas por la introducción de una solemne marcha fúnebre. Ébano tenía deseos de ayudar al muchacho a empujar la silla de ruedas, éste se

colocó muy cerca de la pareja. La anciana tocó levemente el mentón del niño y sonrió. El sordomudo quiso hacer lo mismo pero Ébano lo evadió.

—¿Y usted por qué no camina —preguntó Ébano en forma inocente?

—Porque soy paralítica, por eso tengo que andar así, en una silla de ruedas, como lo estás viendo.

—¿Y por qué habla sola?

—No hablo sola; sé que me están escuchando. Algo hay que decir a la gente, estamos muy mal en estos tiempos.

La madre de Ébano caminaba en una de las filas de la procesión, sin perder de vista al niño. Ébano continuaba charlando con la anciana.

Las sonajas con su sonido peculiar iban marcando el orden en la procesión. Las mujeres, ancianas, jóvenes y niñas, acompañaban el cortejo. Era aquello un entierro multitudinario. El compás del redoblante se confundía con los rezos ininteligibles de la multitud. Los heladeros hacían su parte con su tintineo, empujando las carretas. Los vejigueros elevaban sus palos mostrando el multicolor de globos en distintas formas. Todo esto constituía el final de la procesión. Lamentablemente la lluvia había borrado las alfombras de aserrín, las de pino y flores que se escaparon por los tragantes sin cumplir su cometido.

—Semana Santa en Guatemala, calvario de un pueblo que cae de Gólgota en Gólgota, que va con su cruz a cuestas sin que su Cireneo aparezca.

Ahora era un bolito el que hablaba en la esquina de la Concordia. Parecía un hombre que fue y que ya no es. Todos pasaban sin hacerle caso. Todos pasaban sin escucharlo, escuchándolo.

—¿Vamos a llegar temprano a la casa? —inquirió Ébano.

—Nos iremos hasta que entre la procesión y terminemos de acompañar al Señor y a la Santísima Virgen —respondió la madre del niño, sin apartar la vista del frente.

La noche había caído, la iluminación del andas era espléndida, y con los focos colocados artísticamente el rostro del redentor del mundo aparecía tan real que daba la impresión de estar dormido.

—Entonces ya no me dará tiempo a entregarle el pantalón de Judas a doña Cristobalina.

—¿Pero qué tonteras está diciendo usted?

—Escuchame. Vos sabés que el pantalón de Judas se pone atrás de la puerta toda la noche, y al otro día se le pone a uno de los Judas que van a quemar los patojos y así consigue novio doña Cristobalina. La madre de Ébano no pudo contener la risa, pero a la vez interrogó al niño, ya con seriedad:

—¿Quién le ha metido esas cosas en la cabeza?

—Nadie, yo lo escuché cuando lo contó la Mina y doña Cristobalina me dijo que si le conseguía un pantalón viejo me daría veinticinco centavos, pero que el pantalón tenía que ser de un pordiosero.

—Ay niño, peor si ya se metió en otro lío, ya no se qué hacer con usted.

—Vos no te preocupes, porque Chilo me vendió uno de él en diez len.

La madre del niño ya no supo qué hacer. Sabía que el mentado Chilo era un demente que deambulaba por los basureros del barranco y allí dormía el infeliz, sumido en lo más inmundo que pueda concebir el ser humano.

El recorrido procesional había finalizado. La Granadera epilogó aquellas conmemoraciones. Todos regresaron a sus casas ya casi al filo de la media noche. Una Semana Santa más había con-

cluido; una vez más las imágenes se quedarían esperando otro año. Los cucuruchos de negro encajonarían sus túnicas para otra ocasión. La diez y ocho calle se quedó silenciosa, "íngrima y sola", como diría una anciana de la época.

SÁBADO DE GLORIA

Ébano había realizado el negocio de su vida vendiéndole el pantalón de Chilo a doña Cristobalina. Sólo esperaban las diez de la mañana para colocarle el pantalón de judas al monigote que los patojos despedazarían en el barrio después de leer el testamento ya tradicional. El encargado de la lectura del testamento sería "Blancura", un hombre ya de veinticinco años, alto, pelo liso y más moreno que el betún. Había personas intocables en el barrio. Sólo ellos tenían el privilegio de no ser colocados ante la picota pública.

"...Mi pantalón se lo dejo a doña Cristobalina, para que se le haga más fácil conseguir traido, aunque es muy difícil porque ya el pasaporte se le venció con sus cincuenta páginas en blanco".

Blancura le daba entonación a la lectura del testamento. Doña Cristobalina dio un portazo y se encerró en su habitación. Las carcajadas eran generalizadas.

"...Mis dientes de oro se los dejo a don Brígido, para que se siga riendo pícaramente con la Licha"...

Ahora una piedra le pasó silbando a pocos centímetros de la cabeza; todos sonrieron y aplaudieron, mientras la Licha sentenciaba:

—Agradecé que no tengo pulso, ¡hijo de la chingada!

Todos salieron a bailar en aquellos testamentos. De pronto los cohetillos empezaron a estallar a lo largo y ancho de la entonces pequeña ciudad de Guatemala. Era la hora de ajusticiar al traidor, al que vendió al Señor por treinta monedas. Se habían colocado dos muñecos, uno en la avenida del Ferrocarril y el otro en la esquina de la veintidós calle y doce avenida. Desde la rendija de su ventana, la Cristobalina observaba cómo el pantalón de judas era destrozado por los cohetillos. Los niños gozaban

destruyendo el pelele; la mujer cincuentona lloraba y pedía según su creencia un novio para el próximo año. La Semana Santa finalizaba.

Posterior a la quema del judas, el escándalo fue notorio en la covachita que Pijuy alquilaba con su madre y hermanitos. Los gritos de los patojos llamaron la atención del vecindario.

—¿Pero doña Tomasa, qué le hicieron estos cabrones?

—Nada, nada doña Lencha, pero si no les doy riata no crecen, y hoy es sábado de gloria y hay que cumplir con las costumbres...

La delgada señora era diestra para manejar el varejón, con el que repartía a discreción los riendazos a cada patojo, desde el más pequeño hasta el mayor. Gente muy arraigada a sus principios tomaba su papel muy en serio.

—Antiguamente no le daban a uno con varejón; le daban con palo, así era como los padres de antaño se guardaban todo el año para desquitarse el sábado de gloria —comentó don Nayo, sentado en su viejo camión.

—Pijuy, vení para acá—. El niño le evadió contestándole:

—Como no fue a usté al que le dieron riata, por eso es que habla. El hombre sonrió, siguiendo con su comentario:

—Hoy todo ha cambiado, ya ustedes no hacen caso; vos con Ébano hacen una parejita que hay que fregarse, por eso tiene razón tu nana, yo aplaudo que te sacudan el polvo de vez en cuando. Y vos, Ébano, siempre te salís con la tuya, pero de repente te van a dar una buena que te va a dejar como nuevo.

Los dos niños corrieron rumbo a la línea del ferrocarril, pasaba el frutero de Puerto Barrios, y don Chinto el maquinista algo les traía del norte. Pijuy ya había olvidado los azotes y la única preocupación de los dos muchachos era la llegada el lunes a la escuela, porque allí si les ajustarían cuentas. ¡Las cortas vacaciones, lamentablemente, habían finalizado!

EL VELORIO

Güité despertó al vecindario por medio de los gritos destemplados de su hija Chagua. Ni siquiera amanecía y todos estaban pendientes qué había pasado donde los carboneros. Doña Lencha era una especie de líder; era la primera en inquirir, para después, a manera de reportero gráfico, pasar la información tocando en cada puerta y dando la mala noticia. ¡Güité había muerto! ¿Cómo es posible?

—Pero si tan buena gente, parecía que no hacía mal a nadie el santo señor.

Todos daban su versión de los últimos momentos que vivió Güité, un día antes del desenlace fatal.

—Ayer todavía me despachó bonito los cinco len de carbón, y con decirles que hasta sonrió conmigo —manifestó doña Chenta.

—Ni diga eso, ojalá que no la vaya a escuchar su mujer porque aunque sea muerto le da sus leñazos —argumentó doña Lencha.

—Seya por Dios, doña Lencha, ¿cómo puede usted creer que una mujer cele a un muerto?

—Já, usted no conoce a la Toribia. Yo creo que por eso el difunto no se reía con nadie; por eso me extraña que diga que se rió con usted. Más bien parecía palo el pobre señor; la mujer me lo tenia quíeto.

Cuando amaneció, ya Güité estaba tendido en la entrada principal de la carbonería. Dos cortinas blancas indicaban el duelo en la humilde residencia. Como el difunto era muy alto tuvieron que agregar una mesa más. Todos se persignaban al pasar por el improvisado altar; las candelas ardían y el rumor de rezos era audible hasta la esquina de la doce avenida. Su hija, la

Ahí quedó Guité, enterrado para eterna memoria.

Chagua, a manera de plañidera antigua, sincronizadamente cada tres minutos daba un grito que asustaba a la gente.

La solidaridad de la gente sencilla brotaba materialmente. Pan, café, azúcar, candelas y hasta guaro, porque eso no podía faltar. Todos llevaban algo hasta la carbonería, todos hacían el peregrinaje desprendiéndose quizás de un día de comida o cuando menos de un tiempo de alimentos. El barrio estaba de luto, Güité era de esa gente buena y querendona que se mete en el corazón y ya no sale. De esa gente que cuando muere deja un reguero de tristeza. Güité había llegado procedente de Zacapa; llegó a la ciudad con todo y su familia y se quedó en el barrio.

El velorio se efectuaría en la casa, en la carbonería. No había, como ahora, funerarias donde se ocupan de todo. Antes el velorio era más chapín, más nuestro. Ahora hasta llorar en una funeraria da pena, mucho menos pegar de gritos como los de la Chagua y peor aún cantar la salve a las cuatro de la mañana. Todo eso se fue con el cadáver de Güité, se fue con el cajón de pino rústico donde metieron a Güité. En un descuido y cuando más entretenidos estaban todos en la atención a los cuentos de velorio, tomando café o simplemente recordando al difunto, Ébano urdió una trama para hacer que Güité se levantara.

—Ya vas a ver cómo Güité se va a levantar pegando gritos y asustando a toda la gente —sentenció Ébano. Pijuy le escuchaba viéndole en las manos una aguja capotera.

—¿Pero vos creés que eso dé resultado?

—La primera que va salir corriendo va a ser la llorona de la Chagua; fíjate bien, pues. Ébano se fue acercando con la aguja; nadie reparó en la travesura del niño. Una sábana blanca cubría el cadáver de Güité, los enormes pies del difunto aparecían en un extremo de la mesa adicionada. Ébano sacó el puntudo instrumento y dio el primer pinchazo en la planta de los pies del difunto. En ese momento fue Pijuy el primero en salir corriendo y no esperar la supuesta reacción del muerto. En la loca carrera botó candelabros, floreros y hasta el plato donde se recibía dinero. Alguien se dio cuenta de la travesura y capturó a Ébano en el justo momento del tercer o cuarto pinchazo.

—Sos el vivo diablo —argumentó don Melquiades cuando creyó tener seguro a Ébano.

Otro pinchazo en la pierna del captor del niño, lo suelta y sale éste atrás de Pijuy, a quien ya habían capturado a media calle. La madre de Pijuy llegó hasta donde el escándalo se había

provocado. Doña Francisca dificultosamente subía por el callejón al enterarse que a su muchachito algo le podía suceder, y en fin, aquello fue cosa seria. "Juan Cara Loca" y "Patines", en la confusión generalizada, se daban a la tarea de recoger monedas de las que estaban depositadas en el pequeño canasto que Pijuy en su loca carrera derribó. Alegatas, reclamos y como fondo muy sonoro los gritos de la Chagua que sicronizadamente daba a cada momento. Pijuy fue conducido hasta su covachita cercana a la línea del ferrocarril. De Ébano, ni las señas; fue buscado por todos lados sin resultado alguno.

Las filas de sillas con los acompañantes fueron colocadas en el lado de la banqueta; llegó mucha gente y familiares de Guité procedentes de Zacapa. En la carbonería no cabía nadie. Ahora los gritos de la Chagua eran roncos. Una sobrina de Güité, que tenía como quince años de no verlo, al entrar gritó y se desmayó, teniendo el cuidado de caer justo en un sillón que la madre de Joaquincito había prestado para el velorio. "Patines' quiso servir como "voluntario" para tomar por los pies a la robusta zacapaneca, pero fue rechazado de un sólo manotazo por doña Lencha.

—¡Fuera de aquí, mañoso! —fue el aviso previo al golpe seco que dio con la pobre humanidad de "Patines" por el suelo.

—Cabrones, se valen de cualquier ocasión para sobigiar a las mujeres —argumentó doña Lencha, dando por concluido el suceso, mientras ella con sus fuertes manos colocaba en mejor forma a la supuesta desmayada.

Cuando ya todo estaba preparado para la salida del sepelio, se suscita otro hecho relevante y digno de saberse. Hacía pocos minutos, en una forma de despedida, doña Toribia daba públicamente una descripción de la vida tan recatada de su esposo. Ahora la caja estaba destapada y el rostro cadavérico de Güité parecía estar con vida, lucía su mejor saco de tela capuano.

No están ustedes para saberlo ni yo para contarlo, pero mi marido no fue mujeriego y eso me pesa al decirlo. Hombre como pocos y trabajador, muy de su casa, pero así es la vida; lo bueno se va y lo malo se queda... Don Güité se va y se queda tanto viejo mañoso que desde aquí estoy viendo pero que no digo quienes son. Doña Toribia ya no supo describir en mejor forma a su amado esposo; el llanto brotó, tambaleó en la silla donde se había subido para ser mejor escuchada, pero doña Lencha estuvo lista y la sostuvo. Pero mejor se hubiera bajado en aquel momento; una joven mujer con tres niños, el mayor como de once años, uno de cinco y el otro en brazos, hace su entrada, abriéndose paso para llegar hasta donde Güité yacía tendido. Aquello fue el final.

Inmediatamente doña Toribia comprendió la situación y para sus adentros dijo: "¡Pero si el patojo grande es pinto y parado, igualito a Güité!". En ese mismo momento la pelea se generalizó entre las dos mujeres, una joven y la otra ya entrada en años, pero aún con fuerzas. Afuera, un policía solicitaba refuerzos, los gorgoritazos sonaban a diestra y siniestra; sin duda alguna el velorio y entierro de Güité iba a dejar huella histórica en el anecdotario del viejo barrio.

10. DE NOVIEMBRE

Una llovizna pertinaz despedía la época de lluvias. Los azacuanes pasarían al otro día a más tardar, para indicar que el verano llegaba con sus grandezas y miserias.

—¿Aquí por qué no cae nieve?

—Nuestro país es tropical; eso quiere decir cálido y solamente nos llegan los vientos fríos del norte en estos días—. El tío Carlos respondía a Ébano.

En la calle el movimiento era notorio con el trajín de las gentes, llevando y trayendo los últimos ingredientes para el fiambre. Un sol tibio asomábase tímido por momentos. Por el relleno de la doce avenida, obreros, mujeres y niños pasaban con coronas, ramos de flores y adornos de papel de china.

—¿Iremos al cementerio?

—Sí, pero después de almuerzo y siempre y cuando te portés bien, porque vos por donde pasás quemás—. El tío Carlos hablaba con la cara enjabonada, formando con el jabón y el azúcar una mezcla que se frotaba con las manos y se extendía por la cara y el cuello. Ébano observaba y sonreía a su tío.

A las tres de la tarde iban entrando a la necrópolis capitalina; la puerta del centro y las laterales eran insuficientes para que aquel mar humano pudiera ingresar. Enormes escaleras entre la multitud, cargadas verticalmente, eran llevadas por obreros pintores y gente que arregla los nichos más altos. El olor a ciprés invadía el ambiente; las ventas se extendían a lo largo de la avenida del cementerio, desde la 19 calle. La 20 calle fue convertida en peatonal improvisada, por lo menos hasta las cercanías de la Avenida Elena. Aquello era una feria. ¡La Feria de los Muertos!

—¿Cómo era antes el día de difuntos?— inquirió Ébano.

—Siempre ha sido igual; bien lo decía don José Milla, Guate-

mala es un pueblo costumbrero. Ahora bien, antes había menos gente que ahora. Los pueblos y ciudades conforme pasan los años van creciendo, se van expandiendo.

El mar humano desemboca a la calle principal o central del cementerio. Apellidos ilustres, de linajes olvidados en tumbas viejas hoy ligeramente remozadas. Pequeños callejones, callecitas estrechas que formaron la urbanización fúnebre del cementerio. Igual que cualquier ciudad, con nombres y números: Primera calle, Calle de los Cerritos, y los tramos de nichos, pequeños rascacielos donde se depositan cientos de cadáveres.

"Aquí yaces querida mía,
aquí yaces y haces bien.
Tú descansas. Yo también"

El Tío Carlos recordaba un trabajo de investigación de epitafios que precisamente realizara el novelista don José Milla y Vidaurre. Lo recordó justamente cuando pasaban frente al mausoleo donde reposan sus restos.

Clara recordó algo de lo mucho que contaban en el barrio:

"...Dame tu nalga y te doy
tu guacal"...

—¿Cómo fue eso? —Preguntó Ébano.

—Fue ya hace muchísimos años. Dos muchachones de la mejor sociedad apostaron quién aguantaba más sin comer, pero quedándose, o mejor dicho encerrándose en un mausoleo de bóveda. Sin decirle nada a nadie, escogieron uno que pertenecía a un familiar y, con dos botellas de guaro, bajaron. Aparentemente, habían dejado sin candado la enorme compuerta de la bóveda, pero alguien pasó y pensando hacer un favor le colocó el candado.

—Para no hacerles largo el cuento, cuando quisieron salir del mausoleo, les fue imposible. Naturalmente, el primero que

murió fue el más raquítico. El sobreviviente, por más esfuerzos que hizo, no lograba llamar la atención; incluso perdió la noción del tiempo y no sabía cuándo era de noche o cuándo de día. Como a los ocho días, ya muriéndose del hambre, optó por comerse al amigo, pero pensó que lo haría por partes. Primero, dijo, será la nalga y después el resto. Así lo hizo, pero hay que recordar que el difunto, en los estertores de la muerte por el hambre, se había quedado con un pequeño guacalito donde se sirvieron el guaro. Este, con una mueca horrible, sostenía entre las manos crispadas el pequeño recipiente. Una noche, el amigo tomó la decisión de somatar el portón de la bóveda, hasta que le escucharan. Felizmente, pudo detectar desde adentro que alguien le ayudaba a salir, pero su impresión fue tal al ver que era nada menos que su amigo, el que había fallecido. Por poco y se desmaya, pero de un salto ganó terreno y en tono altanero le preguntó: "¿Sos de ésta o de la otra?" El difunto contestó en forma rápida: "De la otra". Aquel diálogo continuó en la noche solitaria en este lugar. "Bien, le dijo el amigo vivo al muerto, lo que te suplico por favor es el guacal, porque es de mi casa y si no lo regreso voy a tener problemas". En ese momento, cuenta la leyenda que el espíritu del difunto se materializó, pero en forma fuera de lo normal y convertido en casi un hombre de tres metros de altura, le contestó:

"...Muy bien, pero dame mi nalga y
te doy tu guacal"...

Los tres gozaron el final de la leyenda macabra. Ahora el camposanto se animaba, parecía paradójico aquello. El tío continuaba señalando tumbas de hombres ilustres, algunos contemporáneos y, en fin, historias de gente que conoció.

La campana de la entrada no dejaba de tocar, por lo menos cada hora.

—Uno más, la campana marca la entrada de un difunto más—. El tío Carlos mostraba cómo el ataúd en hombros iba entrando entre aquella multitud.

—Morirse, que le velen a uno anoche y le entierren hoy, ha de ser problemático para familiares y amigos. Se tiene que cargar al muerto desde cinco o más cuadras, antes de llegar por las aglomeraciones—. El tío hacia cálculos macabros de lo que significaba ser enterrado el uno de noviembre en el cementerio general de la ciudad de Guatemala.

Vieron lo de siempre: la tumba de Barrios, corrieron hasta la isla para visitar la tumba de las hermanitas de la caridad. Regresaron por donde está el monumento a García Granados. Se agacharon para ver la tumba de Cerna y Ébano se pasó montando en el buey, ya desaparecido, que adornaba la entrada de la enorme tumba tipo egipcio de la familia Castillo.

—Tío, ¿quién inventó el fiambre?— preguntó Ébano.

—Hay varias historias, pero la más apegada a la realidad es la siguiente: En tiempo de la colonia, vino a Guatemala una delegación de clérigos procedentes de la Madre Patria, España. Llegaron justamente el primero de noviembre, como a eso de las once de la mañana. La cocinera del convento no tenía nada que darles, porque no contaba con la llegada de dicha delegación. Y se puso a pensar: "Esta gente no le gusta la tortilla, las yerbas las desdeñan y poco conocen de las comidas de estos lares. En fin, veré qué les hago". Y conociendo las costumbres de los peninsulares, dispuso realizar un plato con curtido, carnes frías, jamones, chorizos, gallina fría pero cocida, mariscos, aceitunas y alcaparras. La cocinera temblaba al pensar en la reacción de los españoles; todos se quedaron admirados y felicitaron a la señora. Los clérigos no sintieron el cambio al regar aquel delicioso entremés con vinos generosos.

—¡Hombre, Feliciano, que esta delicia es muy similar a los fiambres de Castilla!

—Como los distintos clérigos asociaban la comida a sus provincias de origen, la cocinera se grabó el nombre de fiambre... fiambre, y así fue quedando el nombre para siempre, inmortalizado en el arte culinario chapín, pero de un origen auténticamente hispano.

—¿Y qué quiere decir fiambre?— preguntó Ébano, muy emocionado.

—Quiere decir, frío, lo que está frío. Por ejemplo en España, en forma castiza llaman a los muertos fiambres, pero también son las comidas frías.

Cuando pasaron por la tumba de Eduardo Felice, unas margaritas frescas adornaban el original mausoleo, ornamentado de piedras. Una lápida señalaba el sitio donde sus restos reposan aún:

A mi infortunado
Eduardo Felice Luna
2 de mayo de 1931.

Eloísa Velázquez y Felice son una historia pura de amor, jamás contada. Murió fusilado por un crimen que negó hasta el último momento. Quiso tanto a la famosa Locha, que sin quererlo le dio un regalo de cumpleaños que amargó todos los cumpleaños del resto de su vida. El día de su fusilamiento era el onomástico de quien tanto amor le dio y siempre le lloró. Y con Felice cayeron aquel día sábado por la mañana Emilio Blanco y Cayetano Asturias; se eliminaron tres vidas, pero surgió una leyenda.

El gris del cielo iba cubriendo poco a poco el sector del cementerio; una vez más los difuntos se quedarían solos, solos

con sus coronas, con sus oraciones. Qué razón tuvo el poeta al decir: "Qué solos se quedan los muertos".

—¿Y la abuelita dónde está enterrada?— inquirió Ébano. Hubo un silencio prolongado, finalmente el tío Carlos habló.

—Ni vos ni Clara habían nacido. Fue una época dura económicamente. Cuando vinimos a ver ya habían sacado sus restos, nada se pudo hacer; estaba en los tramos de la entrada. Todavía puedo reconocer el nicho donde estuvo.

Ahora la multitud buscaba la salida, el cementerio se iba quedando solitario. Ébano y Clara subieron corriendo sobre un pequeño montículo, desde donde se aprecia, por su altura, todo el cementerio. Una lápida olvidada y enmontada marca una fecha trágica que ya es historia y que ingratamente se ha olvidado. Monumento a los médicos que combatieron la fiebre amarilla en la ciudad de Zacapa, en el año de 1905. Auténticos héroes, no de prepotencias inútiles, o luchas estériles que hoy, mañana y siempre a nada conducirán. No, héroes que en holocausto endémico, tratando de salvar vidas, murieron contagiados por la fiebre amarilla.

Ni siquiera sus cuerpos trajeron, allá se quedaron para siempre, y en este montículo solo quedó el recuerdo de sus nombres, que universitarios dignos marcaron para siempre:

Doctores: Jorge Arriola, César Vásquez, Juan J. Vides y el practicante, estudiante universitario, Arturo Ramírez Valenzuela. Una vez más se dejó escuchar el tañer de la campana...

—Es señal de que nos apuremos —indicó el tío Carlos—, porque de lo contrario nos quedamos dentro y se las van a ver con la procesión de las ánimas.

Los niños tomaron más fuerte la mano del querido tío, éste sonrió, aprovechando la oportunidad para indicarle a Ébano:

—Tanto pecado que tenés por malcriado, te hace temer quedarte aquí metido toda la noche.

Ahora fue Ébano el que apresuró el paso; hubiera querido volar para salir lo más pronto del cementerio. Caminaron a pie por toda la 19 calle, cuando llegaron a la 2a. avenida la noche era completa. Desde esa esquina, el tío mostró algo señalando hacia el occidente.

—¿Ven aquellas lucitas todas amontonadas?

—Sí.

—Bueno, esas son las luces de Mixco, pero a las doce de la noche, en igual forma en el interior del cementerio, en todos los cementerios del mundo se realiza la procesión de las ánimas.

A lo lejos, Mixco aparecía como un nacimiento. Ébano imaginó la procesión con todos los difuntos, provistos de una enorme candela, todos listos como cuando es hora de salir y se les da permiso para llegar a sus casas.

—Ahhhh..., pero salen solamente la noche de hoy los difuntos que se portaron bien, que fueron buenas personas, que fueron buenos padres, que no dijeron malas palabras y que no hicieron mal a nadie. Tampoco salen los patojos que se fueron a capiuza.

Ébano sólo bajó la vista, pero sin inmutarse preguntó:

—Entonces don Guillermo hoy se quedará castigado, porque fue mero malacate...

—Esta noche salen las ánimas, las benditas ánimas del purgatorio. Llegarán a nuestra casa y beberán agua del vaso que se les deje, se iluminarán con la veladora que se les deje, llegarán a vernos sin que les miremos, nos escucharan sin que les escuchemos. Tal vez, algún día nosotros también hagamos lo mismo.

Cuando pasaron por el reloj de la Tipografía Nacional, ya eran las siete de la noche; apresuraron el paso y se perdieron entre los capitalinos que deambulaban por la 18 calle.

LA POSADA

El barrio se engalanaba con las filas de faroles de colores, rústicamente decorados con papel de china. Los patojos se santificaban llevando en procesión a los santos peregrinos. El ticutu-ti-cu-ti-cu-tu-ti-cu del sonido de los caparazones de tortuga que los niños arrancaban en notas distorsionadas daban al ambiente un algo así de alegría. La Navidad chapina se marcaba una vez más con su preludio de posadas y algarabía de niños. Cheyo y Pijuy venían cargando desde la trece avenida la pequeña andas con San José y María. Ébano no soltaba el farol, por más que otros patojos le rogaban, no lo daba. Aquel farol sería en definitiva el motivo para entrar a la casa donde recibieran la posada; y por baboso lo entregaba a cualquier muchacho que se prestara de "voluntario". Ya en la casa de doña Guadalupe, todo era preparativos para recibir la posada. Joaquincito regaba el pino a última hora y don Joaquín, españolón republicano de pura cepa, preparaba un refresco muy especial a manera de sangría. La noticia de la presencia de Ébano en la pequeña procesión no dejó de impacientar a doña Guadalupe. Según comentarios, el año anterior, por no haberle dejado entrar a la posada, en fecha posterior a ésta y cuando la señora festejaba una reunión con sus amigas de confianza, éste les soltó cinco obesas ratas que provocaron un problema de dimensiones considerables en todas y cada una de las amigas de doña Lupita. La casona de don Joaquín era una de las mejores del barrio, siempre en fechas tan especiales era adornada con lucecitas de colores a lo largo de la cornisa. Los invitados esperaban desde las ventanas abiertas de par en par la llegada de la sagrada comitiva.

—Ya lo saben, cuidado con los colados, porque vienen sólo a comer de gorra, y de ribete algo se levantan— advirtió doña Guadalupe a las dos empleadas de confianza.

—Disculpe, señora —preguntó timoratamente una de ellas—, ¿Ébano tendrá derecho a entrar o lo paro en seco?—. Doña Lupe meditó un poco y contestó terminantemente:

—Ay, Juana, no me hagás reír que no tengo cosquillas; el que te para en seco es ese niño. Yo creo que…

—Yo creo que Ébano entra —ordenó con su vozarrón don Joaquín, interrumpiendo a su esposa. Y agregó:

—Hoy es una fecha muy especial, es una fecha digna de celebrarse porque recibimos a los padres de Dios en nuestra casa y no hay por qué discriminar a nadie, menos a un niño. Lo de las ratas fue una travesura y además un gran favor el que me hizo porque en realidad ya tus amigas me tenían hasta el copete.

Mascó con más fuerza su habano inseparable y caminó directamente hasta el portón, porque ya la comitiva llegaba. A don Joaquín nadie le discutía las órdenes, menos doña Lupe, que con sólo escucharlo hablar temblaba. Lo de las ratas le había calado a doña Lupe; una de sus mejores amigas había sufrido un desmayamiento el día del suceso. Definitivamente el suceso molesto no lo había olvidado.

El canto de los peregrinos fue entonado por la multitud. Doña Lupe en lugar de contestar a los cánticos daba la imagen de ser un portero profesional y no dejar pasar ninguna bola, o mejor dicho a ninguna persona que no tuviera su visto bueno. Ébano venía adelante y doña Lupe sonrió con el niño en forma más que forzada. El niño contestó al cumplido.

—Buenas noches, doña Lupe —saludó el niño, confundido entre el grupo.

—Buenas noches, Ébano —respondió la dama sin dejar de ver quien no era de su consentimiento. La Juana ya había rechazado a dos; felizmente Pijuy y Cheyo ya estaban adentro. Cargando la procesión, pudieron introducirse.

Dio inicio el rezado; las voces de las ancianas se escuchaban a distancia. La Licha llevaba el rezo; quién la miraba ahí hincada, con cara de yo no sé, pero como decía doña Lencha, era más larga que la cuaresma.

Al finalizar el rezado sonaron los cohetillos. Las ametralladoras y los canchinflines volaban de un lado a otro, iluminando el espacio. Olor a tamal, ponche o batido. Era el preludio de la Navidad, la fiesta de los niños y el pretexto de los mayores para sus excesos; la algarabía invadía el ambiente. Risas de niños y lágrimas de viejos que, como don Joaquín, quién sabe en qué pensaban. España tan lejos geográficamente y tan cerca en su corazón de ibero auténtico. Los cánticos, los recuerdos que vuelan. Don Joaquín había venido en barco, de niño jugó al igual que Ébano con barquitos de papel. El suyo fue un barco grande lleno de ilusiones en tierra lejana. Definitivamente aquí se quedaría en un nicho para siempre, añorando el frío de los otoños y los inviernos de España.

—Joder, coño, que ya estoy llorando.

—Tómese un buen trago, don Joaquín —rogó don José Ángel, padrino de Ébano; los dos chocaron sus copas. El español no pudo contener el llanto, sacó su pañuelo y secó sus lágrimas. Quiso justificar:

—Así es, don José Ángel; cuando se está lejos del terruño es cuando más se le quiere, y estas fiestas, rediez, pues hombre, le ponen a uno mal, pero ya está pasando, ya está pasando.

Apuraron otro par de tragos y comieron. Don José Ángel Echeverría, hombre de antes, vivía su época en las charlas amenas con los amigos.

—Yo nací en el barrio de San Gaspar; eran otros tiempos. Los llamados tiempos anchos; no crea, don Joaquín, todos llevamos un recuerdo grato como hombres o como niños. Quiero contarle algo

que me sucedió allá por los años de 1915. Era por esa época vísperas de nacimientos, de alegrías en la Guatemala de aquellos tiempos ya lejanos. Éramos enamorados, meros enamorados. A mí me gustaba una muchacha que casualmente había conocido en uno de los conciertos de la Banda Marcial, en la Plaza mayor. Nos hablábamos únicamente los domingos, porque según me había dicho, ella vivía con una tía en las cercanías del Cerrito del Carmen.

Don José Ángel evocaba sus tiempos como algo inenarrable, como algo jamás de volverse a vivir. Y quizás tenía razón, todo había pasado tan rápido y de lo que más le apenaba era no haber procreado un hijo. Siempre que había una ocasión como la narrada, se ponía melancólico, comentando varias veces los sucesos de antaño.

—Pues verá, don Joaquín, con esta muchacha nos despedíamos regularmente a una cuadra de la casa, donde supuestamente vivía. Era una casa de portón enorme, color café; ya cuando me había cerciorado que había entrado y que el portón producía su característico somatón, me regresaba tranquilo. ¡Cosas de uno cuando es muchacho! Bueno, y como usted sabrá, antiguamente los noviazgos eran situaciones de tiempo. Para que a uno le dieran el "sí" tan ansiado, había que esperar y luego otro regular para el casamiento.

—Tenía uno que conocerse bien —ripostó don Joaquín.

—Así es, así es... Qué tiempos aquéllos. Pero todo va pasando; todo es finito, mi querido don Joaquín. Me imagino que en España también fue así —agregó el padrino de Ébano.

—Oh, claro que sí, hombre, joder; mucho más difícil, por la sencilla razón que difícilmente la mujer le sigue a uno a lugares tan lejanos como América. Ve tú a hacer la América, le dicen, luego regresas. ¡imagínese! Pero disculpe que le haya interrumpido y continúe, por favor, continúe...

—Bien, yo tardé dos años hablándole a esta muchacha, nos hicimos novios al fin, pero se oponía a que yo le hablara a sus padres. Bueno, pero lo más curioso del caso es que como le dije anteriormente, siempre nos despedíamos en la esquina de su casa. Inocentadas de antes, yo me conformaba con eso. Así pasó el tiempo, nos seguíamos viendo, el cariño cada vez más se iba arraigando en nosotros. Las tardes de domingo nos las pasábamos en el Cerrito del Carmen, a veces platicando cosas sin importancia, pero eso sí, muy enamorados el uno del otro.

—¿Quieren fuertecido, ponche o cafecito?— era la Licha, la que iba ofreciendo a los invitados con azafate en mano. Atrás, Pijuy con otro recipiente, sirviendo en platos de cartón los tamales negros y colorados con francés grande de a dos centavos. Ébano continuaba embelesado escuchando las aventuras donjuanescas de su padrino.

—Ahhh, y antiguamente, don Joaquín, si usted era de Parroquia no podía cantinerar por la Candelaria, ni los de Recolección podían meterse en terrenos del barrio de la Es ción. ¡Aquello no era juguete! Una afrenta de tal naturaleza limpiaba únicamente con sangre. Por eso a nadie le hacía falta navaja y los pleitos entre los llamados "lanas" eran muy corrie tes, despejando la duda y el amor de una mujer.

—¡Coño!, pero cómo habla usted, don José Ángel. ¿Pero así era aquello que lo tomaban tan en serio?

—Así era…

—¿Pero cómo fue posible que siendo usted del barrio de San Gaspar le dejaran, como dicen ustedes, "cantinear" por el Cerrito del Carmen? —Pues verá, don Joaquín; yo fui diestro con la puya y tenía mi famita. De esa cuenta, no muy se metían conmigo, pero quiero finalizar el relato para que usted vea lo que hay de misterioso en el desenlace.

—Cuente, don José Ángel, cuéntelo por favor —solicitó don Joaquín.

—Yo me desesperé; quería que la muchacha se casara o se fuera conmigo. Una de dos. Pero lamentablemente no fue como yo lo disponía; los planes se cambiaron en un decir amén. Yo contaba con un entrañable amigo que ya murió; se llamaba Benedicto Álvarez, muy buena gente y dispuesto a colaborar en cualquier momento. Una tarde me dijo, ve vos Chanco, porque así, me llamaba, "Chanco" es el diminutivo de José Ángel. Ve, me dijo, si querés te ayudo a que te la robés y llevo un buen carruaje para que estés listo tanto vos como la patoja. Todo se preparó bien, yo le diría a la muchacha que haríamos un viaje a Amatitlán y que el carruaje ya estaba listo. Bueno, el caso fue que no hubo necesidad de engañar a la muchacha, ella estaba de acuerdo con la fuga.

Pijuy y la Licha daban la vuelta en la tercera tanda de ponche, los patojos comían como descosidos. Después pasaron repartiendo cigarrillos. Desde una de las ventanas, "Masquilón" le hizo señas a Ébano para que le consiguiera un cigarrito. El niño le llevó el encargo, el hombre casi no lo podía tomar entre los dedos debido a la tembladera que sufría.

—Si podés sacarme un traguito, Dios te lo pagará —suplicó "Masquilón" al niño.

—Dios no le da gusto a la gente haragana —Replicó doña Lupe, al momento que le cerraba la ventana a "Masquilón". Este soltó un buen repertorio de malas palabras y tomó hacia la doce avenida. El pequeño incidente interrumpió la narración de don José Ángel. Este, después de un delicioso trago de ponche, prosiguió:

—La muchacha estaba de acuerdo con su servidor. Benedicto siempre llevaría el carruaje; así convinimos. Ah, pero había un

pero; siempre hay un pero. La noche que planeamos la fuga, la patoja me dijo que la noche indicada no se iba a poder, debido a que entraba la posada a su casa y sería muy declarado el asunto. Mejor que la dejáramos para el siguiente día, cuando ella se quedaría sola en la casa. Así lo dispusimos. Pero cuando uno es joven, comete errores que posteriormente paga muy caros y dispusimos con Benedicto colarnos con la gente de la posada en la casa de la muchacha. Aquella noche nos pusimos a vigilar la casa para saber por dónde entraría la posada. Cuando la divisamos, más o menos a la altura de la doce avenida y Callejón del Judío, nos apresuramos para alcanzarla, pero sucedía algo increíble, por más que corríamos no le dábamos alcance. "Allá papo, le dije a mi amigo, esto no es bueno, quedémonos parados". Al quedarnos parados vimos cómo la posada se alejaba, pero curiosamente en la andarilla no llevaban a nadie. Yo lo primero que puse en práctica fue colocarme el crucifijo en la boca, entendía que no era natural lo que estábamos experimentando. Benedicto se quedó como mudo, no salía de su asombro. Nos fuimos del lugar, incluso perdimos la noción del tiempo, porque cuando pasamos por la Catedral ya eran las dos de la mañana.

—¿Cómo que perdimos la noción del tiempo, Benedicto? interrogué. Benedicto no contestó. Su mirada iba perdida en la lejanía de la silenciosa y desierta calle; sólo el viento movía a su antojo los papeles y basuras dispersas. Cuando llegamos a las cinco calles ya Benedicto iba con fuerte temperatura; yo atribuí el asunto al sereno recibido, pero la verdad era otra. La posada encantada no salía de mis pensamientos. No pude dormir en todo el resto de la noche. Amanecí despierto con el canto de los gallos; imaginé que Benedicto ya no estaría conmigo a la hora de la fuga, pero de repente llegó y sugirió la planificación de la fuga con la novia.

—El cochero ya está apalabrado —me dijo. Y efectivamente a la altura del calvario, Pedro Sagastume, cochero de antaño y conocedor de la ciudad, estaba esperando órdenes. El carruaje emprendió la marcha rumbo al Cerrito del Carmen. El trayecto se me hizo larguísimo, finalmente llegamos a la famosa esquina y Benedicto con el cochero se quedaron en espera de mis órdenes. Jamás olvidaré aquella experiencia; cuando llegué a la casona ésta parecía abandonada. A simple vista se notaba el deterioro de los vidrios, las telas de arañas. Llamé a Benedicto, pero mejor no lo hubiera hecho; el susto que se llevó fue peor que el mío. Casi se desmaya. Platicamos con algunas personas el hecho experimentado. Una ancianita se acercó para comentar algo en forma lacónica: "A ustedes los jodieron, esa casa está abandonada desde hace veinte años y dicen que está encantada. Es más, se aparece una mujer que atrae a los hombres y menos mal que no se los ganó".

Don José Ángel concluyó su narración. Interrumpió en ese momento doña Lupe, invitando a los mayores para que se entregaran al baile, al momento de colocar un enorme disco con el son Noche Buena.. Aquel son, el olor a pino, manzanilla y ponche, hicieron más ameno e inolvidable el momento. La fiesta apenas se iniciaba.

EL AGUINALDO

Era aquella una ciudad sin contaminación y sin notas rojas que "engalanaran" los periódicos. Apenas si un par de bolitos se pescoceaban en una esquina; o alguien hurtaba una gallina allá por la placita quemada. Con decirles que todavía se miraban carruajes en el "Callejón de los Fotógrafos", el que estaba pegadito a lo que fue el viejo Calvario. Los antañones almacenes de la época ya colocaban los rótulos trillados, a los cuales sólo le iban cambiando el año. Ahora caía otro número más y claramente se leía:

¡Feliz Navidad y Próspero Año 1947!

Golpeaba suavemente el vientecillo decembrino, tonificante. Las ropas gruesas hacían su aparición, dejando clavos al aire y roperos vacíos con olor a desinfectante. Las hojas de pacaya pasaban en interminable hilera cargadas por mozos de cordel, que las iban depositando en los respectivos puestos de la placita quemada. Las flores de Pascua también desfilaban de mano en mano, de regateo en regateo, dando un ambiente festivo al ambiente.

—No me pongás ese saco cuadriculado, por favor —suplicó Ébano a su abuela mientras le vestían para salir. El niño siguió protestando pero la abuela hacía como si no era con ella.

—Vos sabés que los patojos molestan mucho cuando me pongo este saco.

La abuela no contestó, finalmente le colocaron el saco a cuadros. Ya con la corbata y los zapatos bien lustrados, Ébano parecía distinto.

—Hoy mi muchachito se ve muy decente y no parece patojo de la calle —comentó la abuela para que Ébano escuchara el cumplido.

La Navidad se acercaba a pasos agigantados. Ébano le sonrió a su abuela y así salieron a la calle. Ella con su manto eternamente negro, eternamente noble. El manto de las abuelas tan clásico, tan único. Bastaba verlas con el manto puesto para saber que salían a realizar alguna diligencia.

No habían caminado mucho, fue a la altura de la línea del ferrocarril, cuando a coro gritaron tres patojos chorreados:

—¡Adiós negrito calzón rayado con saco cuadriculado!

Ébano quiso liberarse de la mano aún fuerte de la abuela, pero no lo logró. Doña Francisca iba prevenida; los niños burlones se perdieron corriendo rumbo a la Barranquilla.

Cuando llegaron a la dieciocho calle, Ébano ya había olvidado el incidente, comentando con la abuela lo que exhibían las vitrinas. El olor a pino inundaba el ambiente; chinos, judíos y cuanto Dios puso en el mundo atendían sus almacenes.

El reloj de la estación marcó la hora; fue una hora especial, una hora distinta, una hora histórica.

—Apúrate —exigió el niño a la ancianita. Con paso rápido atravesaron la Plazuela Barrios, donde el movimiento ahora era más notorio. Al llegar a la séptima avenida doblaron hacia el norte; doña Francisca con apuros retomaba el paso del niño. Cuando faltaba una cuadra para llegar el ambiente festivo se dejaba escuchar con las notas de Tenis Club. En la puerta una pancarta saludaba a los invitados: ¡BIENVENIDOS LOS HIJOS DE LOS EMPLEADOS DE CORREOS Y TELECOMUNICACIONES! Una comisión de empleados recibía a los niños en el portón de la séptima avenida; las piñatas iban entrando en fila india, cargadas por otros empleados. Ahora la marimba arremetía con Tristezas Quezaltecas y el movimiento alegórico era contagioso. Ébano y su abuela entraron al edificio.

—Cuidado como se porta tan mal porque yo estaré pendiente —advirtió doña Francisca…

La abuela le sonrió a una joven señora que estaba a su lado, comentándole al oído: "Se lo digo porque se de qué pata cojea".

Sentaron a los niños en un apartado del segundo nivel, en el ala izquierda. Al fondo una tarima de madera adornada con gusano de pino sobresalía. Allí estaban las autoridades máximas de la institución. A manera de telón en la pared, se extendía el pabellón de Guatemala, con sus inconfundibles colores. En otro espacio, las piñatas ya se columpiaban atadas de seguros cordones, esperando su ejecución. Todos esperaban el momento. El bullicio y risas de los niños abarcaba el recinto. De pronto un viejito, conforme se lo permitía su edad, entró haciendo señas de callar a los niños, a la vez que le guiñaba el ojo al director de la marimba. Éstos en forma muy solemne dieron inicio a la ejecución de la Granadera; todos se pusieron de pie. Ébano se subió en la silla de metal para apreciar mejor la escena. Un hombre alto, elegantemente vestido, de complexión fuerte y mandíbula prominente, subía las gradas en ese momento, acompañado de tres civiles y un oficial del ejército. A su lado, su esposa sonreía a todos y cuando saludó con la mano derecha los aplausos no se hicieron esperar. Afuera tronaron los cohetillos, las largas ametralladoras al estallar se retorcían cual mazacuatas en el asfalto de la séptima avenida y doce calle de la zona 1.

Ébano ocupaba una silla de la segunda fila, muy cerca del estrado principal. El niño observaba todos los movimientos del gobernante. Lo recordaba perfectamente; hacía escasamente dos años o menos, cuando con su padre le recibieron en el aeropuerto en una manifestación jamás prodigada a político alguno por el pueblo de Guatemala. Aquella vez le vio de lejos, ahora estaba cerca de él; aquella vez ni siquiera les vio el hombrón, ahora Ébano no le quitaba la vista de encima. Por poco y no recibe el helado de chocolate que una amable dama pasó entregando, por

estar viendo al Presidente. En un momento el gobernante sonrió con Ébano; el niño contestó al saludo mostrando sus blancos dientes con su sonrisa pícara.

Las piñatas empezaron a volar en pedazos, debido a los certeros golpes que con el palo daban los niños en los puntos débiles. Un pato Donald se quedó sin cabeza, mientras que de la parte de la cola ya abierta por otro leñazo, salía el torrente de caramelos y monedas de a diez y veinticinco centavos. Simultáneamente, otra piñata caía abatida metros adelante. En ese momento aquello fue Troya. Ébano era diestro para tomar más de la cuenta; la abuela se persignaba al ver a su nieto en aquel mar de niños que optaban a como diera lugar por recoger los caramelos y, lo más importante, las monedas.

La "barbarie" estaba a la vista; en menos de un decir "Amén", todo había quedado reducido a pedazos de papel de china con flecos regados en el piso. Ahora, una vez más, todos estaban sentados en sus respectivos puestos. Ébano hacía el conteo del botín, llenándose las bolsas de caramelos; lucía sonriente, pero quedó como el auténtico Judas, según versión de doña Francisca. La corbata sólo por una pequeña tira se le sostenía; el pantalón "rayado" presentaba una abertura claramente expuesta, como diría un galeno, del tobillo a la rodilla.

Dio inicio el reparto de juguetes; lamentablemente Ébano tenía un número muy alto; estaba impaciente por que lo llamaran. De pronto, una pequeña preocupación cunde en el estrado, sin que el Presidente se diera cuenta. Un alto empleado comentó que el niño que iba a dar el agradecimiento al mandatario, a la hora de la hora "confesó" que tenía vergüenza y que no lo haría. Por más que le rogaron y le ofrecieron, el patojo se negó. Finalmente, soltó el llanto indicando que se le había olvidado todo lo que con quince días de anticipación se había aprendido de

memoria. Todos salieron del salón donde tenían preparado al patojo canillón, que ya pasaba los doce años.

—Nagüilón —masculló la tía del muchacho, y finalizó: "Tanto joderse una dándole instrucciones para quedar bien y el cabrón queda como toda su cara...

Un ayudante del señor director, con voz engolada y con más pena que valor, dijo: "Niños aquí presentes, su atención, por favor; sabemos que ustedes son niños valientes y desearíamos que alguno de ustedes tomara la palabra para agradecer al Señor Presidente y a su esposa, el dedicarles unos momentos gratos de su ocupada atención".

Silencio absoluto; todos se miraban las caras, como cuando no saben la lección. Algunos padres de familia llegaron hasta donde estaban los niños para motivarlos a pasar al estrado; unos lloraban, otros escondían la cara, en fin nadie se daba valor para pasar al estrado.

En un momento todas las miradas se ubicaron donde Ébano estaba sentado. El niño había levantado la mano; algunos aplausos sonaron, pero la mayoría de niños optaron por participar de aquel momento de suspenso. Con paso firme pero todo descharchado, después de la gran revolcada por la quebrada de piñatas, el niño subió al estrado. Silencio absoluto. Ébano ya estaba allí. Doña Francisca sudaba la gota amarga por lo que pudiera suceder; conocía al niño, recordó que para las clausuras de la escuelita Gabriela Mistral, cuando pasó a recitar y la maestra le llamó la atención porque llevaba la bragueta abierta, Ébano pensó que le estaba regañando por algo que no había hecho y ante el público presente le sacó la lengua y siguió recitando.

Un locutor flaco y alto se acercó para colocarle el micrófono a su altura, pero hubo necesidad de subirle a una silla. Silencio absoluto, todas las miradas estaban en la pequeña estatura del

niño. El Director hizo una seña y le fue entregado a Ébano su regalo, una bolsa con juguetes y golosinas. Nuevamente el niño sonrió con el Presidente, aseguró su regalo con las dos manos y gritó a todo pulmón:

—¡VIVA ARÉVALO!

Bajó del estrado de un salto, ante una tempestad de aplausos y las notas de una diana que la marimba y sus ejecutantes gentilmente brindaron al patojo.

ÍNDICE

INDICES

Vuelo histórico de Morales López 7

Personajes legendarios de la Guatemala antañona 19

El Maistrito del cementerio..... 22

La Llorona 28

Un ayudante inesperado 33

El fantasma de Pie de Lana..... 37

La Chuchitera de San Pedrito 42

El cuento del violinista 47

Las luces misteriosas del Cerrito del Carmen 50

El extraño caso de Sarafín Santiago 55

Don Julián 61

Calles y edificios de 1900 70

Remembranzas de Quetzaltenango..... 77

Anecdotario de la 6A. Avenida 84

Los fantasmas de la Reforma..... 96

El Cerrito del Carmen y sus leyendas 101

El misterio de los ataúdes 112

Una apuesta en el Cementerio General 115

Los milagros del Hermano Pedro 123

El "Caballo Rubio" no ha muerto 132

El sueño realizado de un general 138

Bautizo de fuego del Palacio Nacional 142

Segundo ataque armado al Palacio Nacional 143

Tercer ataque armado al Palacio Nacional 144

Si hablara el balcón presidencial, cuánto diría 145

Breve historia de la Catedral 149

Anécdotas y leyendas del Peladero 155

La Calle del Sol 162

La Calle del Calvario 167

La Calle del Carmen 173

Los terremotos de 1917-1918 y la Calle del Carmen 174

La Calle de San José 178

La Calle de la Armonía 181

La C alle de la Barranquilla 185

La Calle del Cielito 189

El Campo de Marte 195

Las numerologías trágicas
(de los presidentes de Guatemala)..... 202

La Huelga de Dolores..... 207

El Nacimiento del canto Guerrero
Estudiantil La Chalana..... 212

Un Viernes de Dolores trágico 216

La visitante de los Sagrarios 219

Los nacimientos chapines 223

Las gentes sencillas imitaban al Hermano Pedro..... 224

La esquina de la Veintidós Calle 228

Los espantos de la Concordia 246

Lunes Santo..... 255

Martes Santo..... 261

Miércoles Santo 266

Jueves Santo 271

Viernes Santo 274

Sábado de Gloria 280

El velorio 282

10. de Noviembre 287

La posada 294

El aguinaldo 302

El nombre del escritor guatemalteco Héctor Gaitán Alfaro, no es desconocido en el medio, ya que su colección de 5 tomos "La Calle Donde Tú Vives", se ha publicado en numerosas ediciones y ahora la Editorial EVEREST GUATEMALA presenta la Antología de los mejores cuentos e historias de esta bella obra, que refleja el costumbrismo y anecdotario de la Guatemala de ayer que se recrea en la memoria de los mayores y constituye un descubrimiento en las nuevas generaciones.

NOVELAS Y LEYENDAS

ISBN 84-241-9667-8